18 8853

CUADERNO PRIMERO

A. Jubera, editor. Campomanes, 10, Madrid.

1895

LOS DESTERRADOS DE LA TIERRA

LOS
DESTERRADOS
DE LA
TIERRA
POR
MAURICE LEVEL
ROUX

ANDRÉS LAURIE

LOS DESTERRADOS DE LA TIERRA

VERSIÓN ESPAÑOLA

EL ENANO DE RHADAMEH

CUADERNO PRIMERO

MADRID
AGUSTIN JUBERA, EDITOR
ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
1879

Es propiedad del Editor.

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS, PLAZA DE LA PAJA, 7 BIS. MADRID

PRIMERA PARTE

EL ENANO DE RHADAMÉH

CAPÍTULO PRIMERO

EN SOUAKIM

Escribir sobre un asunto de que se han ocupado ya Cyrano, Swift, Edgard Poë, Julio Verne y otros muchos, es un gran atrevimiento; lo reconozco así, y los primeros en censurarme serán, á no dudarlo, aquellos que jamás hayan pensado en el arduo problema que nos ocupa.

EL AUTOR.

Concluían de comer y acababan de entrar en el salón, cuya galería de cristales, abierta de par en par, dejaba ver la tranquila superficie del mar Rojo, iluminada por esa luz tenue y grata que ofrece el crepúsculo en aquellas regiones durante el mes de Enero.

El Sr. Kersain, agente consular de Francia en Souakim, había recibido aquella tarde á Norberto Mauny, joven astrónomo que se presentó ante él con una eficaz recomendación del ministro de Estado.

La carta oficial manifestaba al Cónsul la conveniencia de que se pusiera completamente á disposición del Sr. Mauny, y de que le ayudara en cuanto le fuera posible para el mejor resultado de su misión científica; pero teniendo en cuenta que en una posdata confidencial se añadía que esta misión era secreta, el Cónsul no había convidado á comer con el joven sabio más que al teniente de marina Guyot, que mandaba el aviso francés *Leorier*, anclado en las aguas de Souakim.

Como el Sr. Kersain era viudo, su hija Gertrudis cumplió, con gran amabilidad por cierto, los deberes de ama de casa, y después de comer se sentó al piano, poniéndose á tocar, á la sordina, un *nocturno* de Chopín.

El tiempo era primaveral. Aquella comida de sólo cuatro comensales, si bien oficial, había sido sumamente alegre, como sucede casi siempre entre parientes que, encontrándose reunidos en cualquier parte, se reconocen, aun cuando no se ha-

yan visto jamás. Se contaron las últimas historietas de que se hablaba en los boulevares, y se ocuparon con gracia y donaire del placer que se experimenta cuando inopinadamente se encuentran amigos allí en donde no se espera tan grata sorpresa.

Al tomar el café, la conversación fué aún más íntima que en la mesa, y el Cónsul creyó llegado el momento de abordar una cuestión que no dejaba de excitar su curiosidad.

—Ya sé que venís al Sudán con una misión científica, dijo á Norberto Mauny. ¿Pero sería indiscreto preguntaros de qué misión se trata y qué fin os proponéis perseguir en ella?

—En manera alguna lo es, señor Cónsul, respondió sonriendo el joven; antes por el contrario, creo muy natural vuestra pregunta; pero dispensadme si os confieso que en este momento no me es dado satisfacer tan legítima curiosidad, toda vez que el asunto que me trae á África ha de ser, por ahora, completamente secreto para todos.

—¿Aun para el comandante Guyot y para mí? replicó el Sr. Kersain con extrañeza. Dicha misión, ¿no será política, supongo?... La carta del Ministro me dice que sois astrónomo incorporado al Observatorio de París; y si mis informes son ciertos, uno de nuestros sabios más distinguidos...

—Soy, en efecto, astrónomo, y con tal carácter llego á Souakim. Mi cometido no tiene nada que ver con la política; mas por motivos graves créese prudente no indicar su naturaleza ni aun al representante de Francia en este país, máxime no siendo aún conocida en ninguna parte del mundo mi empresa. En estos términos pienso que está hecha mi recomendación por el señor ministro de Estado. No sólo no tiene mi misión nada que ver con la política, sino que es de carácter privado... Capitales ingleses hacen los gastos de ella. Los socios que me acompañan, y que han llegado conmigo á bordo del *Dover-Castle*, no son franceses, y venimos á África á hacer una tentativa industrial. Todo lo que he juzgado conveniente solicitar de nuestro Gobierno, es su apoyo moral en caso necesario, y ya veis que el señor Ministro respectivo se ha dignado concedérmelo, asegurándome además que os encontraría, en cualquier circunstancia, dispuesto á auxiliarme en la tarea que emprendo...

Mientras Norberto Mauny daba aquellas explicaciones, el Cónsul francés y el teniente de navío le observaban con atención.

Era un joven alto, delgado, moreno, de veintiséis á treinta años. Su frente era despejada, sus ojos claros y vivos, su nariz recta, su boca y su barba denotaban energía, y todas sus facciones demostraban franqueza, valor y bondad. Llevaba el frac con la sencillez que caracteriza al individuo habituado á la sociedad, y al mismo tiempo con cierta dejadez especial en los hombres de acción: su voz era fuerte y bien timbrada, y su palabra breve y clara. Serio sin pedantería, pero con una alegría interior que brillaba en su mirada y se reflejaba en todas sus maneras. Era un perfecto tipo francés; el *gran francés*, como diría cualquiera en aquel momento, pues su superioridad era visible y se imponía á todos; así es que el Cónsul, satisfecho de su examen, creyó un deber de cortesía mudar de conversación.

El Sr. Kersain era un diplomático muy apreciado en su carrera, y que hubiera llegado á los más altos puestos si una desmedida pasión por las antigüedades de Nubia, y la salud de su hija, que exigía un país cálido, no le hubiesen detenido indefinidamente en las orillas del mar Rojo.

Gertrudis tenía veinte años; era débil y flexible como una caña, con la tez de una blancura de leche, y una profusión de cabellos rubios que parecían doblegarla con su peso. No había más que verla para comprender que su vida, como vulgarmente se dice, pendía de un hilo. En efecto; su madre había muerto tísica muy joven aún, y su pérdida había sido el mayor dolor que durante su existencia experimentara el Sr. Kersain, quien temía ver reproducir en su hija los mismos síntomas que había visto en su llorada esposa. De vez en cuando una ligera tos sacudía aquel cuerpo tan gracioso como débil, y unos colores de mal agüero se dibujaban en sus delicadas mejillas.

Gertrudis se preocupaba poco de ello; era dulce y encantadora; adorada por su bondadoso carácter de todos los que se le acercaban, y naturalmente dispuesta á alimentar las más bellas esperanzas para lo futuro, como sucede casi siempre á esos seres destinados á una prematura muerte, *por ser demasiado perfectos para este mundo*, como dice un popular refrán. Pero su padre, por desgracia, no podía equivocar aquellas señales amenazadoras, y si así lo hubiese hecho, los médicos no le hubieran permitido continuar en su grato error. Ellos le dijeron que un clima más húmedo podía ser fatal para Gertrudis, y en obsequio á la salud de su hija resolvió establecerse en Souakim, en donde principió su carrera como Cónsul. Consagraba á Gertrudis todos los instantes de que podía disponer, y parecía no tener otro cuidado en esta vida que el de velar por la salud de aquella niña, anticipándose á satisfacer todos sus deseos y aun sus menores caprichos (felizmente muy pocos), pues ella era de un natural modesto y perfectamente educada.

Como las reticencias que el joven astrónomo había usado al hablar de su misión

científica, á pesar suyo y de su huésped, enfriaron algo la conversación, todos los concurrentes se alegraron viendo entrar en el salón á un hombre de unos cincuenta años, frescachón y jovial, que tal era el doctor Briet, tío de la señorita Kersain, médico-viajero que desde hacía algunos meses se había establecido en Souakim con el propósito de cuidar á su sobrina. Con este motivo, pocas serían las noches cuyas veladas no las pasara en el consulado, en donde al entrar era saludado siempre con alegría.

—¡Buenas tardes, tío! exclamó Gertrudis corriendo á su encuentro.

—Querido doctor, permitidme presentaros á nuestro compatriota el joven y sabio astrónomo Norberto Mauny... El señor doctor Briet, añadió el Cónsul, designando uno después de otro á los dos hombres.

Estos cambiaron un cortés saludo, y en seguida el doctor dijo con placentero tono:

—Estaba enterado de la llegada de este señor, á quien conocía ya por sus escritos. No se leen las Memorias de la Academia de Ciencias sin saber que el Sr. Mauny ha hecho magníficos trabajos de análisis espectral y descubierto dos planetas telescópicos, *Priscila* y... ¿cómo llamáis al otro?

—No está aún bautizado, y le designaremos con un número, respondió sonriendo el joven astrónomo. Tantos planetas se descubren en estos tiempos, que no se sabe ya cómo nombrarlos.

—Llamadle *Gertrudia*, dijo el comandante Guyot, mirando á la señorita Kersain.

—¡Oh, señor comandante... no es formal lo que decís! exclamó la joven.

—Antes por el contrario, es una excelente idea, replicó Norberto, y tendría sumo gusto en aprovecharla si su señor padre y vos, señorita, os dignáis autorizarme. Lo que necesitamos para esos pequeños astros son nombres que no se parezcan á los demás. *Gertrudia* es á propósito. Adopto, pues, el de Gertrudia.

—¡Oh, papá, qué felicidad! ¡Voy á tener una estrella mía! exclamó la joven con alegre voz. ¿Me la enseñaréis, caballero, no es verdad, para que la conozca?

—Con mucho gusto... cuando sea visible... Dentro de siete ú ocho meses, si el tiempo lo permite.

—¿No puede vérsela todas las noches? preguntó Gertrudis con alguna contrariedad.

—¡Oh! no; si así fuese, hace ya tiempo que la hubiesen señalado, y también bautizado. Pero conocemos bastante bien sus costumbres para no dejarla pasar ya sin decirla: «hasta la vista.»

—¡He aquí un ramillete que no todos pueden ofrecer á una señorita! dijo el doctor; é incontinenti, y sin malicia alguna, preguntó al Sr. Mauny:

—¿Sin duda venís á cumplir alguna misión astronómica?

—No, en verdad, respondió Norberto sonriéndose. Veo que es difícil guardar un secreto, añadió notando la admiración del doctor, y sobre todo cuando no se quiere mentir. Podría deciros que vengo en busca del cielo puro del Sudán para nuevas observaciones interplanetarias; mas prefiero manifestaros parte de la verdad. Vengo á estudiar los medios más adecuados para realizar una empresa que, si bien no me parece nada quimérica, creo que á lo menos la calificarían como tal muchas personas, si les diera á conocer mi pensamiento. Por mi desgracia, tengo fama en el Observatorio de ser algo exaltado, y por este motivo me veo en la necesidad de ocultar mi plan hasta su completo éxito, so pena de ser considerado y tratado tal vez como un loco. Ya veis, señores, los motivos de mi reserva, y creeréis muy justo que, en tales condiciones, me haya impuesto la firme resolución de no hablar absolutamente á nadie de mis afanes. Si soy bastante afortunado y consigo alcanzar la meta propuesta, entonaré mi *Eureka;* pero si no es así, siempre evitaré que se burlen de mí ó que me obstruyan con nuevos obstáculos, sobre los muchos que tengo que salvar. Por ahora mi empresa se reduce á establecer una estación astronómica en la meseta de Tehbali, en el desierto de Bayonda.

—¡Una estación astronómica en el desierto de Bayonda! exclamó el doctor. ¡Escogéis bien el momento! ¿Creéis, por ventura, que los sudaneses dejarán organizarla sin tropiezo? Yo no daría ni siquiera una taza de té por la vida de cualquier europeo que tratara ahora de llegar al Alto Nilo. ¿Y queréis vos atravesarlo y avanzar hasta los confines del Darfour? Permitidme que os lo diga, mi querido joven; es una locura vuestro plan.

—¡Bien os decía yo, amigos míos, que á la primera palabra me trataríais de loco! replicó fríamente Norberto, y sois testigos, señores, de que no me equivocaba...

—¡A fe mía, no me retracto! repuso el doctor. Penetrar ahora en el Sudán es tan aventurado como el querer ir al país de los *tuaregs*. ¿Olvidáis cuál ha sido la suerte de todos los exploradores al Sur de la Tripolitana? Dournaux-Duperré en 1874, mi valiente y excelente amigo el coronel Flatters en 1881, el capitán Masson, el capitán Dianous, el doctor Guiard, los ingenieros Roche, Beringer y tantos otros...

—Nada olvido, dijo el joven astrónomo, sin perder un ápice de su calma; pero las condiciones geológicas y siderales que necesito no se encuentran reunidas más que en el desierto de Bayonda, sobre la meseta de Tehbali, y es preciso, por lo tanto, que yo vaya á buscarlas allí.

—¡Tened cuidado con encontrar lo que

no os convenga! exclamó el Cónsul en tono significativo. ¡Creed á un antiguo africano: no existe ahora más que un medio para llegar á Darfour, y ese no es otro que ir acompañado de un regimiento de tiradores y un convoy de 3.000 camellos!

—No me encontraría bien á la cabeza de tantos tiradores y de tantos camellos, replicó alegremente el joven sabio. Dos veces he servido en el ejército, pero nunca pasé de cabo ni mandé más de cuatro hombres; así es que será necesario me contente con mi criado Virgilio, que es precisamente un antiguo tirador de Africa, y con un buen guía, si lo encuentro. De este modo, á lo menos, los sudaneses comprenderán que me presento como amigo.

—¿Como amigo? ¡Un *giaour*, un perro cristiano, como ellos dicen! Preguntadles lo que piensan de nosotros, y me lo diréis si os dejan lengua para contar vuestras impresiones...

—Decididamente, doctor, vais á hacerme creer que emprendo algo sobrehumano. ¿Tan malos son los sudaneses?

—Lo que puedo deciros es que están decididos á no dejar salir vivo á ningún europeo que penetre en su territorio. Son en número de dos ó tres millones, perfectamente disciplinados, obedeciendo ciegamente á sus jefes, armados hasta los dientes y disponiendo de inmensos recursos. ¿No habéis oído hablar del Mahdi?

—¿El Mahdi? ¿Cierto musulmán que pretende estar iluminado y que se ha insurreccionado en Bahr-el-Ghazal, á doscientas ó trescientas leguas de aquí?

—Justamente. Pues bien, Sr. Mauny, ese Mahdi, si no se toman precauciones, nos comerá á cuantos nos hallamos en Africa antes de un año. Nos echará de Souakim, de Khartoum, de Assouan, y tal vez del Cairo y de Alejandría.

—¿Pero no han enviado tropas egipcias para combatirle?

—Sí, señor; pero si no sucede que se unen á él, no tendrá con ellas para más de un bocado. Tengo muy ciertos y detallados informes; es una guerra santa que empieza. Dentro de seis meses, de un año á lo más, el Mahdi estará en Khartoum.

—¡Un año! Ya es algo. Tal vez no necesite tanto tiempo para realizar mi proyecto.

El doctor no replicó, mas expresó bien su sentir con el ademán de alzar las manos hacia el cielo.

—De modo que, dijo el marino dirigiéndose á Norberto, ¿persistís en meteros en la boca del lobo?

—Sí, señor comandante.

—Pues bien; es preciso confesar que sois muy valiente.

Todos habían escuchado con gran interés este diálogo, pero nadie con más atención que la señorita Kersain. Mientras que Mauny declaraba su proyecto y el doctor le presentaba sus objeciones, la joven, no sin dejar entrever su admiración por el tranquilo valor que Norberto demostraba, se quedó silenciosa, con los ojos muy abiertos y palideciendo de cuando en cuando al pensar en los peligros á que habría de exponerse el sabio astrónomo. La emoción que la agitaba se iba reflejando de tal modo en su fisonomía móvil y expresiva, que su padre se impresionó é hizo señas al doctor para que mudara de tema, contribuyendo él á variarlo pidiendo en aquel momento el té, que, presentado inmediatamente, fué preparado por Gertrudis para servirlo ella misma, según lo tenía por costumbre.

Y la conversación varió, adquiriendo esa volubilidad y ligereza propias de todas las reuniones familiares.

Entonces el Cónsul, apoderándose de Norberto Mauny, le llevó á la azotea, diciéndole:

—Seriamente os lo digo; me asaltan grandes escrúpulos al ayudaros en vuestra empresa.

—¿Qué queréis que haga? replicó sencillamente el joven sabio. No soy solo. Capitales considerables están comprometidos en ello; un comité de vigilancia me acompaña á bordo del *Dover-Castle*, que me ha traído aquí con todo el material necesario; y, os lo repito, lo que vengo á intentar no puede hacerse sino en el Sudán, pues únicamente en el punto que ya he indicado se encuentran reunidas todas las condiciones físicas indispensables para el buen éxito de mi proyecto; y por lo que respecta al estado de anarquía en que el país se halla, os confieso que dicha razón es precisamente lo que me ha decidido á acometer ahora la empresa, porque ese estado de cosas nos dispensará de ciertas formalidades muy fastidiosas y de algunas autorizaciones que tal vez no nos concedería ningún poder establecido. No sólo es en el desierto en donde han de hacerse nuestras operaciones, sino que en verdad ese desierto se encuentra en una región que no tiene hoy dueño, puesto que el Gobierno egipcio se ve impotente para establecer allí su autoridad y haceria respetar. Convenid conmigo, querido Cónsul, en que estas ventajas son tan preciosas y convenientes, que no debo en manera alguna desaprovecharlas.

—¿Pero qué medios emplearéis para libraros de la notoria é implacable hostilidad de los árabes, que necesariamente hallaréis en vuestro camino?

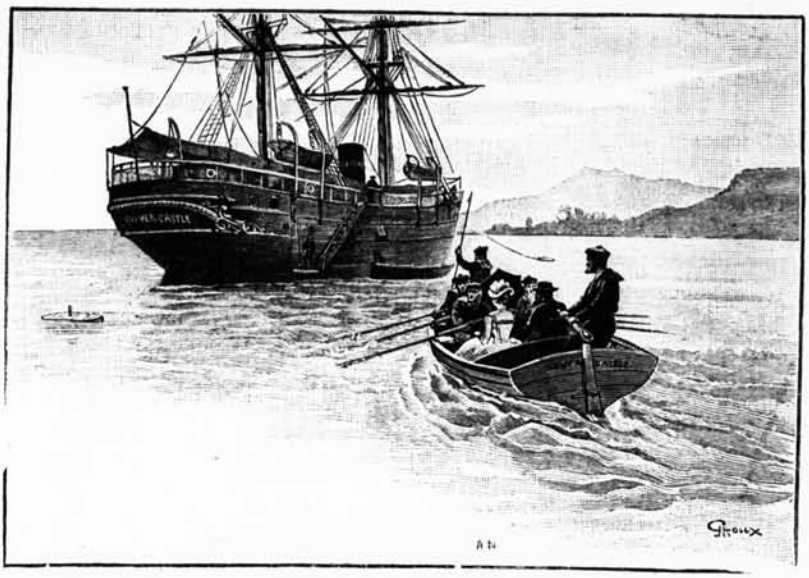
—Los tomaré como auxiliares, en vez de mirarlos como enemigos.

—¿Y créeis el éxito seguro?

—Así lo espero.

—Trabajo me cuesta participar de vuestra confianza, mi querido recomendado; pero, en fin, puesto que vuestra determinación es irrevocable, preciso es, por lo menos,

—¿Estais decidido á partir? preguntó Gertrudis á Mauny.



CAPÍTULO II

UN «FIVE O'CLOCK» EN EL MAR ROJO

—Decididamente el Sr. Mauny me gusta mucho, dijo el Cónsul francés al día siguiente, sentándose enfrente de su hija para almorzar. El doctor asegura que es un sabio muy distinguido, y además tiene buenos modales, una energía poco común, y es también muy guapo.

—En una palabra, respondió Gertrudis riendo como para disimular una ligera cortedad ; ha hecho vuestra conquista, querido papá. Puede ser, añadió con alguna malicia, que se vea más bien contento que sorprendido cuando lo sepa.

—¡Así son todas las niñas! exclamó el Sr. Kersain; ¡siempre están prontas para descubrir los defectos de sus más sinceros admiradores! Pues sabrás, loquilla, que yo he conocido que has agradado al Sr. Mauny... Pero, puesto que no ha tenido el dón de gustarte, prosiguió aparentando una ingenuidad muy bien disfrazada, me place saberlo ahora, porque acabo de recibir una esquelita en la que me convida para visitar esta tarde el *Dover-Castle*, y como estás tú comprendida en la iniciativa, tendré que buscar algún pretexto para ir solo.

—¿Un pretexto para no visitar el *Dover-Castle*? ¡Os burláis de mí, querido papá! replicó Gertrudis con viveza. Decid más bien que hubiera yo buscado uno para introducirme en él. Estoy muy agradecida al Sr. Mauny por su convite, y, preciso es que lo confiese, la alusión que hice anoche durante la comida respecto á la elegancia del navío, fué intencionada, sólo que yo creí que mi idea pasaría inadvertida, porque un astrónomo está demasiado ocupado de las regiones celestes para notar la curiosidad de una personita como la mía, sin importancia, y menos para complacerla.

—¡He aquí cómo se juzgan las cosas! Pues bien, prepárate para salir á las cinco; á la puesta del sol una canoa nos esperará en el muelle.

El Cónsul se puso á leer los periódicos, y su hija le dejó para ir á hacer sus preparativos, charlando con su doncella árabe Fatima. Una hora antes de la señalada estaba ya dispuesta, y cuando su padre vino á buscarla, tenía puestos hasta los guantes.

Souakim no es una ciudad muy grande; así es que padre é hija llegaron al puerto en menos de cinco minutos, y en seguida divisaron á Norberto Mauny, que los esperaba en compañía de un extranjero, y que, al verlos, salió con presteza á su encuentro.

—No nos atrevíamos á esperar que la

Mauny presentó á los comisionados Peter Gryphins y Costerus Wagner.

señorita Kersain nos hiciera el honor de acompañarnos, señor Cónsul, dijo apretando las manos que se le tendían. Permitidme que os presente á mi amigo, sir Bucephalus Coghill, que forma parte de nuestra expedición, y que va á tener el gusto de haceros conmigo los honores del *Dover-Castle*.

Sir Bucephalus Coghill, *baronnet*, era un joven de unos veintiséis años á lo sumo, alto, delgado, rubio, elegantísimo, llevando en su cara sobrosada las señales indelebles de su origen anglo-sajón, y que parecía más bien nacido para las emociones de las carreras de caballos que para los trabajos de una expedición científica. No obstante, había viajado mucho, y era un joven de reconocida instrucción; así es que apenas presentado á los visitantes, entabló conversación con el Cónsul y con su hija.

Norberto, entretanto, parecía muy preocupado con lo que sucedía á algunos pasos de ellos en un grupo formado por varios árabes y tres europeos, á quienes un anciano negro, vestido con blanco albornoz, servía de intérprete.

—¡Es Mabrouki-Spekel... ¿Le habéis encontrado ya? dijo el Sr. Kersain al joven astrónomo.

—Sí; allí está negociando por cuenta nuestra con unos camelleros, y me parece que no se entienden.

En efecto, se oían imprecaciones, gritos y riñas que no se oyen más que en Oriente cuando se ocupan de arreglar un negocio cualquiera, por ínfimo que sea. Un hombre barbudo, con turbante, de nariz de loro y ojos de buitre, gritaba más que ninguno, declarando que no podía aceptar ni un céntimo menos, tomando por testigos de su honradez á Allah y á los poderes infernales; jurando y perjurando por el nombre de su padre y de toda su parentela que iba á verse reducido á morirse de hambre. Pero toda esa elocuencia producía poco ó ningún efecto en los europeos. Uno de ellos, separándose del grupo, se acercó á Norberto y le dijo sin preámbulo, con marcado acento tudesco:

—Esos perros piden diez duros por camello y no quieren atender á razones.

—El Sr. Ignaz Vogel, uno de los comisionados de nuestra expedición, dijo Norberto Mauny al Cónsul y su hija, con visible frialdad.

La verdad es que dicho comisionado no poseía ningún atractivo. Era una especie de bola llena de sortijas y dijes; vestía un traje de cuadros y llevaba un sombrero minúsculo en su cabeza, excesivamente grande; una sonrisa falsa, un lenguaje bastante descuidado y los ojos convergentes, completaban aquella fisonomía, muy fea por cierto.

—¿Me permitís ocuparme algunos minutos de un asunto urgente? dijo Norberto á sus invitados, quienes se inclinaron en señal de aquiescencia.

—¿Diez duros? repuso llevando aparte al Sr. Vogel. ¿Y cuántos camellos?

—Veinticinco, á diez duros cada uno; es una cantidad exorbitante.

—¡Pues no, señor!... Es de balde, por el contrario. Fijáos en la gran distancia que tenemos que recorrer. ¡Ojalá tuviésemos á ese precio quinientos camellos, en vez de veinticinco! Cerrad el trato lo más pronto posible, pero sin dar á conocer á esos hombres la necesidad que nos apremia.

—Como queráis, respondió Vogel.

—Luego, volviéndose hacia el Cónsul y su hija:

—Caballero y señorita, no os digo adiós, sino hasta la vista; más tarde nos reuniremos á bordo.

Y arañando el suelo con el pie derecho, á modo de reverencia, partió en busca de los camelleros.

—Es un socio muy extraño para Norberto Mauny y para ese joven inglés tan distinguido, pensaban para sí el Sr. Kersain y Gertrudis.

Pero el placer de embarcarse en canoa borró bien pronto la desagradable imagen del Sr. Vogel. Seis marineros de buena presencia, manejando á una los remos, llevaron en dos minutos la embarcación al pie de la escalera del *Docer-Castle*. El capitán los esperaba, y se apresuró á enseñarles el buque.

Admiraron la limpieza, la disciplina y el orden que reinaban por todas partes. Preguntaron, según costumbre, el nombre de todas las cosas, y elogiaron mucho al capitán por el arreglo que se observaba á bordo.

Concluída la visita, se pensó en lo principal, ó sea en la merienda que Norberto y el inglés habían mandado preparar en la toldilla de popa.

En una mesa, cubierta de frutas, helados y pasteles de todas clases, rodeados de flores, el Sr. Kersain y su hija notaron con sorpresa la magnificencia del servicio de plata y de porcelana, hasta el punto de que el Cónsul cumplimentó galantemente por ello á Norberto.

—La gloria pertenece á sir Bucephalus, y no á mí, replicó el joven sabio. Estoy muy lejos, creedme, de comer habitualmente con semejante vajilla, ni de beber té en tazas de China; pero sir Bucephalus, los tres comisionados y yo comemos juntos, y he aquí la razón del lujo á que nos acostumbra el *baronnet*.

—Ningún lujo está demás para festejar á las personas que nos honran hoy con su presencia, dijo sir Bucephalus con galantería; pero os suplico creáis que pasaría muy bien sin él, y que si lo tengo es porque me obliga á ello mi tirano doméstico.

—Sir Bucephalus, repuso Norberto explicando las palabras del *baronnet*, tiene

un ayuda de cámara modelo, que ha crecido á la sombra del castillo hereditario, y que se reprocharia como un crimen no arreglar la vida de su amo conforme á todas las reglas de la etiqueta.

—Tiene el mérito de decorar muy bien una mesa, dijo Gertrudis; esas flores de granado hacen un efecto delicioso.

Tyrrel Smith, el ayuda de cámara de quien se trata, entró en aquel momento con el Champagne y se mudó de conversación, no tardando mucho en dejarse oir alegres carcajadas.

Cuando estaban en el momento de las expansiones y hablando con la mayor cordialidad, Ignaz Vogel apareció de nuevo, escoltado por los otros dos personajes que estaban con él en el puerto, y Norberto los presentó en seguida.

—El Sr. Peter Gryphins... el Sr. Costerus Wagner, comisionados también de la expedición.

Los recién llegados tomaron asiento en la mesa sin ceremonia alguna.

—Estos comisionados, pensó Gertrudis, tienen trazas de criados desacomodados. Decididamente el Sr. Mauny no ha sido feliz en la elección de sus acompañantes.

—¿Habéis concluído vuestro negocio sin que esos bribones os hagan pagar demasiado? preguntó el Cónsul, á quien no agradaban mucho aquellos tres personajes, pero que quería mostrarse amable por deferencia á sus huéspedes.

—*Dam'it!* respondió con afectación y como queriendo hablar con elegancia Peter Gryphins, que parecía llegado en línea recta de una cuadra, con su chaqueta estrecha, su pantalón con polainas, su ridículo andar, su cuello de papel y su cara de mozo de caballos, relamida y bien afeitada. Apenas si hemos podido reunir treinta y seis camellos, en vez de cincuenta que nos habían prometido.

—Esos árabes se entienden para burlarse de nosotros, añadió Ignaz Vogel. Dudo mucho de que lleguemos á reunir los medios de transporte que nos hacen falta.

—¿Necesitáis, pues, mucha gente y muchos animales? preguntó el Cónsul.

—Tendremos necesidad, por lo menos, de ochocientos camellos, respondió Norberto, y de un número proporcionado de conductores. Se trata de desembarcar todo nuestro material y de transportarlo á la meseta del Tehbali; es decir, á unas ciento veinte leguas de aquí, atravesando el desierto... Ya sé que no es cosa fácil; pero, sin embargo, sería posible sin la mala fe de esas gentes, que nos crean dificultades insuperables.

—¿Por qué no me habéis hablado antes de vuestros apuros? Os hubiese ahorrado muchas idas y venidas inútiles, dijo el señor Kersain. Sabed que para los transportes en grande escala no haréis nada ni llegaréis á nada en toda la región de Souakim, si no tratáis directamente con el verdadero amo del país.

—¿Y quién es ese amo? preguntó Norberto.

—Es Sidi-ben-Kamsa, el *mogaddem* de Rhadameh, ó sea el santón de la localidad, jefe de la poderosa tribu de Cherofas... No sólo no encontraréis camellos sin su beneplácito, sino que si hubieseis cometido la imprudencia de traerlos de Egipto ó de Siria, hubierais sido atacados y robados en el desierto.

—¿Habláis seriamente? preguntó el joven astrónomo.

—Con mucha formalidad. Es de todo punto necesario poner de vuestra parte á tan alto personaje, ó renunciar á la empresa.

—¿Y de qué medio podré valerme yo, triste de mí, para granjearme la protección de un santón ó de un *mogaddem*, como le llaman aquí? Me parece aún más difícil eso que buscar los camellos, dijo Norberto.

—¡Bah! ¿Olvidáis, Sr. Mauny, que con llave de oro se abren muchas puertas?

—¡Cómo! ¿Tendría acaso aquel santo varón sentimientos, no digo mercenarios, sino de indigna y repugnante explotación?

—Aquí para entre nosotros, sea dicho sin ofenderle en su ausencia, creo que está dominado por ellos. Sidi-ben-Kamsa es uno de los más curiosos fenómenos de este país. A él se recurre en toda ocasión y se le consulta para cualquier cosa. Da audiencia todos los días á la salida del sol, como el jefe de los creyentes en las *Mil y una noches*. Sus recepciones son muy concurridas, y ya comprenderéis que sería una gran inconveniencia presentarse á él con las manos vacías.

—¡Eso no importa! exclamó alegremente Norberto; acudiremos á su presencia, é iremos con las manos bien repletas. ¿Está lejos de aquí?

—A dos días, ó más bien á dos noches de marcha, poco más ó menos.

—Me parece que debíamos ir mañana mismo á ver á aquel santo varón. ¿Qué decís á eso, Coghill?

—Digo que esa excursión sería una verdadera fiesta si la señorita Kersain y su padre nos acompañaran, respondió el inglés sin pestañear.

—¡La señorita Kersain...! ¡Mi hija...! dijeron simultáneamente Norberto y el Cónsul.

—¡Muchísimas gracias, caballero! exclamó con viveza Gertrudis. No podíais proponerme nada que me causara mayor placer; y si mi papá consiente en ello, me comprometo á demostraros que una mujer puede viajar por el desierto sin ser un estorbo para nadie. ¡Ah, mi querido papá, os lo suplico; decid que sí! ¡Ya sabéis que desde hace mucho tiempo deseo ver á ese

famoso *mogaddem!* Os prometo no ponerme mala, papá, y creo no me cansaré.

—Ya te entiendo, dijo sonriendo el señor Kersain, que no tenía intención de rehusar ese placer á su hija, y que sólo temía ser importuno. ¿Pero pensáis Sr. Mauny, que no os incomodaremos?

—¡Oh, señor Cónsul! Sir Bucephalus os ha dicho que con esa condición el viaje sería una verdadera fiesta, y por mi parte puedo aseguraros que ahora nos parecería muy triste si tuviésemos que ir solos, después de habernos lisonjeado con ir en vuestra compañia.

—Sois amable en demasía, caballero. Es cosa ya arreglada; mucho tiempo hace que mi cuñado el doctor Briet me propuso hacer esta excursión con mi hija, y si consentís, nuestro querido médico formará parte de la caravana, porque no dudo que esté pronto cuando juzguéis llegado el momento de emprender el viaje.

El *baronnet* y Norberto se inclinaron en señal de asentimiento; en cuanto á los tres *comisionados*, nadie pareció notar su presencia, ni nadie creyó que tomarían parte en aquella expedición; mas uno de ellos, aquel que Norberto había designado con el nombre de Costerus Wagner, y que parecía pertenecer á la especie de sabios fuera de su centro, juzgándolo así por las anchas alas de su sombrero y por sus largos cabellos, que caían encima del cuello de su levita; Costerus Wagner, que aún no había abierto la boca, dijo en aquel momento:

—¿Creéis necesario que Vogel, Gryphins y yo os acompañemos?

—De ningún modo, respondió Norberto con tono significativo; es preferible que cuidéis aquí del desembarque del material y de...

—Esto incumbe al capitán, interrumpió Peter Gryphins con sequedad; los estatutos son muy claros; no debemos separarnos...

—Es cierto, y á esos estatutos, propuestos por mí y aprobados tal como los presenté, no debo contravenir, replicó Norberto con una ironía tal, que no se escapó ni al Cónsul ni á los comisionados, quienes hicieron una mueca.

—Me parece, continuó, que lo mejor será encargar los preparativos á Mabrouki-Speke, y si no encontráis inconveniente en ello, podríamos fijar la marcha para mañana.

—Se entiende que mañana por la tarde, dijo el señor Kersain, porque me permito advertiros que aquí no se viaja más que por la tarde, después de la puesta del sol. ¿Os parece bien que nos citemos para las seis en el Consulado?

—¡Perfectamente! A las seis.

—¡Qué contenta estoy! exclamó Gertrudis encantada. ¡Gracias, querido papá!... ¡Gracias mil veces, señores!... Sir Bucephalus, habéis propuesto que yo forme parte de la caravana; á vos, sobre todo, es á quien debo agradecerlo.

Por natural que fuese la expresión de ese agradecimiento, no dejó de causar á Norberto un sentimiento de despecho, que le costó trabajo disimular.

—¡Este diablo de Coghill, pensó, ha conquistado ya la amistad de la señorita de Kersain...! ¡Jamás sabré yo cómo gobernarme para ello; es un dón que me falta; he hablado demasiado con los telescopios para saber hablar con las jóvenes...!

El Sr. Kersain, viéndole preocupado, se levantó para despedirse de sus huéspedes; pero éstos insistieron de tal modo en acompañarles, que el Cónsul no pudo rehusar, y todos juntos llegaron hasta la puerta del consulado, en donde, al separarse, quedó convenido que se reunirían allí al día siguiente.

El inglés y Norberto, al volver al *Dover-Castle*, hallaron en el muelle á Mabrouki Speke, que los esperaba, y le dieron sus instrucciones. El anciano guía, que conocía bien su oficio, las escuchó con atención y prometió que todo estaría pronto para el otro día á las seis.

CAPÍTULO III

EN EL DESIERTO DE NUBIA

La pequeña caravana, guiada por Mabrouki-Speke, debía dirigirse, en primer lugar, hacia el Oeste por el camino de Berber, y después, volver al Sur en dirección al oasis de Rhadameh. Aquella vía atraviesa, al salir de Souakim, una región montañosa y muy accidentada; mas pasadas algunas horas de marcha, el paisaje cambia de aspecto, llenándose de dunas áridas, que ondulan, hasta perderse de vista, en el horizonte. El camino es un simple sendero trazado por el paso de las caravanas, y que tiende siempre á desaparecer bajo la arena que levanta el *simoun*; pero de vez en cuando el esqueleto de un caballo, de un camello ó de un hombre sirve en cierto modo de mojón indicador.

Tal es, hasta el Nilo, la parte del desierto de Nubia que se extiende entre el mar Rojo y el río, en una anchura de unas ciento diez leguas.

El aspecto no se parece en nada al del desierto de Sahara, si bien es quizás más triste y más monótono aún que éste.

Después de una seria deliberación habida entre los tres comisionados, Costerus Wagner, Ignaz Vogel y Peter Gryphins, se decidieron éstos á quedarse en Souakim; y aun cuando Norberto creyó ver en esa resolución un pensamiento hostil, se alegró bastante, pues la compañía de tales individuos no tenía encanto para él. La caravana no se componía, por lo tanto, más que del Sr. Kersain, de su hija, del doctor Briet, del *baronnet* y de Norberto, á caballo todos y seguidos por los criados.

Gertrudis llevaba un traje de montar de cutí blanco, y en la cabeza una especie de casco de tela con velo de gasa azul, que le sentaba muy bien, é iba escoltada por su joven doncella Fatima, en traje árabe, y montando una mula negra como el azabache. Abrían ellas la marcha, los cuatro jinetes las seguían, y Mabrouki-Speke guiaba á todos.

La retaguardia se componía de siete camellos cargados de víveres, de agua y de diversos objetos para formar campamento; y por cierto que no era esa la parte menos pintoresca de la caravana. Iban primero cinco criados árabes, encaramados en el cuello de sus camellos, entre los odres y los fardos, no viéndose de su persona sino parte de su cara bronceada, oculta entre los pliegues de sus blancos albornoces; luego otros dos de aspecto muy diferente; el uno era Tyrrel Smith, ayuda de cámara de sir Bucephalus, que parecía disgustado por el trote duro y desigual de su cabalgadura; el otro, muchachón de cara

morena y alegre, vestido con traje gris y llevando en la cabeza un gorro argelino, era Virgilio, el *brosseur* (1) del Sr. Mauny.

Y decimos *brosseur*, por la sencilla razón de que esa era la palabra con que contestaba cuando le preguntaban por su profesión; y en verdad que ningún vocablo podía definir mejor sus ocupaciones. Hasta entonces había sido asistente de oficiales franceses en un regimiento de tiradores argelinos, á que pertenecía el hermano de Norberto, capitán del ejército africano; y cuando supo éste que el joven astrónomo partía para el Sudán, eligió á Virgilio entre todos para que le asistiera, porque sabía lo mucho que para compañero y para sirviente valía, por su asiduidad y esmero en toda clase de servicios.

Este buen muchacho no podía aspirar á la dignidad de ayuda de cámara, ni de cocinero, cochero ó *groom*. Ignoraba por completo los principios más elementales de la etiqueta, y desconocía las más pequeñas exigencias de la vida culta; era un *brosseur*, y nada más; pero un *brosseur* lleno de recursos, incomparable, lo que se llama en campaña *un buscalo todo*.

En aquel momento Virgilio se divertía mucho, viendo la cara, cuidadosamente afeitada, de Tyrrel, en la que se dibujaba un gran descontento.

—Y bien, amigo, le dijo, dándole un golpecito en el hombro, cosa fácil, puesto que sus camellos andaban á la par: me parece que os hallaríais mejor en un vagón de primera clase, ¿no es verdad?

Además de que semejante familiaridad no gustaba al Sr. Tyrrel Smith, comprendía muy poco el francés; así es que se contentó con hacer una mueca desdeñosa, queriendo dar á conocer la gran diferencia que existe entre el ayuda de cámara de un *baronnet* y el *brosseur* de un simple astrónomo.

Pero Virgilio no notó siquiera el aire de superioridad de su compañero. Cogió una calabaza, artísticamente esculpida, que llevaba colgada del cuello por un cordón encarnado como su gorro, y la presentó á su compañero de viaje.

—Probad esto, camarada; creo que os gustará, dijo sonriendo.

Esta fineza tocó precisamente la cuerda sensible de Tyrrel Smith, que era apasionado del aguardiente francés, y por lo tanto no se hizo rogar para llevarse la calabaza á los labios, no devolviéndola sino después de un prolongado beso. Este sacrificio, hecho en honor del dios Baco, le desató la lengua y le hizo recordar algunas palabras francesas.

—¿A qué hora... llegar... nos... hotel? preguntó con un gran esfuerzo para aparecer amable.

—¡Al hotel! exclamó Virgilio. Supongo que no creeréis que las fondas surgen en el desierto de Nubia como las setas... Es probable que hagamos alto á las doce de la noche para descansar tres ó cuatro horas debajo de una tienda, y después de tomar un ligero refrigerio, volveremos á ponernos en marcha.

—¿Pero... los *gentlemen*... y las *ladies*? dijo Tyrrel.

—Pues bien; los *gentlemen* y las *ladies* dormirán, lo mismo que nosotros, en una manta, comerán un bocado, y volverán á montar.

—Yo... desaprobar... fuertemente... para sir Bucephalus.

La emoción impidió á Tyrrel el que acabara de formular su pensamiento. La idea de que su amo se viera reducido á semejante régimen, le produjo un acceso de *spleen*, del que no salió hasta que, á eso de las doce, llegaron al sitio designado por Mabrouki para punto de descanso, en la bifurcación del camino de Radameh y de Berber.

Esta primera etapa fué recorrida con mucha valentía por hombres y mujeres. Una vez apeados, los criados árabes encendieron antorchas, plantaron palos y levantaron tiendas. Hecho esto, nuestros viajeros se sentaron en el suelo, alrededor de una alfombra cubierta de provisiones, que comieron con gran apetito.

Tyrrel Smith notó con gran pesar la absoluta carencia de servicio de mesa. Protestó contra esa violación de las leyes de la etiqueta, colocándose detrás de su amo, sombrío é inmóvil, con frac, corbata blanca y guantes del mismo color, permaneciendo así durante todo el tiempo que duró la comida.

Terminada la cena, Gertrudis y Fatima se retiraron á una de las tiendas, los tres franceses y el *baronnet* se recogieron en otra, y todos no pensaron más que en descansar.

Pero su reposo no duró mucho. Apenas hacía una hora que estaban dormidos, cuando fueron despertados por una gran algazara de voces y por las pisadas de hombres y caballerías.

Fatima salió de la tienda para ver qué ocurría.

—Es una tribu de bereberes que va á ver al *mogaddem* de Rhadameh, dijo volviendo en seguida. Son lo menos ciento, montados en burros.

—¡Es menester ver eso! exclamó Gertrudis, que se levantó para ir en busca de su padre y de los demás viajeros, ya levantados también para examinar á los recién llegados.

Los bereberes montaban todos asnos muy pequeños, que guiaban con un simple ronzal. Había entre ellos algunas mu-

(1) *Brosseur*, según el Diccionario francés de Larousse, es un soldado destinado como asistente al servicio de un oficial.

jeres y una docena de niños completamente desnudos, y cuyo primer cuidado, al ver un charco de agua estancada cerca del campamento, fué ir á revolcarse en ella. Los recién llegados se instalaron también allí, y poco después el silencio reinó de nuevo en el desierto.

De repente, un ruido inesperado vino otra vez á turbar el sueño de nuestros viajeros.

—¿Qué es eso? preguntó Gertrudis asustada.

—¡Un asno que rebuzna! respondió Fatima.

Era, en efecto, uno de los borriquillos, que, satisfecho, sin duda, por haber encontrado un poco de hierba y alguna frescura, expresaba su alegría de ese modo, no por notas agudas, como sus hermanos de Europa, sino por una escala de sonidos bajos y profundos, que es cosa mucho más molesta. El *solo* de ese maestro cantor duró lo menos tres minutos.

—¡Por fin! exclamó la señorita Kersain cuando el burro acabó su canción; ¡ya somos felices!

Pero otro empezó en seguida.

—¡Ay! dijo Fatima desconsolada. ¡Todos van á hacer lo mismo, uno después de otro!

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh! Lo sé perfectamente, amita mía; cuando uno empieza, todos le imitan... Son más de sesenta; tenemos música para tres horas, por lo menos.

—¿Estás segura de ello?

—¡Vais á oirlos! ¡bien los conozco! replicó Fatima con tristeza.

—¿Entonces no vamos á poder dormir?

—¡Ay, no!

—¡Pues estamos divertidas!

Conversaciones del mismo género habían empezado en las demás tiendas, porque por todos lados se oían voces y exclamaciones de disgusto. Mientras tanto, un tercero, un cuarto y un quinto borriquillo proseguían la lenta y monótona serenata.

Tyrrel Smith fué el menos paciente de los auditores, pues salió de su tienda armado de un bastón, con el que pegaba á diestro y siniestro á los borricos, diciendo:

—¿Os callaréis, horrorosos animales? ¡No podéis dejar dormir á un *gentlemen*! gritaba furioso.

Pero los burros, dominados por un verdadero frenesí musical, entonaron en coro una formidable melodía. Tyrrel Smith, cegado por su celo, y tomando este *crescendo* por una provocación personal, pegaba cada vez más fuerte, sin atender á los gritos y vociferaciones de los bereberes, escandalizados por semejante conducta.

Virgilio acudió á su vez.

—¡Detenéos! exclamó. No hacéis así otra cosa que excitarlos cada vez más. Conozco el medio de hacerlos callar; venid conmigo.

Llamó á los demás criados y les dió sus instrucciones, y en seguida, con general sorpresa, una tranquilidad profunda sucedió á aquel ruido infernal.

El medio empleado por Virgilio era de los más sencillos. Sabiendo que los asnos no pueden rebuznar á sus anchas sino con la cola hacia arriba, imaginó obligarles á bajar ese apéndice, reuniéndoles en derredor de los fardos y atándolos por la cola á las cuerdas de los paquetes. El argumento pareció sin réplica á los borriquillos, que no volvieron á rechistar.

Después de reir mucho por el invento de Virgilio, todos se fueron á descansar.

A las cuatro de la mañana, Mabrouki anunció, por medio de su carraca, que había llegado la hora de ponerse otra vez en camino. Los viajeros salían ya de sus tiendas, y oyeron á Virgilio decir con tono de enfado:

—¡Ah, perros árabes! ¡Ladrones consumados! ¡Ya me las pagaréis!...

—¿Qué sucede, Virgilio, qué ocurre? preguntó el Sr. Mauny, acudiendo á las voces de su criado.

—¡Hay... hay que esos perros negros del demonio se han marchado antes que nosotros, llevándose todas nuestras provisiones!

—¿Es posible?

—Vedlo. ¡Todo se lo han llevado! La carne, las conservas, la galleta... ¡hasta los odres del agua...! Y esto nada más que por maldad, porque tenían aquí bastante agua, sin precisión de llevar la nuestra.

—Es menester perseguirlos, dijo Norberto; no deben de estar muy lejos aún.

—¿Qué os parece, Mabrouki? preguntó el Sr. Kersain.

—Que no adelantaremos nada. Suponiendo que los alcancemos, como habrán tenido buen cuidado ya de ocultar los víveres entre la arena, se separarán en cuanto nos vean y no conseguiremos rescatar los objetos robados.

—Pues bien; ¿qué hacer en este caso? ¡No podemos, sin embargo, exponernos á morir de hambre!

—Hay un medio.

—¿Cuál es?

—Ir á la *zaouia* de Daïs á comprar algunas provisiones.

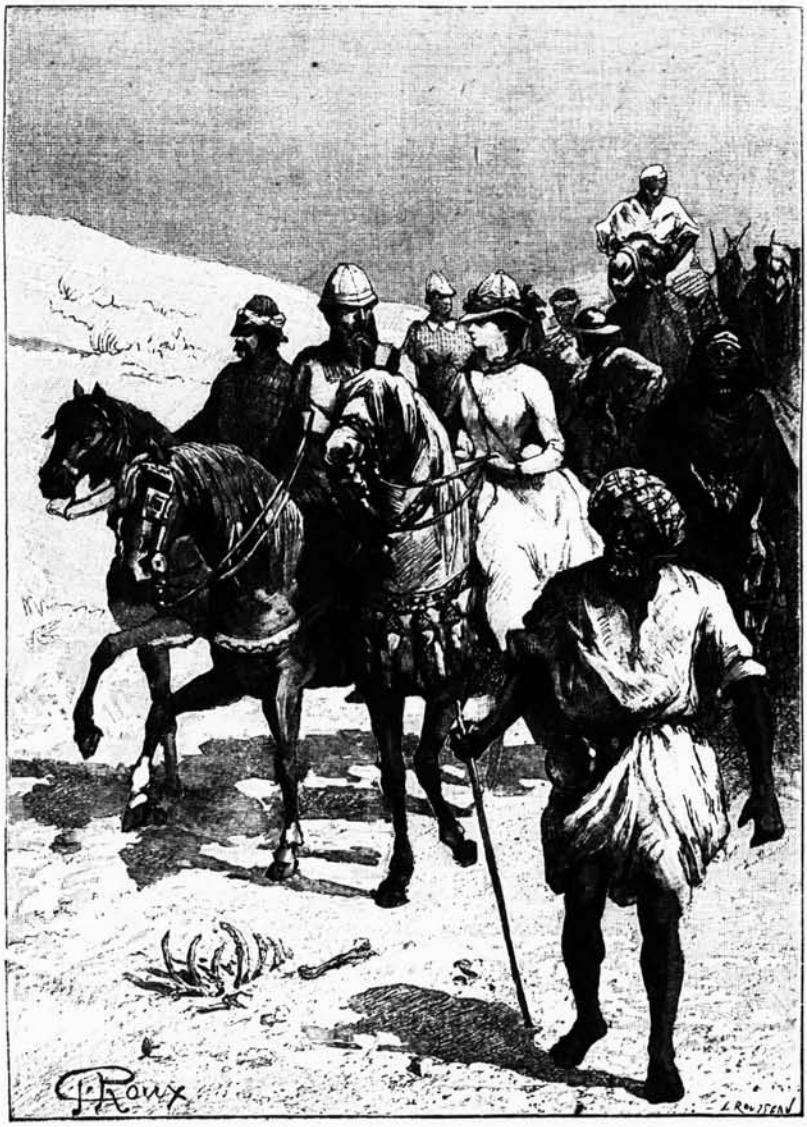
—¿Está lejos?

—A unas tres leguas de aquí, hacia Levante; pero el camino es demasiado malo para los caballos.

—Entonces, ¿qué partido debemos tomar?

—Si queréis, iré yo con dos hombres y dos camellos, y os alcanzaré en la primera parada; no tenéis más que ir siempre en línea recta al Sur; uno de los árabes os guiará.

Este plan fué adoptado y ejecutado sin perder más momento que el necesario para recoger las tiendas.



Gertrudis llevaba un precioso traje de montar, y en la cabeza un casco de tela.

Mabrouki partió en seguida.

En aquel instante apareció un ser tan extraño, que fué muy difícil reconocer con aquel aspecto al correcto é irreprochable Tyrrel Smith. Era, sin embargo, él; pero tan mojado y cubierto de barro de pies á cabeza, que su estado resultaba bastante lastimoso. Una carcajada general acogió su llegada.

—No lo entiendo, dijo; es preciso que haya llovido mucho, pues cuando me he despertado me he encontrado así.

—¿Habláis formalmente? preguntó Virgilio estupefacto; mas luego, reflexionando, corrió á la tienda que había ocupado el ayuda de cámara modelo, y la encontró inundada. El suelo formaba un charco, en medio del que nadaban los odres, antes llenos y á la sazón completamente vacíos.

—¡Otra picardía de esos perros bereberes! dijo Virgilio. Es la recompensa de los palos que habéis dado á sus borriquillos.

—¡Felicitémonos porque no se han llevado los odres! exclamó el doctor Briet, muy optimista por naturaleza. Así podremos llenarlos en este charco.

—Sí, dijo Virgilio. Llenarlos con el agua en que se han limpiado los negritos.

—¿Cómo es eso?

—Tanto se han revolcado en él, que no queda una sola gota de agua potable; ya no es más que fango.

Los viajeros observaron con gran pena que Virgilio decía la verdad. En cuanto á Tyrrel Smith, su indignación no tenía límites.

—¿Ya no hay agua? preguntaba con voz ahogada por la emoción.

—¡Ni una sola gota!

—Pero entonces, dijo rojo de ira Tyrrel Smith, ¿cómo preparar yo el *tub* de sir Bucephalus?

—¿El qué?

—El *tub*... el baño... vamos.

—¡Ah, bueno! exclamó Virgilio. Eso es lo que menos me preocupa; os lo aseguro.

Pero esta contestación no consoló á Tyrrel Smith.

Se pusieron en camino, sin mucho entusiasmo esta vez, pues todos sintieron no tener algo que comer. Algunos instantes antes de partir, habían visto á Virgilio arrancar puñados de hierba seca y recoger pedacitos de leña, haciendo con ello un haz bastante regular.

—¿Teméis helaros en el camino, y pensáis encender fuego encima del aparejo? le preguntó Tyrrel, herido aún por sus burlas.

—Habéis adivinado la cosa, replicó Virgilio sin alterarse lo más mínimo.

El sol no había salido todavía; el aire era suave y fresco; andando y hablando, los viajeros olvidaban que no se habían desayunado, y que el almuerzo era muy problemático.

El doctor Briet, siempre lleno de curiosidad para saber lo que Norberto y su comité de vigilancia venían á hacer en el Sudán, procuró por dos ó tres veces sorprender su secreto, pero el joven sabio eludía siempre sus preguntas; y en cuanto al inglés, apenas respondía sino con algún monosílabo.

Después de tres horas de marcha, llegaron al lado de un grupo de árboles anémicos; el suelo estaba cubierto de musgos y césped, cuyas hojas delgaditas parecían cristal hilado. El guía árabe declaró que aquel era el sitio designado por Mabrouki para reunirse á ellos, y sin vacilación alguna se estableció inmediatamente el campamento; mas en vano buscaron el agua que la verdura hacía esperar, pues no encontraron ni muestras de ella.

Pasaron dos horas esperando á Mabrouki. El sol estaba bastante alto, el calor empezaba á molestar, y los estómagos se hallaban hambrientos.

—¡Tenemos escopetas! exclamó de repente Virgilio. ¡Yo no veo la necesidad de que esperemos más tiempo para almorzar!

Y antes de que se le pudieran pedir explicaciones, las daba él, matando dos pájaros de la familia de los faisanes, que descubrió en la cima de una palmera.

Sir Bucephalus y Norberto, viendo que el ingenioso Virgilio había encendido lumbre con la leña que trajo de la primera etapa, y que se disponía á desplumar á los faisanes, imitaron su ejemplo y mataron una docena más de aves de diferentes especies. Era ya bastante para que se desayunaran; pero algo de pan no hubiera estado demás, y así lo hizo notar Gertrudis.

—¡Pan!... exclamó Virgilio. ¡Nada más fácil que tenerlo! ¡Es asunto de un cuarto de hora!... ¡Eh, compañero! añadió dirigiéndose á Tyrrel Smith. ¡Venid por aquí conmigo!...

Y le llevó hacia una hondonada abierta por las lluvias, en la que crecía una especie de caña, de dos ó tres metros de largo.

—¿Qué haríais con esto? preguntó al ayuda de cámara en tono de burla.

—¿Con esas cañas? ¡No sé para qué pueda serviros eso!...

—No son cañas. En Argelia se llama *sorgho*, y los habitantes de este país le dan el nombre de *dhoura;* no es de primera calidad, tal vez; pero cuando no hay donde elegir... Empezaremos por hacer la recolección, y luego nos transformaremos en panaderos...

Hablando de esta manera, cortaba varios tallos de *sorgho*, cargados de grano, y, haciendo haces, los llevaron al campamento. El grano estaba en perfecto estado de madurez, y se molió perfectamente entre dos piedras.

—¡Pero para hacer pan, es menester agua! dijo el doctor.

—Estoy pensando en ello, respondió Virgilio.

Y metió la mano en su bolsillo, sacando

una bala de plomo y cargando cuidadosamente su escopeta. Luego se puso á mirar con mucha atención una enorme higuera, que, de forma rara y completamente desprovista de ramaje, estaba situada á unos treinta metros de distancia. De repente alzó la escopeta, y tiró á aquel tronco.

—¡Bueno! exclamó Smith. ¡Ahora se entretiene en tirar al blanco!...

El tiro salió, la bala penetró en la higuera, y en seguida un hilito de agua fresca y clara salió por la herida.

Fatima abría los ojos cuanto podía, y no estaba lejos de considerar á Virgilio como brujo. Este cogió un odre y se puso á llenarlo en su improvisada fuente.

—¡Lo que es el ingenio! exclamó el doctor. Ya sabía yo que los habitantes del Sudán tienen por costumbre ahuecar ciertos troncos de árboles para transformarlos en aljibe, cerrándolos con cuidado; pero jamás creí hubiera agua en aquella higuera, ni hubiera tratado de buscarla así.

—¡Oh! No soy el inventor del procedimiento, dijo Virgilio con modestia. Los *tuaregs* tienen por costumbre abrir así sus depósitos, y como esa higuera me pareció serlo, he querido saber si me equivocaba. Pero este odre está lleno ya... señor Smith; hacedme el favor de sostenerle para que vaya yo á buscar los otros.

El doctor fué á reunirse con los demás viajeros que habían buscado en la tien da de campaña un abrigo contra los ardores del sol, y les contó la hazaña de Virgilio.

Todos quisieron ver el árbol maravilloso, y beber cuanto antes algunos sorbos de agua.

Al llegar al pie de la higuera, hallaron á Virgilio de pésimo humor.

—¡Ya no hay agua!... exclamó, y no sé en dónde se ha metido Tyrrel con el odre lleno que le he entregado... ¡Smith!... ¡Smith!... decía á voz en grito.

—¿Qué queréis? respondió desde lejos el ayuda de cámara.

—¿En dónde estáis? Y, sobre todo, ¿qué habéis hecho del agua?

—¡El agua!... ¡Cáspita! ¡Aquí está!...

Y la cara flemática de Tyrrel Smith apareció en el umbral de una de las tiendas.

Virgilio echó á correr en aquella dirección, seguido por los sedientos viajeros; pero un espectáculo inesperado se ofreció á su vista.

El modelo de los criados había sacado del fondo de su cofre un magnífico *tub* de goma, lo había colocado en el suelo y había vertido en él hasta la última gota, perfumando el agua con un frasco de vinagre de olor; hecho esto, se puso muy satisfecho á esperar con un peinador blanco en el brazo, y dijo á sir Bucephalus, con tono enfático, inclinandose ante él:

—¡El baño del señor está pronto!

Virgilio, lleno de colera, dió un salto hacia Tyrrel, queriendo estrangularle.

—¡Triple animal! decía á su vez el *baronnet;* ¡esta es otra bestialidad!... Señorita y caballeros, no sé, en verdad, cómo disculparme... Creed que no he participado de la increíble tontería de mi criado, y no sé lo que me detiene para no echarlo boca abajo en su maldecido baño.

Tyrrel Smith, más admirado que contrito, parecía no comprender el motivo de aquellos reproches. ¡Tan natural le parecía lo que había hecho!

Si hubiesen dejado obrar á Virgilio, se hubiera encargado seguramente de modificar este modo de ver; pero, felizmente para las orejas de Tyrrel Smith, Mabrouki-Speke llegó en aquel momento.

Se había retrasado más de lo que creía, por el pésimo estado del camino y la lentitud de los moradores de la *zaouia;* pero, en fin, traía provisiones, agua fresca y cuanto se necesitaba. Todos se reían de la malaventura de Virgilio, quien se prometió vigilar á su compañero Tyrrel.

El viaje concluyó sin más percances.

A la puesta de sol volvieron á ponerse en camino, para detenerse á las doce y volver á partir á las cuatro de la madrugada, á fin de llegar temprano á la residencia del *mogaddem.*

CAPITULO IV

EL «MOGADDEM» Y SU ENANO

Eran las siete de la mañana, y el sol abrasaba ya, cuando Mabrouki-Speke, extendiendo el brazo hacia una mancha blanca que se dibujaba en el horizonte, dijo:

—¡He ahí Rhadameh!

Todos los anteojos salieron de sus estuches, y nuestros viajeros divisaron un cimborrio, un minarete y unos muros blanquísimos entre el verde de los árboles.

—Llegaremos antes de tres cuartos de hora, añadió el guía.

—¡Ya es tiempo! exclamó la señorita Kersain, llevándose las manos á la cabeza; este casco me sofoca, y no me atrevo á quitármelo.

—¡Guardáos bien de hacerlo así! dijo Norberto con solicitud; tendríais una insolación, que es menester evitar.

—Más quisiérais que hiriese otra cabeza, la mía, por ejemplo, dijo riendo el doctor Briet, enjugándose la frente. ¡Estos jóvenes astrónomos carecen por completo de previsión! ¡Figuráos qué sería de los expedicionarios faltándoles el médico! ¡Y sin embargo, por más que me he quedado sin nada en la cabeza, no lo habéis notado siquiera!...

En menos de media hora la pequeña caravana llegó al pie de la colina; los caballos y los camellos subieron con mucho ahinco por un camino pedregoso, y pronto se detuvieron en una especie de plaza cerrada al Este por los muros de la *zaouia* (nombre que se da en Oriente á los conventos ó sitios que sirven de residencia á un dignatario eclesiástico).

Los viajeros se apearon en medio de una turba de peregrinos de diferentes colores, edades y tribus, venidos para consultar al célebre *mogaddem*.

Allí se hallaban negros de Darfour y de Kordofán; árabes con grandes albornoces, turcos con pantalones bombachos, y hasta mercaderes judíos, bullendo por entre los caballos, los asnos y los camellos.

Algunos de aquellos borricos se parecían mucho á los que Virgilio había curado de su monomanía musical. Pero ¿cómo asegurarse de que eran los mismos, ó reconocer en aquella masa heterogénea de hombres, mujeres y niños á los bereberes entrevistos sólo de noche? Nadie pensó en ello, pues tenían todos prisa por despachar los negocios, y por consiguiente por ver al *mogaddem*.

Este recibía los homenajes de los fieles en un vasto salón enlosado, que daba salida á la plaza por una puerta de dos hojas.

Siendo libre la entrada á dicho recinto, los viajeros penetraron en él, como todo el mundo.

Su primera inspiración fué la del placer físico que experimentaron al encontrarse en una gran nave abovedada, recibiendo la luz tan sólo por una ventana muy alta, con cristales de colores, y cuya deliciosa frescura deleitaba, principalmente cuando acababan de sufrir un calor tórrido y un sol que abrasaba la vista.

Cuando su vista se acostumbró á la semioscuridad que reinaba en aquel lugar, divisaron al otro extremo del salón á aquel que venían á buscar.

El santo varón estaba sentado á la usanza árabe, en medio de una maravillosa alfombra cuadrada, único adorno visible en la desnudez del suelo y de las paredes.

Vestía una amplia camisa de cotonía, y un estrecho turbante blanco cubría su cabeza; estaba inmóvil, con los ojos mirando al suelo, y como absorto en una profunda meditación. Su delgadez era extraordinaria, y aunque aparentaba apenas unos cuarenta años, numerosos hilos de plata se veían en su barba negrísima. Pasaban por entre sus dedos, delgados y secos como los de una momia, las cuentas de ámbar de un pesado rosario; si no hubiera sido por el movimiento de sus manos, se hubiera podido creer que estaba privado de sentido, pues su boca no parecía ni alentar siquiera, y sus párpados no se movían tampoco para pestañear.

Los fieles se apretaban alrededor de la alfombra, siguiendo con ávida mirada el movimiento de las cuentas de ámbar bajo los dedos del *mogaddem*. De vez en cuando una fila de músicos, apoyados en la pared de la izquierda, pegaban con la palma de la mano en su *tam-tam*. Un lúgubre gemido llenaba entonces la nave, y un estremecimiento, debido á la acción de sagrada idea, invadía á todos los concurrentes. Parecía que esperaban algo, y muchas veces no en vano.

Un palo seco, tirado como por casualidad delante del *mogaddem*, se levantaba de repente, silbando y arrastrándose con un movimiento ondulo so, hasta sus pies venerandos. ¡Era una serpiente!...

Ya los fieles se abalanzaban para salvar al profeta...; pero el reptil alargaba la cabeza y se echaba dócilmente, volviéndose palo otra vez. También acontecía que por una estrecha abertura, practicada en medio de la bóveda, entraban algunas blancas palomas que iban á posarse alrededor del santón, y que de repente, debido á una señal, y á veces á un suspiro, se quedaban á tres metros del suelo, con las alas desplegadas, é inmóviles cual si se hallasen suspendidas en el espacio... Otra señal ú otro suspiro, y todas volvían á emprender el vuelo...

Los fieles quedaban estupefactos ante tales prodigios, y á cada nuevo milagro se despojaban apresuradamente de todo lo más precioso que poseían: un puñal con vaina de plata, una bolsa de seda, un coco primorosamente tallado, cuanto tenían de algún valor, lo echaban á los pies del santón: pero él, indiferente á tales manifestaciones, continuaba en su divino éxtasis. Era preciso, para atraer su atención, ofrendas de mayor importancia, como, por ejemplo, una pieza de tela de seda, una escudilla llena de polvo de oro, un pedazo de marfil... Entonces suspiraba, levantaba sus pesados párpados y balbuceaba algunas palabras en respuesta á la pregunta que se le hacía.

El primer sitio á la derecha estaba ocupado por un ser singular, una especie de gnomo, tan deforme, que atrajo la curiosidad de los extranjeros antes que el mismo *mogaddem*.

Su estatura no era mayor que la de un niño de cuatro años, aunque sus hombros tenían una anchura extraordinaria; era literalmente tan ancho como alto, y sus brazos, cuyos músculos salientes anunciaban una fuerza nada común, caían casi hasta sus pies desmesurados. Si se añade á esto una tez de ébano, una boca extremadamente grande, una nariz muy abierta y aplastada, y unos ojos ocultos detrás de enormes gafas de cristales opacos, se tendrá el retrato de un verdadero monstruo. Su traje se componía de una blusa india, de seda encarnada, sujeta á la cintura por una ancha faja azul, de un pantalón de color claro, de botas de tafilete amarillo, y de un inmenso turbante blanco, del que parecía salir su boca; tan corta era la distancia que había desde la frente á la barba.

Aquel enano parecía ser mudo. De pie en el borde de la alfombra, á unos dos metros del *mogaddem*, le miraba á través de los cristales de sus gafas, sin parecer notar que se hallaban en presencia de multitud de personas de todos sexos, edades y naciones. De vez en cuando cambiaban entre sí algunas señas, que debían servirles de lenguaje particular. Este misterioso modo de comunicarse aterrorizaba á los fieles. El doctor Briet dijo por lo bajo á Norberto que le parecía que aquellas señas eran el alfabeto de los sordomudos.

En el momento en que los viajeros entraban en el salón, la impasibilidad del enano se desmintió un instante, y un gesto de sorpresa ó de admiración se le escapó. Sus ojos lanzaron llamas por debajo de sus lentes; pero casi en seguida recuperó su actitud pasiva, y volvióse á contemplar al *mogaddem*, siempre con éxtasis.

El guía Mabrouki depositó en la alfombra los regalos, sin los que no se podía presentar nadie ante el santo varón. La austera fisonomía de éste se iluminó

con un rayo de alegría terrenal cuando vió á sus pies un cronómetro de oro, un telescopio, una hermosa escopeta de dos tiros, y un crespón de China. A pesar de su cuidado en conservar sus párpados pesadamente caidos, se vieron brillar sus ojos, y saliendo de su contemplación, exhalando un largo suspiro, se dirigió á echar sobre sus nuevos fieles una mirada de mansedumbre.

El *mogaddem* había vuelto á su profunda inmovilidad, de la que salió otra vez para consultar al enano con una mirada. Este hizo rápidamente diversas señas, y luego, prosternándose, tocó por tres veces el suelo con su frente.

Después de un nuevo intervalo de silencio, el santón pronunció con voz débil algunas palabras, que Virgilio se apresuró á traducir, diciendo que el santón estaba dispuesto á prestar á los viajeros el apoyo de los valerosos hijos de Cherofa; pero era menester antes que consultasen con el oráculo.

—¿Qué oráculo? preguntó Norberto.

—El del santón el *cheikh* Sidi-Mohammed-Jeraib, contestó discretameute Mabrouki, mientras que el *mogaddem*, caído de nuevo en su meditación, no daba ya señales de vida.

—¿Y dónde pára ese santón?

—En su sepulcro, á quinientos pasos de aquí, respondió con dulzura el anciano guía, quien, á fuerza de tan largo trato con los europeos, estaba acostumbrado á no admirarse ya por la audacia de su lenguaje. «Sólo que, añadió á media voz, esto costará algo aún.»

—¡Qué importa, si es necesario!...

—¡Y luego puede ser una diversión! exclamó Gertrudis, que esperaba ver nuevos prodigios.

Sin más ocuparse del santón ni de su enano, que ya daba señales que indicaban haberse acabado la sesión, los extranjeros salieron para dirigirse á la tumba del *cheikh*, cuyo monumento se divisaba á unos trescientos ó cuatrocientos metros de la *zaouia*.

Siendo tan corto el trayecto, lo recorrieron á pie. No bien habían andado veinte pasos, cuando la señorita Kersain tropezó con una piedra, y entonces el *baronnet* y Norberto se apresuraron á ofrecerle á un tiempo su brazo.

Gertrudis se sonrió, y no queriendo despreciar á ninguno de ellos, aceptó alegremente los dos apoyos que se la presentaban; pero semejante conducta no agradó mucho á dichos señores, que se pusieron muy serios, y esta seriedad contribuyó á aumentar la alegría de la linda hija del Cónsul.

—¡Qué monstruo más horrible! exclamó riendo. ¿Habéis notado, señores, su parecido con los monos? Me estoy preguntando de dónde puede provenir la influencia que parece ejercer sobre el *mogaddem*... pues es claro como la luz del día que aquel santo varón no hace nada sin su parecer.

—¡Deben haber cometido juntos alguna fechoría! dijo Norberto con trágico tono.

—¿Por qué esta suposición? preguntó sir Bucephalus. ¿No basta una misma fe para que estén estrechamente unidos?

—Fe en el poder del dinero, sin duda, replicó irónicamente el joven sabio, á quien no se le había escapado la ávida mirada que el *mogaddem* echó á su ofrenda.

—No la niego, y la veo perfectamente compatible con las más nobles convicciones, replicó el inglés. ¿Qué pueden hacer sin dinero?

—Yo opino que el enano es sencillamente el prestidigitador del *mogaddem*, dijo el doctor, que escuchaba, juntamente con el Sr. Kersain, esta conversación. ¿Os habéis fijado en su traje indio? Los he visto varias veces iguales en Bengala, llevados por los juglares de aquel país, y que hacían precisamente los mismos juegos de la serpiente, las palomas y otros aún más sorprendentes.

—¡Estos lo son bastante! exclamó Gertrudis. ¿Cómo harán para conseguir que aquellas palomas se sostengan inmóviles en el aire?

—Es probable que sólo estén así en *apariencia*, batiendo ligeramente las alas, y que se hallen bajo la influencia de una especie de hipnotismo. Yo he visto cosas mejores en la India; un niño de siete años en la misma postura que las palomas del *mogaddem*.

—¿Que lo habéis visto, decís, doctor?

—Con mis propios ojos; lo que se llama visto, al aire libre, sin ninguna superchería, quiero decir, sin hilos suspensores ni apoyo de ninguna clase. Imposible es explicarse este fenómeno con las actuales nociones científicas europeas. Y no es el único ejemplo de este género. En otra ocasión he visto un juglar bengalí sembrar un suelo completamente seco, cual lo es la calle de un jardín, y sin más operación que arañar la tierra con las uñas, una semilla de camelia, que nació delante de los espectadores, creció hasta las dimensiones de un arbusto y se cubrió de flores, y todo esto en menos de un cuarto de hora...

—¡Es inaudito!

—¡Oh! Este prodigio puede aún explicarse por una ilusión de los sentidos, resultado de una prodigiosa habilidad de manos del taumaturgo. Pero hay todavía otros juegos que hacen aquellos juglares, que no me atrevería á contar, por lo increíbles que parecen. Aquellas gentes poseen un sinnúmero de secretos tradicionales, cuya explicación afecta á fenómenos que la ciencia moderna empieza apenas á conocer.

Hablando así, llegaron á la tumba del *cheikh*, pequeño edificio cúbico compuesto de una sola habitación de cinco metros de largo por cuatro de ancho, terminado en una cúpula á la que tres hermosísimas palmeras prestaban su sombra.

Bajo el pórtico los *derviches*, de cara apergaminada y con la cabeza completamente afeitada, esperaban á los fieles, y apenas vieron á nuestros viajeros, los salieron al encuentro, haciéndoles muchos saludos. Sabiendo por Virgilio que iban á consultar el oráculo, empezaron por pedir una ofrenda de cinco duros por persona; y una vez percibida ésta y guardado el dinero, dijeron que la segunda formalidad que había que llenar era la de descalzarse para penetrar en el santuario. Los viajeros tuvieron, pues, que someterse y dejar sus botas en la puerta.

En aquel momento una nueva dificultad se presentó. Los dos *derviches* se oponían á la entrada de la señorita de Kersain y de Fatima en la sala cuya puerta acababan de abrir, y para obviar este religioso escrúpulo hízose necesario entregar otra moneda de oro, metal precioso que, como es sabido, tiene la virtud de allanar todos los obstáculos.

Entraron, por fin, los viajeros en aquel santísimo recinto. Era una vasta sala que tenía por todo adorno una alfombra bastante desgastada ya por las rodillas de los devotos de aquel santón. En el ángulo de la derecha se veía una especie de copa ó jarrón sin abertura aparente. Uno de los *derviches* explicó por medio de Virgilio, que hacía de intérprete, que aquella copa recibía las preguntas de los que deseaban consultar, y daba las respuestas del oráculo; pero que antes era preciso pronunciar la fórmula consagrada.

—Sea, dijo Norberto encogiéndose de hombros. Puesto que es preciso, dictad esa fórmula.

Los dos guardianes del sepulcro se prosternaron entonces sobre la alfombra, y levantando las manos por encima de su cabeza, rezaron en árabe.

Virgilio reprodujo aquellas palabras con la lentitud conveniente para que su amo las repitiese, cosa que éste hizo, no sin impacientarse,

—Ahora, dijo uno de los *derviches*, el señor extranjero puede dirigirse por sí mismo á Sidi-Mohammed-Jeraib.

—¡Cáspita! dijo Norberto á media voz; ¡bien podía hablar francés este oráculo!

—¡Lo hablo! respondió en seguida una voz cavernosa, que parecía salir de la copa.

Los visitantes, que no esperaban esta divina manifestación, quedaron estupefactos. La señorita Kersain palideció, y Fatima, con los ojos dilatados por el espanto, estuvo á punto de desmayarse; pero Norberto, sobreponiéndose rápidamente á una emoción causada tan sólo por la sorpresa, se inclinó sonriendo, y dijo:

—Sidi-Mohammed-Jeraib: puesto que sabes también el francés, vamos á hablar con toda franqueza. Deseo me prestes tu poderoso apoyo para obtener de la tribu de Cherofa, tu hija bien amada, los medios de transporte que necesito. ¿Quieres concedérmelos?

Al oir el nombre del santón, los dos guardianes echaron mirra en unos pebeteros que llevaban colgados de la cintura, y se pusieron á incensar con ellos, esparciéndose un penetrante perfume por todo el santuario.

La voz que salía de la copa respondió:

—Ante todo, es preciso que me digas lo que te trae al Sudán, y cuál es el objeto de tu empresa.

El joven astrónomo no pudo disimular un gesto de admiración. En cuanto á sus compañeros de viaje, se acercaron á él vivamente interesados por el giro que tomaba el diálogo.

Después de titubear un instante, Norberto tomó de nuevo la palabra.

—Vengo á estudiar las maravillas celestes é instalar al efecto un observatorio en la meseta del Tehbali, respondió.

—¡No dices toda la verdad! replicó el oráculo. ¡Tu objeto es más audaz!

Norberto no contestó.

—Soy omnisciente, repuso la voz. Nada se me oculta. Conozco el presente, el pasado y el porvenir. ¿Quieres que te lo pruebe diciéndote lo que vienes á hacer en el monte Tehbali?

—Con mucho gusto, dijo Norberto riendo á carcajadas.

—¿No te rías, pues no hay por qué. Tu empresa es una locura. Vienes aquí para luchar en contra de las demás leyes que rigen la Naturaleza. Si eres amigo nuestro, no podemos más que tenerte lástima, pues saldrás vencido en esa lucha; y si te tenemos por enemigo, la naturaleza se encargará de vengarnos.

Nada puede dar una idea cabal del efecto que esta siniestra predicción causó en el auditorio. Norberto no se reía ya. A despecho de su incredulidad, le costaba trabajo dominar el estupor que le producían las respuestas del oráculo: le era imposible creer que nadie poseyera su secreto en Rhadameh.

—¿Piensas tú que algo de lo que interesa á los hijos de Allah me es desconocido? No hacía aún tres minutos que habías tú concluido tu proyecto, cuando ya era conocedor de él. He aquí cuál es tu insensata aspiración: *Pretendes suspender el curso de la Luna, acercarla á la Tierra y ponerla al alcance de la codicia humana.* Pero acuérdate de mis palabras: no saldrás bien de tu empresa...

Norberto y sir Bucephalus se miraban llenos de estupor. ¿Era posible que su se-

creto ya hubiera dejado de serlo? ¿Cómo, si no, conocerlo este supuesto oráculo? No había más que un modo de explicarlo, y es que alguno de los comisionados hubiese sido indiscreto, y que esa indiscreción, viajando más de prisa que la caravana, llegara antes que ellos á Rhadameh, encontrando allí, no sólo un oído para escucharla, sino también un intérprete inteligente para transmitirla en francés por la singular voz que salía de la copa del oráculo.

El doctor Briet no disimulaba el interés que le inspiraban aquellas revelaciones. Sus chispeantes ojos se fijaban tan pronto en Norberto como en el inglés, interrogando su fisonomía para encontrar en ella la confirmación de las palabras del oráculo. El Sr. Kersain y Gertrudis no estaban menos admirados; en cuanto á Fatima, desde que la voz se dejó oir, había caído de rodillas, y con la cara tapada con las manos, parecía presa de un supersticioso terror. Y en verdad que aquella voz amenazadora que parecía salir de las entrañas de la tierra, los suspiros de los guardianes, el perfume que se escapaba de los pebeteros en espirales azuladas, todo esto era más que suficiente para obrar sobre los nervios, altamente impresionables, de la joven doncella de Gertrudis. Sólo Virgilio no se preocupaba, mirándolo todo á través de su acostumbrada filosofía. Norberto fué el primero que se tranquilizó.

—En, fin, dijo con tono impetuoso; si sabes cuál es nuestro proyecto, sabes también que no tiene nada de hostil para el pueblo árabe. ¿Quieres, sí ó no, darnos los medios de transporte que necesitamos?

—Sí quiero, respondió el oráculo. Pagarás adelantado veinte duros por hombre y bestia, y dentro de siete días los ochocientos camellos que te son indispensables te esperarán, con sus conductores, bajo los muros de Souakim.

—¡Esto es lo que se llama hablar poco y bien! exclamó sonriendo Norberto; este oráculo sabe tratar perfectamente los negocios. ¿A quién hay que pagar los dieciséis mil duros?

—Al oráculo del *mogaddem*, que irá, provisto de un recibo, á recogerlos al Consulado francés.

—Asunto concluído. Pero, díme, Sidi-Mohammed-Jeraib: la alianza que contraemos, ¿concluirá con el transporte?

—Durará tanto tiempo como dure el tributo que pagues al *mogaddem*.

—¿Qué tributo?

—El que le debes, si quieres que sus hijos te protejan en el desierto y te proporcionen los brazos que te faltan para tus trabajos.

—¡Cómo! dijo Norberto con alguna ironía: ¿se prestarán á servirme en la empresa que condenas?

—Sí, si pagas el tributo, pues no tienen ellos que inquietarse por tus proyectos.

—¿Y á cuánto asciende el tributo?

—Treinta veces veinte duros al mes.

—Consiento, respondió Norberto.

—Entonces, adiós... y que Allah esté contigo.

Después de estas últimas palabras, un lúgubre gemido salió de la copa, y los guardianes, levantándose en seguida, entonaron una lenta salmodía, andando hacia atrás, en dirección á la salida, sin dejar de mover los pebeteros. Los visitantes, imitando instintivamente aquel movimiento de retirada, se encontraron en la puerta, entregados aún á la sorpresa que habían experimentado, y se calzaron sin desplegar los labios. Fatima, completamente aturdida por los prodigios á que había asistido, no hallaba sus babuchas, y de seguro que no hubiera dado con ellas si el complaciente Virgilio no las hubiera cogido y entregado á la desconcertada joven.

Ya fuera de aquel santo lugar, se pusieron en marcha hacia el apartado sitio en que Mabrouki había levantado el campamento, en el que les esperaban provisiones frescas, que el viejo guía buscara y adquiriera en la *zaouia*. Al cabo de algunos instantes, todos los testigos de la escena del sepulcro, menos Norberto, empezaron á hablar de sus impresiones sobre los hechos que habían presenciado, de suyo tan extraños.

Nadie los comprendía; sospechaban, sí, que se trataba de alguna diestra supercherría; pero no sabían de qué medios se habían valido para ello. La explicación dada por el oráculo de los proyectos del joven astrónomo excitaba en alto grado la curiosidad, especialmente en el doctor.

—Veamos, sir Bucephalus, decía riéndose. Sois de la conspiración, y conoceréis si el oráculo ha dicho la verdad... Aquí tenéis á la señorita Kersain, que se muere por saber... ¿Dejaréis al Sr. Mauny el placer de revelárselo?

—¡Hablad por vos, querido tío, os lo ruego, exclamó alegremente Gertrudis, y no procuréis ocultar vuestra curiosidad haciendo resaltar la mía! Bien sabéis que hace tres días no tenéis ni paz ni sosiego porque ignoráis el secreto de estos señores.

—Pues bien, lo confieso, replicó el doctor; pero os juro que mi curiosidad es puramente científica.

—Es cierto que el Sr. Mauny no ha negado lo que ha dicho el oráculo, dijo el Cónsul; pero si no juzga conveniente decirnos sus proyectos, no debemos provocar su confianza.

—¡Bah! respondió el doctor. ¡Su secreto ya no lo es!

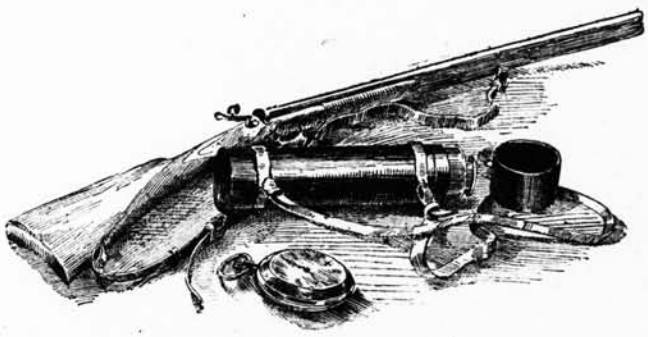
En este momento Norberto salió de su ensimismamiento.

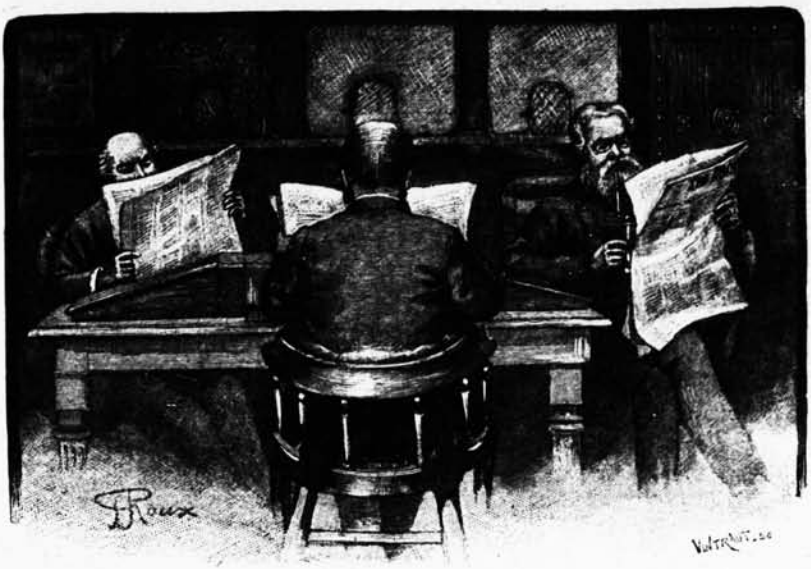
—El artificio de que se sirve aquel oráculo es muy sencillo, dijo de repente dirigiéndose al Cónsul y á su hija. Debe de ser un tubo acústico, establecido entre la *zaouia* y la tumba del *cheikh*, que le permite al *mogaddem* oir las preguntas y contestar á ellas, como no sea un simple hecho de ventriloquia. Lo singular es que hable tan bien el francés, y, sobre todo, que esté enterado de mis proyectos. Porque tengo que confesar que no se ha equivocado... Vengo, es verdad, al Sudán con la pretensión de que la Luna baje á mi alcance; y, so pena de pasar por un loco, es menester ahora que os explique de qué medios me he de valer para tener éxito completo... ¿No es también vuestro parecer, caballero? añadió dirigiéndose al *baronnet*.

—Seguramente, respondió éste.

—Pues bien, prosiguió Norberto; si la señorita y estos señores quieren honrarme con su atención, les contaré durante el almuerzo cómo ha nacido una idea que á primera vista debe parecerles loca. No pido que la encuentren hacedera; sólo les ruego crean que tengo muy buenas razones para no considerarla tan insensata como lo pretende la sombra del *cheikh*.

Así arregladas las cosas, con gran satisfacción del doctor Briet, llegaron á la tienda y se sentaron para almorzar. A los postres, el astrónomo tomó la palabra. No seguiremos su relato; sólo daremos á conocer lo esencial de él, añadiendo, no obstante, algunos detalles que, por una reserva muy natural y explicable, dejó Norberto de exponer á su auditorio.





CAPITULO V

LA OFICINA DE «QUEEN—STREET» EN MELBOURNE

Siete meses antes de la llegada del *Dover-Castle* á Souakim, tres hombres estaban reunidos en el piso bajo de una casa de Queen-Street, una de las más hermosas calles de la grande y rica ciudad de Melbourne, reina de Australia.

Aunque eran cerca de las doce del día, es decir, la hora de más ocupación para el comercio en las poblaciones anglo-sajonas, aquellos hombres estaban ociosos, leyendo *El Argos, El Heraldo* y *La Tribuna,* periódicos de la mañana.

Estaban sentados en lujosas y cómodas butacas de tafilete verde, delante de pupitres de caoba, en una vasta habitación separada del vestíbulo por hermosos cristales raspados, de una pieza, y en las vidrieras que daban á la calle se leía en letras de cobre:

ELECTRIC TRANSMISSION COMPANY (LIMITED)

Peter Gryphins. Vogel, Wagner and C.o

Sole agents.

En la pared de la derecha, una magnífica caja de caudales ostentaba su puerta de acero y sus complicadas cerraduras; en la de la izquierda había una chimenea de mármol en cuyo tablero se veían modelos de máquinas eléctricas y cables submarinos. El teléfono, discretamente colocado en un rincón, esperaba las comunicaciones confidenciales; ventanillos abiertos en los cristales raspados, estaban prontos á abrirse para recibir dinero uno, otro para informes, y el tercero para los pagos. Una riquísima alfombra turca cubría el piso; el conjunto, en fin, era brillante, opulento y tranquilo.

Demasiado tranquilo, á juzgar por la inacción de los tres socios.

—¿Ignaz Vogel? dijo de repente uno de ellos.

—¿Qué se os ofrece, Peter Gryphins?

—¿Cuánto tenemos en caja?

—Siete libras esterlinas, once chelines y tres peniques.

—Bien poco es. ¿Y qué entradas hay para fin de mes?

—Un pagaré de veinte libras, sobre Wolf, que no pagarán tampoco como el mes pasado; cuatro libras que debe Johannsen, y dieciocho chelines que cobrar en casa de Krause.

—¿Y cuánto tenemos que pagar el dia 30?

—Tres mil libras esterlinas, seis chelines y dos peniques.

—¿Deudas ineludibles?

—Absolutamente ineludibles é improrrogables, como que están suscritas con la firma social, llevan el timbre de la casa, el número de orden, y todo esto sobre papel con las armas reales.

—¿En esa cantidad no estarán comprendidas las cuentas corrientes y el alquiler de la casa?

—No, Peter Gryphins.

—¿Ni tu sueldo, ni el de Costerus Wagner, ni el de Muller?

—No, amigo Peter, ni siquiera el sueldo de la criada.

—Si es así, Ignaz Vogel, es probable que la casa Peter Gryphins, Vogel, Wagner y Compañía figure, hacia el dia 7 del mes próximo, en la lista oficial de quiebras.

—Decid más bien en la de bancarrotas fraudulentas, Peter Gryphins, y diréis la verdad.

Con esta conclusión, más irónica que triste, los dos socios volvieron á empezar la lectura de los periódicos.

—¡Es culpa nuestra también! exclamó al cabo de un instante Costerus Wagner, que no había hablado aún. Hemos querido reunir en nuestro negocio todas las aplicaciones, sean ó no posibles, de la electricidad... Esto no llama la atención del público; nos debiamos haber contentado con una idea sencilla, pero nueva, aunque fuese impracticable. Por ejemplo: el transporporte de la electricidad y la fuerza de las olas y mareas. Esto lo hubiera comprendido; pero lo que hemos hecho... ¡Ah! ¡Si volviéramos á empezar!..

—He aquí á Costerus, que se lanza otra vez á las divagaciones, dijo Peter Gryphins levantando la vista.

—Mas... ¿no véis ¡cáspita! qué buen éxito tienen hoy todas las Sociedades por acciones?... Lo que se necesita es obligar á que obre la fantasía... Las «minas de platino del Congo,» los «nidos de golondrinas,» de Formosa, los «betunes del Devonshire,» los «cabellos postizos de la Herzegowina...» Cuanto más absurdo, tanto más gusta y seduce á los incautos. Pero cables trasatlánticos, máquinas de inducción, acumuladores eléctricos, ¿cómo queréis que eso llame la atención de las cocineras, de los *jockeys* ni de los señores, que son hoy los verdaderos detentores del capital?

El timbre de la puerta, dejándose oir en aquel instante, puso fin á las confidencias. Se oyó un ruido de pasos, y poco después dos golpecitos fueron dados en el ventanillo de los *pagos*.

Ignaz Vogel, que lo abrió sin apresurarse, se encontró en presencia de una cara adornada con patillas rojas, y el diálogo empezó como sigue:

—¿El director Sr. Peter Gryphins?

—No está aquí.

—¿Ausente aún?

—Sí, señor.

—¿Cuándo vuelve?

—Tan pronto como concluya de arreglar un importante negocio que le ha llamado á Sidney.

Hubo un instante de silencio, y luego el visitante repuso, visiblemente contrariado:

—Venía para cobrar la factura de la caja.,. ¿no podriais pagármela? Ya son once las veces que he venido y me parece demasiado esperar...

—No tenemos orden para el pago. Pero si tenéis prisa y necesitáis dinero, podría pedir al señor director autorización á fin de saldar vuestra cuenta. Le escribiré esta misma tarde.

—No es porque necesite dinero, dijo el acreedor herido en su amor propio; pero...

—¿Entonces no exigís que escriba? Muy bien, no lo haré, replicó Ignaz Vogel; y cerró el ventanillo.

Nuevamente se oyó el ruido de pasos que se alejaban, y algunas palabras de mal humor que hubo de pronunciar el acreedor al marcharse; pero no había transcurrido un cuarto de hora, cuando el timbre sonó otra vez, y un pesado paso hizo crujir el suelo del vestíbulo: llamaron á otro ventanillo, que Peter Gryphins abrió inmediatamente.

—Un fardo para la *Electric Transmission Company*, dijo un mozo con gorra de hule. Envío de Lipson, agente de cambio, Hércules-Street. ¿Queréis tener la bondad de firmar?

Peter Gryphins cambió una mirada de desconsuelo con sus socios, firmó, y abrió la puerta, en cuyo umbral el mensajero depositó un paquete y una carta, retirándose después. Peter Gryphins leyó en alta voz:

«Tengo el pesar de devolveros los quinientos títulos de vuestra Compañía que me habíais encargado de negociar. A pesar de todos mis esfuerzos me ha sido imposible colocar ninguno, y el estado del mercado no permite esperar en lo futuro un resultado más favorable. Recibid, señores, mis saludos,

ARTURO REGINALD SIMPSON.»

—¿Son acaso esos títulos los últimos que teníamos fuera? interrogó Peter Gryphins.

—Los últimos. Todos los demás están encerrados y ordenados en aquel armario, replicó Ignaz abriendo una puerta disimulada en la ensambladura de la pared. Diez mil hojas de magnífico papel de Holanda, que cualquiera daría á lo menos dos peniques por cada una, si no estuvieran impresas, y que ya no valen nada, absolutamente nada, añadió exhalando un suspiro.

Después de guardar el envío del señor Simpson en el único estante que estaba vacío, cerró el armario y se volvió á sentar.

—¡No parece sino que estas acciones están envenenadas! gimió Costerus Wagner. Yo comprendería que no se hubiesen colocado más que mil, ciento, cincuenta... ¡pero ni una sola! ¡Es extraño que no se haya encontrado en todo el continente austral un hombre, uno solo, que, comprendiendo nuestra idea, empleara para desarrollarla siquiera veinte libras esterlinas!

En aquel instante llamaron al ventanillo de los informes.

—¿La *Electric Transmission Company*? preguntó un personaje descolorido y recién afeitado, irreprochablemente vestido, cuya cabeza salía de un cuello tersísimo y de nítida blancura.

—Aquí es, respondió Costerus. Wagner, especialmente encargado de aquel negociado.

—¿Está cerrada la suscrición? preguntó el recién llegado con ansiedad.

—¿Qué suscrición?

—La de esta Compañía.

—Sí, señor, replicó Costerus con tono de mal humor, porque creyó que su interlocutor se burlaba de él.

—¡Ah, cuánto lo siento!... ¡Cuánto lo siento! Hasta ayer no he leído vuestra circular en un antiguo número de *El Heraldo;* pero esperaba aún llegar á tiempo para tomar algunas acciones. ¡Dios mío, cuánto lo siento!

El socio seguía creyendo ser todo aquello una farsa en son de mofa; sin embargo, la fisonomía de su interlocutor era tan seria y demostraba tanto pesar por llegar demasiado tarde para participar de las ventajas de aquel magnífico negocio, que Costerus se tranquilizó al fin, y después de reflexionar breves instantes, dijo al recién llegado:

—Cuando digo que la suscrición está cerrada, hablo de la pública. No nos queda de ella ni una acción; hemos tenido que limitar los innumerables pedidos que nos han hecho desde el primer día; pero á pesar de todo, si estáis dispuesto á hacer un sacrificio; es decir, á pagar una prima para tener la ventaja de poseer uno ó más de nuestros títulos, tal vez pudiéramos decidir á alguno de los señores accionistas para que os cedieran... ¿Queréis muchas?

—¡Oh, Dios mío, no! Estando así las cosas, ya no me será dable realizar mi deseo; pero al menos quisiera adquirir veinte ó treinta.

—¡Treinta acciones! ¡Casi cerca de mil libras esterlinas!

Costerus Wagner cambió una mirada con sus dos socios, mudos de sorpresa y de esperanza.

—Creo que podré arreglarlo, repuso con acento meloso, si estáis dispuesto á pagar cada acción en veintiuna libras esterlinas, en vez de veinte. Pero es preciso que depositéis alguna cantidad á buena cuenta...

—Aquí tengo la suma completa, dijo el comprador enseñando un fajo de *banknotes*.

—Muy bien. Voy á recibirla... Ignaz, hacedme el favor de extender un recibo. Tened la bondad, caballero, de pasar al otro ventanillo. ¿Vuestro nombre, señas y profesión?

—Tyrrel Smith, ayuda de cámara de sir Bucephalus Coghill, *baronnet;* 29, Curzon-street, en Londres, y aquí, en Australia, hotel Victoria, en Melbourne.

—Buena casa, dijo Costerus con una señal de protección. Si acaso sir Bucephalus deseara algunos títulos en las mismas condiciones, nos consideraríamos muy honrados en poderle servir. He aquí vuestro recibo, caballero. ¿No tiene timbre? No. Ignaz, servios dar un timbre al señor Smith. Los títulos estarán á vuestra disposición dentro de dos ó tres días, sin falta alguna.

El ventanillo se cerró, y Tyrrel Smith se retiró muy satisfecho.

—¡Ochocientas libras! ¡Existían ya ochocientas libras en la caja de la *Electric Transmission Company!* Jamás había sucedido semejante cosa.

—¡Antes que nada, exclamó Ignaz Vogel apenas quedaron solos, propongo un buen *lunch!*

La idea fué adoptada por unanimidad. Muller, el mozo de oficina, que se paseaba todo el día bostezando en el vestíbulo, salió en busca de provisiones, y bien pronto una soberbia merienda ocupaba en la mesa el sitio de los pupitres.

—Mi parecer es, dijo Peter Gryphins, cuando los estómagos empezaron á llenarse, que se proceda sin dilación al reparto del dividendo, y que esta noche cerremos la oficina. El accionista que soñábamos se ha presentado por fin, pero, no nos hagamos ilusiones: de seguro que será el único. No podemos esperar otras entradas, y debemos aprovecharnos de lo que ha caído...

—¡Aprobado! exclamó Ignaz Vogel,

Dando á Muller unos treinta chelines, nos quedarán doscientas doce libras esterlinas para cada uno, ó sea cinco mil trescientos marcos alemanes. Es una pequeña suma que no satisfaría á nuestros acreedores, y que para nosotros es de gran utilidad.

—¡Medrados estamos con doscientas libras! exclamó Costerus con aire desdeñoso. ¿Cómo podéis siquiera pensar en un reparto tan mezquino? Teniendo una buena casa, situada en la mejor calle de Melbourne, ochocientas libras esterlinas en caja y la experiencia ya adquirida, ¿no sabríamos sacar partido de tan apreciables ventajas? ¡Sería una gran estupidez!...

Y Costerus Wagner apoyó su declaración con un formidable puñetazo dado en la mesa.

—¡Sería una gran estupidez! repitió. Así como os decía hace poco, lo que ha faltado á nuestra Sociedad es impresionar la imaginación de las gentes. Impresionémosla fuertemente, y no será un accionista como el de hoy el que hallaremos, sino diez mil, veinte mil; y no son ochocientas libras las que nos traerán, sino ochocientas mil, ochocientos millones, todo cuanto pidamos. Pues bien; yo tengo una idea que habrá de llamar poderosamente la atención del público; más diré: que le entusiasmará locamente.

—Veamos la idea de Costerus, dijeron á dúo Ignaz y Peter.

Wagner tenía sobre sus compañeros la inmensa superioridad que da siempre la instrucción. Su historia era singular; podía considerársele como un ejemplo típico de lo que son las facultades eminentes y el ingenio más caracterizado cuando no van acompañados por el buen sentido y por una conducta regular. Costerus Wagner había sido uno de los mejores alumnos del *Friedrich-Karl-Gymnasium* de Berlín y de la Universidad de Goettingue. A los veinte años era doctor en filosofía; tenía fama entre los jóvenes más distinguidos por su saber en Alemania, y estaba colocado como auxiliar en el Observatorio de Hildesheim. A los veinticinco era conocido en el mundo científico como autor de una notable Memoria sobre la irradiación de las estrellas. Desgraciadamente su carácter no respondía al vigor de su inteligencia. Estando en la Universidad se habituó al repugnante vicio de la embriaguez; era descuidado en el cumplimiento de los deberes sociales, y faltaba á todas las conveniencias; además, exageraba su propio valer y se creía siempre lastimado en sus derechos por ocupar un puesto secundario y no pertenecer aún á la Academia de Ciencias. Sus maneras bruscas y desdeñosas para sus jefes, y los continuos escándalos que daba en su vida privada, habían preparado poco á poco su caída definitiva, no faltando más que una ocasión para consumarla, y ésta no se hizo esperar. Costerus, sin embargo, luchó con su desgracia, y procuró vivir dando lecciones como profesor libre, ó *privat docent;* mas dominado por sus vicios, ya muy arraigados en su alma, el resultado fué siempre triste para él en todas partes y situaciones.

Habiendo llegado al último grado de la miseria y de la desconsideración, emigró, y se fué á Melbourne; ya allí, como á pesar de su degradación su inteligencia conservaba siempre cierta superioridad, concibió el proyecto de aplicar á la industria los recientes descubrimientos sobre el transporte de las fuerzas mecánicas por la electricidad. En Melbourne había entablado relaciones con Ignaz Vogel, compatriota suyo, y con Peter Gryphins, americano, que había ganado algún dinero como empresario de una compañía acróbata que recorría las ferias y exhibía un enano monstruoso, fundó con ellos la casa de *Queen-street*. El éxito no respondió á sus esfuerzos. La idea fundamental era buena tal vez, teniendo por base experimentos de gran interés; pero adolecía de la falta de ser demasiado nueva y presentada por hombres completamente extraños á las costumbres del mercado de Australia. Los tres socios concluyeron pronto con los capitales que habían reunido, pues el dinero se fué en gastos de instalación y de publicidad, en sueldos para sí mismos y en primas para intermediarios que, en honor de la verdad, les engañaron con falsas promesas. A los seis meses estaban ya faltos de recursos y á punto de quebrar.

En tal estado de cosas y en tan crítica situación, fué cuando Tyrrel Smith trajo las tan bien venidas ochocientas treinta libras, á partir de cuyo momento Costerus Wagner concibió el proyecto de empezar de nuevo, dirigiéndose á la credulidad pública para explotarla.

—¿Tenéis algunas nociones de astronomía? preguntó á sus consocios. ¿No? Poco importa, ó, más bien, tanto mejor. Estáis en el mismo caso que el público á quien se trata de embaucar. Sabed, pues, que la Tierra en que vivimos es uno de los planetas que giran alrededor del Sol. Es un astro como los demás, un globo de poca importancia, que puede compararse á una bala de cañón colosal, girando sobre sí misma como si fuera un peón, describiendo al mismo tiempo en derredor del Sol una curva anual, que no es un círculo, pero sí una elipse. Otros planetas análogos, unos más grandes y otros más pequeños que la Tierra, se encuentran igualmente suspendidos en el espacio á diferentes distancias del Sol. ¿Cuál es la fuerza que los mantiene así? me preguntaréis.

Os responderé, sin entrar en explicacio-

nes más complicadas, que se sostienen de tal modo por el movimiento mismo que los anima, y por la atracción que esos globos ejercen unos sobre otros. Entre dichos planetas los hay bastante cercanos á nosotros para que se pueda augurar ya la hora en que la humanidad terrestre éntre en relación con ellos por medio del telégrafo óptico ó por cualquier otro descubrimiento. Tal vez llegue el hombre un dia á viajar de un planeta á otro, como se hace hoy día de Londres á París, á Melbourne ó á San Francisco; mas no hemos aún llegado á eso...

Pero entre los mundos que nos rodean, los que más cercanos están á nosotros, y que la astronomía contemporánea empieza á conocer con bastante exactitud, hay uno que forma parte, por decirlo así, de nuestro sistema planetario, y que se puede considerar como dependiente de la Tierra: tal es su satélite la Luna.

Debo advertiros que ésta, según todas las apariencias, ha formado parte, en tiempos remotos, de la materia en fusión de que se componía la Tierra en su origen, y se ha separado de ella en una época relativamente reciente. Tiene un movimiento propio de rotación alrededor del globo; pero obedece también al que nos lleva con él en derredor del Sol. En cuanto á la distancia que separa la Luna de nosotros, es tan pequeña, que por los cálculos de la astronomía se la puede considerar como nula. Bastará, para que me comprendáis, deciros que rodamos á catorce millones de leguas de Marte, que es el que más cerca se halla de nosotros, mientras que la Luna sólo dista 90.000 leguas de la Tierra. La diferencia es proporcionalmente la misma que entre ciudades alejadas respectivamente 411 leguas ó una.

Un telegrama iría desde aquí á la Luna en segundo y medio. Existen seguramente *turistas* y guías alpinos que han recorrido á pie, sobre la Tierra, tanta distancia como hay de aquí al astro de la noche; de modo que se la puede considerar como un arrabal de nuestro planeta.

—Es verdad, dijeron á un tiempo Peter Gryphins é Ignaz Vogel, que abrían cuanto podían los ojos para comprender mejor.

—Pues bien, repuso Costerus Wagner, que se había levantado y andaba de arriba abajo por la sala; dada la proximidad de la Tierra á la Luna, ¿no os sorprende que no se haya intentado aún ir de uno á otro globo?

—Creía que así lo habían hecho en América por medio de un prodigioso cañón y de un obús-vagón, dijo entonces Peter Gryphins.

—Sí: un francés lo intentó y lo realizó con éxito completo; su empresa es de gran valor respecto á lo que nos ocupa; pero es única en su género, porque tenía por base medios excepcionales y muy difíciles de reproducir.

Mi idea, esto es, la que os propongo para que la sometamos al público, ó, por mejor decir, para que la pongamos en ejecución, tendría una gran importancia *industrial*. Se trata de conquistar positivamente la Luna; entiendo por esto, abrir comunicaciones directas y definitivas con ella, y poder ir y venir cuando se quiera; en una palabra, anexionarla á nuestro mundo con todas sus dependencias y todas sus riquezas, conocidas y desconocidas.

—¿Es eso posible?... preguntó Ignaz Vogel.

—Así lo creo sinceramente. Mas permitidme que os diga, carísimo amigo, que eso nos importa poco. Todo el negocio se reduce á constituir una Sociedad por acciones para la conquista de la Luna. La cuestión no es que esto sea posible, sino *que lo parezca...*, y es cosa que me incumbe. Y añado que el viaje á la Luna, de que ha hecho mención Gryphins, nos ayudará en nuestro negocio más de lo que podéis creer.

—Pero ¿qué interés tendrán en tomar dichas acciones? preguntó con acento de duda Peter Gryphins.

—¿Qué interés? replicó con vehemencia Costerus. Pues me parece sobradamente claro. Suponed que os ofrecen un mundo completamente nuevo, lleno de riquezas minerales de todas clases, oro, plata, platino, piedras preciosas, hulla, mármoles, sal y todo cuanto pidáis. ¿Creéis que nadie rehusará esas ventajas?

—¿Y todo eso que decís se encuentra en la Luna?

—No sólo eso, sino otras muchas cosas más: es notorio, y así resulta de todos los trabajos astronómicos que se han hecho desde cincuenta años á esta fecha, y también consta en todos los tratados especiales.

La Luna es ya tan conocida como si el hombre hubiera permanecido en ella durante mucho tiempo. Existen mapas geográficos de aquel planeta; conocemos sus mares y sus continentes; hemos medido la altura de sus montañas y les hemos dado nombres; hemos fotografiado su aspecto, y, por analogía, hemos adivinado su composición química. En fin, no queda más que tomar posesión de aquel mundo, descrito con más minuciosidad que el Africa y la Australia centrales, la Nueva Guinea y las regiones polares del globo terrestre.

—¡Entonces, vámonos allí en seguida! exclamó Peter Gryphins entusiasmado. Pido que se me dé ahora mismo un billete para el viaje.

—Ese billete costará algo caro, respondió Costerus Wagner con tono significativo. Y por eso nos dirigiremos, amigos

míos, si os parece bien, al que tiene más dinero en su caja que los mismos Rostchild: al Señor Todo el Mundo.

—¡Costerus, dejad que os abracemos! dijeron Peter é Ignaz apretándole contra su pecho. Si vuestro proyecto es tan claro como vuestras explicaciones, tenemos hecha nuestra fortuna; y ya no por millares, sino por millones, las libras esterlinas entrarán en nuestra caja.

—Pues bien, en ese caso, redactemos en seguida el prospecto, replicó Costerus, y que desde mañana aparezca en todos los periódicos.

Dicho y hecho; se sentó en su pupitre, y tomando un pliego de papel, lo encabezó de la manera siguiente:

«Selene-Company *limited. Sociedad en comandita para la conquista de la Luna.* Capital social: dos millones de libras esterlinas.»

CAPÍTULO VI

«LA SELÉNICA,» COMPAÑÍA ANÓNIMA

Costerus Wagner estuvo en lo cierto el día en que dijo que, tratándose de Sociedades por acciones, lo esencial es llamar la atención pública y dirigirse directamente á la tontería humana.

Lo insensato de su proyecto fué precisamente lo que le dió el éxito. La rareza de la pretensión sirvió de base para la discusión. Periódicos serios, que jamás hubiesen dedicado diez líneas gratuitas para ocuparse de una honrada Compañía de otro género, consagraron varias columnas al examen del proyecto de la *Selene-Company*, que halagaba la vanidad colonial. Aquellos que menos creían en la posibilidad de realizar la empresa, estaban satisfechos de que la idea hubiese sido emitida en Australia. La nueva Sociedad hizo tanto ruido en el mundo oceánico, que su pensamiento se esparció rápidamente por todas las capas sociales, y las demandas de acciones, acompañadas de una primera entrega de dinero, afluyeron á las oficinas de *Queen-street*.

Bien pronto un factor especial tuvo que llevar todos los días, en coche cerrado con llave, las cartas certificadas que llovían de todas partes. *Peter Gryphins*, *Wagner, Vogel and C.°*, *sole agents*, se vió en la deliciosa obligación de recurrir á una casa de banca para depositar el capital social; y queriendo hacerlo noblemente, escogieron una de las más célebres, la famosa casa Boutts and C.°

Lo más extraño de este negocio es que Costerus no indicaba siquiera los medios de que se había de valer para realizar su programa; y había obrado con cordura, porque los adversarios sistemáticos que encuentra siempre toda empresa nueva, estaban reducidos á las conjeturas, y no podían atacar seriamente un plan que no conocían. Costerus declaraba que ese plan era su secreto, y que le guardaba para sí hasta la constitución definitiva de la Sociedad, porque no quería que nadie se aprovechara de su idea. Los tontos hallaban muy juiciosa esta reserva, y por ella estaban mejor dispuestos cada vez para colocar su dinero en una empresa tan cuerdamente conducida.

En realidad, el único plan que tenía el comité fundador de la *Selene-Company* era el de embolsarse dos millones de libras esterlinas; y, preciso es confesarlo, esta clase de plan resume, en este mundo sublunar, la filosofía práctica de un gran número de Sociedades financieras.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la afluencia de accionistas fué tan con-

siderable, que se hizo preciso, realmente esta vez, reducir el número de suscriciones, y el dia fijado para la constitución de la Sociedad tuvieron que alquilar la gran sala de Victoria-hall. La sesión debía ser presidida por un joven señor extranjero, lord Randolph Clederow, que había tomado quinientas acciones, y había apostado además con sir Bucephalus Coghill mil guineas, á razón de una contra treinta, que la empresa tendría éxito. Es decir, que sir Bucephalus Coghill, que no tenía fe en ella, se había comprometido á pagar treinta mil guineas si el negocio se realizaba, recibiendo él sólo mil en el caso contrario. Esta proposición daba bien á conocer la poca confianza que el joven *baronet* tenía en la *Selene-Company*, cuyo prospecto le había sido presentado por su ayuda de cámara modelo.

El día 15 de Octubre todos los accionistas acudieron á la cita. Allí se encontraban bolsistas, negociantes, armadores, corredores y representantes de todas las profesiones comerciales. En el estrado, delante de una mesa cubierta con un tapete verde, lord Randolph Clederow ocupaba el sillón de la presidencia, asistido por un comerciante en vinos y por un almacenista de tés. El lord era un joven alto, rubio, imberbe, extraordinariamente míope, provisto de un monóculo fijo en su ojo derecho, y vestido con perfecta elegancia.

Concluídos los preliminares, y sancionada por la Asamblea la presidencia de lord Randolph, el comerciante en vinos, apoyado por el almacenista de tés, propuse que Costerus Wagner tomase la palabra para desarrollar su programa.

—«Ya llegó la hora, dijo el iniciador de la Sociedad, en que repartidos los continentes terrestres entre las diversas razas humanas, y explotados hasta la saciedad, se descubra un nuevo campo para dar abasto á la actividad británica. Los anglosajones se han establecido en la América del Norte, en Australia, en la India y en el Africa austral; extienden su poder por las tres cuartas partes del globo, y no les es posible ya ampliar más sus conquistas en la superficie terrestre, puesto que una reciente conferencia acaba de *internacionalizar* el Africa central.

»Cerca de la Tierra, á algunos millares de leguas en el espacio, se halla otro mundo sin explotar aún, y que no espera más que ser reclamado por la humanidad para entregarle sus riquezas... (*Aplausos.*) Un mundo, anejo natural de nuestro globo terrestre, y tan es así, que está ligado á él de un modo ineludible y le acompaña siempre en su viaje circunsolar... Un mundo tan cercano á nosotros, que nuestros telescopios han podido determinar la forma de sus continentes, la altura de sus montañas y la configuración de sus mares... Un mundo de tal modo ligado á nuestra existencia, que desde tiempo inmemorial sus fases nos sirven para medir el tiempo, así como su acción influye y determina las mareas de nuestros Océanos... En una palabra, es tiempo de arrancar la Luna á su aislamiento y de establecer relaciones directas entre ella y esta Tierra, su verdadera madre patria, su protectora y su soberana... (*Nuevos aplausos.*)

»No quiero recordar á mis oyentes lo que todos saben ya de ese mundo lunar conocido por medio de los telescopios. Seguramente no ignoráis que la Luna es un globo de 869 leguas de diámetro, cuya superficie es igual á la décimatercera parte de la Tierra, á cuatro veces la de Europa y á cuarenta y una vez la de Francia, lo que hace que pueda constituir una colonia de las más respetables. En cuanto á la distancia que separa aquel mundo del nuestro, no hablaré de ella más que para hacer constar su poca importancia (96.000 leguas apenas, y en ciertas épocas 90.000); es decir, nueve veces la circunferencia del globo terrestre y veinte veces la distancia que separa Melbourne de Londres.

»No temo deciros que actualmente, con los medios de que la ciencia dispone, la Luna está más cerca de nosotros que el Cabo de Buena Esperanza ó la isla de Cuba lo estaban de Grecia en tiempo de Pericles, y de los romanos en el siglo de Augusto.

»El único punto sobre el que quiero llamar vuestra atención, es éste: se ignora aún si la Luna está ó no habitada. Pues bien; de cualquier modo que sea, es indispensable entrar en relación con ella... ¿Está habitada por una especie humana bastante numerosa y hasta cierto punto civilizada? En este caso es muy importante hacer que aquellos seres sean clientes de las manufacturas inglesas. Si, por el contrario, no lo está, es indispensable que la industria británica se apodere de las inmensas riquezas minerales que encierra aquel suelo virgen.»

Tan audaz dilema provocó tal entusiasmo en el auditorio, que los aplausos se repitieron con frenesí y apagaron la voz del orador. *¡Hear! ¡Hear!* Escuchad, escuchad, gritaban. ¡Somos todos de vuestra opinión! ¡Constituyamos la Sociedad! vociferaban algunos accionistas que tenían prisa.

—Oigo que se me pide la constitución de la Sociedad, dijo Costerus. Estamos aquí para eso, y tengo el gusto de anunciar á la Asamblea que las diez mil acciones ofrecidas al público están suscritas ya. (*Nuevos aplausos.*) No queda, pues, otra cosa que votar, si el señor Presidente lo tiene á bien; pero ante todo, creo de mi deber invitar á las personas que tengan alguna objeción que presentar, se sirvan tomar la palabra.

Nadie la pidió. Un joven colocado en el fondo de la sala se levantó, como para hacer una pregunta; pero se volvió á sentar sin abrir la boca.

Después de algunos instantes de espera, lord Randolph Clederow se inclinó sucesivamente hacia sus dos asesores, y dijo:

—Señores, tengo la honra de deciros que se va á proceder á la votación para la constitución definitiva de la *Selene-Company limited. Sociedad anónima, por acciones, para la conquista y la explotación de las riquezas minerales de la Luna*, con un capital de dos millones de libras esterlinas, dividido en diez mil acciones. Aquellos que sean de parecer que se proceda á la constitución inmediata, se servirán alzar la mano.

Todos los brazos se alzaron como si unos hilos invisibles los hubieran simultáneamente levantado hacia el techo.

—Segunda votación, repuso el presidente.

Ninguna mano protestó en contra del voto unánime.

—Ya no puede dudarse de la voluntad de la Asamblea, prosiguió lord R. Clederow. (*Aplausos y exclamaciones.*) En consecuencia, tengo el honor de declarar que la *Selene-Company* está bien y debidamente constituída... Voy ahora á leer los estatutos que, según la ley, deben votarse separadamente.

«Artículo 1.° La dirección de los trabajos está y estará confiada, hasta su conclusión, al Sr. Costerus Wagner, asistido por los Sres. Peter Gryphins é Ignaz Vogel, iniciadores de la empresa.»

—Se pone á votación el artículo primero; los que lo acepten se servirán...

—¡Pido la palabra! dijo en inglés desde el fondo de la sala, y con acento francés bastante pronunciado, el joven que se había levantado antes.

Su tarjeta pasó de mano en mano hasta llegar al Presidente, que dijo después de haberla leído:

—El Sr. Norberto Mauny, doctor en ciencias, astrónomo adjunto en el Observatorio de París, comisionado actualmente en Nueva Zelandia y Tasmania, tiene la palabra.

Todas las miradas se fijaron en el extranjero, que tomaba posesión de la tribuna.

—Señores, dijo en seguida, he pedido la palabra para hacer una simple observación. He comprado veinte acciones de la *Selene-Company:* eso es deciros que soy partidario de la empresa, que la creo realizable, y que espero su éxito. Pero si me ha parecido bien que los fundadores de la Sociedad guardasen el secreto sobre los medios que cuentan emplear para la realización de su plan hasta la constitución definitiva, no me parece prudente votar los estatutos sin que sepamos, por lo menos en principio, la naturaleza de aquellos medios... Bajo este punto de vista, y no otro, vengo á rogar se nos den algunas explicaciones antes de que entreguemos nuestros intereses y los de la ciencia en manos del comité iniciador.

La justicia y la moderación de aquella demanda pareció llamar la atención del auditorio.

—¡Tiene razón, tiene razón! exclamaron varios de los concurrentes.

Costerus Wagner, visiblemente despechado, subió de nuevo á la tribuna.

—Señores, replicó con audacia: uno de los elementos indispensables para el éxito en empresas de la naturaleza de la que nos ocupa, es el secreto absoluto acerca de sus operaciones. Hasta ahora habéis tenido en mí completa confianza: permitidme reclamarla aún, porque es nuestra única garantía en contra de los imitadores y los rivales.

—Hay un medio de conciliarlo todo, replicó Norberto Mauny: que se nombre ahora mismo una delegación de la Asamblea, compuesta de hombres competentes, á quienes los señores del comité comunicarán sus planes, que aquéllos nos darán á conocer en sumario, sin decir al público las cosas que deban quedar secretas. De este modo procederemos, con conocimiento de causa á la discusión de los estatutos.

—¡Es verdad! ¡Dice bien! exclamaron varias voces.

—¡No! ¡No! ¡Nada de delegaciones! ¡Explicaciones claras y públicas!... dijeron otros.

Hubo un largo tumulto. Después de haber escuchado varios pareceres, el Presidente creyó de su deber declarar que la opinión general se inclinaba á favor de la explicación pública, con algunas reservas, si fuesen necesarias.

Costerus Wagner, después de consultar con sus consocios, pareció tomar su partido.

«A fe mía, señores, repuso volviendo por tercera vez á la tribuna, que hubiese preferido el secreto más absoluto; así lo confieso, y persisto en creer que sería lo más prudente, bajo todos conceptos. Pero comprendo la legítima curiosidad que os anima, y estando ya la Sociedad definitivamente constituída, no hallo dificultad alguna para daros á conocer mi plan á grandes rasgos. (*Aplausos.*) He aquí, pues, el principio. La distancia perígea es, como os lo decía hace poco, de 90.000 leguas apenas. ¿Qué son 90.000 leguas? Poco más ó menos 27 veces el diámetro del globo terrestre; ni siquiera la totalidad de las vías férreas actualmente colocadas en su superficie, si pudiésemos ponerlas todas juntas. ¿Es esto bastante para detener á la generación que ha perforado el Monte-Cenis y el San Gotardo, el istmo de Suez y el de Panamá? Creo que no.

»La cuestión se reduce, á mi parecer, á construir un túnel aéreo y tubular, sujeto convenientemente á la Tierra, y alargarlo verticalmente en dirección tal, que vaya al encuentro de la Luna en toda la extensión que se necesite. Este túnel ó vía, como se quiera llamar, será construído de segmentos de hierro fundido, ajustados unos á otros. Suponed uno de esos segmentos colocado ya, y lo demás no es otra cosa que una multiplicación. La empresa puede parecer atrevida, pero no irrealizable. Guardando las debidas proporciones, es lo mismo que si quisiéramos colocar sobre una naranja de seis centímetros de diámetro un tubo capilar de un metro 42 centímetros de largo. Pues bien; en vez de la naranja pongamos el globo terrestre, y demos al tubo la longitud, latitud y consistencia proporcionadas, según las leyes aritméticas, geométricas y físicas, y el problema quedará resuelto en sentido perfectamente igual. Este es el sumario de la idea. Desde luego se entiende que me reservo los detalles de las vías y medios que faciliten la ejecución, porque vuestro buen sentido os dirá que no puedo, sin arriesgar demasiado, desarrollarlos ahora, bastándome afirmaros que los planos, científica y concienzudamente estudiados, están dispuestos, que no tienen nada de quiméricos, y que os parecerán muy sencillos cuando tengamos el placer de comenzar á ejecutarlos.»

Algunos aplausos saludaron esta conclusión; pero eran poco numerosos y en cierto modo fríos, conociéndose desde luego que la Asamblea estaba más desilusionada que seducida por las explicaciones del orador. Todas las miradas se fijaban en Norberto Mauny, que había escuchado con un desdén mal disimulado.

—Permitidme una pregunta, dijo. ¿Qué medios contáis emplear para viajar por vuestra atrevida chimenea? ¿Una cuerda como los deshollinadores?

—El problema admite varias soluciones, replicó Costerus Wagner. Se podrían estudiar durante la construcción del túnel.

—Tendréis, en efecto, tiempo para ello, respondió el astrónomo francés; pues esa empresa, suponiéndola posible, necesitará muchos años.

—¡No tantos como creéis! exclamó Costerus Wagner. Me comprometo á darlo por terminada en cinco años.

—¿En cinco años? dijo Norberto sacando su cartera. Estamos muy discordes en cuenta. Si he comprendido bien vuestra idea, es una especie de torre de Babel lo que queréis construir, ¿no es así? Un enorme faro levantado sobre la base más ancha y más alta que podáis encontrar; sobre el Himalaya, por ejemplo, y elevándole piso sobre piso hasta la Luna. Mi indiscreción no llegará hasta preguntaros qué procedimiento emplearéis para que los operarios puedan respirar cuando lleguen á cierta altura. Pero lo que quiero demostraros por medio de cifras, es esto: supongamos que vuestra torre se eleve á razón de 100 metros por año, lo que será ya más alto que ningún monumento humano, excepción hecha de dos ó tres. ¿Sabéis cuánto tiempo será menester invertir para concluirlo? Pues la friolera de 500.000 años. Y si otorgamos que los trabajos tengan un progreso anual de una legua, necesitaréis 65.000; si de 125 leguas, 508, y si de 1.000, ó sean cuatro millones de metros, se necesitarían sin duda ochenta y seis años.

Para acabar vuestra torre en sesenta meses sería preciso avanzar anualmente 17.000 leguas, es decir, 68 millones de metros. He aquí lo que resulta de la más elemental de las operaciones aritméticas. Vuestro plan es, pues, pura y simplemente impracticable bajo este punto de vista, suponiendo que no lo sea también por otros conceptos.

Una ducha de agua helada cayendo sobre el auditorio, no le hubiera enfriado más pronto que esa argumentación. Costerus Wagner estaba aterrado, y no encontraba ni una palabra que responder.

—¡Es menester anular la votación y recuperar nuestro capital! exclamó un comerciante en granos.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Recuperemos el dinero! respondieron como un eco centenares de voces.

—¡No tenéis derecho para ello! vociferó Peter Gryphins colocándose delante del estrado; la votación está hecha y el acta levantada; el mismo Parlamento no puede anular la decisión que se ha tomado ya. Las acciones suscritas pertenecen á la Compañía. Cualquiera que no apruebe la dirección, no tiene más que retirarse; pero los fondos quedan en nuestro poder.

—Y eso es lo importante para vosotros ¿no es verdad? replicó una voz aguda dominando el tumulto.

El Presidente, procurando en vano restablecer el orden, se disponía á cubrirse para indicar que se levantaba la sesión, cuando Norberto Mauny le hizo señas, dándole á entender que no había concluído de hablar, y el silencio se restableció en seguida.

—No he querido decir, señores, que todo sea malo en la idea de esta Compañía, y hasta confesaré que hace tiempo abrigo la convicción de que es posible lleguemos algún día á comunicar directamente con la Luna, ó sea con ese satélite de la Tierra, tan cercano á nosotros. Pienso, lo mismo que el Sr. Wagner, que si no la conquistamos ahora, nuestros hijos ó nuestros nietos lo harán y se reirán de aquellos que hayan creído imposible la empresa; así es que al leer en los periódicos que se iba á formar una Sociedad para

comenzar tan colosal tarea, he querido traerla mi óbolo, y con tal objeto he pasado el Estrecho de Torres. Lo que me permito criticar no es, pues, el principio de la experiencia, sino la solución que se propone, solución que conceptúo errónea, pueril é impracticable; pero no sin creerla fácil de vencer por otros medios.

—¡Vamos! ¿Por qué no lo decíais antes? ¡Tenéis también un proyecto exclusivamente personal! exclamó Costerus Wagner.

—Sí, lo tengo y lo desarrollaré ante la Asamblea, si así lo desea, repuso Norberto; para eso he venido á Melbourne; pero antes debo deciros quién soy, á fin de que no veáis en mí un soñador ó un utopista...

—¡Sí! ¡Sí! Eso es, hablad... dijeron los concurrentes, encantados por aquellas palabras.

Y Norberto Mauny, alentado por los aplausos que se le tributaban, empezó á grandes rasgos, pero con modestia y sinceridad, el relato de su historia. Dijo quién era, cuáles habían sido los objetos especiales de sus estudios y de sus trabajos. Hijo de un Inspector general de montes y bosques, se había sentido desde muy niño arrastrado al estudio de las ciencias matemáticas, había verificado con placentero exito el examen de la escuela naval, luego el de la politécnica, y á los veintidós años fué nombrado alumno del Observatorio de París. Formó sucesivamente parte de dos expediciones científicas á Tahiti y á la isla de Kerguelen; tuvo la dicha de descubrir dos planetas, no descritos aún, al día siguiente de aquel en que la Academia de Ciencias le concediera el gran premio Gobert por sus estudios acerca del análisis espectral.

Poco tiempo después entró en posesión de una modesta fortuna, que le hizo independiente, y partió para Tasmania, en donde oyó hablar de la Sociedad financiera que se formaba en Melbourne.

Norberto, por su especial idiosincrasia, se sentía llevado hacia ese género de especulaciones que, sobre las alas de la hipótesis, vuelan más allá de la ciencia contemporánea.

Muchas veces, en las largas noches que pasaba observando la Luna, explorando sus continentes, sus cráteres, sus valles y fotografiando los menores detalles de su superficie, pensaba en los medios de abordar aquellas lejanas orillas.

Y no contento con pensar, habló también de sus pensamientos.

Los astrónomos más antiguos que él, acostumbrados á tomar rutinariamente sus observaciones cotidianas y á desarrollarlas con la ayuda de las fórmulas clásicas, se indignaban de aquellas teorías, de las que Norberto no hacía misterio. Por más que el joven se esforzaba en demostrarles el adelanto, á pasos agigantados, de las ciencias físicas, y los inmensos progresos que el conocimiento de la Luna registra casi todos los años para hacer en ellos nacer la esperanza de que se llegaría á tener relaciones más directas con el satélite, le consideraban como utópico y visionario, hasta el punto de que, rebelándose Norberto contra aquellos espíritus rutinarios, juraba ocultar en el fondo de su alma sus especiales cálculos científicos hasta el día en que le fuese posible aplicarlos. Creía ya, desde larga fecha, haber encontrado la solución del problema. La única dificultad que le detenía era el gran capital que se necesitaba. Ese capital estaba á la sazón reunido, y si á la Asamblea no le asistía el derecho para recuperarlo, como dijo muy bien Peter Gryphins, tenía, de seguro, el de emplearlo y gobernarlo á su antojo. ¿Adoptarían los concurrentes la solución que Norberto iba á dar á conocer? He aquí el punto esencial de la cuestión.

—¡Hablad! ¡Hablad! repitió el auditorio.

—Expondré con claridad el plan que creo realizable, dijo el joven orador, deteniéndose un instante para beber un vaso de agua.

CAPÍTULO VII

SIC VOS NON VOBIS

—«En primer lugar, repuso Norberto Mauny dirigiéndose á la Asamblea del hotel Victoria, á quien su elegante palabra encantaba, debemos conocer la naturaleza del problema que nos ocupa.

»¿Qué deseamos cuantos nos hallamos aquí reunidos? Ir á la Luna con el fin de satisfacer nuestra curiosidad científica, y volver de aquel viaje con un cuaderno de notas y de observaciones. Pero no creo equivocarme afirmando que las acciones de la *Selene-Company* no se han creado exclusivamente con este objeto. (*Sonrisas de aprobación.*) Lo que la mayoría de los concurrentes quiere, es un medio *permanente* para ir y venir á la Luna; un procedimiento que nos permita entrar y salir, recoger sus riquezas de todo género y transportarlas á la Tierra. Es preciso, además, que ese procedimiento no presente serias dificultades, y que su planteamiento no exceda en gastos á nuestros recursos financieros; en una palabra, que sea practicable y pueda formar parte de las costumbres humanas, á semejanza de ls navegación y de los ferrocarriles.

»Pues bien, señores; existen dos obstáculos principales para la realización de este proyecto. El primero es lo lejana que está la Luna; distancia ciertamente insignificante en teoría, pero muy considerable en la práctica. El segundo es la incertidumbre, que subsiste todavía, sobre cuál sea la naturaleza de su atmósfera Muchos astrónomos dudan de que exista siquiera; no soy de su parecer, y podría daros en contra razones que me parecen irrefutables.

»Verdad es que nadie puede asegurar, dentro del estado actual de la ciencia, que esa atmósfera sea respirable para los habitantantes de la Tierra; pero esa inseguridad se resuelve siguiendo los consejos de la prudencia, procurando, antes de entrar en aquel planeta, proveerse de aire respirable, como lo hacen los buzos que bajan con escafandra al fondo del Océano. Esto quiere decir, señores, que aun cuando la cosa no pueda realizarse en grande escala para la industria, se llevará en cierto modo á cabo con notable provecho para las investigaciones científicas. (*Movimientos diversos en el auditorio.*)

»Rindiendo tributo de aquiescencia á estas consideraciones generales, os digo que el problema que nos ocupa, en la parte que á vuestros deseos se refiere, no tiene más solución que ésta: *Dotar al astro de la noche de una atmósfera igual á la de la Tierra.* Empresa colosal, pero factible.

»Obliguemos á la Luna á bajar á nuestra zona atmosférica... (*Exclamaciones prolongadas. Señales de admiración.*)

»¿No pensáis que de ese modo desaparecería la distancia que nos separa del satélite y se obviarían otras muchas dificultades que hemos indicado? Ciertamente, la Luna estaría entonces *á nuestro alcance* y podríamos ir allá, bien sea en globo ó en camino de hierro funicular, establecer trabajos, impracticables hasta ahora, y extraer todas cuantas riquezas contiene para transportarlas á la Tierra, ó, si mejor nos conviniera, establecernos allí para formar una colonia permanente. (*Risas y aplausos.*)

»En suma, mi tema es éste: *No es necesario ir á la Luna, porque es posible obligarla á que ella venga á nosotros.*

»Esto será para la Sociedad menos cansado, más factible, menos costoso y más cómodo para todos. La Luna, inmergida, si no total, parcialmente, en nuestra atmósfera, será habitable, y no debemos perder de vista que el problema, verosímilmente soluble del modo expuesto, no lo es de otro alguno.

»Lejos de nosotros el escrúpulo de incomodar á los habitantes de aquel planeta, porque, según todas las apariencias, han desaparecido hace tiempo, si es que han existido alguna vez. La Luna es un mundo muerto; es una hija de la Tierra, enfriada más pronto que su madre á causa de ser menor su volumen, y si realizamos nuestra empresa, podremos hacerla un favor dándola algo del calor que la falta, aunque no sea más que utilizando en su obsequio los tesoros de combustible que debe encerrar en sus entrañas. (*Aplausos estrepitosos.*)

»Pero me preguntaréis, señores, si están á nuestro alcance los medios de acción necesarios para obrar convenientemente sobre nuestro satélite. Yo podría responderos como Arquímedes: Dadme un punto de apoyo y me encargo de levantar el mundo... Mas esto no sería contestar, prefiero deciros: Sí, creo sinceramente que tenemos á nuestra disposición la fuerza necesaria para obrar sobre la Luna. (*Movimiento de atención.*)

»Esta fuerza es la electricidad de inducción, ó, para que me comprendáis mejor, el magnetismo, ó, si queréis más sencillez, la única fuerza que se manifiesta bajo las diversas formas de electricidad, de calor, de luz, de movimiento, de atracción cósmica, de peso y de imantación.

»Que poseemos esta fuerza, no es dable dudarlo; que sea buena para realizar un trabajo cualquiera, aunque alcance la magnitud del nuestro, es también cierto... Todo se reduce á desarrollarla en cantidad suficiente, y esto es ya una sencilla cuestión aritmética, que espero demostrar.

»En primer término, es preciso considerar la Tierra y la Luna tales como son en realidad; dos globos girando juntos en el espacio, suspensos por fuerzas múltiples, pero que, á pesar de su volumen y de su peso, son ligeros y tan sensibles á las menores influencias accidentales, como pueden serlo en nuestra atmósfera dos *pompas* como las que hacen los chicos para divertirse con la espuma del jabón, de un grandor desigual. Que esos globos están indisolublemente ligados el uno al otro, todos lo saben. Que ejercen el uno sobre el otro una acción continua, sujeta á numerosas variaciones, pero perfectamente determinadas hoy, el pescador más ignorante de nuestras costas lo sabe tan bien como los astrónomos. Las mareas se producen bajo la directa influencia de la Luna. En su cuarto creciente nos empuja, y en el menguante retrasa nuestra carrera. A nuestra vez la tenemos encadenada por una irregular atracción... ¡Y no es su sola influencia la que sufrimos! Nuestro globo terrestre, que nos parece tan prodigiosamente grande y pesado, es, en realidad, en el espacio sin límites, un punto imperceptible, semejante á aquellos globitos que los niños sujetan con un hilo, y que se mueven al menor soplo de aire. Basta que Venus se interponga entre el Sol y nosotros, para que la Tierra, sintiéndose atraída por una fuerza accesoria, se acerque sensiblemente al astro del día. Júpiter, que flota en el éter, á doscientos millones de leguas de nuestro globo, lo atrae á su paso y modifica su marcha. Neptuno sufre á mil millones de leguas la atracción solar, como nosotros á treinta y siete millones. Los cometas, que esa fuerza invencible va á buscar á treinta ó cuarenta mil millones de leguas en las profundidades inconcebibles del espacio, le obedecen; y á trillones y cuatrillones de leguas de distancia, mundos cien mil veces más vastos y pesados que el nuestro, se sostienen mutuamente en el vacío.

»¿De qué naturaleza es ese lazo misterioso que liga y suspende de uno á otro todos los globos que componen el Universo? No soy yo quien os responderá á esa pregunta, señores; será el ilustre director, difunto ya, del Observatorio romano, el Padre Secchi:

«El lazo misterioso que liga los mundos »entre sí, dice, es *el magnetismo*, fuerza »cósmica por excelencia, puesto que nin»gún cuerpo escapa á su acción. Esta »fuerza no es especial á la Tierra. Todos »los mundos están provistos de ella; obran »unos sobre otros, *á modo de grandes* »*imanes de enorme potencia.*»

»Esta conclusión del más eminente de los astrónomos contemporáneos no tiene nada de sorprendente. Sabéis ya, por la física elemental, que la Tierra es un imán, que este imán presenta, como los demás, un ecuador y dos polos, meridianos, para-

lelos magnéticos y una intensidad que aumenta del ecuador á los polos; sabéis que por esta causa la brújula toma espontáneamente una dirección fija, y no desconocéis que si la inclinación de su imantada aguja no es igual en todos los puntos de un mismo paralelo, y que si la intensidad magnética no es constante en ella, esas diferencias se explican por particularidades locales, como, por ejemplo, la presencia de rocas más ó menos ferruginosas, y otros accidentes más ó menos conocidos.

»No se puede dudar, señores, de que sucede lo mismo á la Luna que á las demás estrellas, pues no hemos de admitir que sea una excepción entre todos los mundos. Kreil, Sabine, Bache y otros muchos han demostrado que nuestro satélite influye en los magnetómetros, y que esta influencia varía según su ángulo horario.

»Vuestro compatriota Gauss ha ido aún más allá; ha medido la potencia del imán gigantesco, como es la Tierra, y reconocido que esa potencia es *igual á la de 8.464 trillones de barras de hierro dulce, pesando cada una una libra, y perfectamente imantadas.*

»Señores, llego al término de estas explicaciones, algo áridas tal vez, pero indispensables para dar á conocer mi pensamiento. No sólo sabemos cuál es la fuerza que encadena la Luna á una distancia media de 90.000 leguas de nosotros, impidiéndole huir en el espacio, en obediencia á su movimiento propio, sino que tenemos la medida de esa fuerza y *poseemos el poder de aumentarla,* puesto que no tenemos más que querer, para fabricar un electro-imán de la potencia que se necesita... La conclusión de estas explicaciones, ¿no se os alcanza? ¡A fe mía que sí! Para disminuir la distancia que nos separa de la Luna y hacer que este satélite baje hasta nosotros, *basta aumentar artificialmente la potencia del imán terrestre.*»

El orador fué interrumpido por atronadores aplausos y hurras. La asamblea, tan desalentada antes por el desvanecimiento de sus sueños, y aturdida luego por el vértigo producido en las alturas á que la arrastraba consigo Norberto Mauny, veía de repente la solución del problema.

No conocía aún, es verdad, el modo práctico de ejecutarlo, pero no dudaba de que podía realizarse. La esperanza volvía á renacer, y la confianza en el joven orador era ya grandísima.

—«Señores, prosiguió Norberto cuando el Presidente consiguió que se restableciera el silencio. Gauss evalúa la potencia del imán terrestre en iguales grados que la de 8.464 trillones de barras de hierro dulce imantadas, pesando cada una una libra inglesa. Tengo motivos para creer esta cifra muy elevada; sin embargo, aceptémosla como exacta, y tomémosla por base: 8.464 trillones de libras inglesas son iguales á 3.834 trillones de kilogramos. La densidad del hierro es poco más ó menos siete veces la del agua destilada (exactamente 7,7); 3.834 trillones de kilogramos de hierro dulce ocuparían un volumen de unos 500 millones de decímetros cúbicos, ó sea quinientos mil millones de metros cúbicos.

»Esa masa equivaldría á una mesa de un metro de espesor y de 60 millones de hectáreas de superficie, ó de 10 metros de grueso y cinco millones de hectáreas, ó de 100 por 500.000 respectivamente, ó, en fin, de 1.000 metros de altura por 50.000 hectáreas de base.

»He aquí el imán que igualaría á la Tierra en potencia; mas para construirlo sería muy costoso, invertiría mucho tiempo y desde luego podemos negar que sea de necesidad, porque, según los buenos cálculos, no hace falta un imán suplementario tan fuerte para ejercer sobre la Luna esa acción apreciable en el tanto que necesitemos para romper el equilibrio de las fuerzas cósmicas que la retienen á 90.000 leguas de nosotros. Dadas las alteraciones que el simple paso de un planeta ejerce sobre ella, puede ser bastante un imán supletorio que represente la milésima parte del poder magnético de la Tierra para producir una irresistible atracción sobre un pobre globito como la Luna.

»Este imán artificial, en la proporción de 1 por 1.000 con el terrestre, no formaría, según las precedentes demostraciones, sino una masa de 500 millones de metros cúbicos, ó sea una mesa de un espesor por 5.000 hectáreas de superficie, ó de 100 por 500, ó de 1.000 por 50.

»Dicho esto, que habrá desvanecido las grandes montañas que ofuscarían vuestras imaginaciones al principio de mi explicación, creo conveniente descender al terreno de la práctica, ó sea juzgar las proporciones normales de los trabajos que puede realizar la industria contemporánea. La construcción de la más pequeña vía férrea exige desmontes y terraplenes de mucha mayor importancia que la mayor de las obras que hagamos para el desenvolvimiento de nuestra empresa.

»Pero ese imán de que nos ocupamos, construído con hierro dulce y perfectamente homogéneo, costaría ciertamente muy caro, así como dos ó tres mil millones de francos. Y aunque la humanidad no mira eso cuando se trata de pagar los gastos de una guerra más ó menos justificada en el actual estado de civilización, pero siempre brutal; aunque los ejércitos europeos cuestan más que eso en un solo año, no está dispuesta, sin embargo, á adelantar dos ó tres mil millones para una empresa de utilidad general...

Es preciso, por lo tanto, que procuremos construir este imán á precio reducido.

»La naturaleza, felizmente, nos da los elementos para ello, ofreciéndonos un cuerpo que podemos utilizar en su estado primitivo: *la pirita magnética*, ó *protosulfuro de hierro*. Esta pirita, muy común en ciertos países, puede no costar más que el precio de extracción, y ese es de suyo relativamente económico. Propongo, pues, construir nuestro imán formando una montaña artificial de piritas de hierro. Escogiendo para elevar esta montaña una región abundante en piritas, en la que la mano de obra sea poco costosa, y el sitio gratuito, podríamos, según mis cálculos, llegar á formar un electro-imán de la fuerza necesaria, sin más coste que el de diez ó doce millones de francos, suma que no llega ni siquiera á la cuarta parte de nuestro capital social. Es verdad que esto no es otra cosa que una parte de los gastos, puesto que será preciso además comprar los aparatos productores de la electricidad y pagar la fuerza motora que los ponga en acción; pero yo me comprometo á probaros que quince ó dieciséis millones bastan para cubrir todos los gastos. ¿Y qué es semejante suma, si consideramos los resultados que se pueden obtener? Ya veis que dicha cantidad apenas si se iguala á la renta anual de cualquier par de Inglaterra, ó de algunos banqueros cuyos nombres son de todos conocidos, y que con parecernos tan grande, no es más que la septuagésimaquinta parte de lo que Francia é Inglaterra inscriben en su presupuesto militar.

»No hay por qué apurarse; tenemos más fondos que los que necesitamos: sepamos emplearlos bien.

»Tal es, señores, en resumen, el plan que os propongo; en cuanto á los detalles, os digo que es cosa de fácil arreglo.

»En primer lugar, se tratará de buscar para campo de operaciones un país accesible, rico en piritas de hierro magnético, pobre en cultivo, para que el terreno nos salga barato, ya que no de balde, y que, si es posible aún, dicho país sea extraño á la civilización general, á fin de que nuestra libertad de acción sea completa y quede ignorado el objeto de nuestros trabajos.

»Señores, si creéis aceptable mi proyecto en principio, estoy á vuestra disposición para aplicarlo y conducirlo á buen fin.

—¿Os encargaríais personalmente de la dirección? preguntó un accionista.

—Con mucho gusto, respondió Norberto Mauny, pero con una condición, y es: que nadie me imponga la ley en las cuestiones técnicas, y que he de ir acompañado de un comité interventor en las cuestiones financieras.

La voluntad de la asamblea era tan manifiesta y tan completamente unánime, que Randolph Clederow se puso de su parte.

—Voy á poner á votación el artículo primero de los estatutos, dijo borrando los nombres antes inscritos, y consignando sólo el de Norberto Mauny.

—¡No tenéis derecho para ello! exclamó Costerus Wagner, pálido de ira. Sería una expoliación, un verdadero *robo*.

—No me detendré en analizar lo que semejante palabra, pronunciada en una asamblea de gentes honradas, tiene de odioso, dijo con gran indignidad el joven presidente. Nos hemos constituído en sociedad para la conquista de la Luna; pero es evidente que no hemos renunciado al derecho de confiar la dirección de esta Sociedad á quien nos parezca capaz de llevar á buen término la Empresa. (*Aplausos unánimes.*) Creo ser el intérprete de esta asamblea poniendo á votación el artículo primero, modificado conforme acabo de indicar. Si me equivoco, lo dirá la votación. Los concurrentes que designen al Sr. Norberto Mauny como director de la *Selene-Company*, con plenos poderes, se servirán levantar la mano.

Todos los brazos se alzaron, menos dos ó tres.

—Contraprueba, repuso el Presidente.

Se vieron tres manos en el aire: las de Costerus, de Peter Gryphins y de Ignaz.

—El Sr. Norberto Mauny está proclamado Director, prosiguió lord Randolph; y como en este momento pide la palabra, se la concedo.

—Señores, al daros las gracias por la honra que me dispensáis, exclamó Norberto Mauny, me permitiréis recordaros la condición que puse para aceptar. No quiero tener ninguna responsabilidad financiera, y espero se acuerde que todos los gastos de la empresa han de ser decretados, previa propuesta mía, por un comité interventor. Los fondos quedarán depositados en el Banco en donde se hallan. Todos los pagos se harán con *cheque*, llevando mi firma y la del comité. Dicho esto (y me parece que no encontrará oposición entre los accionistas), me tomaré la libertad de proponeros, como acto de justicia, la inscripción de los tres iniciadores de la Compañía en el número de los miembros del comité.

Los concurrentes, sin duda, apreciaron la delicadeza á que obedecía aquella proposición, pues la aceptaron desde luego, aunque sin entusiasmo. Costerus Wagner, Peter Gryphins é Ignaz Vogel fueron, pues, designados para formar parte del Consejo administrativo, no obstante que la asamblea, por razones fáciles de comprender, parecía haber perdido por completo su confianza en ellos; pero, en fin, bien ó mal, fueron elegidos.

El Presidente propuso entonces que se uniera á ellos su amigo sir Bucephalsu

Coghill, que haría un excelente interventor, por lo mismo que no creía en el éxito de la empresa. La proposición fué muy celebrada é inmediatamente admitida.

Tres hacendistas completaron la lista del comité.

Después de esto, la asamblea se disolvió dejando á sus delegados los poderes necesarios para arreglar todas las cuestiones de detalle, conforme á los estatutos.

Así es como la empresa concebida con tanta audacia por Costerus Wagner para abusar de la confianza de los accionistas de la *Selene-Company*, se encontró, en definitiva bajo la dirección de un hombre honrado, que era al mismo tiempo un sabio distinguido.

Norberto Mauny, después de serios estudios, se decidió á escoger el Sudán como base de sus operaciones. Sabía, por la relación de un amigo suyo, recientemente llegado de una misión en el Africa Oriental, que el desierto de Bayonda, y especialmente la meseta del Tehbali, situada al Oeste de Berber y al Norte de Khartoum, presentaba todas las condiciones geológicas indispensables para la ejecución de su programa. La llegada allí no era muy fácil, pero hasta Souakim se tendría el mar para el transporte del material. El terreno no costaría nada; la mano de obra era muy barata, y había muchas razones para creer que nadie conocía allí los proyectos de la *Selene-Company*.

El estado de anarquía en que se hallaba el Egipto, soberano nominal del Alto Nilo, dispensaba á los organizadores de la empresa de solicitar autorizaciones que hubieran sido tal vez difíciles de obtener.

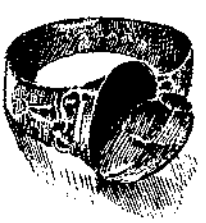
Iban, por tanto, á operar en pleno desierto.

El Sudán no presentaba más que una contrariedad grave: la carencia del combustible.

Norberto aceptó esa desventaja, tomando la resolución de utilizar simplemente el calor solar para mover sus máquinas. La temperatura del desierto africano, en vez de ser un inconveniente, contribuiría á la economía de que tanto necesitaba la empresa, según los dictados de la prudencia.

Los encargos y compras del material, hechos simultáneamente en Londres, París y Nueva York, invirtieron cinco meses; el cargamento del *Dover-Castle* y el viaje por el estrecho de Gibraltar, el canal de Suez y el mar Rojo, seis semanas. A los siete meses justos después de constituída la *Selene-Company*, los expedicionarios llegaban á Souakim.

Sin conocer la historia de los tres *comisionados interventores* que él había pedido con demasiada generosidad para que le acompañasen, Norberto Mauny los juzgó bien pronto. No eran capaces de servirle como colaboradores; mal criados y perezosos en demasía, se mostraban siempre abiertamente hostiles al proyecto para cuya realización iban al Africa; pero como hombre de claro talento, no ignoraba que en todas las grandes empresas es preciso contar siempre con disgustos de ese género y con asociados muy singulares á veces. Por otra parte, nada le era más fácil que reducir á lo estrictamente necesario sus relaciones oficiales con aquellos tres individuos.



CAPÍTULO VIII

LA PARTIDA

A la vuelta á Souakim de la pequeña caravana que había ido á reclamar el apoyo del *mogaddem* de Rhadameh, todo ocurrió tal y como lo había pronosticado el oráculo de la *zaouia*.

En las primeras horas de la mañana siguiente, un derviche desharrapado, provisto de un recibo perfectamente arreglado, se presentó en el consulado francés y embolsó en un saquito de piel la suma convenida en buenas monedas de oro, prometiendo que al sexto día ochocientos camellos esperarían en la puerta de Occidente las órdenes del Sr. Norberto Mauny, y su promesa se cumplió.

El desembarque del *Dover-Castle* se había hecho con actividad; estaba terminado. Los fardos y las cajas se hallaban amontonados en el muelle, cubiertos de telas embreadas y custodiados por centinelas de la tripulación.

No quedaba ya nada que hacer, y sólo se esperaba la llegada de los camellos, que se fueron presentando por reatas de quince ó veinte, y á los que se les iban poniendo las cargas que esos pobres animales reciben arrodillados, atándolas después cuidadosamente á unas albardas especiales. Terminada la operación, cada conductor quedó inscrito en un libro, con el detalle de lo que había recibido, para responder de todo hasta su llegada á la meseta de Tehbali.

Como en esta operación de carga se invirtiera más de una semana, durante ella aumentó, como es consiguiente, la intimidad que se había establecido entre el cónsul de Francia, el doctor Briet, Norberto Mauny y el *baronnet*. Se veían todos los días, se tocaba el piano, se jugaba al *croquet* en la playa y se hablaba libremente de los proyectos, que no tenían ya nada de misterioso, toda vez que el único fin de Norberto al tenerlos secretos, no era otro que el de evitar la hostilidad de los árabes á una empresa dirigida en contra de la Luna, cuya imagen constituye para los musulmanes veneranda enseña.

El Sr. Kersain estaba muy agradecido á los expedicionarios, no sólo por las distracciones que su presencia proporcionaba á su hija y á él mismo, sino por la mejoría, á todas luces visible, que la excursión á Rhadameh había operado en la salud de Gertrudis. Aquellos cinco días, pasados al aire libre, con sus higiénicos ejercicios y las siestas dormidas en el suelo, habían producido en la hermosura de la señorita Kersain un efecto extraordinario. Su tez tomó un tono dorado que hacía resaltar

los frescos colores de sus mejillas; sus ojos adquirieron viveza y brillantez, su andar se hizo más ligero, y todos sus movimientos demostraban perfecta salud.

—He aquí cómo me gusta verte, hijita, decía el Cónsul con gran satisfacción.

—En vuestra mano está, querido papá, respondió la joven. Dejadme que haga de vez en cuando alguna excursión tan divertida como la de Rhadameh, y veréis cómo se asegura mi salud.

—Pues bien, procuraremos hacer otras, aunque no pueda prometerte tan amable compañía como la que hemos tenido; pues soy de tu parecer y del de nuestro doctor Briet, creyendo que el aire libre, algo de cansancio y pasear á caballo, es lo que precisamente te hace falta.

En cuanto á Costerus Wagner, Peter Gryphins é Ignaz Vogel, apenas se les veía, y en verdad que nadie sentía el retraimiento de estos señores. Pasaban por lo regular los días durmiendo á bordo del *Dover-Castle*, y las noches jugando á las cartas en un café, al que consideraban como el paraíso de Souakim. El humo que llenaba la atmósfera de aquella sala les recordaba, por lo visto, las cervecerías alemanas.

Desgraciadamente para ellos, no había allí más cerveza que *pale-ale* inglesa.

Costerus Wagner no se consolaba de no tener su bebida favorita.

—¡Que el demonio se lleve la Luna y al que quiere que baje á la Tierra! decía levantando su vaso á la altura de una lámpara ahumada, y notando con desesperación lo turbio que estaba aquel brebaje. ¡Libar esto es lo mismo que beber el agua de una charca en donde se revolcaran los patos!... ¡Maldita Compañía!... ¡Maldito francés!... ¡Maldita expedición!... ¡Maldito país!...

—¡Y no hacemos más que empezar! dijo gimiendo Ignaz Vogel. La suerte está probada; estamos condenados á vivir, por lo menos, un año en el desierto. Mientras fué imposible procurarse medios de transporte, podíamos esperar que se abandonara el negocio; pero ese maldito francés ha triunfado de todos los obstáculos. ¡Y el estúpido *mogaddem* de Rhadameh, que no ha hecho caso del aviso que le dimos por medio de aquel árabe!

—¡Bah! exclamó filosóficamente Peter Gryphins; ya sabéis que nunca tuve confianza en ese medio para detener la expedición. Los Cherofas han visto la ocasión de ganar una buena suma de dinero, y la aprovechan; nada más natural. En fin, no hablemos ya del asunto, añadió preparando una mezcla de agua tibia y de *whiskey* ó *toddy*, que era su bebida favorita.

—¡Bien pronto se dice, no hablemos más de ello! exclamó Costerus; mas ¿os parece fácil consolarse de ver que otro se apodera de una idea como la mía, idea espléndida que en quince días hizo caer en nuestra red dos millones de libras esterlinas?

—¡En verdad que es cosa rara! dijo con melancolía Ignaz Vogel. Semejante ocasión de hacer fortuna no se encuentra dos veces en la vida de un hombre. Pero ¿qué hacer ahora? ¿No podemos abandonar la expedición, y por consiguiente la Compañía?...

—¡Quién habla de abandonarla! exclamó Costerus; sería una bobada. No se dejan así como así dos millones de libras, aun cuando han menguado ya bastante. ¡Cáspita, amigos míos! ¡El francés no economiza nada!... ¡Encargos de quinientos mil dollars en Nueva York, de trescientas mil libras en Londres, de siete millones de francos en París!... Insoladores de veinticinco luises cada uno; máquinas de vapor; dinamos; kilómetros y más kilómetros de hilo de latón; aparatos de precisión para diez observatorios; productos químicos para hacer marchar veinte manufacturas; seda para fabricar treinta globos, y víveres, cuerdas, alambiques, cisternas de cinc, un buque de novecientas toneladas, ¿qué más aún?... ¡Oh! ¡Bien sabe el francés hacer bailar el dinero de los accionistas! ¿No pensáis que á este paso no quedará un céntimo en caja dentro de un año?

—He aquí el por qué se hace preciso evitar cuanto antes los gastos, dijo Vogel.

—¿Y cómo?... Dadme un medio para ello, en vez de hablar tanto para no decir nada.

—¡Cáspita! No le encuentro.

—Entonces, calla tu pico y será mejor.

—No podemos detener los gastos ni en Australia ni en Europa, replicó juiciosamente Peter Gryphins, puesto que la junta de accionistas dió plenos poderes al francés.

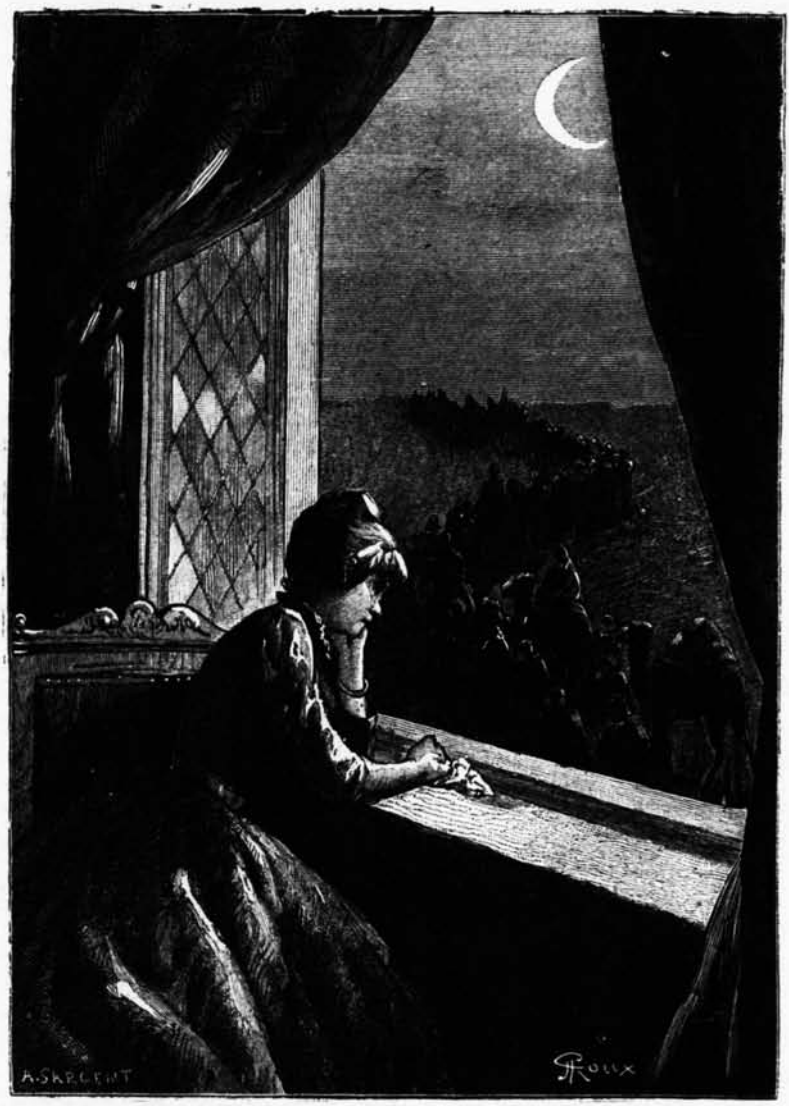
—¡Claro está! exclamó Costerus Wagner; pero aquí ya es otra cosa; porque no nos haya salido bien el paso dado cerca del *mogaddem*, no es una razón para que otra tentativa no sea más feliz. ¿Estáis de acuerdo conmigo de que no nos conviene dejar ir hasta el fin esta ruinosa experiencia?

—Seguramente, dijeron á dúo Ignaz y Peter.

—Si sale bien, nuestro papel de comisionados interventores concluye, repuso Costerus; y si sale fallida, después de haber absorbido el capital social, nos encontraremos, de seguro, sin un céntimo.

—¿Pero creéis verdaderamente en el éxito? preguntó Peter Gryphins.

—Lo creo, repitió Costerus. No encuentro ninguna razón para que no salga bien; pero *no quiero*, *no queremos* que se realice. ¡No es para el francés ciertamente para quien hemos hecho salir tantas libras esterlinas del bolsillo de los accionistas!



Era la caravana que se ponía en marcha.

¡No, mil millones de bombardas! ¡Ni tampoco en provecho de la ciencia! ¡Fué para nosotros! ¡Sí, para nosotros! ¡Y es menester obrar con astucia y con rapidez si queremos evitar que desaparezca lo que queda de los dos millones de libras! ¿Es claro?

—Perfectamente claro, repitieron Ignaz y Peter.

—Suponed que la empresa fracasa, y que el francés se ve obligado á volver á Melbourne para responder de su desgracia; entonces sí que estaríamos favorecidos, pues nada hay tan feroz como un accionista desengañado, según lo hemos visto por nosotros mismos el día de la reunión en el hotel Victoria. En esta situación, pues, es en la que debemos colocar al astrónomo parisién para que sea residenciado por la asamblea, y entonces es la nuestra, porque, encargados del negocio y de su dirección, ó, en caso adverso, de la liquidación de la Sociedad, veréis cómo maniobramos á las mil maravillas.

—¡Eso es! exclamó Ignaz Vogel frotándose las manos, como si hubiese tenido ya en su poder la caja social.

—¡Atención! dijo de repente Peter Gryphyns á media voz. El *brosseur* del astrónomo,

Los tres cómplices se callaron en seguida, y se pusieron á fumar su pipa en silencio.

Era, en efecto, Virgilio, que acababa de entrar, y en seguida divisó á los comisionados, que fingían no notar su presencia, entregados, al parecer, á una dulce soñolencia. El buen muchacho era demasiado adicto á su amo para no haber notado, por instinto, que aquellos tres hombres aborrecían á Norberto; así es que, al verlos allí, le llamó particularmente la atención su actitud, en cierto modo falsa y retraída, por lo que se puso á observarlos de reojo, fingiendo hallarse abstraido en saborear su café y en fumar en la pipa turca que acababan de traerle.

Bien pronto no dudó que le habían visto, pues cuchicheaban mirándole, y estaban como cortados en su presencia.

—Parece que mi llegada ha interrumpido la conversación de esos señores... ¿Estarán maquinando acaso algo contra mi amo? Me parece que estoy en lo cierto; mas no nos dormiremos en las pajas, amigos míos, antes bien abriremos el ojo y miraremos bien... Pero dejemos ya de inquietarlos con mi presencia.

Virgilio sacudió la ceniza de su pipa, concluyó su taza de café, parecida á una huevera, y después de dar un golpecito á su gorro para que tomara en su cabeza una inclinación de cuarenta y cinco grados, que es lo que constituye la elegancia de los tiradores argelinos, se marchó contoneándose.

Los preparativos, según hemos dicho, se hacían con gran actividad, y terminados pronto, la caravana no esperaba más que una señal para ponerse en camino hacia Berber.

La víspera del día fijado para la marcha, el Cónsul francés dió una comida de despedida al Sr. Mauny; sir Bucephalus Coghill, el comandante Guyon y el doctor Briet eran, con aquél, los únicos convidados. Se habló, como era natural, de la empresa que iba ya á empezar definitivamente el joven astrónomo; y sin pronunciar nadie juicio terminante sobre el fondo del asunto, los convidados parecían bastante dispuestos á admitir que, después de todo, se habían exagerado los peligros.

—La alianza con los Cherofas que habéis obtenido, cambia por completo el aspecto de la cuestión, decía el Sr. Kersain. Sin su ayuda, el éxito hubiera sido imposible; mas contando con ellos no ofrecerá ya nada de obstáculos, siempre que permanezcáis en buena inteligencia con aquellos tan omnipotentes aliados. Tenéis para ello el más irresistible de los argumentos; recursos financieros considerables y una liberalidad natural, que os ha valido ya entre los camelleros un hermoso apodo...

—¿Cuál? preguntó Gertrudis.

—*La Mano Abierta*, respondió el señor Kersain.

—¡Todo eso está muy bien! exclamó el doctor; pero olvidáis que el Madhi no tiene más que decir una palabra para cambiar en hostilidades la buena voluntad de los Cherofas.

—Es verdad, replicó el Cónsul; pero el Kordofán, en donde el Madhi tiene su campo de operaciones, está lejos de aquí y del desierto de Bayonda. Por otra parte, acabo de recibir la noticia de que el Gobierno egipcio ha resuelto concluir con los insurrectos, y para ese fin reconcentra en Khartoum, utilizando el Nilo, un ejército verdaderamente imponente, cuyo mando será confiado á oficiales ingleses.

—En ese caso, las cosas pueden mudar de faz; pero es menester una marcha decisiva sobre el Kordofán, porque mientras la cabeza del Madhi no haya sido expuesta en los muros de Khartoum, el Sudan será ingobernable.

—Fatima, hazme el favor de buscar mi abanico, que he dejado sobre la mesa de mi cuarto, dijo en aquel momento Gertrudis; hace esta noche un calor insufrible.

La criadita salió corriendo, con el apresuramiento que se daba siempre para ejecutar las menores órdenes de su ama.

—Estaba yo justamente mirando los ojos de aquella niña, mientras que el doctor hablaba del Madhi, dijo el comandante Guyon; brillan como carbunclos... ¿Es sudanesa?...

—No lo sabemos, ni ella tampoco, respondió el Sr. Kersain. Es una niña que los mercaderes de esclavos han traído

probablemente del país de los Grandes Lagos, antes de que el general Gordon hubiese quitado aquel infame comercio; se la encontró en el desierto, según dicen, sobre el cadáver de su madre.

—¡Pobrecilla! dijeron con interés todos los convidados.

En aquel momento Fatima volvió, y mudaron de conversación.

—Es una verdadera desgracia para la idea civilizadora que Gordon no se haya quedado como gobernador general del Sudán, dijo el *baronnet*.

—Tenéis razón, le contestó el Cónsul; y aunque no estemos siempre de acuerdo en apreciar la política inglesa en este país, pienso como vos respecto á vuestro ilustre compatriota; el Gobierno egipcio no ha tenido jamás funcionario más bizarro ni más hábil. Si hubiese permanecido en Khartoum, el Sudán estaría hoy día tranquilo y en estado de prosperidad.

—¿Y por qué no se quedó?

—Porque no tenía ninguna confianza en el nuevo khedive Tewfik, y ya sabéis que el gobernador general del Sudán, si ha de hacer algo bueno, necesita contar, en primer término, con esa confianza, y tener seguridad de que realmente se le secunda en sus planes con decisión y energía.

—Sea de ello lo que fuere, es cierto que por su ausencia el Egipto ha perdido el Alto Nilo, dijo el doctor Briet. ¡Un país tan bello, tan rico y tan fácil de gobernar, con su población tan dulce é inofensiva! Pero desde la época en que los egipcios se establecieron allí, hace medio siglo, bajo el reinado de Mehemet-Alí, no han hecho más que necedades, cuando no atrocidades. Lo han arruinado todo y han reducido los habitantes á la desesperación... No lo dudéis; si algún alzamiento ha sido justificado por la miseria y el hambre, es, con seguridad, el de esa pobre gente. Y ahora sólo Dios sabe cómo concluirá...

—De cualquier modo, deseamos que todo acabe bien para nuestros amigos, dijo el Sr. Kersain, brindando por sus convidados.

Terminada la comida, pasaron al terrado, en donde la conversación continuó sobre la pacificación del Sudán.

Gertrudis, un poco cansada de oir hablar siempre de lo mismo, habíase sentado al piano para tocar alguna de aquellas antiguas canciones francesas que la moda ha vuelto á poner en boga, y apenas había empezado, cuando Norberto se aproximó á ella para escuchar mejor.

—Gracias, la dijo, después de un instante; llevaré conmigo al desierto el recuerdo de esas melodías, como el último eco de mi patria.

—¡Ah, señor Mauny, no os quejéis! ¡Bien sabéis que todos aquí, mi querido papá, el doctor y yo vamos á perecer de fastidio cuando hayáis partido! No será fácil que encontremos mejor compañía que sir Bucephalus y vos.

Aunque los igualara así, por un disimulo muy propio en la mujer, hacía tiempo que la señorita Kersain había descubierto la diferencia de impresión que produjo sobre ambos jóvenes. Sabía de sobra que la viveza de los sentimientos está siempre en razón inversa de las demostraciones.

La admiración del *baronnet* podía tal vez ser sincera; pero innegablemente tribial al manifestarse. Idénticos cuidados y alabanzas había prodigado, con seguridad, á más de cien jóvenes, y los ofrecía sin duda alegremente á otras tantas, mientras que la menor atención de Norberto tenía algo de exclusivo y personal que atraía.

—Si pudiera yo creer que tendréis de mí un recuerdo verdaderamente de amistad, dijo el joven sabio, me sería menos penoso partir. Pero ¿bajo qué título me atrevería á esperarlo? Confesar un sentimiento sincero, ¿no es, según el mundo, una candidez con tintes impropios de estos tiempos? Y, sin embargo, perdonadme si así me permito hacerlo. La impresión que llevo de aquí es tan grata, y mis afectos tan arraigados, que me sería muy duro no confiar en un poco de reciprocidad.

—Tenéis razón, dijo Gertrudis al despreciar la superficialidad de las protestas mundanas, y es sensible el abuso que se hace de ellas, cuando para expresar la simpatía se recurre á las frases que pudiéramos llamar de reglamento, en fuerza de ser constantemente las mismas y de usarse sin variación alguna por todos. Os aseguro, sin embargo, que mi padre y yo guardaremos para vos un recuerdo de amistad leal y sincera.

—Sois muy buena, y os doy gracias por las palabras que acabáis de pronunciar; pero... tened cuidado, no sea que abuse de ellas para haceros una confidencia...

—Os escucho, respondió la señorita Kersain, comprendiendo que Norberto no era de aquellos á quien semejante favor pueda alentar para llegar á familiaridades que disgustan ó á impertinencias que desagradan.

—Pues bien, repuso el joven; en el momento de tocar la meta de mi expedición, experimento una especie de desaliento que necesito daros á conocer. ¿Será un presentimiento? ¿Habré confiado mucho en mis fuerzas? No lo sé. ¡Pero siento un disgusto mortal al dejar á Souakim!...

—¿Pensáis acaso en abandonar vuestra empresa? preguntó Gertrudis admirada.

—A fe mía, creo que una sola palabra vuestra bastaría para decidirme á ello.

Hubo un instante de silencio.

—Esa palabra no la pronunciaría, aun-

que me asistiera el derecho para hacerlo, dijo con gravedad la señorita Kersain; sería una falta cometida para con la ciencia, que tanto espera de vos y de vuestros descubrimientos. Creo en el talento con que el cielo os ha dotado, en vuestro saber, y en vuestra obra, Sr. Mauny, y por este motivo, lejos de apoyar vuestro desaliento, os digo: reunid todas las fuerzas de que podéis disponer, y dad el asalto. Proporcionad á vuestros amigos, que tanta fe tienen en vos, el orgullo de ver justificada su confianza, y los placeres de una victoria completa.

—El ánimo que me faltaba no me abandonará en adelante, dijo Norberto, apretando entre las suyas la pequeña mano que se tendía hacia él. Ya estoy pronto á la pelea. Gracias, señorita, y adiós...

—¿Nos dejáis ya? dijo el Cónsul entrando en el salón.

—Es preciso; tengo algunas instrucciones que dar, y el tiempo es corto; saldremos un poco después de las doce, es decir, dentro de dos horas.

—Pues bien, id á dictar las órdenes necesarias; pero sabed que el comandante Guyon, el doctor y yo hemos proyectado acompañaros un poco. ¿Nos autorizáis para ello?

—¡Con toda mi alma! ¿Necesitáis preguntármelo? ¿En dónde queréis que me reuna á vosotros?

—No alteréis en nada vuestro itinerario; á las doce nos dirigimos á la puerta de Occidente.

—Hasta luego, pues. Señorita, hasta más ver, así lo espero.

—¡Y yo estoy cierta de ello, caballero! Hasta la vista... y ¡ojalá salgáis con bien de vuestra empresa!

Un poco antes de las doce, Gertrudis, apoyada en la ventana de su cuarto que daba al Poniente, miraba melancólicamente, bajo la luz plateada de la Luna, una larga fila blanca de albornoces que se veía á lo largo del camino.

Era la caravana que se ponía en marcha. Dentro de doce días estaría en Berber, y atravesaría el Nilo en barcas: á los quince ó veinte llegaría á la meseta de Tehbali. Y después, ¿qué sucedería? ¿Cómo terminaría aquella audaz empresa? Si no tuviese éxito, ¿podría el Sr. Mauny resistir el disgusto y la humillación de una derrota? A pesar de la confianza que había mostrado, la señorita Kersain no dejaba de sentir alguna inquietud por el resultado de la expedición.

Un suspiro que oyó detrás de ella, la hizo volver la cabeza.

Era Fatima.

—¿Qué tienes, hija mía? le preguntó con bondad. Parece que estás triste esta noche, y tú, que charlas siempre tanto como una cotorra, no has pronunciado aún una palabra.

—Estoy pesarosa, amita, al ver á esos buenos señores marcharse así al desierto.

—¡Cómo! ¿Es esa la causa de tu pesar?

—¿No sienten todos lo mismo aquí? replicó la niña con alguna malicia. ¡Ay, amita, qué lástima me dan!...

—¿Qué quieres decir, niña?

—¡Ah! ¡Si supierais todo lo que oigo!... Nadie desconfía de mí, y, por lo tanto, yo me entero de muchas cosas que los blancos no notan siquiera... ¡Si tuvieseis noticia, amita, de lo que se prepara!... ¡Si conocierais cuánto odian á los *giaours*!... Hay un gran profeta, lejos de aquí, cerca de los lagos, que ha venido para salvar á los hijos de Allah... Es un verdadero Santo; nada puede resistirle, y ha jurado exterminar á todos los europeos... He aquí lo que dicen los árabes y todas las tribus del desierto... Juran que esto sucederá muy pronto, pues antes de ocho días tal vez se dará una orden que correrá por todas partes, desde el Kordofán y el Nilo Azul, hasta Darfour, Souakim, Dongola y todos los países cercanos á las cataratas, y entonces todo habrá concluido. Los blancos, sin excepción alguna, habrán muerto. ¡Horroroso es el pensar que ese pobre Sr. Mauny, con el caballero inglés, y Virgilio, que es tan bueno, y también el otro, el ayuda de cámara, que es tan poco amable, se vayan derechos á aquel infierno!... Esta tarde, durante la comida, cuando se hablaba del Madhi, hubiera yo querido hablar; pero no me he atrevido, y luego, como me mandasteis buscar el abanico...

—Si hubieras estado allí, hubieras oído decir á mi padre que está preparándose un gran ejército para marchar contra el Madhi.

—¡Oh! ¡Nada podrán contra él, amita!... ¡No sabéis lo rabiosos que están todos cuantos oigo, los mismos camelleros que acaban de partir y aquellos bereberes de la otra noche, ya sabéis, los de los borricos... Todos dicen que no quieren extranjeros en su país; que el Profeta ha mandado exterminar á los infieles; en fin, cosas que hacen levantar el cabello... ¡Ay, amita mía! ¡Cuánto daría yo porque estuvierais en Francia, que es vuestra patria!... ¡Partid pronto con el amo!... ¡Lleváos á Fatima; es la única que os ama aquí!... Pero ¡Dios mío! ¿qué estoy yo haciendo? exclamó de repente la niña. ¡Os habéis puesto muy pálida, y os vais á poner mala con las cosas que estoy diciendo!

—No, querida, no estoy enferma, pero sí inquieta, muy inquieta... Lo que me dices confirma los temores de personas que tienen experiencia de las cosas... Hasta me da miedo de que mi padre haya salida fuera de la ciudad. ¡Pobre padre! ¡No querrá él partir!... ¡Y yo, suceda lo que suceda, no le dejaré solo!...

—¡Ni yo tampoco, querida amita mía! No soy más que una niña, y tal vez exagere el peligro... He hecho mal, muy mal, en hablar así... No penséis ya en ello... Acostáos, es tarde, y el amo se enfadaría si supiera que estáis aún levantada.

Gertrudis accedió á sus afectuosas súplicas. Se metió en la cama, dió las buenas noches á Fatima, y cerró los ojos para dormir, pero el sueño no vino; la imaginación excitada de la señorita Kersain le presentó sin cesar aquella noche sangrientos cuadros de guerra y exterminio. Por fin, de día ya, pudo conciliar el sueño; mas las horrorosas visiones de la noche la persiguieron, no obstante.

CAPÍTULO IX

EL GRAN IMÁN

Siete meses han pasado ya desde los últimos acontecimientos que hemos narrado, y á pesar de los temores de que se habló en Souakim, nada ocurrió que los justificara.

La anarquía, es verdad, reinaba aún en el Sudán; se hablaba con insistencia de un próximo alzamiento de todas las tribus del desierto, en contra de los extranjeros; pero ese alzamiento no se manifestaba, y las guarniciones egipcias se mantenían sin dificultad en las ciudades y en las fortificaciones del interior. En fin, el Madhi y sus parciales, lejos de avanzar, parecían retroceder. Bastó que un ejército de diez ó doce mil hombres, mandado por Hicks-Pachá, partiese de Khartoum y se corriera hacia El-Obeid, para que el Profeta saliera de la capital, retirándose hacia el Sur.

En la meseta del Tehbali, en el desierto de Bayonda, los trabajos dirigidos por Norberto Mauny adelantaban con una rapidez y una fortuna extraordinarias. Todo marchaba hasta entonces según los deseos del joven sabio, felicitándose por haber elegido entre otras aquella región verdaderamente privilegiada, que, según sus previos estudios y los informes tomados, ofrecería, de seguro, condiciones geológicas muy favorables.

En primer lugar, la pirita magnética, base indispensable de la empresa, era tan abundante en la parte occidental del desierto de Bayonda, cercana á Darfour, que colinas enteras, ó mas bien verdaderas montañas de mil y de mil doscientos metros de altura, estaban exclusivamente compuestas de esa materia. Entre todas aquellas montañas, Norberto había preferido la más elevada, ó sea el pico de Tehbali, para sitio de operaciones.

Era éste una inmensa mole, de forma cónica, constituída por piedras perfectamente homogéneas, y que, aislada en una llanura de dos kilómetros cuadrados, dominaba las demás alturas de setecientos ú ochocientos metros.

Esta elección estaba en cierto modo indicada, pues desde el momento en que los expedicionarios llegaron á dicho terreno, hubieron de llamarles la atención el aspecto particular de aquel pico y las ventajas que ofrecía bajo el punto de vista astronómico.

—De todos los Observatorios que he visto, dijo un día Norberto al *baronnet*, me parece que no existe más que uno que

aventaje á éste, y es el *Pic-du-Midi*, en los Pirineos, en donde se ha instalado el general Nansouty; pero esta última montaña se halla cubierta de nieve las tres cuartas partes del año, y ese inconveniente no lo tendremos aquí.

Algunos sondajes bastaron para demostrar que, en el concepto geológico, el pico de Tehbali era aún más precioso y estimable para nuestro joven astrónomo, toda vez que aparecía como una enorme pirita magnética de una sola pieza, de mil quinientos metros de altura, y cuyo cono se basaba en una sección de sesenta hectáreas. Recogidas algunas muestras de aquella pirita, y analizadas con cuidado, se vió que consistía en una combinación de protosulfuro y bisulfuro de hierro. Era, además, notablemente firme, maleable, dúctil y tan magnético, por lo menos, como el níquel y el cobalto, si no tanto como el hierro dulce, pudiéndose afirmar que equivalía á un imán colocado bajo la influencia de una barra imantada ó de una máquina electro-dinámica. En fin, lo mismo que el hierro dulce, perdía instantáneamente su propiedad magnética si la influencia determinante suspendía su acción.

A mil quinientos metros en línea vertical, debajo de la cima del pico, había arena por todas partes; una arena amarilla y fina, en la que esa masa colosal de sulfuro de hierro había llegado á solidificarse por alguna convulsión geológica, como el hierro colado viene á cuajarse en una reguera de arcilla. El descubrimiento de ese pico causó á Norberto la mayor alegría. Su constitución geológica iba á ahorrarle el trabajo de elevar una montaña artificial de piritas magnéticas, puesto que la encontraba hecha ya, más alta, más ancha en su base, más homogénea, más satisfactoria, en fin, bajo todos conceptos, que la que hubieran podido construir millares de trabajadores ocupados durante meses enteros.

No quedaba más que adaptarla para el uso á que se destinaba.

En primer lugar, fué preciso poner á cubierto los aparatos más delicados, las máquinas y las provisiones, resguardándolo todo, provisionalmente, bajo tiendas de campaña.

Norberto empezó por abrir un camino que, en forma de zizás, llegase hasta la cima del Tehbali, nivelando allí una extensión de tres mil metros cuadrados. Sobre esta explanada, aprovechando las piedras extraídas al hacer los desmontes, hizo construir, con destino á laboratorio, habitaciones y almacenes, vastos edificios que, aun cuando de un solo piso, dominaban la montaña como una fortaleza. El Darfour, que está muy cercano, y la tribu de Chorofas, dieron al primer aviso suficientes braceros para aquellos trabajos.

Había albañiles en gran número, y los que se ocupaban en los desmontes aprendieron el oficio en dos ó tres días, uniéndose á esto que, merced á la actividad de Mabrouki-Speke y de Virgilio, que servían de intérpretes, se pudieron amaestrar unos veinte capataces y hacer que los trabajos tomaran un vigoroso empuje. La relativa proximidad de Berber facilitaba el aprovisionamiento de aquel pequeño ejército de obreros, y los pozos de Ouadi-Teraib y de Abou-Klea, que se hallaban á pocas leguas de distancia, daban un agua excelente, que, conducida por camellos, abastecía las cisternas de cinc colocadas en la montaña. Además, un verdadero pueblo de vendedores no tardó en instalarse á dos kilómetros del pico de Tehbali, para proveer á todas las necesidades de los trabajadores de la Compañía selénica.

Delante de la puerta de la muralla rectangular que rodeaba los edificios del Observatorio, Norberto había mandado levantar una tienda de tela rayada, en la que le gustaba sentarse cuando se entregaba á los cálculos, á veces muy complicados, que exigían sus trabajos, con la ventaja de poder esparcir su espíritu contemplando desde allí magníficas vistas, pues extendíase su mirada sin obstáculo alguno á muchas leguas en redondo.

Debajo del pico de Tehbali, el desierto de Bayonda ofrecía un extenso panorama, compuesto de llanuras áridas y arenosas, cuya monotonía era de trecho en trecho interrumpida por algunos pequeños grupos de palmeras. Al Oeste, cual blancas palomas posadas sobre la amarilla arena, se veían los pueblos del Darfour meridional. Hacia el Oriente, en medio del verdor del oasis de Berber, se distinguían, si bien con vaguedad, no obstante el auxilio del anteojo, las cúpulas y los minaretes de aquella gran ciudad; y mirando al Norte, se divisaba el Nilo por la doble fila de árboles que pueblan sus orillas, y porque en algunos sitios se veía brillar el agua herida por el sol.

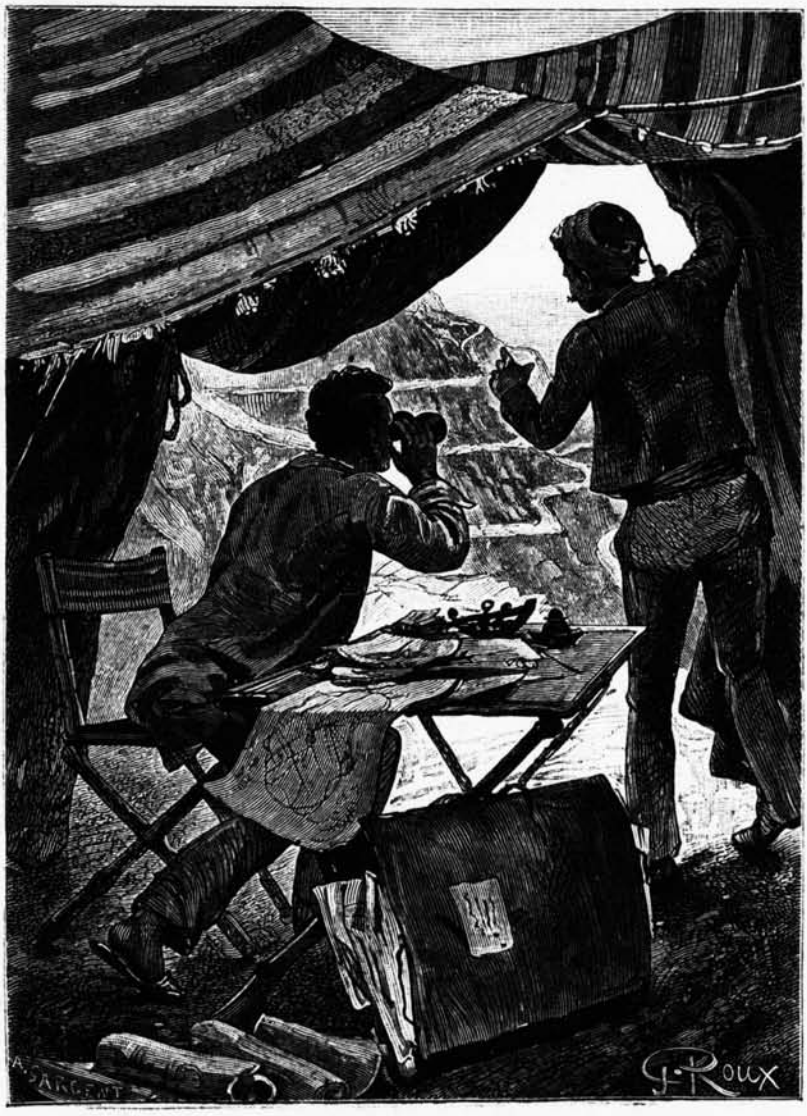
Una mañana de Octubre, á eso de las siete, el joven sabio estaba, como de costumbre, sentado en una silla de tijera delante de su mesita de trabajo, cuando Virgilio entró bruscamente en la tienda.

—¡Visitas, señor, visitas tenemos! decía, presa de una manifiesta agitación.

—¿Visitas aquí? dijo distraídamente Norberto. ¿Estás en tu juicio?

—Sí, señor; vienen señoras y señores á caballo. Es toda una caravana la que viene... Desde el taller de abajo he visto viajeros, y he pensado que os alegraríais de que os avisara, máxime pareciéndome haber reconocido desde lejos á la señorita Kersain, á Fatima, al Cónsul y al doctor Briet.

—¡Estás soñando! replicó el joven astrónomo levantándose apresuradamente y



—¡Visitas, señor; visitas; tenemos! dijo Virgilio señalando al camino.

tomando su anteojo para mirar. ¿En dónde están, repuso, esos supuestos jinetes?

—Vedlos, señor, vedlos allá abajo.

Una sola mirada bastó para que Norberto se convenciera de la realidad de la noticia. Eran, en efecto, la señorita Kersain, su padre, el doctor Briet y Fatima, los viajeros de cuya presencia en el desierto no se podía dudar, y por primera vez en su vida experimentó el joven un verdadero disgusto al ver el descuido de su atavío y de su persona, haciendo, en su consecuencia, un movimiento tal de coquetería, que no lo hubiera tenido igual un elegante del boulevard de los Capuchinos ó de Pall-Mall.

—¡Y yo que estoy con mi traje de trabajo! dijo mirando con tristeza su blusa, su pantalón de hilo y sus sandalias árabes. ¡Ligero, Virgilio! ¡Ve á buscarme un traje más decente!... ¡Aún tenemos suficiente tiempo!...

El buen muchacho corrió al cuarto de su amo, trayendo en un abrir y cerrar de ojos ropa más decente, calzado europeo y un sombrero de paja. La transformación se operó en un segundo, y en el momento en que concluía de vestirse, el *baronnet*, que acababa de levantarse, apareció en la puerta de la tienda.

Su traje de mañana era irreprochable; no se le podía poner tilde alguno, y se hubiera creído, gracias á Tyrrel, que sir Bucephalus salía de su palacio de Curzon-street.

—La familia Kersain viene á vernos, le dijo con rapidez Norberto.

—¿Es de veras?

—¡Vedlos llegar por allí!...

Y mientras el *baronnet* alzaba el anteojo para mirar, el joven astrónomo repuso:

—Voy á su encuentro; encargáos, vos que entendéis mejor que yo de esas cosas, mi querido Coghill, de mandar que preparen un refresco para cuando lleguen nuestros amigos.

Y sin esperar respuesta, se dirigió al camino.

Sir Bucephalus, algo contrariado por el papel que se le designaba, llamó á Tyrrel para darle sus órdenes. Un relámpago de alegría se dibujó en la cara, perfectamente afeitada, de aquel modelo de ayuda de cámara, quien, embargado por la emoción, no se dió cuenta de que su amo salió inmediatamente para reunirse con Mauny.

Los viajeros llegaron en aquel instante á la explanada.

—¿Qué buen pensamiento os trae por aquí? exclamó el astrónomo, cambiando cordiales apretones de manos con cada uno de ellos. Os veía subir y aún no lo creía. ¿La señorita se ha arriesgado también á hacer tan largo viaje?

—¡Ya lo creo! contestó la joven apeándose con ayuda de Norberto. ¿Creéis, por ventura, que hubiera dejado á mi padre ir solo á Khartoum?

—¡A Khartoum!... ¿Es á Khartoum adonde vais?

—Sí, señor, respondió el Sr. Kersain, que acababa, á su vez, de bajar del caballo. Me han nombrado Cónsul general de Francia en el Sudán, y, naturalmente, llevo á mi hija conmigo.

—¡Vaya, vaya!... dijo el doctor Briet; ya veo que aquí estáis bastante atrasados de noticias. ¿No sabéis que el ejército de Hicks se ha concentrado en Khartoum y que está admirablemente disciplinado, después de ocho meses de ejercicios, y que el Madhi se bate en retirada delante de él?... ¡Ya no hay Madhi!... ¡Se ha evaporado, ó, mejor dicho, se ha relegado hacia los Grandes Lagos!... ¡He aquí lo inseguro, lo efímero de la fama!... Supongo que no habréis olvidado mi opinion sobre este profeta, querido amigo. Pues bien, ya no creo en él...

—Tampoco vos, Sr. Kersain, dijo Norberto, puesto que lleváis á la señorita Gertrudis á vuestra residencia.

—¡A fe mía, si aún creo en él, no es mucho! Estoy persuadido de que la pacificación del Sudán no es ya más que cuestión de tiempo; y como estas regiones son muy importantes para el comercio de nuestro país, así se lo he comunicado al Ministro, quien ha creído conveniente mandarme á Khartoum, y mi hija ha querido acompañarme.

—¡Pues no faltaba más sino que así no fuese! exclamó la joven. ¿No pertenezco yo también al cuerpo consular? Mi querido papá se alaba de las Memorias que escribe, y es preciso que sepáis que yo le presto mi colaboración. En fin, tenía muchas ganas de ver Khartoum, y confesaré también que deseaba venir aquí; pero no esperaba, en verdad, tener que admirar tantas maravillas.

El *baronnet* llegó en aquel instante, y aun cuando se hallaba algo resentido por lo que Norberto había hecho con él dejándole atrás, no pudo sostener su mal humor, porque no era posible éste ante la alegría comunicativa de la señorita Kersain. Estaba la joven verdaderamente encantada de encontrarse en el Tehbali, y no procuraba ocultarlo; pero su sorpresa no tuvo límites cuando, entrando en el Observatorio, se halló en una vasta habitación abovedada, que Tyrrel, en un abrir y cerrar de ojos, había transformado en un hermoso salón.

—Estáis, dijo Norberto, en lo que llamamos la sala *de las Manettes*, así llamada porque todos los hilos conductores vienen á parar aquí, encontrándose á las órdenes de aquellos dos mangos de marfil que veis ahí; uno para establecer instantáneamente la imantación, y el otro para suspenderla con no menos veloci-

dad. Pero ya os enseñaremos después todo esto... Por ahora no penséis más que en tomar algún refrigerio.

Una mesa espléndidamente servida ocupaba el centro del salón, entre anchos divanes de piel de camello, con caprichosos dibujos. Las paredes estaban adornadas con mapas celestes y grandes fotografías de la Luna. En el fondo de aquella sala se hallaba una puerta de dos hojas, abierta de par en par, por la que se veían algunos aparatos astronómicos, un gran ecuatorial, telescopios, pilas eléctricas, máquinas raras; en fin, todo un museo. Podía hacerse la ilusión de encontrarse en el Conservatorio de Artes y Oficios de París, más bien que en un pico aislado en medio del desierto africano.

Cuando los viajeros acabaron de tomar un refrigerio, quisieron ver en seguida los trabajos para continuar su camino aquella misma tarde; pero ni Norberto ni el *baronnet* consintieron en ello, demostrando á la familia Kersain que podían muy bien aceptar su hospitalidad sin incomodarlos en lo más mínimo, quedándose en el Observatorio, mientras que sir Bucephalus y Norberto dormirían en las tiendas. El Cónsul se dejó convencer.

Gertrudis se había levantado para examinar algunos de los mapas suspendidos en las paredes.

—¿Qué es esto? preguntó mirando con atención una especie de mapamundi, del que no conocía ni los mares ni los continentes.

—Es un mapa general de la Luna, le respondió Norberto, ó, á lo menos, el hemisferio lunar que vemos desde la Tierra.

—¡Cómo! ¿Un mapa de la Luna? exclamó la joven. ¿Ha llegado ya alguno hasta aquel planeta?

—No ha sido necesario ir allá para levantar ese mapa, pues basta para ello observar atentamente nuestro satélite en las noches muy claras, con ayuda de un buen telescopio, y anotar todos los accidentes que se ven en su faz. Con el tiempo, aquellas observaciones, reunidas por un gran número de astrónomos, y encontrándose de acuerdo, han permitido establecer la geografía de aquel pequeño mundo.

—Pero veo que hay nombres en este mapa: *mar de la Tranquilidad; Océano de las Tempestades; cordillera de los Apeninos; montes Dorfels*... ¿Cómo han sabido aquellos nombres?

—Son convencionales, y han sido dados por los mismos que han estudiado aquel planeta.

—Y esto, ¿qué significa? preguntó Gertrudis pasando á otro cuadro.

—Es un gran circo lunar, igual al de Gavarni, en los Pirineos. Se le llama *Circo de Copérnico*. Este otro es la montaña lunar de *Gassendi*, y aquél representa un grupo de alturas que se divisan cerca del polo boreal de nuestro satélite, y que se llaman los montes de la *Eterna Luz*.

—¿Y todos estos volcanes que parecen dibujados en nuestras montañas de Auvernia?

—Son volcanes lunares, ó, á lo menos, cráteres antiguos, probablemente apagados. Se los ve por todas partes en el suelo de esa pobre Luna, que parece haber sido desgarrada y maltrecha por sus fuerzas interiores.

—¿Hay certeza de que son cráteres?

—Certeza completa, puesto que se puede, sin dificultad, precisar su forma, sus dimensiones, y hasta la altura de sus paredes.

—¿Y cómo es eso posible?

—De la manera más sencilla, y por las aplicaciones más elementales de la geometría.

—¿Y no se equivocan? ¿Serán de verdad montañas y cráteres lo que se ve así?

—No hay duda ninguna. Cuando miráis el retrato fotográfico de una persona que no conocéis, ¿estáis cierta de que la fotografía haya reproducido fielmente las facciones de aquella persona?

—Ciertísima.

—Pues bien; fotografiamos la Luna casi tan fácilmente como si fuera un ser humano. Mirad aquí una de la cordillera de los Apeninos lunares, que he tomado hace poco más de un mes. ¿Puede dudarse, viéndola, de que sea la reproducción fiel de una larga sierra fotografiada desde lo alto verticalmente, como podría hacerse desde la barquilla de un globo?

—¡Es sorprendente!

—¿Queréis una prueba? Mirad ese dibujo que representa justamente una isla volcánica, toda sembrada de cráteres; el pico de Tenerife mirado á vista de pájaro. ¿No es perfecta la analogía?

—Tan perfecta, que es imposible dudar de que los modelos sean completamente iguales.

—Ya habréis comprendido que, por medio de aproximaciones, comparaciones y analogías de este género, se ha podido llegar gradualmente á establecer la geografía de la Luna, ó, mejor dicho, la *selenografía*, como dicen los amantes del griego (de Σελήνη, Luna).

—Ya entiendo. Pero ¿cómo habéis podido obtener así la fotografía de una cordillera aislada? Vuestra explicación me satisface cuando se trata del conjunto de la Luna; pero de un detalle...

—No os costará mucho trabajo comprenderlo, si reflexionáis que un telescopio que aumenta dos mil veces los objetos, presenta á nuestro satélite tal cual sería á cuarenta y ocho leguas de distancia. Pues bien; ya comprenderéis que un globo cuyo diámetro sea de 869 leguas, visto

á una altura relativamente tan corta, aparece enorme y permite que el observador pueda, sin dificultad, escoger las partes que más le convengan para fijarlas aisladamente en la placa sensible. ¿Me he explicado con claridad? Además, no ignoráis, de seguro, que una fotografía microscópica puede ampliarse de modo que se vean perfectamente á la simple vista los detalles que son invisibles antes de la ampliación.

—¡Cuánto me gustaría ver todo esto!

—Lo veréis esta noche: estamos precisamente en el plenilunio, momento muy propicio para la observación.

—¡Cómo! ¿Me enseñaréis la cordillera de los Apeninos, tal como está aquí, el Océano de las Tempestades, los montes Dorfels?...

—¡Y muchas cosas más!

—¿Sabéis que es eso maravilloso?

—Lo que yo encuentro más maravilloso aún, es que la humanidad, casi en totalidad, pase su vida al lado de tales cosas sin fijarse en ellas.

—¿Y es verdaderamente admisible, repuso Gertrudis después de un momento de silencio, que la Luna se parezca á nuestro mundo, que tenga una constitución geológica análoga á la de estos continentes, mares, montañas, volcanes? etc.

—No sólo es admisible, sino probable, sin duda, y, por lo tanto, cierto. La Luna, no vaciléis en creerlo así, no es más que un fragmento de la Tierra, separado de ella hace millares y miles de millares de años, en la época en que nuestro globo no era aún más que una nebulosa en forma de lenteja, girando sobre sí misma. Los elementos químicos de su suelo son, pues, necesariamente los mismos de que se compone el nuestro. Todo lo más que ha podido suceder es que hayan formado diferentes combinaciones, ó que se hallen repartidos de distinto modo que aquí, del centro á la periferia; pero las probabilidades sacadas de la analogía están en favor de una constitución idéntica, sin que esto quiera decir que la vida se haya manifestado bajo las mismas formas. En la Luna, las condiciones de calor y de clima son absolutamente distintas que en la Tierra, debido á sus menores dimensiones, á su posición particular y á las oscilaciones por que pasa su temperatura cada catorce días; esto, como podréis calcular, nos induce á admitir como cierto que los animales y vegetales lunáticos son, ó han sido, diferentes á los terrestres; y no os hablo de su atmósfera, que existe, según creo, pero muy enrarecida y sin ninguna analogía con la nuestra.

—¿Tenéis, respecto á esto, informes recientes? preguntó con alguna ironía el doctor Briet.

—Sí, doctor. Tengo, como decís, informes recientes, replicó con gravedad Norberto. ¿En qué queréis que ocupe mi tiempo aquí? Miro los astros, puesto que es mi oficio, y me sucede algunas veces, en este hermoso cielo, observar cosas nuevas. En el pasado mes de Agosto, por ejemplo, durante un eclipse de Sol, he encontrado en las puntas del creciente solar la forma redondeada y truncada que Laussedat había señalado ya, y varias veces se me ha proporcionado el gusto de volver á ver el crepúsculo lunar observado por Schœter, cosas ambas que prueban la presencia de una atmósfera; mas otros indicios, tales como la falta de gradación en las sombras de los picos y cráteres de la Luna, están en contra de aquella tesis. Por esto me inclino á creer que la atmósfera lunar existe, si bien tan tenue, que sería irrespirable para los habitantes de la Tierra.

—Pero, en este caso, exclamó el doctor, ¡adiós vuestro proyecto!

—Es lo único que me queda que ver, replicó Norberto, y tomaremos las precauciones necesarias. Si la atmósfera no es respirable, procuraremos sustituirla con la nuestra; y si no lo conseguimos, nos pasaremos sin ninguna.

FIN DEL CUADERNO PRIMERO

ÍNDICE DEL PRIMER CUADERNO

	Páginas.
I.—En Souakim	5
II.—Un *five o'clock* en el mar Rojo	12
III.—En el desierto de Nubia	18
IV.—El *mogaddem* y su enano	25
V.—La oficina de *Queen-Street*, en Melbourne	31
VI.—*La Selénica*, Compañía anónima	37
VII.—*Sic vos non vobis*	42
VIII.—La partida	47
IX.—El gran imán	55

LOS DESTERRADOS DE LA TIERRA

ANDRÉS LAURIE

LOS DESTERRADOS DE LA TIERRA

VERSIÓN ESPAÑOLA

EL ENANO DE RHADAMEH

CUADERNO SEGUNDO

MADRID
AGUSTIN JUBERA, EDITOR
ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES 10
1889

Es propiedad del Editor

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS, PLAZA DE LA PAJA, 7 D'S. MADRID

CAPÍTULO X

VISITA SOBRE VISITA

Los primeros detalles dados por Norberto sobre sus proyectos, interesaron vivamente á sus visitantes; mas como rehusara dar otras explicaciones por entonces, cada cual se instaló en la habitación que debía ocupar, entregándose, hasta las cinco ó las seis de la tarde, á las dulzuras de la siesta, indispensable bajo el clima del Sudán. Pero una vez llegada la puesta del sol, el director de la *Selénica* no pudo evadirse al deseo que sus amigos tenian de visitar sus dominios.

—«Voy á enseñaros, dijo, lo que aún no ha visto ningún profano, si bien os advierto que no debéis halagaros con la esperanza de ver máquinas raras ni preparativos cabalísticos... Todo es de la mayor sencillez.

»He aquí, en primer término, añadió precediendo á los forasteros en la galería que daba á la sala de *las Manettes*, mi observatorio particular. No veréis en él nada que no hayáis podido examinar en París, Marsella, Montsouris ó Greenwich: una cúpula móvil que da vueltas sobre su eje y sigue con ese péndulo el movimiento aparente de la bóveda estrellada; telescopios, compases y relojes marinos; barómetros, termómetros, y un pequeño estante para todo género de instrumentos de precisión.

»A la derecha, por aquí, tenemos un gran laboratorio, con sus hornillas, sus cubas y reactivos. A la izquierda, el depósito de productos químicos, que es éste, con gran provisión de clorato de potasa; y esas dos cajas que véis con tirantes, que las asemejan á las fuentecitas de los vendedores de coco en París, son de cinc y se hallan destinadas á llenarse de oxígeno para permitirnos respirar en cualquier medio en que nos hallemos, ya debajo del agua, ya en el vacío.

»Aquí tenéis el departamento de las cuerdas, telas y sederías, con su provisión de globos y paracaídas de diversos tamaños, todo dispuesto para servir inmediatamente, si necesario fuera. Además,

herramientas y útiles de los que se emplean en las principales profesiones, y, en fin, los almacenes de víveres, que ocupan todo lo que queda del edificio, en donde guardamos las carnes en conserva, las legumbres en cajas, los vinos, harinas, galletas y frutas secas; y esas cisternas de cinc, unidas con pernios y metidas en betún, contienen unos veinte millones de litros de agua...; pero nada de esto, repito, ofrece interés alguno. Estamos, como habéis podido observar, en una fortaleza compuesta de sólo piso bajo, y construída, al nivel del suelo, en piritas magnéticas, y debidamente aprovisionada de todas las cosas necesarias, no sólo para la vida, sino también para las observaciones astronómicas, meteorológicas y aerostáticas; para las indagaciones físicas y químicas, y para la fabricación rápida de algunos objetos de cuya provisión nos hayamos olvidado.

»Nada, como os dije al principio, habréis visto de notable; sin embargo, nuestro establecimiento puede bastarse á sí mismo en caso de necesidad, cual si fuera un navío de alto bordo ó una plaza sitiada; y para que la semejanza sea completa, tenemos con qué defendernos, porque poseemos un arsenal de armas blancas, fusiles y revólvers, dos cañones Gattling y cuatro ametralladoras de depósito y tiro continuo, del sistema Maxim.

»Habéis, pues, requisado cuanto á la organización material y á las precauciones de todo género se refieren; pasemos á los trabajos técnicos comprendidos en relación con la experiencia que me propongo intentar.»

Y el joven astrónomo introdujo á sus amigos en una sala circular, que ocupaba el centro de los edificios. No vieron allí más que un agujero redondo y muy oscuro.

—Este agujero, les dijo, en el que me propongo colocar muy pronto un ascensor, para poder bajar en tres minutos al pie de la montaña, no es ni más ni menos que un pozo de sondaje. He empezado este trabajo inmediatamente después de nivelar la explanada en que están construídos los edificios, para observar la estructura geológica del pico de Tehbali-Bajá, verticalmente á una profundidad de 1.520 metros, por dos de radio. Lo hemos abierto en doce semanas, merced al empleo del vapor. Así es como he podido llegar á la base de la montaña, y saber que descansa sobre un lecho de arena, asegurarme de la homogeneidad de la roca magnética y, por consiguiente, tomar la resolución de servirme de esta montaña, tal cual está, en vez de levantar una por medios artificiales. Este pozo está destinado también á otros usos, que pronto apreciaréis.

—Acabáis de hablarnos de máquinas de vapor perforadoras, dijo el Sr. Kersain. ¿Dónde están esas máquinas, y qué combustible habéis empleado para alimentarlas?

—Estáis tocando, respondió sonriendo Norberto, el único punto que amenazaba entorpecer mi experiencia en el Sudán; la falta de combustible. Para explicaros, señor Cónsul, cómo he resuelto aquella dificultad, me bastará enseñaros el aparato, que es, en realidad, la clave de mi empresa.

Entraron en un pasillo que los condujo al ancho camino de ronda trazado entre los edificios y el muro exterior. En ese camino se hallaban al aire libre, y expuestos durante todo el día á los rayos de un sol tropical, algunas docenas de vastos reflectores de cobre, de forma de tronco cónico, con el productor quebrantado. Cada aparato tenía en el hogar un caldero de vidrio templado y una máquina de vapor que, según se veía á primera vista, podía fácilmente mover las correas de transmisión, cuidadosamente dispuestas debajo de un sotechado.

—Es el *insolador*, dijo Norberto, tal cual ha sido construído y perfeccionado recientemente por su inventor, M. Mouchot, profesor de física en el Liceo de Tours, para recoger el calor solar y aplicarlo á los usos industriales. El pensamiento de su autor era que aquel precioso aparato sirviera, según creo, para la explotación del camino de hierro que se hubo de proyectar á través del Sahara; mas sea de ello lo que quiera, á mí me ha permitido ya perforar este pozo, y veréis dentro de poco, al pie de la montaña, cómo calienta, hasta ponerlas rojas, las hornillas en que se fabrican masas considerables de vidrio.

—¡Cómo! exclamó el doctor Briet: ¿este embudo de cobre basta para desarrollar el calor necesario á la vitrificación de la arena?

—Vos mismo juzgaréis, replicó Norberto; pero mientras tanto, permitidme deciros que, bajo el cielo del Sudán, obtenemos y recogemos 38 calorías por minuto; y ya sabéis, caro amigo, que una caloría es la cantidad de calor necesaria para elevar un grado centígrado la temperatura de un litro de agua.

Ahora bien, amigos míos: como cada uno de mis aparatos (y poseo 2.000), equivale á diez metros cuadrados, puedo obtener gratuitamente, recoger y utilizar, 760.000 calorías por minuto, 45.600.000 por hora y 456.000.000 por jornada de diez horas. Tal es la cantidad de calor que el Sol pone á nuestra disposición y que la humanidad deja de aprovechar. No tenemos aquí otro fuego. Esta mañana habéis comido chuletas asadas en el insolador, y esta noche tendréis una sopa y un asado preparados por el mismo procedimiento. El aguardiente que ponéis en el café está

destilado por el insolador, lo mismo que el café se ha tostado y hecho bajo su influencia.

—Pero entonces, ¿aquí no se puede guisar más que de día? dijo riendo Gertrudis.

—Ciertamente, señorita, si tenemos la poca precaución de dejar que el calor así obtenido se pierda en el espacio; pero si cuidamos de retenerlo en un cuerpo mal conductor, por ejemplo, una manta de lana ó un simple puchero de arena, lo utilizaremos á cualquier hora que nos plazca. Esto lo hace Virgilio con mucha destreza, os lo aseguro.

—¡Es maravilloso! exclamó el Sr. Kersain. ¡He aquí un aparato que está llamado á prestar grandes servicios en Africa!

—Servicios mayores aún de lo que se cree, respondió Norberto. Reflexionad que es la fuerza *gratuita é ilimitada*. Por solo la acción solar se podrá en adelante abrir pozos artesianos en medio del desierto más árido, ir á buscar el agua á una profundidad cualquiera, traerla á la superficie del suelo y distribuirla según convenga. Se podrán trazar vías férreas á través del Sahara, levantar fábricas, ponerlas en actividad, y calentar buques de vapor sin ocuparse del combustible. El sol se encargará de ese trabajo. Ya veis que no puede ser más barato.

Una vez orientado, ese embudo cónico funcionará solo, y nada hay más fácil que darle la orientación necesaria. La palanca que véis allí, basta por sí sola para hacer ir y venir el reflector sobre dos chapas, y elevarse ó bajarse verticalmente. Un niño de siete años, un salvaje de la Polinesia... diré más aún, un mono, aprenderían, á no dudarlo, en cinco minutos una maniobra tan sencilla...

Desde el camino de ronda volvieron á la puerta de entrada, en donde caballos ensillados esperaban á los viajeros para transportarlos al pie de la montaña. Fué asunto de media hora. Pasaron á galope por delante del campamento de los operarios, compuesto de tiendas, chozas y cabañas de tierra, y se detuvieron bien pronto ante una de aquellas hornillas de que Norberto había hecho mención.

—Hay ciento veinte exactamente iguales á ésta, dijo el joven astrónomo, que rodean la base de la montaña cual si fuera un cinturón, y constituyen otros tantos hogares para vitrificar. Ved el vidrio que sale de la hornilla; es de mala calidad y poco claro, pero bueno para el objeto á que se destina, que es aislar la masa magnética de que se compone el pico de Tehbali. Ese aislamiento se realizará por una capa de vidrio de unos setenta á ochenta centímetros de espesor.

¿Cómo llegaremos á formarla? me preguntaréis. Muy sencillamente; dejándolo correr por la base de la montaña. La arena, que nos da la primera materia, no nos falta aquí; el calor solar me permite tener en actividad, durante doce ó quince horas diarias, ciento veinte hornillas de vitrificación. Cada una produce, por término medio, doscientos metros cúbicos de vidrio, que se filtra debajo de la montaña á medida que sale de los crisoles. Un túnel abierto en sentido horizontal al centro de la base pirítica, y que se une con el pozo que habéis visto, nos permite dirigir el colado desde aquel centro á la periferia. El día en que la capa vítrea llegue á la circunferencia, tendremos la certeza de que la operación está terminada y la montaña se encontrará completamente aislada de su subsuelo arenoso.

—¿En cuánto tiempo pensáis llegar á ese sorprendente resultado? preguntó Gertrudis.

—Necesito aún cinco ó seis meses de trabajo asiduo, dijo Norberto.

—Es muy largo.

—Sí lo es, señorita, y más aún para los comisionados interventores de la Compañía, dijo Norberto lanzando una maliciosa mirada hacia sir Bucephalus. Pero tanto peor para ellos si se impacientan. Nada quiero dejar á la casualidad, ni debo ni puedo apresurar las cosas con el solo fin de abreviar el destierro de dichos señores.

—¿En dónde están? preguntó el doctor Briet; no los hemos visto aún.

—Deben hallarse en la habitación que les he reservado. Pasan su tiempo jugando á las cartas, fumando y bebiendo la detestable cerveza que les traen de Berber. No los veo más que una vez á la semana, y no les permito su intervención sino en los casos puramente indispensables; es decir, cuando se trata de firmar alguna contrata ó de autorizar los pagos.

Lo que el joven astrónomo no decía, es que Wagner, Gryphins y Vogel habían procurado por todos los medios posibles entorpecer su empresa; que su hostilidad estaba averiguada y sobradamente probada por una multitud de circunstancias; que había sido preciso tratarlos como enemigos y prohibirles que se acercasen á los trabajos, ó entrasen en el Observatorio ó en los almacenes. Tampoco dijo que hacía tres meses estaban relegados á la parte del ala izquierda de los edificios que les había sido asignada, advirtiéndoles seriamente que á la primera señal de una nueva traición, se les alojarían diez balas en la cabeza.

Con mucho gusto les hubiera despedido Norberto, mandándoles á Europa; pero se detenía ante el carácter de interventores financieros que se le había conferido por la asamblea de accionistas, y quería que la ruptura, si se producía, viniera exclusivamente de parte de ellos. Por esa razón toleraba su presencia en Tehbali, aunque advirtiéndoles claramente que en lo sucesivo se abstuvieran de toda hostilidad,

porque no perdonaría ninguna tentativa en contra de la empresa confiada á su dirección.

En cuanto á ellos, puede asegurarse que ninguna gana tenían de irse; pues decididos á recoger el espléndido negocio del que habían sido autores, y en el que consideraban al sabio astrónomo como un intruso, aceptaban todas las contrariedades que se les imponían, con tal de no abandonarlo.

Con sir Bucephalus, hombre de perfecta honradez y de muy agradable compañía, Norberto había simpatizado mucho. Para que naciera entre ellos una sombra de rivalidad, había sido preciso nada menos que la presencia de la señorita Kersain. El *baronnet* no había podido vivir al lado del joven sabio sin experimentar una viva admiración por su energía, por su ingenio lleno de recursos y por la lealtad y la nobleza de su carácter. Cualquiera que fuera en adelante la suerte de la empresa, se sentía orgulloso de haber pertenecido á ella, y la curiosidad natural de ver el maravilloso resultado que se pretendía, unida á la legítima esperanza del futuro brillo que una aventura tan original prestaría indefectiblemente á su nombre cuando volviera á Londres, fueron causa de que llevase con paciencia la vida algo monótona que se hacía en el desierto de Bayonda.

Sin tomarse el trabajo de visitar las demás hornillas, pues bastaba ver una para comprender la marcha de la operación, la alegre cabalgata volvió á tomar el camino del Observatorio.

—Si he comprendido bien vuestras explicaciones, Sr. Mauny, dijo andando el Sr. Kersain, ¿pensáis serviros del calor solar para ejercer sobre la Luna una acción magnética?

—Estáis en lo cierto.

—En cuanto á vuestros trabajos actuales, tienen por especial objeto el de aislar la masa pirítica del Tehbali por medio de una capa de vidrio interpuesta entre la base y el suelo subyacente. Ahora bien: cuando esté hecho esto, ¿qué habréis adelantado?

—Tendré en mi poder una masa enorme de pirita magnética, que podré transformar inmediatamente en imán.

—¿Por qué medio?

—Por la acción pura y sencilla de la corriente eléctrica, que lanzaré simultáneamente sobre cada una de las partes de esa masa. Los hilos conductores están ya colocados, y llegan, así como los cordones de los dinamos, á la sala de *las Manettes*. En cuanto á estos dinamos, inútil me parece deciros que serán puestos en movimiento por medio de los insoladores, ya inútiles en la base de la montaña, y transportados á un sitio fijo del camino de ronda. Terminados los preparativos, y en la hora señalada, me bastará establecer el contacto apretando una manija, y en el mismo instante el pico de Tehbali, por entero, será un imán colosal.

—¿Y qué sucederá entonces?

—¡Oh! Entonces... ¡Entonces sucederá que la Luna, irresistiblemente solicitada por ese aumento de atracción terrestre, bajará hasta nosotros y vendrá á ofrecerse á nuestras investigaciones!

Al pronunciar estas palabras tan sencillas, pero que expresaban una idea sumamente audaz, todos callaron y subieron en silencio hasta la explanada de la montaña. No se oía más que el cadencioso paso de los caballos sobre la roca magnética. A lo lejos, el crepúsculo se desvanecía y el desierto iba desapareciendo en la sombra, mientras que la cima del monte, dorada aún por los últimos rayos del sol, se levantaba como un gigante amenazando al disco lunar, que aparecía lentamente en el horizonte.

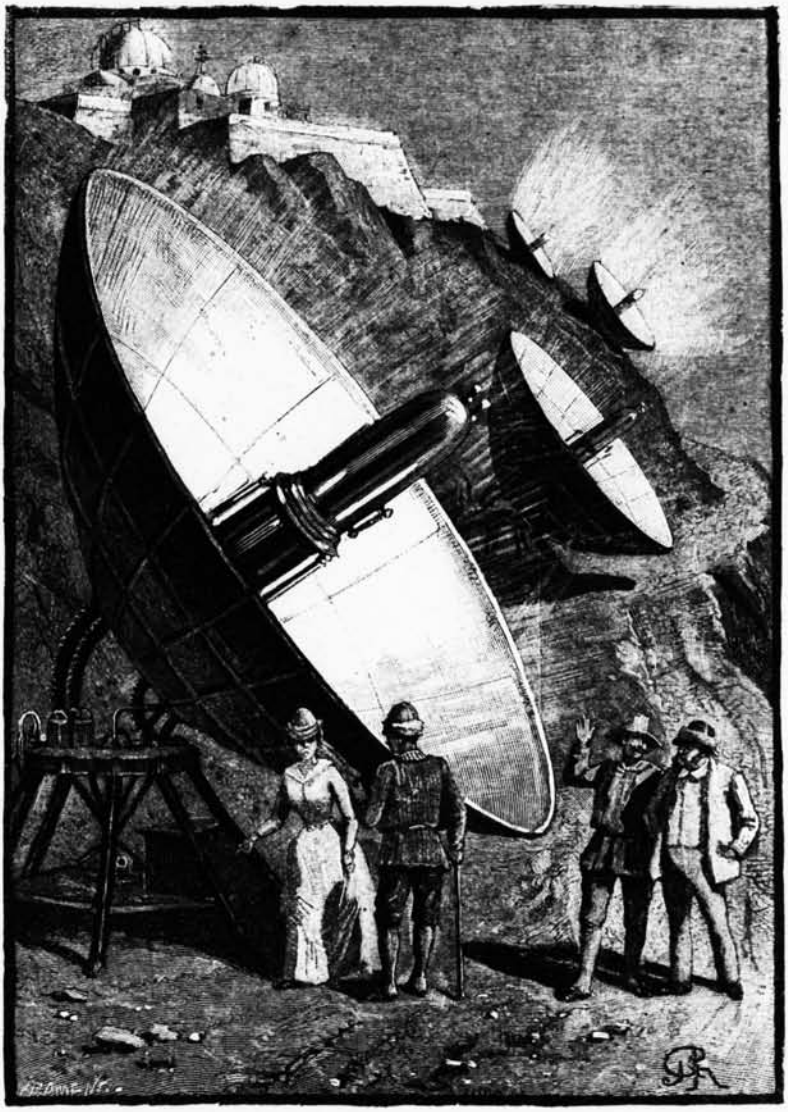
La empresa era tal vez una locura, pero no lo parecía ya para nadie. Cada uno decía para sí que aun cuando no podía tener éxito, bien valía la pena el intentarla, y todos admiraban el valor, la energía, la constancia y el genio inventivo del que la preparaba.

—¡Qué diferencia tan grande existe entre Norberto y ese joven inglés, tan simpático, tan amable, pero tan completamente nulo! se decía Gertrudis. El uno se parece á un niño que se divierte inocentemente con el espectáculo de la vida; el otro es un hombre en posesión de todas las fuerzas de la ciencia y capaz de esclavizar las de la naturaleza á los sueños de su imaginación.

Los detalles dados por el joven astrónomo, y que tanto habían admirado á los visitantes, revistieron, como es natural, de cierto aspecto misterioso las dos empuñaduras de marfil que, ajustadas á una mesa de ébano, había en la sala de *las Manettes*, toda vez que eran, por decirlo así, los órganos reguladores del acto final. No es de extrañar, por lo tanto, que fueran á mirarlas con avidez. Eran, sin embargo, muy sencillas, marcadas con las iniciales *A* y *B*, y atornilladas en unas monturas de acero. La mesita que las sostenía, bastante semejante á la que tienen los telegrafistas, servía igualmente de apoyo á un aparatito con cuadrante, así como á una gran rueda de cobre, dentada, que encajaba en unas muescas numeradas y puestas en movimiento por un mango de cristal.

—Nos habéis explicado el uso de estas manecitas, dijo el doctor Briet. Pero este aparato con esfera, que se parece á una brújula, ¿qué es?

—Un magnetómetro, que me indicará constantemente el grado de tensión de mi imán.



—No tenemos aquí otra manera de calentarnos, dijo Norberto.

—¿Y esa rueda dentada?

—Un organismo que me permitirá disminuir ó aumentar la tensión, según lo estime conveniente, desde el punto 0 hasta el 620, que corresponde al grado de completa imantación.

—¿De modo que, no sólo vuestro imán podrá desarrollar una potencia grandísima, sino que también, si lo juzgáis conveniente, reduciréis esa potencia á $\frac{1}{160}$ del máximum?

—Precisamente, y de la manera más fácil, pues se consigue con sólo detener esa rueda dentada en una de las 360 muescas que le corresponden.

—Otra pregunta, y me declaro satisfecho, dijo el doctor. Si faltase el sol, por causa del mal tiempo, ¿vuestro imán quedaría inactivo?

—De ningún modo. He mandado construir acumuladores eléctricos de nuevo sistema, que os enseñaré, y que me permiten almacenar de antemano la fuerza necesaria para tener la imantación completa durante diez días seguidos, si así me conviniera; pero como no sucede casi nunca aquí que el tiempo esté cubierto más de veinticuatro ó treinta horas á lo sumo, eso que decís no es para mí contrariedad alguna.

Terminada la comida, que reunió de nuevo en el salón de *las Manettes* á todos los hospedados, la señorita Kersain quiso ver con el telescopio las montañas y las llanuras de la luna, que Norberto le mostró con todos sus pormenores. Vió después á Marte, á Venus, á Saturno con sus anillos, y luego, por fin, llegando al objeto, principal tal vez, de su viaje planetario:

—¿Y mi estrella? dijo de repente. ¡No me hablais de ella! ¿Se habrá acaso apagado?

—¡No por cierto! exclamó Norberto. Brilla más que nunca; tened seguridad de ello. Ha tomado nota de su sitio en el catálogo astronómico, con el nombre de *Gertrudia*, que tan graciosamente le habéis prestado. No dudéis de que sigue un camino muy correcto y que vendrá á visitarnos á su tiempo. Desgraciadamente no está ahí en este momento, y no puedo presentárosla todavía.

Al día siguiente, después de almorzar, todos se hallaban reunidos en el salón, cuando se sorprendieron mucho al ver entrar de repente, y sin hacerse anunciar, una visita por demás inesperada: el enano que habían visto algunos meses antes ejerciendo sus funciones cerca del *mogaddem* de Rhadameh.

Traía, y entregó sin hablar una palabra, pero haciendo muchos gestos y zalemas, ó sean actos exageradísimos de cortesía, un mensaje del santo anciano.

Virgilio se encargó de traducirle: decía así:

«*A nuestro querido hijo Norberto Mauny, muy hábil en las ciencias y en las artes: salud y prosperidad.*

»Nuestro servidor Kaddour está encargado de llevarte esta carta para que sepas que en adelante es necesario que el tributo que nos entregas por el concurso que te presta nuestra muy amada hija la tribu de Cherofas, consista en mil piastras mensuales.

»¡Alabanzas sean dadas á Allah!

»BEN-KAMSA,

»*Mogaddem* de Rhadameh.»

Aunque Norberto estaba muy satisfecho de los buenos resultados que hasta el presente venía ofreciendo el pacto celebrado con aquel venerable personaje, no por eso dejó de indignarse mucho por aquella nueva exigencia; pero como no quería obrar, tratándose de dinero, sin el concurso de los comisionados, se disculpó con sus amigos, invitó al enano á que tomase algún refrigerio, y mandó buscar á los interventores, rogándoles se presentasen á él en seguida.

Todos notaron que el enano, durante los pocos minutos de espera, no apartó su vista de la señorita Kersain, expresando su fisonomía una admiración tan profunda, que indicaba en aquel ser, aberración de la naturaleza, cierto grado de cultura estética. Y por cierto que se hallaba tan absorto en aquella contemplación, que no advirtió la llegada de los comisionados.

Estos entraron torpemente, según su costumbre, saludaron y, también contra su costumbre, no opusieron ninguna dificultad para ratificar el nuevo arreglo propuesto por el *mogaddem*.

De repente el enano se fijó en aquellos tres hombres que estaban de pie delante de la mesa, cerca de la cual les hablaba Norberto, y un cambio extraordinario se operó en su fisonomía. De la admiración que antes expresaba, sus facciones pasaron rápidamente á la sorpresa y al horror. Miraba á aquellos hombres con ojos tan espantados, que parecían querer salir de sus órbitas, y de pronto, sin decir una palabra, sin saludar y sin esperar la respuesta á su mensaje, se dirigió hacia la puerta y desapareció.

Inmediatamente corrieron tras de él para ver lo que significaba una fuga tan imprevista; pero había ya desaparecido, y no le volvieron á ver.

Este incidente era tan raro é inexplicable, que sirvió todo el día de tema para las más variadas hipótesis. La más probable parecía ser que el enano, acordándose de algún detalle olvidado, había partido para reparar aquella falta, y volvería otra

vez en busca de su respuesta; pero fuera lo que fuera, su partida repentina era una cosa chocante, un problema indescifable, pues nadie le había visto pasar ni á la ida ni á la vuelta.

Al día siguiente de este acontecimiento, y á primera hora, fué preciso separarse. Los viajeros volvieron á tomar el camino de Khartoum, acompañados hasta el pie de la montaña por sus amigos, que estaban desconsolados con tan pronta partida. Sir Bucephalus, sintiendo instintivamente que el estudio de las estrellas no le había sido favorable, se consagró hasta el fin al Cónsul. En cuanto á Norberto, no puede negarse que experimentó un gran pesar al separarse de Gertrudis, pesar que no se explicaba, puesto que se habían prometido volverse á ver muy pronto en Khartoum ó en Tehbali.

CAPÍTULO XI

LA GUARDIA NEGRA

Hacía ya cerca de dos meses que la familia Kersain se había ausentado de Tehbali. Los trabajos seguían su curso regular y monótono, pero llamaba mucho la atención de Norberto que los operarios de Cherofas le iban abandonando uno tras otro, y atribuía aquella conducta á la visita del enano de Rhadameh.

Antes de aquella visita los trabajadores eran por lo menos ochocientos, y apenas quedaban ya treinta ó cuarenta, habiéndose marchado los demás bajo diferentes pretextos.

Cierto es que los trabajos no se resentían por eso, toda vez que los habitantes del Darfour llegaban en tropel para reemplazar á los de Cherofas; mas ya es sabido que, estando éstos en contra, habia de ser muy difícil llevar la empresa á feliz término.

Como Virgilio tenía intimidad con Mabrouki, pudo saber que existía una gran efervescencia entre los braceros y los fundidores de vidrio. Por primera vez en muchos meses, se les oia hablar de la proximidad de una nueva edad de oro, del triunfa definitivo de los hijos de Allah sobre los perros cristianos, y del degüello general de los europeos. Virgilio, como soldado viejo, profesaba un profundo desdén hacia todas esas habladurías, y no se ocupaba de ellas; pero Mabrouki-Speke estaba visiblemente inquieto. Después de un año de permanencia al lado de Norberto, éste no tenía más que alabanzas para el anciano guía, antiguo compañero de los primeros exploradores del Alto Nilo. Con su prudencia, su espíritu conciliador y su profundo conocimiento del carácter de los sudaneses, Mabrouki había prestado al joven astrónomo grandes servicios; así es que le recompensaba con una deferencia tan marcada, que el viejo negro agradecía mucho y se enorgullecía de ello.

Hablando acerca del asunto de los trabajadores, decía que «los Cherofas no habían abandonado sin motivo las obras de Tehbali; que debían haber recibido órdenes del *mogaddem*, y que su conducta obedecía seguramente á un movimiento insurreccional proyectado en la región de Souakim, añadiendo que era preciso desconfiar de los treinta ó cuarenta que quedaban en los trabajos, y sobre todo de un tal Aben-Zegrí, que parecía ejercer gran influencia sobre los demás; y asegurando que, si bien no era prudente despedirlos, porque dicho acto podía ocasionar una ruptura definitiva con su jefe, la prudencia exigía vigilarlos con sumo cuidado.»

Y tenía razón el guía, toda vez que los hechos probaron que la vigilancia no había sido inútil.

Una noche, Mabrouki-Speke, habiendo notado cierta afluencia de operarios á una de las tiendas de los Cherofas, fué á colocarse contra la pared posterior, sin que nadie le viera, y ensanchando con su puñal un agujero que allí había, pudo observar cuanto hicieron, y escuchar su conversación.

Reinaba en aquel momento un silencio profundo. Una lámpara ahumada derramaba sus débiles rayos sobre unos cincuenta árabes prosternados, con la faz en el suelo y los brazos extendidos. Todos estaban envueltos en sus blancos albornoces y completamente inmóviles.

Mabrouki creyó que no se trataba más que de la oración de la tarde; pero al cabo de un instante vió á uno de los congregados levantarse y adelantar hasta en medio del círculo formado por sus correligionarios.

Era Aben-Zegrí.

Levantó la voz para dirigir una breve invocación al santo profeta Mahoma, y luego, ocupándose del objeto principal de aquella reunión:

—¡Hombres de la tribu de Cherofas! dijo. ¡Hijos queridos de Allah, el día de la libertad se acerca!... ¡El Señor os ama! Cuando nacisteis, los vientos detuvieron su aliento, el mar estaba más suave que el aceite, y la Luna estaba en creciente! Allah, para experimentaros, os ha sometido al yugo aborrecido de los cristianos; pero pronto saldréis triunfantes, como los leones en la cima de los montes, y todo, todo lo desgarraréis con vuestras uñas de acero.

Un estremecimiento de entusiasmo recorrió la asamblea; imprecaciones ahogadas salieron de todas las bocas, y los ojos de cada uno de los concurrentes brillaron debajo de los turbantes. Aben-Zegrí pareció recogerse un instante, y luego, alzando la cabeza, prosiguió su alocución con el mismo tono lento:

—¡Oh, Señor! ¿Qué esperas de tus hijos?... ¡Tómalos de la mano y marcha delante de la tribu! ¡Sé para ella como el rayo del sol que viene de oriente y la estrella que resplandece en los mares! ¡Eres misericordioso; has mandado al santo Profeta prometido hace tres siglos á tus fieles!... ¡Se ha levantado en medio de las tinieblas, ha aparecido en la isla de Naft, como la flor del *nimphea* en las aguas del Nilo! ¡Su nombre es el Madhi, *el Sublime!* ¡Ha llorado por los pecados de los hombres: su vivienda ha sido un pozo sombrío, y desde el seno de la tierra el perfume de sus oraciones ha ido á embalsamar el trono de Allah!... ¡Oh tribu bendecida! ¡Tu triunfo se acerca!... .

Un murmullo de alabanza acogió estas palabras, que llevó á su colmo la exaltación del orador.

—Te veo, prosiguió ¡oh Madhi! en el campo del combate... ¡Tu marcha es más rápida que el vuelo del halcón!... Todas las ciudades caen en tu poder; en vano es que los vencidos besen tus sagrados pies; eres implacable y todos perecen!... ¡Hicks-Pachá se había puesto á la cabeza de los ejércitos del khedive, y guiado por el espíritu de las tinieblas, los llevaba á pelear contra ti!... ¡Había tomado Duen, El-Obeid y te seguía en el Sur!... ¡Escuchad, hijos de la tribu de Cherofas, lo que el exterminador ha hecho por vosotros!... ¡Ha enviado el Mádhi á Kasgill, ha rodeado los *giaours* con un círculo de creyentes, y durante tres días enteros los hijos del Corán han hecho justicia, y todos los cristianos han perecido!... De todo el ejército de Hicks, compuesto de *once mil hombres*, no ha quedado uno solo.

Gritos de alegría feroz acogieron la noticia dada por Aben-Zegrí; mas aquel ruidoso entusiasmo no entraba, sin duda, en su plan, porque se apresuró á calmarlo.

—Servidor indigno del Madhi, dijo con un tono lleno de humildad, os he reunido esta noche para anunciaros que la hora se acerca... Pero, ¡guardémonos de despertar con nuestros clamores las desconfianzas del enemigo! ¡Esperemos la señal, que no puede tardar mucho tiempo! Y ahora, recemos, hermanos míos, y demos gracias á Allah por sus beneficios.

Todos los árabes volvieron á tomar la postura que adoptan para sus rezos, y Mabrouki juzgó prudente marcharse, apresurándose á enterar á Norberto de lo que había oído.

La noticia de la completa exterminación del ejército egipcio, mandado por Hicks-Pachá, parecía á primera vista difícil de admitir; pero el silencio que se guardaba sobre la existencia y actos de aquel ejército, puesto en camino desde hacía dos meses, era de mal agüero, y tan malo, que no pasaron muchos días sin que se tuvieran noticias exactas de aquella hecatombe. Testigos oculares referían prolijamente tan horrorosa derrota, y todos los camelleros y comerciantes que llegaban del Kordofán daban noticia de ella.

Nadie dudaba ya en Berber de que fuera verdad.

Norberto adquirió aquellos detalles de boca de un operario somalí, recientemente llegado, y que había visto un mes antes la llanura de Kasgill cubierta de cadáveres decapitados, del ejército egipcio. Los fusiles, los cañones y las municiones estaban en poder del Madhi, que no había dado cuartel á ningún combatiente.

El acontecimiento era de los más graves. Sin hablar de la efervescencia, cada vez creciente, que la noticia causaba entre los trabajadores del Tehbali, no podía

disimularse que la victoria del Madhi iba á duplicar y á centuplicar su prestigio, dandole alientos para marchar al Norte y atacar á Khartoum. Todos lo creían así en Berber, adonde sir Bucephalus hizo una excursión para recoger noticias. La guarnición egipcia de aquella ciudad no esperaba más que una orden del Cairo para evacuar la plaza y bajar el Nilo, sucediendo lo mismo en Khartoum, según se decía. Pero ¿sería posible aquella retirada? Mucha gente dudaba de ello, en atención á que Khartoum estaba bastante lejos de la frontera egipcia, los medios de transporte eran muy difíciles, y las poblaciones intermedias estaban indecisas, cuando no abiertamente hostiles. Una sola chispa, el anuncio de la marcha del Madhi al Norte, podía incendiarlo todo...

Norberto, sin embargo, no perdía aún la calma. ¡Tantas veces durante un año había oído fatales presagios! Si hubiese hecho caso de lo que se le decía en Souakim, ¿hubiera emprendido su obra? Estaba ya casi acabada, y si con dos meses, ó tres á lo sumo, todo estaría dispuesto para la experiencia decisiva, ¿había de sacrificar á temores, quiméricos tal vez, el resultado de tantos trabajos y de tantos gastos? No lo pensó siquiera.

Una gran pena, sin embargo, roía su corazón, y era el saber que Gertrudis y su padre, admitida la veracidad de las precedentes noticias, se hallaban en un punto muy peligroso; pues si completa parecía la tranquilidad en Khartoum cuando un numeroso ejército cubría al Sur aquella ciudad, tan comprometida y problemática se presentaba ahora, que no existía entre dicha capital y el Madhi más que ambos Nilos y el desierto.

—Pero, en fin, se decía Norberto; todo es tan lento en el Sudán... Puede ser que el Madhi tarde un año en ponerse en marcha; Inglaterra no tendrá mucho que hacer para adelantarse si, como todo lo indica, quiere vengar la honra de sus armas y la sangre de sus hijos... En cualquier caso, si se procede á la evacuación de Khartoum, el Cónsul francés podrá salir con su hija; y por si tal sucede, debo apresurarme á terminar mi obra.

Coster Wagner, Peter Gryphins ó Ignaz Vogel le pidieron una mañana una audiencia, en presencia de sir Bucephalus, y Norberto dió orden para que los dejasen entrar.

—Hé aquí una noticia que nos traen de Berber, con una caja de cerveza, dijo Costerus al entrar.

Y dió á Norberto un papel azul, que éste recorrió de una mirada. Era un telegrama concebido en estos términos:

El general Graham, que estaba en operaciones al Sur de Souakim, con un pequeño ejército angloegipcio, acaba de ser aniquilado en Tokar, por Osmán-Digma, uno de los tenientes del Madhi. El camino de Souakim á Berber está en poder de los insurrectos.

—Es una mala noticia, dijo Norberto; pero, después de todo, el camino del Nilo queda abierto.

—Sí, dijo Costerus Wagner con ironía; por eso, los que quieran conservar su cabeza deben apresurarse á tomarlo.

—¿Es vuestra partida la que venís á anunciarme? preguntó Norberto con el tono más natural.

—La nuestra y la vuestra también, sin duda, replicó Costerus, pues no suponemos que podáis pensar siquiera en proseguir esta malhadada empresa.

—¡Bah! ¿Y de dónde os ha venido semejante idea?

—De que si no renunciáis á ella ahora mismo, los operarios la suspenderán mañana. ¿No sabéis lo que se dice en los tajos, en las tiendas, en los talleres, por todas partes, en fin? No se habla de otra cosa que de degollarnos, y no esperan más que una señal para obrar...

—¡Hace un año que la esperan, pero no llegará nunca! dijo Norberto.

—Y vos, sir Bucephalus, dijo Costerus, ¿no os parece que es ya tiempo de renunciar á vuestra peligrosa apuesta?

—Esa misma apuesta, señores, me prohibe emitir mi opinión en un punto tan delicado.

—Señores, exclamó Norberto. Si creéis deber marcharos, sois dueños de hacerlo. No tengo la pretensión de deteneros aquí, y hasta considero como una obligación facilitaros la marcha por todos los medios que estén á mi alcance...

—Bien sabéis que no podemos abandonar en vuestras manos los intereses de la Compañía... replicó Costerus.

—En ese caso, dijo con frialdad el astrónomo, levantándose para indicar que la audiencia había terminado, no me queda otra cosa que deciros sino que seréis falsos profetas, pues yo no me muevo de aquí hasta la conclusión de mi empresa.

Y los tres comisionados se retiraron muy confusos, mientras Norberto se quedó solo con el *baronnet*, que le miraba sonriendo.

—¿Qué vais á hacer? le preguntó éste; porque, en el fondo, hay algo de verdad en lo que dice esa gente.

—¿Lo que voy á hacer? ¡A fe mía que no lo sé! Todo lo que puedo afirmaros es que no abandonaré el campo para dar gusto á esos tres señores ó al Madhi...

Y se puso á pasear á lo largo de la habitación, absorto en sus meditaciones, hasta que, parándose de repente, tocó un timbre.

—Virgilio, dijo á su fiel camarada cuando éste se presentó; mándame á Mabrouki, pues tengo que hablarle.

El anciano guía se presentó en seguida.

—¿Creéis, le preguntó Norberto, que sería posible escoger entre todos los trabajadores que ocupamos, un centenar de hombres resueltos y capaces de sernos fieles, para armarlos con fusiles de tiro rápido y formar con ellos un batallón?

Mabrouki sacudió maquinalmente su blanca cabeza.

—No os lo aconsejaría, respondió. No sólo no hay cien individuos á quienes se podría confiar un fusil, sino que pienso no sea cosa prudente utilizar en nuestra defensa uno siquiera.

—¡Diablo! dijo Norberto. Entonces la situación se complica. ¿Estaremos en el caso de guardarnos nosotros mismos? La cosa no me admira; pero el servicio será duro para un pelotón de cuatro hombres.

—Hay un medio tal vez de tener buenos soldados, repuso Mabrouki, después de un instante de meditación; y es dirigirse á la antigua guardia de Zebehr, si no está aún enganchada por el Madhi.

—¿Qué guardia es esa?

—Un cuerpo formado de jóvenes negros del país de los Grandes Lagos, que Zebehr, el rey de los tratantes de esclavos, había armado y agrupado para su servicio particular; pero desde que su comercio está arruinado, y habiendo él cometido la torpeza de irse al Cairo, en donde el Gobierno le detiene prisionero, la guardia está disuelta, encontrándose sin empleo; no dudo de que aceptará ocupación.

—¿Creéis en la fidelidad de esos hombres?

—Respondo de ellos. ¡Y son soberbios soldados! Forman un pueblo entero á dos jornadas de aquí, en el oasis de Gándara.

—Pues bien, Mabrouki, tenéis mis plenos poderes; partid al instante: enganchad cien hombres escogidos, con las condiciones que juzguéis conveniente, y traédmelos.

—Dentro de cuatro días, mi señor, estarán aquí, dijo Mabrouki inclinándose.

Mientras tanto, los comisionados celebraban consejo delante de una botella de cerveza y fumando sus pipas.

—¿Véis cómo es imposible convencer á un francés? dijo Costérus. ¡Es preciso recurrir á los grandes medios!

—¿Qué medios?

—Yo me entiendo. Estamos de acuerdo en que es imposible quedarnos aquí, ¿no es cierto?

—Completamente de acuerdo.

—No podemos irnos y dejar aquí al francés, porque eso sería abandonar para siempre un negocio que nos ha costado un año de destierro

—¡Claro está!

—Un secuestro no es realizable, y hacerle desaparecer sería sospechoso. No veo, pues, más que una solución; obligarle á que se marche provocando una rebelión entre los trabajadores, cosa que no es difícil, á juzgar por los indicios que tengo.

—¿Pero no seremos nosotros las primeras víctimas?

—No, si ponemos gran cuidado en probar á los árabes que hacemos causa común con ellos. Ya sabéis que hace un año que estudio su idioma; ha sido mi única distracción en este maldito país.

—Ya lo sabemos.

—Pues bien; pongámonos desde hoy el traje árabe, y por la noche nos mezclamos con ellos; les digo que seguimos sus creencias, que adoptamos sus opiniones, y si dentro de ocho días no hacen cuanto queremos, será porque indudablemente pertenezco á la clase de los más torpes de la raza humana.

—La idea parece buena... Podríamos ensayar.

—Esta misma noche.

—Y si sale bien...

—Dentro de ocho días no hay un solo trabajador. Entonces marchamos á Berber, después de levantar acta de lo ocurrido, y por la vía del Nilo volvemos triunfantes á Londres y luego á Melbourne. Si el francés rehusa seguirnos, el Mahdi se encargará dentro de poco de desembarazarnos de él. En el caso contrario, serán los accionistas quienes lo hagan, respondo de ello

—¡Excelente Costerus!

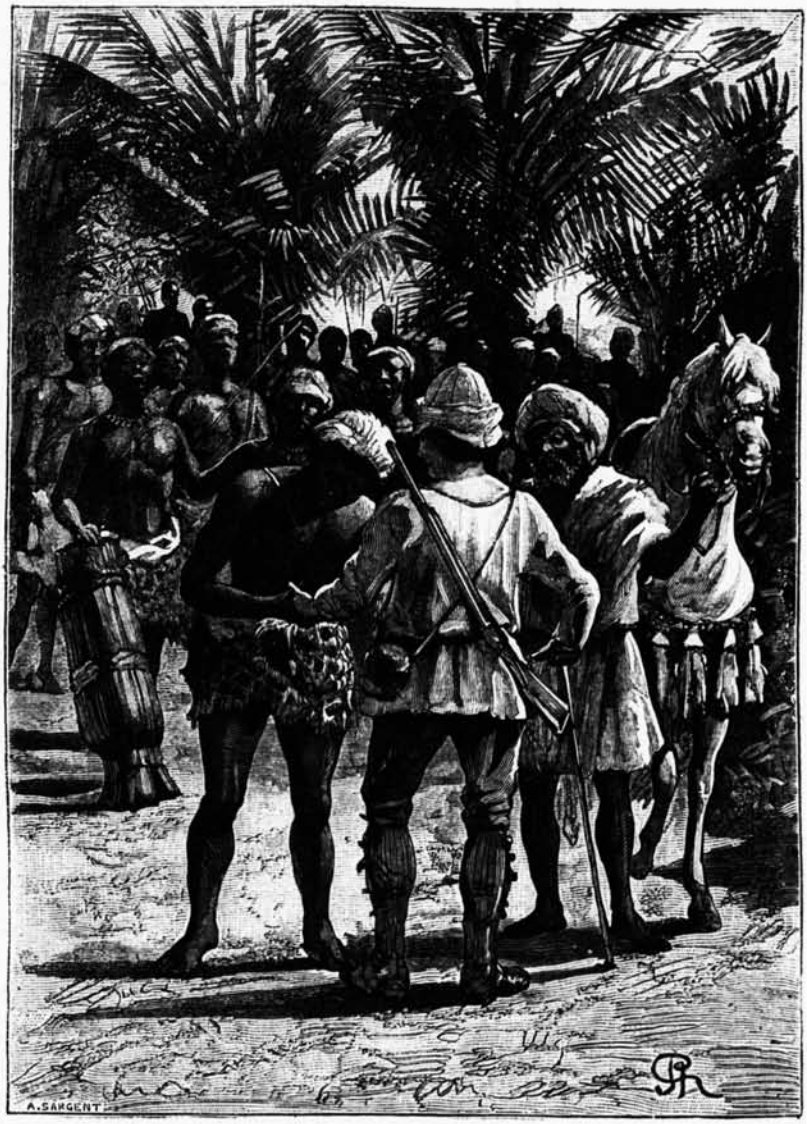
—¡Sublime Costerus!

Cuatro días pasaron sin ninguna novedad. Virgilio creyó notar que los operarios se mostraban más indolentes ó indisciplinados que de costumbre; pero lo atribuyó á la ausencia de Mabrouki. Una noche se sorprendió un poco de encontrar en el camino de la montaña á tres árabes envueltos en tres grandes albornoces, que parecían bajar del observatorio al campamento de los operarios. Informado Norberto de esa circunstancia, se extrañó también; mas no halló explicación de aquel hecho.

Por fin Mabrouki llegó; con su prudencia habitual había dejado sus reclutas acampados á tres kilómetros de Tehabli, queriendo que Norberto los viera antes de concluir definitivamente el ajuste. El astrónomo y sir Bucephalus partieron en seguida para proceder á aquella inspección.

Eran poco mas ó menos las seis de la tarde. Los negros acababan de tomar su frugal comida de maíz tostado, y estaban sentados en círculos con acompañamiento del *tam-tam*... Eran todos jóvenes, de estatura y fuerzas atléticas, flexibles como cañas y vigorosos como leones; la flor del país de donde Zebehr los había robado en su infancia. Vestidos con una piel de pantera y con la cabeza cubierta por un casco de cuero de camello, no tenían más armas que una rodela y un haz de *sagaies*.

—¿En dónde está el jefe? preguntó Nor-



El jefe negro tomó con mucha delicadeza la mano de Norberto.

berto al llegar, mientras que Mabrouki le designaba por su nombre y calidad.

Un joven negro, más ricamente vestido que los demás, se levantó, colocándose enfrente de Noberto.

—¡Yo soy Chaka, el pachá negro de los Grandes Lagos! dijo con gran dignidad.

—¿Tus hombres y tú estáis dispuestos á seguirme? preguntó Norberto.

—Como buenos y fieles esclavos. Mabrouki ha fijado nuestros derechos. Puedes estar seguro de que cumpliremos con nuestro deber.

—Está bien. Lo que Mabrouki ha hecho, bien hecho está.

Chaka dió orden á sus soldados, y todos, uno después de otro, se inclinaron respetuosamente delante de su nuevo amo. El joven jefe negro tomó entonces con mucha delicadeza las manos de Norberto, felizmente cubiertas con los guantes por causa de los mosquitos, y antes de que se pudiera sospechar su intención, escupió en ellas (1).

Norberto, estupefacto, se repuso á tiempo, conociendo por la mirada afectuosa del joven jefe que esta ceremonia era por su parte el *non plus* de la cortesía; así es que devolvió con usura su saludo á Chaka.

La alegría del negro y de su tropa rayó en delirio.

—¡Gran jefe!... ¡Gran jefe! exclamaban todos con entusiasmo. ¡Nosotros siempre contigo! ¡Siempre, siempre!

Y se dirigieron hacia la montaña.

A la llegada, Mabrouki creyó notar cierto movimiento alrededor de la tienda de Aben-Zegrí; y suponiendo que se trataba tal vez de una reunión análoga á la de que había sido testigo, propuso á Norberto dar orden á la escolta para pasar por detrás del campamento y hacerse cargo por sí mismo de lo que allí ocurría; á lo que accediendo el joven astrónomo, mandó á la guardia negra hacer alto en aquel sitio, y se adelantó con sir Bucephalus y Mabrouki.

¡Cuál no sería su sorpresa al llegar cerca de la tienda de Aben-Zegrí, y oir una voz, que conoció ser la de Costerus Wagner, dirigiendo la palabra en árabe á una numerosa reunión! Acercándose más, y mirando por una rasgadura de la lona, vió á los comisionados de la Compañía Selénica vestidos á la usanza de los mahometanos, y oyó á uno de ellos que dirigía la palabra á aquella asamblea revolucionaria.

Norberto estaba ya bastante familiarizado con el idioma del Sudán para comprender el discurso del que á la sazón hablaba.

(1) Véanse las cartas de Gordon á su hermana: en ellas se habla de esta costumbre.

—¡Hombres de poca fe, decía Costerus; así es como comprometéis vuestra salvación eterna! Trabajáis para un infiel, y en el día de la justicia el Profeta os apartará de su lado.

¿No sabéis acaso con qué objeto emplea vuestros brazos? ¡Quiere trastornar las leyes eternas de la naturaleza! ¡Allah ha suspendido la luna en el espacio para que sea el signo sagrado de sus hijos!... El francés impío quiere arrancar del firmamento ese símbolo bendito y traerlo á la tierra para pisotearlo.

Una exclamación de cólera se dejó oir en la reunión.

Costerus Wagner continuó su discurso con más vehemencia; pero Norberto había oído bastante, y corriendo al sitio en que había dejado la guardia negra, dijo á su jefe:

—Chaka, me has jurado fidelidad; se trata de que cumplas al instante tu promesa... Vas á acompañarme con tu gente; rodearás una tienda y te apoderarás, de grado ó por fuerza, de las personas que te designe.

—Cuando el amo habla, Chaka obedece, respondió el negro.

Hizo tomar las armas á sus soldados y se pusieron en marcha en dos filas, avanzando la una por delante y la otra por detrás de la tienda de Aben-Zegrí.

La operación fué hábilmente conducida y llevada á buen fin.

Diez minutos más tarde Costerus Wagner, Peter Gryphins é Ignaz Vogel, cogidos por seis vigorosos negros, fueron maniatados y llevados ante la presencia de Norberto.

Hasta tanto que pudiera someter su indigna traición al juicio de la Compañía, el joven astrónomo mandó que estuviesen encerrados y con guardia permanente. Un horno de aquellos en que se fabricaba el vidrio, y que por no utilizarse ya se había arreglado, distribuyendo su interior en tres salas bastante espaciosas, sirvió de prisión á los culpables, y Virgilio, nombrado comandante superior de la guardia negra, colocó en seguida centinelas en la puerta.

Por lo pronto, Norberto estaba más tranquilo respecto á lo que pudiera tramarse al pie de Tehbali, pues había suficiente fuerza para resistir á toda tentativa de rebelión, y se sentía con energía para llevar su empresa á buen fin; pero una nueva preocupación atormentaba su espíritu.

Si verdaderamente el ejército de Hicks había sido destrozado; si el Madhi marchaba sobre Khartoum, ¿qué iba á ser del señor Kersain, y á qué peligros no estaría expuesta Gertrudis?

Esta idea, que no le dejaba sosegar, que le quitaba el sueño y no le abandonaba ni aun en medio de sus asiduos trabajos as-

tronómicos, le impulsó á tomar una resolución.

—Sir Bucephalus, dijo: ¿seríais hombre tan bondadoso que ocuparais mi lugar durante algunos días, si estuviera obligado á entregaros mis poderes para llenar una misión que considero como sagrada?

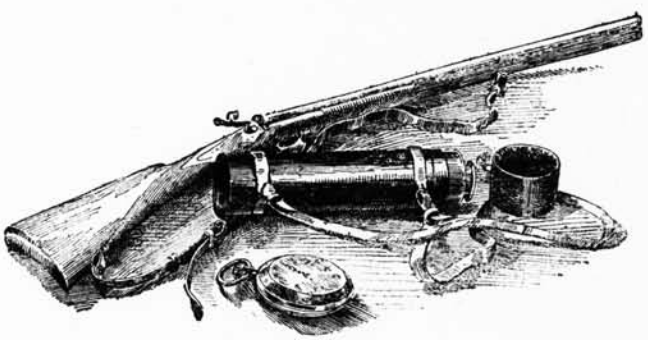
El *baronnet* no tenía ni siquiera un ápice de desconfianza ó de duda; conocía demasiado bien á Norberto.

—Disponed de mí, repuso con sencillez.

—Pues bien, mi querido *baronnet*; vais á quedaros en mi puesto durante una semana, porque yo marcho á Khartoum para hablar de lo que ocurre con el Sr. Kersain.

—Sea, respondió el *baronnet*.

Al rayar la aurora del siguiente día, Norberto, á caballo y acompañado del fiel Mabrouki, se puso en camino.



CAPÍTULO XII

EN KHARTOUM

Cuatro jornadas de buena marcha separan á Khartoum, capital del Sudán, del pico de Tehbali; pero Norberto, devorado por la impaciencia, recorrió aquella distancia en cuarenta y ocho horas.

¡Tan punzante era el aguijón que le impulsaba!

Al comenzar el tercer día de su partida, vió de repente surgir de una llanura, en medio de las palmeras y en la confluencia del Nilo Blanco y del Nilo Azul, los tejados planos y los minaretes de la «Reina del Sudán.»

En todo el trayecto que acababa de recorrer había notado señales inequívocas de desasosiego y de temor. Partidas de hombres armados iban y venían por ambas orillas del Nilo; familias emigrantes pasaban, llevando lo que tenían de más precio, camellos cargados de granos, de tiendas y utensilios de casa, yéndose todos hacia la ciudad. Mujeres, ancianos y niños seguían aquellos convoyes, con la cara sombría y los pies ensangrentados por la marcha. A medida que se acercaba á Khartoum, aquella huida precipitada de todo un pueblo se presentaba más desconsoladora aún, y más triste. Eran verdaderas oleadas de pobres gentes que, movidas á impulsos del espanto, se dirigían hacia los baluartes, en donde esperaban encontrar refugio.

Por todas partes el mismo nombre se hallaba en boca de los emigrantes:

—¡El Madhi!... ¡El Madhi que llega!...

—¡El Madhi!... ¡Siempre el Madhi! ¿Le habéis visto alguna vez, Mabrouki? preguntó Norberto á su guía.

—He conocido mucho á un tío suyo que era carpintero en Chabakah, cerca de Sennaar, y recuerdo haberle visto niño en aquella casa, en donde se hallaba de aprendiz, respondió el anciano negro. En dicha época, recibía más cachetes que cumplidos, pues era muy mal trabajador: desde su encumbramiento le he visto una sola vez. Es un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, y sumamente delgado; sus maneras y su traje son los de cualquier *derviche*. Su tío no pudo sacar ningún partido de él, y estoy convencido de que no sabe leer ahora mejor que entonces; pero en cuanto á citar versículos del Corán y hacer juegos de fuerza y de destreza, nadie le igualaba, y eso es lo que le ha valido tanta influencia en el país. ¿Creeréis, señor, que ha pasado años y años en el fondo de un agujero, abierto por sus propias manos en Abba, una de las islas del río, en donde ayunaba y re-

zaba día y noche? Poco á poco su fama de santidad se ha esparcido, y han principiado á venir á consultarle de todas partes, trayéndole dones y ofrendas. De este modo se hizo rico, y casándose después, emparentó con los Baggara, grandes tratantes de esclavos y una de las familias más influyentes del Sudán; pero firme en sus propósitos y conocedor del carácter de sus paisanos, un día se declaró profeta enviado por Allah para completar la obra empezada por Mahoma.

—Entonces, dijo Norberto, ¿es, según vuestro parecer, un simple charlatán?

—¿Qué puedo yo deciros. Tal vez cree él en su misión divina y en su santidad. Hay, además, un fondo de verdad en lo que dice para levantar las tribus del desierto en contra de los extranjeros, pues por seguro tened, mi amo, que este país se halla muy descontento de la dominación egipcia. Todos están cansados de los bachibuzuks; así es que cuando el Madhi promete echarlos del país, no es extraño que encuentre quien le escuche. Luego es preciso tener en cuenta que pertenece á la orden tan poderosa de los *derviches ghelanis*, y que tiene hace algunos años ya el supremo grado religioso en toda la región del Alto Nilo. Esto sólo le asegura un inmenso prestigio y la veneración, ó á lo menos la obediencia pasiva, de todo verdadero mahometano.

—¿Creéis, por consiguiente, que tiene gran probabilidad de un éxito definitivo?

—Muy grande. Mucho me admiraré de que dentro de un mes no sea dueño absoluto de todo el Sudán. Que se apresure un poco para llegar pronto á Khartoum, y es cosa hecha.

—Pero Khartoum puede defenderse, exclamó Norberto señalando los baluartes, cuyos taludes se veían ya. Hay en la ciudad armas, municiones y mucha tropa, sin hablar de los europeos y de todos estos emigrantes, que no me parecen muy partidarios del Madhi, puesto que huyen de él.

—Khartoum puede defenderse, es cierto, respondió el anciano sacudiendo la cabeza; pero sería menester que tuvieran sus habitantes ganas de hacerlo y que no les faltara un hombre enérgico y resuelto para mandar; entonces sería otra cosa; mas la ciudad, por desgracia, no posee ni lo uno ni lo otro. Si el Madhi se presenta ante sus muros á la cabeza de sus parciales, veréis cómo las puertas se abrirán por sí mismas.

Algunos minutos más tarde, Norberto entraba por la puerta de Oriente, llamándole la atención el aspecto de indolencia y de desaliento que presentaban, juntamente con la falta de limpieza, los soldados egipcios colocados en el cuerpo de guardia. El estado de la ciudad no era mucho más alegre, y costaba al joven gran trabajo creer, si juzgara por las primeras impresiones, que aquellos barrios miserables y aquellas calles tan sucias pertenecían á una ciudad tan populosa y tan rica.

Efectivamente, la celebridad de Khartoum es debida sobre todo á su admirable posición en la confluencia de ambos Nilos, que hace de ella la llave del Sudán y el depósito del comercio de granos y de marfil; pero como todas las ciudades africanas del interior, hace pocos sacrificios en obsequio á su saneamiento, comodidad y hermosura. Cinco ó seis edificios son los únicos que sobresalen en medio de todas aquellas casas pobremente edificadas con ladrillos sin cocer y rodeadas la mayor parte de una pared de barro. Aquellos edificios son el palacio del Gobernador, las mezquitas y el Consulado francés.

Norberto se dirigió á este último sin perder un instante, dejando á Mabrouki y á los camelleros en la plaza de armas, y cuando se presentó en casa del Sr. Kersain, le encontró en su despacho, acompañado de su hija.

—¡Qué gratísima sorpresa! exclamó el Cónsul al ver á su joven amigo.

—Llegáis con mucha oportunidad, pues el fastidio nos devora, dijo á su vez Gertrudis, á quien Norberto hallaba más encantadora que nunca, si bien algo pálida y con cierta languidez de que antes carecía.

—En ese caso, espero no tener mucho que hacer para convenceros de que debéis aceptar mi proposición, dijo conmovido, apretando las dos manos que se tendían hacia él. Mi único objeto al venir aquí es el de llevaros conmigo, y también al doctor Briant, bien á Tehbali, ó ya á Berber, y desde allí al Cairo, por el Nilo.

—¡Al Cairo! Sería difícil, sobre todo en estos momentos, sin una licencia especial, respondió el Sr. Kersain; pero á Tehbali no digo que no. Estamos algo aburridos en Khartoum, pues lo que pasa aquí, os lo aseguro, es capaz de hacer caer enfermo al hombre de mejor salud.

—Y en los momentos presentes es imposible os forméis una idea exacta de la cobardía de este pueblo, dijo Gertrudis con una animación tal, que sus ojos, de mirar tan dulce, despedían llamas. ¡Paisanos y militares, todos son iguales!... ¿Creeréis que hablan ya de capitular sin preparar siquiera un simulacro de resistencia y sin esperar á que ese miserable Madhi se haya atrevido á pedir la rendición de la plaza?

—El espanto y la desmoralización están en todo su auge, añadió el Cónsul; es un verdadero pánico el que se ha apoderado principalmente de los soldados. ¡No se comprende cómo una ciudad bien fortificada, rica en provisiones de todos géneros, llena de municiones y poseyendo, además de sus cincuenta mil habitantes y veinte mil inmigrantes, una guarnición de ocho mil hombres, piense abrir sus puer-

tas al enemigo!... No soy soldado, pero me parece que con tales elementos de defensa me encargaría de rechazar todos los Madhies de la tierra.

—¿Se lo habéis dicho así al Gobernador?

—¡Todos los días! Pero tiene tanto miedo como los demás, y nada quiere oir... Si os dijera que tenemos aquí, en el Nilo Azul, una escuadra de quince buques de vapor, que no faltan cañones para armarlos y que esto es más que suficiente para impedir que el Madhi se acerque á los dos Nilos, ¿podríais creer que se trate ahora entre los europeos, así los que pertenecen al comercio como á la milicia, no de armar aquellos vapores, sino de echar suertes para embarcarse y huir los que sean favorecidos por ella?

—La situación de los extranjeros debe ser muy penosa en estas circunstancias.

—Más de lo que pensáis. Tenemos que sufrir las consecuencias de faltas que no hemos cometido, participando de los disgustos y peligros, sin tomar parte en nada; representar la civilización y sentirnos impotentes para sostenerla; conocer lo que es conveniente y sencillísimo ejecutar, y no tener derecho para mandarlo; tal es nuestro papel... ¡En fin, lo que falta aquí es un hombre de energía, y estos son raros, sobre todo en el Sudán!

Se habló después de los trabajos de Tehbali y de los progresos que había hecho la empresa desde el mes de Octubre; y como se acercara la hora de la comida, Gertrudis se fué á su habitación para proceder á su tocado de la tarde.

Apenas el Sr. Kersain se encontró solo con el recién llegado, le habló sin rebozo alguno. Necesitaba confiar á un pecho noble la amargura de que estaba lleno su paternal corazón, y al hacerlo así con Norberto, su emoción era tal, que á duras penas podía detener las lágrimas que asomaban á sus ojos.

—Querido amigo, dijo á media voz, me encontráis en la más horrorosa situación. No he juzgado prudente decíroslo todo delante de Gertrudis; pero mi convicción es de que marchamos á una espantosa catástrofe. El fanatismo árabe está desencadenado, y ni un europeo, tal vez, saldrá vivo de Khartoum. Bien podéis comprender que en semejantes circunstancias no puedo abandonar mi puesto. Hay aquí muchos franceses á quienes debo proteger y participar de su suerte... ¡Pero mi hija, mi pobre y querida hija! ¡No puedo sufrir la idea de verla expuesta á los peligros que nos amenazan, á los horrores de un sitio si se organiza la resistencia, y á los percances de una invasión árabe si la ciudad se entrega de buen grado ó por la fuerza! ¡Os confieso que daría cuanto soy y cuanto poseo por saber que Gertrudis está en seguridad! Además, el clima de Khartoum, contra la esperanza que yo tenía, es malo para ella; su salud se altera, y la veo desmejorarse... Pero no hay que pensar en que se marche sin mí. Inútil es hablar de ello... Jamás admitirá semejante proyecto... ¿Comprendéis ahora, amigo mío, mis angustias y mi desesperación?...

—Tan bien las comprendo, respondió Norberto apretando afectuosamente la mano del Sr. Kersain, que he venido á propósito para ponerme á vuestra disposición en estas dolorosas circunstancias.

—Lo conozco, lo veo, y os doy las gracias con toda mi alma; por eso os he hablado con el corazón en la mano, dijo el Cónsul andando con agitación en su despacho. Pero ¿qué puedo hacer?... No *debo* ni *quiero* dejar mi puesto en este momento; y por mil motivos, por su vida, por su salud, es preciso que Gertrudis se vaya de aquí... Pero ¿cómo hacerla consentir en ello?...

—Podríais venir con ella á Tehbali, con el pretexto de pasar allí algunos días, y luego dejarla bajo nuestra custodia, con el doctor y su doncella.

—Sí, dijo el Cónsul; es un medio dictado por vuestro corazón... Mas, en primer lugar, no quisiera abandonar mi puesto, aunque no fuese sino por algunos días; el representante de Francia no debe caer en falta; y luego, si ese arreglo fuese posible, ¿convendría que yo confiara mi hija á los cuidados de dos jóvenes á quienes estimo sinceramente, pero que no tienen con ella ningún grado de parentesco? ¡Ay, amigo mío! No creo que esto pueda hacerse ni aun en el desierto. ¿Comprendéis bien, no es verdad, el motivo que me impulsa á hablar de este modo? dijo el señor Kersain, viendo la profunda tristeza que se reflejaba en las facciones de Norberto. No es á vos á quien se dirige mi objeción; si no consultara más que á mis sentimientos, os la entregaría con entera confianza. Pero... ¿y el mundo, la opinión? ¿Quién es capaz de luchar contra tales fuerzas?

—Señor cónsul general, dijo Norberto después de algunos instantes de vacilación; en circunstancias excepcionales ¿creeríais poder confiar la señorita Kersain á su prometido esposo?

—¿A su prometido esposo, habéis dicho? repitió el Cónsul deteniéndose sorprendido ante el joven. No sé... sí; sin duda... No sería regular, ciertamente... Sin embargo...

—¿Créeis, prosiguió con exaltación Norberto, que se pueda tener alguna esperanza de que vos y la señorita Kersain me aceptéis como tal?

—Es bastante difícil saber con verdad lo que pasa en la cabeza de las jóvenes, dijo el Cónsul sonriendo; pero en cuanto á mí, querido amigo, no tengo ningún reparo en deciros que vuestra proposición me llena de alegría.

—No tengo fortuna, ó á lo menos lo poco que tengo está comprometido en una empresa bastante arriesgada, dijo Norberto.

—Poco importa eso, querido joven; la cuestión no es ésa; tenéis un nombre ya célebre, una posición científica y un porvenir que valen más que el modesto dote de mi hija. Pero ignoro completamente sus sentimientos.

—¡La desagrado! exclamó Norberto, ya desalentado. ¡Lo sabía de antemano..!.

—No he dicho que la desagradéis, protestó el señor Kersain; lo único que he querido indicar es que no quiero por modo alguno ejercer influencia en la elección de mi hija, y que, por consiguiente, mi aceptación será consecuencia de la suya. Nada más fácil que saber á qué atenerse, y esta misma noche...

—¡Oh, no, os lo ruego, esta noche no! dijo el joven interrumpiéndole con una inquietud que se avenía mal con su carácter, habitualmente tan resuelto. Y si queréis concederme un gran favor, no le habléis, dejadme ese privilegio.

—Como queráis, aunque no está esto conforme con las costumbres francesas; pero, después de hablar conmigo, os declaro que no encuentro en vuestro deseo nada que no merezca mi aprobación. Voy á llamar á Gertrudis, y os dejaré con ella...

—Otro favor os pido, y es que me permitáis esperar algún tiempo.

—¿Esperar?... Ya no os entiendo, amigo mío.

—Sí, esperar, replicó Norberto, pues temo comprometer el éxito por demasiada precipitación. ¡Si supierais lo que valdría para mí el consentimiento de la señorita Kersain! En ello va la felicidad de mi vida! ¡Pero me conoce tan poco! Dejadme tiempo suficiente para probarla mi adhesión... Y luego, si me diera una respuesta negativa, nuestros planes para ponerla al abrigo de todo peligro serían irrealizables ya.

—Mas entonces, hijo mío, ¿cómo entendéis las cosas? dijo el Cónsul admirado. Por un lado os quedáis comprometido conmigo, y por otro pretendéis dejar en libertad á mi hija. ¡Veo que no sois consecuente con vos mismo!

—¿Y qué importa eso, señor Cónsul? Lo que hace falta es que no titubeéis en valeros de mí para salvar esa vida tan preciosa para ambos, y que me dejéis tiempo para conquistar tan hermoso premio...

—Observo, dijo el Cónsul sonriendo, que, aunque sabio, se puede también ser romántico cuando se presenta la ocasión. Bien; de todos modos acepto el trato y deseo muy de veras que mi hija se muestre sensible á vuestro cariño... Pero la dificultad queda en pie. ¿Cómo decidirla á partir sin mí?

—El doctor Briet podría ayudarnos.

—¿De qué modo?

—Exigiendo una partida inmediata y una prolongada estancia fuera de Khartoum.

—En efecto, puede ser una solución, y merece que la estudiemos entre los tres esta noche ó mañana.

En aquel momento se oyó un gran tumulto en la calle, y cuando el señor Kersain y Norberto se dirigían á la azotea para saber la causa de aquel alboroto, la puerta se abrió precipitadamente, y Fatima en un estado de sobrexcitación, sin aliento casi, entró gritando:

—¡El general Gordon!... ¡El general Gordon que llega!...

—¿El general Gordon? Has perdido la cabeza, loquilla, dijo el Cónsul con incredulidad.

—¡Todo el mundo lo asegura! protestó Fatima.

—¡Imposible!... ¡El general Gordon, sin ejército y sin dejarse anunciar... ¡Es imposible!...

—Pues bien... ¡vedlo vos mismo! dijo Fatima con impaciencia.

Pasaron al terrado, en donde Gertrudis entró al mismo tiempo. Los balcones, las ventanas y las puertas de las casas estaban llenas de gente. En la calle el pueblo gritaba y gesticulaba con gran júbilo.

—¿Sería posible que fuese realmente Gordon? se preguntaba el Cónsul. He aquí una peripecia inesperada y un factor nuevo en el problema. Pero es sin duda una falsa esperanza, que sólo servirá para aumentar aún, después de todo, el desaliento general.

De repente un inmenso clamor se elevó en medio de las turbas. Al principio de la calle, dominando á todo el mundo, aparecía un camello, uno solo, montado por un hombre de pequeña estatura, con ojos azules, cabellos y patillas rubios, y vestido con uniforme de General en jefe. A medida que avanzaba, todos los brazos se extendían hacia él, todas las bocas se abrían, todas las rodillas se doblaban á su paso, y un pueblo entero gritaba:

—¡Viva Gordon!... ¡Viva el héroe!.. ¡Viva nuestro padre!... ¡Viva el salvador del Kordofán!...

La visión pasó. El General llegó al palacio del Gobierno, se apeó y entró en su casa como si hubiese salido de ella la víspera. Hacía cuatro años que había hecho dimisión del puesto que volvía á ocupar en aquel momento de zozobra, temores y ansiedades indescriptibles.

Los habitantes de Khartoum, sin dejar de aclamar al General, empezaron á abrazarse unos á otros, á felicitarse y á bailar de alegría. Parecía que aquel hombre sólo sobre su camello, salido del desierto como caído del cielo, valía un ejército entero. Nadie pensaba ya en el peligro inminen-

te; nadie creía en el Madhi; Gordon se encontraba entre ellos, y todo estaba acabado; Khartoum podía respirar...

Por la noche, la ciudad entera apareció iluminada, y el general Gordon recibía la visita del cuerpo consular, de las autoridades civiles y militares y de los habitantes más notables de la población. Expresó su firme confianza de hacer frente al Madhi; declaró que Khartoum iba á ponerse en situación de defensa, que la disciplina militar se restablecería, y que el estado moral de las tropas había de mejorar de seguro, pues él venía en nombre del Gobierno inglés para pacificar el Sudán, y que dentro de pocos días un ejército británico, remontando el Nilo, ó pasando quizás á espaldas de los insurrectos por Souakim, llegaría á tiempo de concluir con ella.

Todos se retiraron llenos de esperanza, menos el Cónsul francés, que conservaba pocas ilusiones.

—Os decía hoy mismo que aquí faltaba un hombre, dijo á Norberto que le esperaba en la puerta de palacio. El hombre ha venido, pero temo que no tenga quien le secunde. Si el ejército inglés que nos anuncia se presenta á tiempo, todo irá bien. Pero ¿vendrá? Khartoum está muy lejos del Cairo, más lejos de lo que se figuran para un ejército europeo. ¡En fin, vivir para ver!... En todo caso, repuso después de un instante de silencio, esto nos ofrece una probabilidad de decidir á mi hija á partir sin mí. Hoy la ciudad está entregada á la esperanza; sepamos aprovechar la ocasión con la ayuda de mi cuñado el doctor, y para no perder momento vamos á su casa y convidémosle á comer.

Así lo hicieron, y después de una larga deliberación sobre el asunto propuesto por Norberto, arreglaron entre ellos una pequeña comedia, que se representó al día siguiente en el Consulado.

—A fe mía, dijo el doctor, sentándose en la mesa, acepto vuestra invitación, querido señor Mauny, y estoy dispuesto á partir en vuestra compañía para ir á pasar una semana en Tehbali.

—Mi hija y yo, repuso en seguida el señor Kersain, nos alegraríamos mucho de acompañaros también, pues algunos días de vacaciones nos harían mucho provecho, sin hablar del placer que tendríamos viendo los progresos de vuestros trabajos; pero desgraciadamente, aun cuando la venida del general Gordon aparta toda idea de peligro para Khartoum, atendiendo á las medidas que ha tomado ya y á los socorros que anuncia, esta llegada me obliga á quedarme provisionalmente aquí, para informar á mi Gobierno del nuevo estado de cosas, y no puedo, por lo tanto, pensar en partir con vos.

Una nube de contrariedad se esparció por las encantadoras facciones de Gertrudis; mas no lo demostró.

—Es una desgracia, dijo el doctor; mi sobrina tiene absoluta necesidad de un cambio de aire, y una pequeña excursión á Tehbali es justamente lo que le hace falta.

—¿Qué queréis que haga yo? dijo suspirando el Cónsul. ¡El deber es antes que todo! Me es absolutamente imposible ausentarme ahora.

—Todo podría conciliarse, repuso el doctor; el deber y el cuidado de la salud. ¿Cuándo pensáis poder ir á Tehbali?

—Dentro de dos semanas, á todo tardar.

—Pues bien. ¿Por qué no me confiáis á Gertrudis con su doncellita? Os precedería en Tehbali, volvería á tener aquellos hermosos colores que tan bien la sientan, y cuando vinierais á reuniros con nosotros, la encontraríais completamente mejorada.

—¡Oh, tío mío! respondió Gertrudis; no me gustaría dejar solo á mi padre.

—La cuestión no es únicamente saber lo que te gusta ó no, querida niña, sino lo que es necesario para tu salud, dijo el doctor con toda la seriedad posible.

Todas las miradas se fijaron en el señor Kersain.

—Este plan me gusta bastante, dijo. Tendría el espíritu más tranquilo para despachar mis asuntos, y sería un aliciente más para marcharme á Tehbali ocho días antes. ¿Qué dices á esto, hijita?

—Digo que haré lo que decidáis, querido papá, repondió Gertrudis, indecisa entre el temor de dejar al señor Kersain, aunque no fuera más que por muy poco tiempo, y el deseo de complacerle.

—Pues bien, opino por la marcha... Pero á lo menos, doctor, ¿ me respondéis de ella? añadió haciendo un esfuerzo por parecer alegre.

—En absoluto. Y si decís una palabra más, hago que me déis ante notario un poder confiriéndome vuestros derechos paternos.

Las cosas así arregladas, se convino en que partirían aquel mismo día, y que el señor Kersain acompañaría á los viajeros hasta dos ó tres millas de Khartoum, prometiendo ir á reunirse con ellos en breve plazo.

Como es natural, inmediatamente empezaron los preparativos de marcha, y á las siete de la tarde se pusieron en camino. Una hora después, el Cónsul se despedía de su hija y de sus amigos.

—¡Os la confío á ambos! ¡Ojalá nos veamos pronto! dijo á Norberto por lo bajo, dándole un caluroso apretón de manos. ¡Adiós, doctor! ¡Adios, hija mía querida! repuso apretando á Gertrudis contra su pecho.

Y volviendo bridas, se alejó á escape para que no viese sus lágrimas.

—¿Volveré á verla algún día? pensaba corriendo hacia Khartoum.

Gertrudis, sin explicarse el por qué, sentía también apretársele el corazón. Le parecía que hacía mal en separarse de su padre, y pensaba que mejor hubiera sido resistir á sus deseos; mas ya era demasiado tarde para retroceder, y aun cuando hacía grandes esfnerzos, no pudo dominar su espíritu, apoderándose de ella tan intensa tristeza, que á Norberto y al doctor no les fué dado vencer, no obstante procurar disiparla por todos los medios posibles.

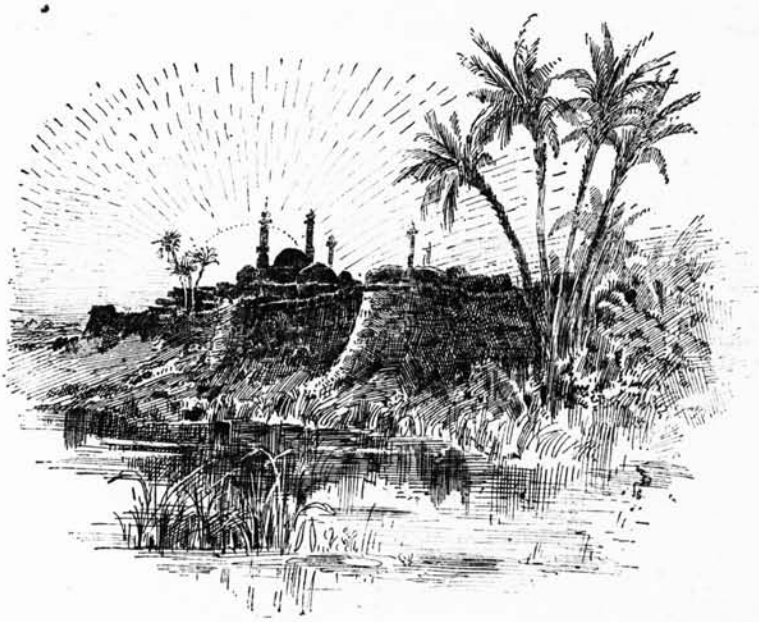
A las doce acamparon, según costumbre, debajo de dos tiendas levantadas por los árabes y por Mabrouki al pie de una colina, casi á orillas del camino.

Al día siguiente, á las cinco de la mañana, estaban desayunándose para ponerse otra vez en marcha, cuando vieron pasar una mujer con una carga de higos.

—¿Me compráis fruta? dijo á los viajeros.

La compraron una cestita, y añadieron su contenido al almuerzo; pero apenas se comieron los higos, un pesado sueño se apoderó de ellos. Fatima fué la primera que sucumbió, quedándose dormida al lado de su ama. Gertrudis hizo pronto lo mismo, así como Norberto y el doctor.

Mabrouki luchó más tiempo contra esa especie de sopor; le fortalecía algo la idea de que iba á faltar á su deber, dejándose dominar por el sueño; pero sucumbió por fin, y cayó pesadamente sobre la arena.



CAPÍTULO XIII

EL MÁGICO KADDOUR, PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS

Al despertarse Gertrudis creyó al pronto ser juguete de un sueño. Abrió los ojos y se encontró en una vasta sala circular, alumbrada por siete lámparas de cobre.

Las paredes estaban esculpidas y pintadas con arte maravilloso. Columnas de basalto y estatuas de pórfido determinaban alrededor de aquéllas un círculo de alcobas llenas de extraños muebles. La señorita Kersain, que no en vano era hija de un distinguido arqueólogo, á primera vista conoció que se hallaba en un hipogeo de la más bella época egipcia; así es que, no obstante su estupor, se dejó arrastrar por la curiosidad, siempre viva en todo aficionado, de admirar los tesoros artísticos que la rodeaban. Por entre las columnas y las estatuas colosales se veían las paredes de cada alcoba cubiertas, al parecer, con lienzos de vivos colores; pero tales colgaduras no eran, en realidad, otra cosa que pinturas al fresco que habían sobrevivido á treinta siglos. El artista productor de aquella obra maestra había creado allí, por medio de su buril y de sus moldes, apretados batallones de guerreros y ciertos animales, y esclavizado para siempre á muchos dioses y diosas cinocéfalos, acrocéfalos é ibiocéfalos, con anchas alas desplegadas y rodeados de flores, palmas y globos simbólicos.

Luego, el pintor, siguiendo con su maravilloso pincel los contornos trazados por el escultor, dió á aquellas creaciones vida lozana y constante, y á los dioses sus resplandores divinos. Alrededor del fresco, cuyo fondo era rojo, se veía una faja verde que hacía resaltar la blancura de las paredes. Flores de loto abriendo sus místicos cálices, parecían mecerse en sus largos tallos, y el oro de las palmas realzaba los frisos que corrían por encima de la falsa colgadura.

Gertrudis notó que su cuerpo descansaba en una cama espléndida y de forma muy extraña. Representaba un enorme tigre de bronce, echado, ofreciendo para dormir su lomo, cubierto por un colchón de cuero. Hubiérasele podido creer acabado la víspera para alguna princesa de la décimaoctava dinastía egipcia. Un sillón de marfil, tallado como si fuera un encaje de los más finos; una mesa de plata maciza, cuyo precioso metal constituía lo más mínimo de su valor, descansaba sobre la cabeza de un esclavo arrodillado, y una magnífica piel de león, extendida en las losas de marmol, completaban el mueblaje de la alcoba en la que la joven había

vuelto á tomar posesión de sí misma.

Bajando la vista sobre esa piel, vió allí á Fatima durmiendo aún.

¿Por qué misterioso motivo se encontraban ambas en tan extraña habitación? ¿Cuánto tiempo se habían llevado durmiendo?

He aquí lo que la señorita Kersain no podía decir. Miró su reloj, y le encontró parado.

—¡Fatima! gritó sobrecogida de terror, echándose fuera de la cama.

La doncella abrió los ojos, pareció no darse cuenta de lo que le sucedía, y se levantó maquinalmente.

Casi en el mismo instante, una puerta oculta en la pared se abrió con ruido, y un negro magníficamente vestido apareció en el umbral.

—¡El amo! dijo prosternándose en las losas.

El enano de Rahdameh entró en la sala.

Llevaba un traje indio de deslumbradora blancura, realzada por el contraste del vivo color encarnado del cinturón, del cual colgaba un sable lleno de pedrería. Su enorme turbante estaba adornado con un plumero de crin lleno de brillantes. Su cara, negra y asquerosa, parecía aún más asquerosa y más negra con aquel atavío, y su personalidad deforme ofrecía un aspecto asaz grotesco.

Sin sospechar siquiera que necesitaba correr una inmensa escala de grados para llegar su hermosura á serlo plástica, se acercó triunfante á Gertrudis, y se detuvo sonriéndose ante ella.

—¿Qué queréis? le dijo ésta con frialdad y altivez.

El enano alzó las manos y la saludó á la usanza árabe, sin articular una sola palabra; pero había en sus ojos una expresión tal de vanidad, que la joven no pudo resistir la imperiosa necesidad de humillarle un poco.

—Ya me acuerdo, repuso; sois mudo, miserable criatura, y no podéis responderme. Sin duda me traeis un mensaje de parte de vuestro amo. Sois el esclavo del *mogaddem* de Rhadameh: os he visto ante él inclinar la frente hasta el polvo. ¿Es á él á quien debo considerar como autor de mi rapto y de la detención infame de que soy víctima? ¿Pero entendéis siquiera el francés?

El enano hizo con la cabeza una seña afirmativa.

—¿Me entendéis? repitió Gertrudis.

—Sí, manifestó el enano con un movimiento de cabeza.

—Pues bien, repuso la joven irguiéndose; id y decid á vuestro amo que ha cometido un acto incalificable. Si es dinero lo que quiere, que fije el precio de mi rescate y se lo dé á conocer á mi padre, ó que me haga conducir á Khartoum bajo mi palabra de que remitiré á mi acompañante la suma que haya fijado. Id, porque anhelo salir de aquí.

En vez de cumplir aquel mandato, el enano se arrodilló delante de la señorita Kersain, y cogiendo el borde de su vestido lo llevó á sus labios, mirándola al mismo tiempo con aire suplicante y humilde, que hacía gran contraste con la arrogancia de su primera actitud. La joven, de suyo bondadosa, temió haber ofendido inútilmente á aquel ser desgraciado, y dominando la indignación de que estaba poseída, repuso con tono más suave:

—¿Qué puedo hacer por vos? ¡Parece que imploráis mi piedad! ¿Será que el *mogaddem* os trate con dureza? Si así sucede, venid á Khartoum; mi padre es poderoso y respetado, y sabrá protegeros.

Una amarga sonrisa se dibujó en los labios del enano, que levantándose se colocó delante de ella con la mano sobre la empuñadura del sable, y con voz formidable:

—No soy esclavo de nadie, dijo en francés, ni necesito protección alguna; si me inclino con humildad, es sólo delante de la hermosura. Lo que vengo á ofrecerte, dichosa joven, es que ocupes conmigo el trono del Sudán. Yo soy el rey, y te he escogido por reina.

Y como Gertrudis, herida de estupor, no pudiese responder:

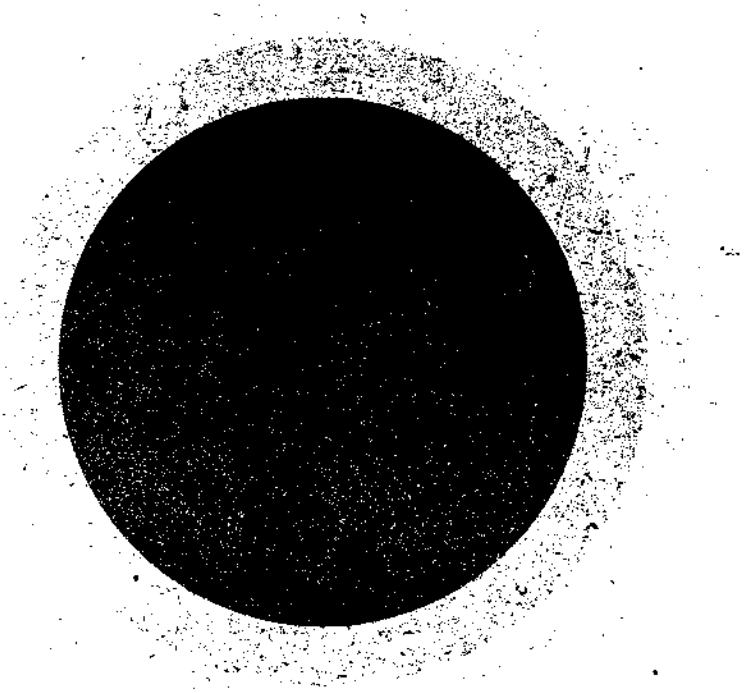
—¡Yo esclavo!... ¡Yo mudo!... prosiguió el enano con una risotada. ¿Será verdad que las apariencias te hayan engañado de ese modo? ¡Hablas de rescate, pobre niña! ¿Qué es lo que podría ofrecerme tu padre al lado de las riquezas que me pertenecen? ¡Es preciso que sepas que el universo es tributario mío, y que mi poder es tan ilimitado como misterioso! Hablas del *mogaddem*, cerca del que me has visto representar el papel de esclavo; pues no es más que un instrumento del que me sirvo, y un servidor, así como también el Madhi y otros muchos que no lo sospechan siquiera. Soy el amo del Sudán, y lo seré pronto del Africa y del mundo entero. Cuando te hablo de un trono, es por pura modestia; tengo diez, ciento que poner á tus pies, si los deseas. ¡Di una palabra, y el universo entero vendrá á arrodillarse á tus pies, como lo he hecho hace poco! ¡Yo soy Kaddour, el mágico todopoderoso, el príncipe de las tinieblas! ¡Alégrate, niña, pues te he designado para que participes de mi gloria y de mi omnipotencia!...

—¡Basta! interrumpió Gertrudis con altanería. ¡Vil esclavo! ¿Crees tú que tus palabras puedan inspirarme otro sentimiento que el desdén?

El enano no se dió por vencido.

—¡Otra vez la palabra esclavo!... Ya te he dicho que soy el amo aquí y en todas partes. ¿No quieres creerme? ¿Quieres que te lo pruebe? Si es el color de mi piel el que hace que me clasifiques como perte-

El enano de Rahdameh entró en la sala.



neciente á una raza envilecida, puedo mudarlo. ¡Mira!...

Mientras que Gertrudis y Fatima le consideraban con creciente estupor, el enano se transformó bajo sus miradas. De pronto su cutis tomó un tono gris, después verdoso, luego amarillento; sus facciones se crisparon con una rápida convulsión y salió de este espasmo horroroso siempre, pero blanco.

Fatima, en el colmo del espanto, lanzó un grito y se echó al suelo, ocultando el rostro con sus manos. La señorita Kersain sentía que su corazon latia con más fuerza; pero por nada del mundo hubiera querido que conociesen el terror que la dominaba.

—No procures asustarme con tus juglerías, dijo. Blanco ó negro, no eres para mí sino un charlatán. Si eres tú el que aquí me ha traído, deja que me vaya cuanto antes; sólo de ese modo conseguirás que yo pueda perdonarte tu ridícula tentativa. ¡Acuérdate que pertenezco á una nación poderosa, que sabe hacer respetar á sus hijos!

—¿Qué hablas tú de nación? replicó el enano con voz de trueno. Te he dicho, y te repito, que mi poder es ilimitado; que las acciones de los pueblos y los consejos de los Reyes dependen de mí, sin que ellos lo sepan; tengo entre mis manos hilos invisibles, con los que muevo á los hombres á mi antojo, como si fueran polichinelas. ¿No me crees? ¿Necesitas pruebas? ¡Las tendrás!

Dió un golpe con sus manos enormes, y en seguida una de las alcobas se abrió, formando como el hueco de un escenario; pero en vez de una decoración de madera ó de tela, se veía en aquel cuadro una galería maravillosa, en la que lámparas suspendidas de grandes brazos de plata no alumbraban sino mármoles, columnas y adornos preciosos. En medio de aquella galería se elevaba, en un estrado, un trono de oro, alrededor del que una numerosa corte vino á colocarse, saludando con respeto, como si aquel trono estuviera ocupado, siendo así que se hallaba vacío. Todos los tipos humanos y todos los trajes estaban representados en aquella asamblea: allí había chinos, japoneses con armaduras de laca, árabes con blancos albornoces, canadienses con chaquetas de pieles, zulús, *boërs* empuñando rifles, indios de cuerpo pintarrajeado y cien otros aún, cada cual con su atributo característico, su porte y su fisonomía propia. Cuando todos hubieron desfilado delante del trono, y colocado á ambos lados de la galería, el mismo negro que había anunciado la llegada de Kaddour se presentó delante del escenario, esperando las órdenes del amo.

—Llama al enviado del Canadá, dijo el enano.

Y se vió avanzar á un mestizo americano, vestido de pies á cabeza con pieles de castor, que, inclinándose delante de Kaddour, le dijo en francés:

—El maestro Riel no espera más que tus órdenes para sublevar á los canadienses contra Inglaterra.

—¡El enviado de los *boërs*! gritó el enano.

Un rudo aldeano, de tez tostada por el sol, se presentó torpemente, sacó de su sombrero de paja una carta sellada y la entregó al negro, diciendo en holandés:

—Los *boërs* del Cabo envían su saludo á Kaddour y se alzarán á una señal suya.

El enano tradujo esas palabras á Gertrudis, y luego repuso:

—¡Ahora vengan los indios!

Esta vez fué una joven en traje de bayadera, envuelta en un velo de gasa plateada la que salió de las filas para decir con voz clara y pura:

—La India aparenta dormir, pero espera. Tiene cien millones de hombres al servicio de Kaddour el todopoderoso para vengarse y redimirse.

—¿Está aquí mi hija de la Verde Erín? preguntó el enano.

Una irlandesa de blanca tez y ojos negros, vestida de luto, respondió á aquella llamada.

—Los Invencibles están prontos á todo, dijo en inglés. Harán volar á Londres si el maestro lo cree útil para la patria.

—¿Y el hijo del Madhi? dijo el enano.

—¡Kaddour es grande, y el Madhi es su profeta! dijo un joven árabe presentándose en seguida.

—¡Basta! repuso Kaddour. ¡Desapareced todos!

La alcoba se cerró de pronto, y la visión se desvaneció.

—¿Ves quién soy? dijo volviéndose hacia la señorita Kersain.

Y cruzando sus largos brazos sobre el deforme pecho, fijó en ella una mirada llena de ironía. La joven respondió con otra más irónica aún.

—Veo, dijo, que tienes actores que saben muy bien su papel.

—¿Actores?... ¿Actores todos esos agentes de mi poder que acabo de mostrarte, y los muchos que podría presentarte aún? No lo creas, niña. Son, por el contrario, instrumentos tanto más dóciles y poderosos entre mis manos, cuanto que, al servirme, sólo creen servir sus pasiones ó sus odios. En las cuatro extremidades del globo conspiran, se arman y se preparan, sin conocerse unos á otros, divididos por las razas, los odios y los intereses. ¡Sólo yo los gobierno, los dirijo y puedo hacer que su ira estalle en el momento propicio; no tengo más que decir una palabra, y mañana, si así lo quiero, el mundo no será más que un montón de ruinas; mañana reinaré solo á la luz del día, como

reino ya en las tinieblas. ¿Quién sino yo tiene ahora en jaque á la Gran Bretaña? Ya lo has visto; el Madhi no es más que un General mío. La India se levantará á mi voz; el Canadá me obedece; los *boërs* y los zulús me agradecen haberles asegurado la victoria. ¿Cettiwayo no triunfó siempre mientras se contentó con ser mi teniente, y no ha sido vencido el día en que quiso sacudir mi yugo? ¿No está Irlanda pronta á encender la mecha que tengo preparada? Mi policía está en todas partes. De cualquier hecho de alguna importancia que tiene lugar en el universo, tengo informes al instante. Ese niño, ese Mauny, ha creído poder ocultarme sus proyectos; su plan no había madurado aún cuando yo lo conocía en todos sus detalles. ¡Y tú misma marchabas á Tehbali... y ya ves cómo estás aquí!

—Sí, merced á alguna indigna traición, exclamó Gertrudis. No importa, enano; no creo en el poder de que te alabas.

—¿Aún no crees en él? ¿Qué necesitas para que te convenzas? ¿Quieres que te enseñe lo que Gordon, pobre y valeroso soldado, escribe ahora mismo á su Gobierno?

Kaddour llamó por segunda vez con sus manos.

Otra alcoba se abrió como la primera; pero no mostrando una suntuosa galería, sino una sencilla oficina de telégrafos. Encima de una mesa los hilos se cruzaban, tenían número de orden y se reunían todos en un aparato de transmisión.

Al nivel de aquel aparato se encontraban planchetas de marfil con estos nombres: *París, Londres, Roma, Constantinopla, San Petersburgo, Argel, Pekín, Nueva York, Calcuta, Quebec*, y otros varios. En otra mesa se desarrollaba automáticamente la pequeña faja de papel azul de un tambor telegráfico.

—He cambiado la dirección del hilo de Khartoum, dijo riendo el enano, y los despachos de Gordon no van al Cairo sino pasando por aquí. Lee esto, si tienes gusto en ello.

Y como Gertrudis, impasible, no se movía:

—Lo leeré por ti, repuso Kaddour.

El general Gordon á sir Evelyn Baring, agente general de S. M. Británica en El Cairo:

«*Khartoum 2 de Marzo.*

Bastaría para salvarlo todo mandar á Khartoum, por la vía del Nilo, un batallón inglés. El nombre no es necesario, pero sí el prestigio. La sublevación caerá por sí misma si estoy sostenido, aunque no sea más que en apariencia, por tropas europeas; si no es así, todo está perdido; antes de tres días estaremos bloqueados.

Firmado: GORDON.»

—Transmitiré el despacho, prosiguió el enano con una carcajada, pero modificándolo en *algo*, afirmando que no hace falta ningún socorro. ¿Qué dices á esto, hija mía? ¿Crees ahora en mi poder?

—Creo sobre todo en tu refinada maldad, replicó Gertrudis sin abandonar su desdeñosa actitud.

CAPÍTULO XIV

MAGIA BLANCA Y MAGIA NEGRA

Esta vez el enano palideció de coraje, y quedó algunos instantes entregado á una sombría meditación.

—¿Qué necesitas, pues, para convencerte? dijo por fin exhalando un largo suspiro. ¡Insensata!... ¿No conoces acaso el temor? ¿Cómo te atreves á provocar de frente á aquel cuyo poder se extiende como una red por el mundo entero? ¿Es que lo que has visto no te basta, y como joven por demás curiosa deseas otras pruebas de mi poder sobrenatural? Las tendrás. ¿Quieres que te presente ahora mismo á aquél que ocupa tu pensamiento y es objeto de tu respetuoso cariño?

Kaddour tomó entonces de su cinturón un silbato de plata, del que sacó un sonido estridente. En el mismo instante, de una tercera alcoba que se abrió como las anteriores, pareció elevarse una ligera nube detrás de una pantalla, formada por un solo cristal. Esa nube se condensó poco á poco, y tomó una forma humana. Gertrudis conoció al punto á su padre; estaba sentado en su despacho en el consulado francés de Khartoum, estudiando con atención los papeles de un legajo que tenía desplegado sobre su mesa. De pronto se recostó en el respaldo de su sillón y pareció reflexionar; luego abrió un cajón y sacó un retrato, que Gertrudis reconoció con dolorosa emoción por ser el suyo. Era una miniatura pintada en París cuando era niña, y que la representaba con largos bucles rubios, inclinada sobre un abecedario. El Sr. Kersain llevó el retrato á sus labios, besándolo detenidamente. Las lágrimas debían humedecer sus ojos, pues las enjugó con su pañuelo, y las de su hija caían tan de prisa, que no distinguía ya nada.

Poco á poco la visión se borró y desapareció.

—He aquí el presente, dijo Kaddour. ¡Ahora el porvenir! Y en el mismo sitio, ocupado antes por la querida imagen de su padre, la joven vió dibujarse una circunferencia, en la que formas indistintas aparecieron, tomando poco á poco contornos más definidos. Conoció la gran plaza de Khartoum, cerrada de un lado por el palacio del Gobernador, y enfrente de éste la fachada del Consulado de la nación francesa. Habitantes de todas las clases y edades atravesaban corriendo; estaban pálidos, delgados y visiblemente entregados á un gran terror.

De repente un General salió del palacio, seguido por cuatro ó cinco hombres. Era bajo, con cabellos rubios y ojos azules;

bajaba rápidamente las gradas de la escalinata. Todas sus facciones expresaban un furor mal contenido. En el momento en que su cara se volvia hacia Gertrudis, vió que era el general Gordon. En aquel mismo instante, una turba de árabes desharrapados desembocaba en la plaza. Apenas vieron el grupo que salia de palacio, se detuvieron, y los relámpagos de un fuego de pelotón salieron de los fusiles. El General cayó. Los insurrectos corrieron hacia él, mientras que su escolta huia. Con un estremecimiento de horror, la señorita Kersain vió que levantaban en la punta de una bayoneta la sangrienta cabeza del General. Volvió la vista para fijarla con angustia en el Consulado, y le pareció ver á su padre salir solo. Quedóse paralizada por el espanto, esperando alguna nueva catástrofe más horrible aún para su corazón; pero todo se oscureció y desapareció.

Gertrudis había recibido tal conmoción con aquella escena, que necesitó algunos instantes para reponerse, y una vez vuelta al dominio de sí misma, dijo:

—El porvenir no te pertenece, enano. Lo que acabas de enseñarme es una mala ficción. Gordon no sucumbirá á vuestros golpes; antes, por el contrario, os ahorcará á todos.

—¿A mí es á quien te atreves á hablar así? exclamó rechinando los dientes. ¡Ah, nada temes! Pues bien; ¡mira!...

Y diciendo estas palabras, alzó los brazos. En seguida un ruido tan espantoso se oyó, que cualquiera hubiese creído se desgarraban las entrañas de la tierra. Los monstruos que sostenían las puertas y las cornisas se animaron de repente y llenaron el subterráneo con sus rugidos. Las figuras de animales que con tanto gusto artistico estaban pintadas en las paredes, parecian moverse y avanzar hacia la joven, haciendo converger sobre ella la llama de sus ojos sangrientos.

Medio loca de terror, Fatima se asió al brazo de su ama, lanzando gritos agudos.

—Detén tus fieras, dijo desdeñosamente Gertrudis al enano de Rhadameh. Si piensas asustarme con esto, te advierto que pierdes el tiempo.

Kaddour pronunció algunas palabras en un lenguaje desconocido, y los monstruos quedaron inmóviles. Gertrudis entonces alzó los hombros; pero el enano fijó con insistencia en Fatima su mirada penetrante, hasta que, pasado un momento hizo cierta señal, y la doncella, soltando el brazo de su ama, avanzó hacia él. Tenía los ojos muy abiertos; mas su vista, cosa extraña, parecia apagada.

—Fatima, dijo el mágico con voz sepulcral; estimas mucho á tu ama, lo sé; ella cree en tu afecto, y te quiere como si fueras su hermana; sin embargo, yo te mando que cojas este puñal que llevo en mi cinto y se lo hundas en el corazón.

Fatima al punto dejó oir un profundo suspiro, y dos gruesas lágrimas aparecieron en sus párpados y rodaron por sus mejillas; mas, no obstante eso, se acercó al enano, tomó el puñal que le designaba y se volvió hacia la señorita Kersain con el brazo levantado y pronta á herir.

—¡Detente! exclamó el mago.

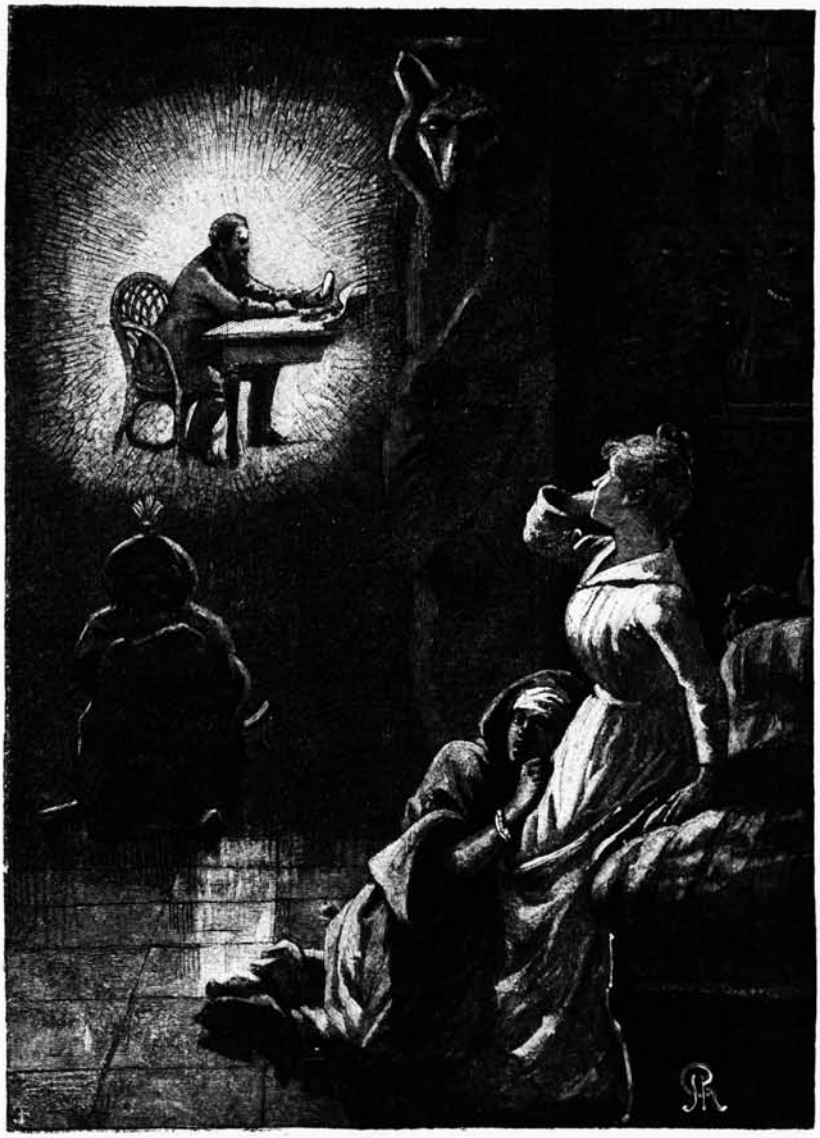
Y la doncella de Gertrudis se detuvo, quedándose cual si se hubiera convertido en piedra, con el brazo inmóvil, en dramática postura.

Gertrudis apenas podía contener sus lágrimas.

—¡Pobre niña! murmuraba, procurando bajar con suavidad el brazo rígido de la joven negra. No temas que yo te crea culpable de lo que haces en este momento. Conozco los fenómenos del hipnotismo, añadió dirigiéndose al enano, y todas tus brujerías no me harán dudar de su ternura.

—Pero á lo menos sirven para darte á conocer lo que puedo, dijo Kaddour haciendo un gesto á fin de que Fatima recuperase el sentido, quien tan pronto como salió de aquel sueño magnético, y presa aún de un temblor nervioso, se unió otra vez á su ama y se estrechó á ella, sintiendo su alma agitada á impulsos del más tierno afecto y cariño.

—Escúchame, prosiguió el enano dirigiéndose á Gertrudis. Eres mujer, y es imposible, por consiguiente, que no te seduzca la perspectiva de un poder único, absoluto, ilimitado. Conoces ya lo que puedo hacer bajo el punto de vista político y militar; sabes que poseo inmensas riquezas, y acabas de ver un ejemplo de mi poder sobrenatural. No puedes dudar de que ningún secreto me es desconocido, pues ni el mundo visible ni el invisible los tienen para mí. Dispongo de los recursos de las ciencias antiguas y modernas; conozco las tradiciones de todas las magias negras y blancas, europeas y asiáticas; soy el agente que mueve todos los resortes, y te digo: ¿quieres ser reina del Africa, emperatriz de las Indias, de la China ó del mundo entero? Otórgame tu mano, hermosísima Gertrudis; dame tu corazón, concédeme tu amor, y mañana, si quieres, los franceses serán degollados en la Argelia y en Túnez; los ingleses en la India, en Egipto, en el Cabo y hasta en su isla; Rusia caerá sobre Alemania, los pueblos musulmanes sobre Europa, y dentro de seis meses te hago coronar en Bizancio. Haz una señal, y me quedo en la sombra, todopoderoso, pero oscuro, como lo he hecho hasta hoy; y reinas conmigo sin que sepan cuál es el manantial de tu poder. O si los cuidados del mando te asustan, si prefieres una existencia tranquila y apacible, renuncio á todo, parto contigo para el país que quieras escoger, llevando todas las riquezas acumuladas en estas



M. Kersain sacó un retrato, que Gertrudis reconoció Era el suyo.

criptas y dejando á la pobre humanidad que se componga como pueda.

La situación era tal vez trágica; mas en aquel momento se le presentaba tan cómica á la señorita Kersain, que, sin poderlo evitar, soltó una ruidosa carcajada.

—Pero ven acá, pobre inocente, exclamó. ¿No tienes un solo espejo siquiera entre todos tus accesorios de comedia?

Aquella risa y estas palabras cayeron como una ducha de agua helada sobre el infeliz y sentimental enano, si bien, repuesto en seguida de su sorpresa, rugió como una fiera herida, exclamando:

—¡Desgraciada!... ¿Así es como me contestas? ¡No te reirás muchas veces, te lo juro! ¡Toda la tierra sufrirá por tu causa! ¡Aunque vivieras cien años, no tendrías bastantes horas para llorar el día en que has insultado á Kaddour!

Y dominado por un acceso de rabia indecible, salió.

Apenas la puerta se hubo cerrado detrás de él, Gertrudis y Fatima oyeron el sonido de gruesos cerrojos que corrían y de pesadas cadenas de hierro que se cruzaban.

Pasó una hora sin que nada turbara el silencio del hipogeo; pero después de ese tiempo, la puerta se abrió de nuevo y una exclamación de alegre sorpresa se escapó de los labios de las dos cautivas: en el umbral acababa de aparecer Norberto Mauny.

—¡Gertrudis! ¡Señorita Kersain! exclamó el joven astrónomo. No esperaba tener la felicidad de encontraros en esta misteriosa prisión. ¿Me perdonaréis por haberos arrastrado á...?

—¿Perdonaros? dijo Gertrudis ¿De qué? ¿No sois prisionero como nosotras? Dejadme que me felicite de hallaros tan inesperadamente. ¿Sabéis lo que ha sido de mi tío y de Mabrouki?

—No los he vuelto á ver desde el momento en que probamos aquellos malditos higos, cargados sin duda de algún sutil narcótico.

—Vos sí que tenéis el derecho de echarme en cara vuestro cautiverio; porque al fin, si estáis aquí, es por mí.

—¡Ojalá pudiera probaros mi adhesión de un modo más positivo! exclamó el joven. Es preciso, absolutamente preciso, que salgamos de esta prisión. Pero ¿cómo saber siquiera en dónde estamos, y en poder de quién?

—¡Cómo! ¿Lo ignoráis aún? Pues admiráos. ¡Nos hallamos bajo el irresistible dominio del enano de Rhadameh! Y á propósito de tan indigna criatura, voy á haceros una confesión que humilla mi amor propio, añadió la señorita Kersain ruborizándose; ese miserable charlatán me ha pedido, no hace aún una hora, que sea su mujer.

—¡Insolente!

—Me he reído de su pretensión, como podéis suponer, y se ha marchado poseído de una rabia espantosa, amenazándome con su venganza.

—Ante todo sería preciso asegurarse de lo que puede y quiere, dijo Norberto mirando á su alrededor. Este calabozo no se parece en nada á aquel en que me he hallado al despertar.

No bien había pronunciado estas palabras, cuando se abrió un lienzo de la pared y el enano de Rhadameh apareció á la cabeza de una guardia negra de doscientos ó trescientos hombres, cosa curiosa y que llamó la atención de Norberto; esa guardia era de todo punto igual á la que había reclutado para su servicio. Estos hombres tenían el mismo tipo é igual equipo; su rodela de piel de tigre, su casco y su lanza eran idénticos.

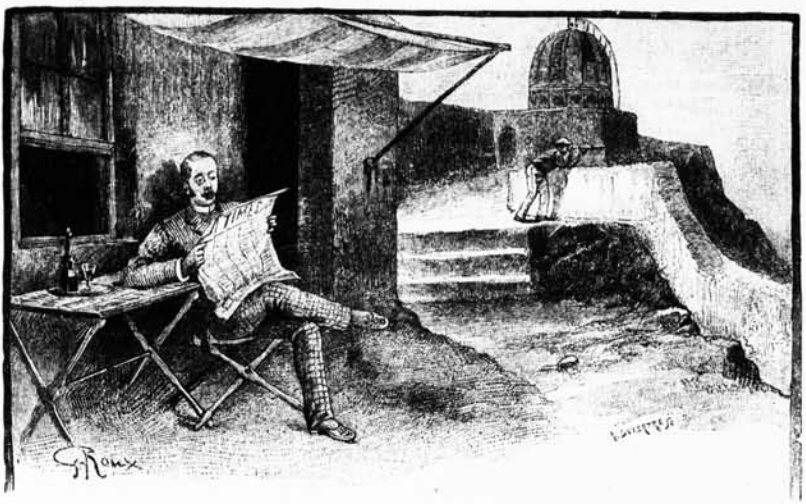
—Lo que quiero y puedo, dijo Kaddour, respondiendo como un eco á las últimas palabras del joven astrónomo, voy á deciroslo. Quiero que esa joven sea mi mujer, y puedo mucho para decidirla á ello. Por ejemplo, someteros á la tortura á ti, á su tío y á sus servidores; luego llevaros á todos al pico de Tehbali, y á vuestra vista destruir piedra por piedra los trabajos que tu orgullosa ambición ha levantado. Veremos entonces si no eres el primero en aconsejarla que acepte mi ofrecimiento.

—¡Gertrudis! exclamó Norberto; os ruego que ninguna consideración os haga ceder. Mucho sentiría, en verdad, ver destruída mi obra por este miserable, una obra que tanto trabajo me ha costado; pero sabed que ningún suplicio sería tan penoso para mí como el que me haría sufrir vuestra debilidad en este caso.

—¿Dudáis quizás de que mi pensamiento sea igual al vuestro? dijo la joven sin turbarse. ¡Si algo pudiese aumentar el horror que me inspira ese monstruo, sería la elección de los medios que emplea para triunfar de mi desprecio!

Kaddour estaba pálido de coraje.

—¡Que traigan cuerdas, vociferó, y que aten á este hermoso caballero! Vamos á marchar en seguida á Tehbali y á principiar nosotros también en vuestra presencia, Sr. Mauny, nuestro pequeño experimento. Además, no sois vos el único con quien allí tengo que arreglar cuentas.



CAPITULO XV

LOS HIJOS DEL PAÍS DE LOS LAGOS

Sir Bucephalus Cogill acababa de levantarse y recorría á grandes pasos la meseta de Tehbali, como tenía costumbre de hacerlo todos los días durante una hora, cuando Virgilio se le acercó.

—Caballero, le dijo; acaban de decirme que un pelotón de gente armada se dirige hacia aquí. Las órdenes del Sr. Mauny son terminantes; no debo permitir que nadie se aproxime á los trabajos sin su autorización... Por consiguiente, voy á mandar á la guardia negra que tome sus armas, y saldremos al encuentro de aquellos hombres sospechosos.

—Muy bien, respondió el *baronnet* con indiferencia. Eso os incumbe á vos... Puede ser tal vez el Sr. Mauny que vuelve, añadió sir Bucephalus; hace ya más de quince días que partió. ¿No os sorprende esa ausencia tan prolongada?...

Sorprendido é inquieto, ya lo estaba Virgilio en el más alto grado, pero no juzgaba prudente demostrarlo, y no obedecía más que á su consigna. Norberto le había confiado la guarda de los trabajos, y los guardaría fielmente hasta la consumación de los siglos, si posible fuera.

—El Sr. Mauny tiene sin duda motivos para quedarse en Khartoum más tiempo del que pensó, dijo inclinándose respetuosamente delante del *baronnet*.

Este volvió á emprender su paseo cotidiano y después de sesenta minutos, cronómetro en mano, se detuvo, tomó una silla de junco y se puso á leer los periódicos europeos que un mensajero especial le traía todos los días de Berber.

—¡Toma! ¡Han nombrado á Gordon gobernador general del Sudán! ¡Ha llegado á Khartoum después de haber atravesado solo el desierto en un camello! ¡Eso es muy suyo! murmuró sir Bucephalus después de haber echado una ojeada sobre el *Times*. Eso será lo que detiene al Sr. Mauny en Khartoum.

Virgilio hizo tomar las armas á la guardia negra, y después de colocarla en dos filas, echaron á andar á paso de carga por el camino trazado en la montaña. En veinte minutos, sus cien guerreros, ágiles como panteras, llegaron con él á la llanura, dejando atrás el pueblecillo de los trabajadores y á medio kilómetro de las primeras chozas los formó en batalla para cerrar el

paso á los que llegaban. Estos no se hicieron esperar. Su caravana se componia de un camello llevando una especie de palanquín cerrado, en el que se hallaban aprisionadas Gertrudis y Fatima; de otros tres de estos animales, en los que Norberto, el doctor Briet y Mabrouki, encadenados y amordazados, acababan de hacer un viaje de cinco dias; del enano de Rhadameh, montado en un magnifico caballo árabe, y, en fin, de su guardia negra.

A la primera ojeada, Virgilio conoció á su amo y comprendió que una gran desgracia habia sucedido; pero su alma intrépida no se acobardó por esto.

—¡Alto!... gritó yendo solo al encuentro de aquella tropa. ¿Qué queréis y por qué habéis aprisionado á estos señores y los sometéis á tan indigno tratamiento?

El enano habiase colocado á la cabeza de su guardia; sorprendido al pronto por una resistencia que no habia previsto, cobró nuevos ánimos, notando que sus soldados eran tres veces más numerosos que los de Virgilio.

—¿Pretendes acaso ser dueño del pico de Tehbali? dijo con arrogancia. ¡Entregad las armas al instante, si no queréis perecer todos!

—¡Entregar las armas!... exclamó Virgilio. ¡Antes te las haria tragar, maldito enano! Y volviéndose hacia su tropa, sacando el sable, mandó con voz firme:

—¡Preparad las armas!...

Con extremada sorpresa de ambos jefes, ninguno fué obedecido. Un oficial de la guardia del enano avanzó para hablarle, mientras que Chaka hacia lo mismo con Virgilio.

—Los hijos del país de los Grandes Lagos no pelean unos contra otros, dijo señalando á la guardia negra del enano. Mándanos lo que quieras, menos matar á nuestros hermanos.

En el mismo instante, el jefe negro de Kaldour le decia:

—Aquellos hombres son, como nosotros, hijos del país de los Grandes Lagos. ¡Los hermanos no pueden pelear entre sí!

—¡Los hermanos no pueden pelearse!... repitió Kaddour, pálido de ira. Espera un poco, Madouppa, que voy á enseñarte cómo me debes hablar.

Y tomando un arma de sus pistoleras, saltó la tapa de los sesos al jefe que estaba delante de él.

—Y ahora, ¿os batiréis? aulló Kaddour, dirigiéndose á su guardia.

—¡A quien atropellaremos será á ti, si vuelves á amenazarnos! respondieron los de primera fila. Te hemos jurado fidelidad, es cierto, pero no para matar á nuestros hermanos...

El enano echaba espuma por la boca, y se roia las uñas en un acceso de rabia loca; pero conocia de sobra que su cólera era impotente.

—Entonces, vuelta á la izquierda, y vámonos por donde hemos venido, dijo con voz ahogada por el coraje.

Pero esto no convenia á Virgilio, que, silencioso, acababa de asistir á aquella escena, y que á todo trance queria libertar á su amo.

—¡Espera, enano! exclamó adelantándose hacia él. Nuestras tropas rehusan el combate, pero nosotros no tenemos ningún motivo para hacer lo mismo. Peleemos los dos. El vencedor se llevará los prisioneros...

Los guardias negros de ambas partes, buenos jueces en hechos de valor, aclamaron el desafío.

Sin esperar la respuesta de Kaddour, Virgilio se precipitó sobre él tan rápida y enérgicamente con el sable levantado, que el enano tuvo que hacer encabritar su caballo para librarse de la acometida, y blandió á su vez su magnífica cimitarra de acero de Damasco. Virgilio paró con tiempo y habilidad; mas su arma, no tan bien templada como la de su rival, se rompió al golpe...

Todos le creyeron perdido; pero no fué así por cierto. Apenas el valiente mozo se vió desarmado, saltó ligero como un tigre á la garganta de su contrario, que apretó con sus fuertes manos, y levantándole de la silla antes de que el miserable pudiese hacer un movimiento, le derribó en el suelo y le tuvo inmóvil é impotente debajo de su rodilla.

Aclamaciones de ambas partes saludaron aquel valeroso hecho. Si Virgilio hubiera tenido á la sazón un arma, no hay duda de que el enano de Rhadameh hubiera pagado allí mismo sus maldades. Poco faltó para que saliera ahogado de las manos de Virgilio; pero, pasado el primer momento de ira, este buen muchacho, viendo á su enemigo en tierra y sin movimiento, no quiso acabar con él, y haciendo una seña á sus soldados, éstos se llevaron al enano. La guardia negra de Kaddour se acercó entonces para fraternizar con la de Tehbali. Ya no se oian más que gritos de alegría, ni se veía otra cosa que abrazos y señales de gran júbilo; ya no podía haber razón de hostilidad entre ellos. La guardia del vencido era tal vez la más satisfecha de aquella solución, que la ponía al abrigo de su rencor, pues acababa de demostrar con la muerte de Madouppa cómo queria que se le obedeciera; así es que dejó que se le llevasen sin protestar, y no se opuso tampoco á la voluntad de Virgilio, que habíase reunido con los prisioneros.

En dos minutos Norberto, Mauny, el doctor y Mabrouki fueron despojados de sus cadenas y Gertrudis y Fatima sacadas del palanquín. No hay por qué decir las angustias que habían sufrido las dos jóvenes al presenciar por detrás de las celosías el

acontecimiento que acababa de tener lugar. Apenas en posesión de su libertad, Norberto no pensaba más que en poner á Gertrudis al abrigo de un nuevo revés de la fortuna, y á este fin hizo que se adelantara hacia la montaña, sin pérdida de tiempo, con el doctor y Fatima; luego encargó á Virgilio que propusiera á la guardia de Kaddour si quería entrar á su servicio.

Hecha la proposición, los jefes, después de haberse consultado, se negaron á aceptar, diciendo que si bien el enano de Rhadameh había sido vencido en combate leal y no se oponían á que soportase personalmente las consecuencias de su derrota, por la misma razón que no habían querido combatir en contra de sus hermanos, juzgaban incompatible con su honra pasar al servicio del vencedor. Sabían, además, en dónde encontrar empleo. El Madhi marchaba sobre Khartoum, é iban ellos, sin más tardar, á ponerse bajo sus banderas.

Norberto se inclinó ante unos motivos que demostraban una vez más el carácter caballeresco, tantas veces experimentado por los viajeros, de aquellos pobres hijos de los Grandes Lagos, sin patria y sin familia. Les pidió como un favor que aceptaran los refrescos que iba á ofrecerles, y cambiando afectuosos apretones de manos con los jefes principales, les invitó á subir con él á Tehbali.

La guardia negra se quedó con Virgilio. Cuatro hombres levantaron á Kaddour, que yacía sin sentido en tierra, lo colocaron en una rodela y se dirigieron al Observatorio. El cuerpo del enano parecía, visto de lejos y puesto sobre el escudo, un enorme trozo de *roastbeef*, servido en una fuente, según apreciación donosa de sir Bucephalus cuando vió llegar aquel grotesco cortejo.

Norberto mandó que trasladasen al enano á la habitación que antes ocupaban los tres comisarios-interventores, ahora detenidos, como se recordará, y al mismo tiempo rogó al doctor Briet que prestase los auxilios facultativos al enfermo, cuidando, sin embargo, de colocar un centinela á la puerta del local donde le dejaron. En seguida el astrónomo pasó al salón, en donde Gertrudis, ya repuesta de las terribles emociones sufridas, le esperaba sonriendo.

Una vez libres del arrostrado peligro, se media mejor en toda su extensión.

¿Qué hubiera sido de ellos si la negativa de la guardia negra, la presencia de espíritu y el heroísmo de Virgilio no hubieran inopinadamente trocado los papeles y hecho á Kaddour prisionero de sus víctimas? No cabía duda de que el enano de Rhadameh se hubiera complacido en cometer toda clase de excesos, destruído los trabajos, entregado el Observatorio al pillaje y asesinado, como lo había anunciado, á todos los hombres de Tehbali, no sin someterlos á los más crueles suplicios... Y gracias al Omnipotente se hallaban libres, victoriosos, teniéndole prisionero á su vez. Si Norberto hubiese escuchado su indignación, pensando en que aquel miserable engendro, aquel vil charlatán se había atrevido á levantar sus miradas hasta Gertrudis, dispuesto á someterla quizás al más ignominioso tratamiento, le hubiera mandado fusilar; pero por una delicadeza que todos los hombres de corazón comprenderán, desconfió de aquel primer impulso, y aplazando su realización, sabiendo que el enano estaba aún sin conocimiento, suplicó de nuevo al doctor que prodigara sus cuidados al prisionero.

El médico volvió diciendo que aquel malvado no había salido aún de su estado de insensibilidad, y que parecía sufrir los efectos de una gran conmoción en el cerebro. La idea, pues, de infligirle la pena de muerte quedó en suspenso, porque ningún sér noble y culto mata á sangre fría á un enemigo inconsciente y además gravemente enfermo.

Después se alegró de no haberse dejado llevar de un primer impulso, toda vez que á alguien de su compañía se le ocurrió si sería una felicidad que estuviese vivo y en rehén para ulteriores tratos con el *mogaddem* y la tribu de los Cherofas.

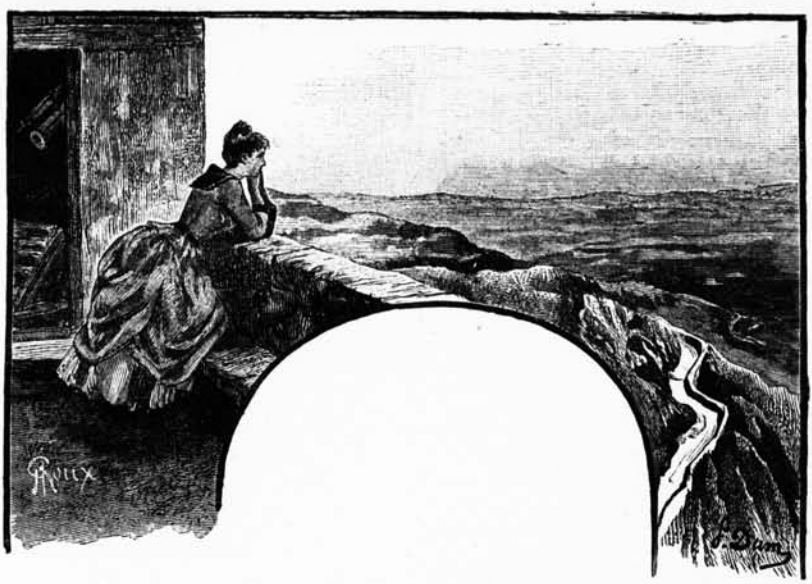
Discutido el asunto entre todos, el parecer fué unánime, y enterados perfectamente de lo ocurrido, acordaron dar con efusión las gracias á Virgilio por el heroísmo con que había puesto fin á una situación tan trágica. La señorita Kersain contó el asunto del despacho telegráfico de Gordon y el desarrollo de fuerzas que el enano le había mostrado para deslumbrarla. No había duda; Kaddour era un personaje, el más importante tal vez del Sudán, por su genio infernal, por la extensión de sus conocimientos y por las prodigiosas ramificaciones de su poder oculto. Tal vez la casualidad acababa de poner en manos de Norberto el único medio de obrar eficazmente, no sólo sobre la población sudanesa, sino sobre las de todos los países musulmanes. El enano se había alabado de que el Madhi no tenía más importancia que la de un Juan de las Viñas, cuyos hilos movía él á su antojo. Si esto pudiera confirmarse por hechos verdaderos, aunque restringidos, ¿de qué peso no sería esa captura en la balanza de los próximos acontecimientos? El Madhi avanzaba sobre Khartoum; no se podía dudar de ello ya, y si verdaderamente los telegramas de Gordon estaban interceptados, según lo que había dicho Gertrudis, la próxima llegada de un ejército inglés de socorro era muy problemática. Y, por fin, aunque no fuese más que bajo el punto de vista personal y menos impor-

tante del reclutamiento de operarios para los trabajos de Tehbali, convenía velar mucho por la vida de Kaddour y conservarla con esmero.

Era preciso curarle y no perderle de vista; la salvación de todos dependía tal vez de él.

Virgilio recibió la orden de doblar los centinelas alrededor de la habitación que ocupaba el prisionero, y de vigilar mucho para evitar los esfuerzos que haría, de seguro, después de recuperar la salud, á fin de evadirse.

—No temáis; estaré alerta, dijo á Norberto cuando éste le dió sus instrucciones; toda su astucia no bastará para engañarme. Ya sabéis que conozco las trapacerías de estos juglares.



CAPITULO XVI

FIN DE KADDOUR

La señorita Kersain, confiada en la promesa que le hizo su padre de reunirse con ella en el término de quince días á más tardar, no cesaba un momento de mirar con el mejor catalejo en dirección á Khartoum, para ver si distinguía algún grupo de viajeros dirigiéndose á Thebali. Estaba intranquila, pero como su educación, demasiado esmerada, no le permitía importunar á nadie, hablando de la natural impaciencia que experimentaba por volver á ver al autor de sus días, encerraba en su corazón la tristeza que la embargaba, y ni en la mesa, ni en el salón, ni en el paseo, demostraba en lo más mínimo la ansiedad que se iba apoderando de ella. Sus compañeros se esforzaban por todos los medios posibles para distraerla, y se guardaban muy bien de hablar del ausente.

El doctor daba cuenta diaria de sus observaciones clínicas.

—Ese enano es uno de los seres más singulares que yo he tenido ocasión de observar, decía una mañana sentándose en la mesa al lado de su sobrina. Hace cuarenta y ocho horas que ha vuelto al estado consciente, y no he conseguido aún sacarle ni una sola palabra. ¿Tendrá alguna lesión en los lóbulos anteriores del cerebro, que afectan la facultad del habla, ó finge ser mudo, como en las dos primeras ocasiones en que hemos tenido la honra de verle? ¡Imposible es decirlo! Ni siquiera he podido saber si es negro ó blanco, como se puede suponer por lo que vió Gertrudis cuando era su prisionera. Creo que está pintado de pies á cabeza, pero su color es de un gris pizarra que no se parece en nada al de los demás nubios; y, sin embargo, ninguno de los reactivos que he empleado borra aquella tintura. Es preciso que esté completamente introducido en la dérmis, y no en la superficie de la piel, pues sufre las consecuencias de las emociones del enano, que palidece ó se congestiona de un modo muy notable.

—¿Y es eso posible y explicable bajo el punto de vista fisiológico? preguntó Norberto con sorpresa.

—Sí, señor. No digo que me encargaría yo de hacerlo, respondió el doctor, aunque, después de todo, la coloración de la piel de los negros. siendo debida á un pigmento especial, se puede concebir encontrando el medio de introducir los elementos de ese pigmento en la circulación de la sangre, bien sea directamente ó por la alimentación. Ya he dicho á usted que muchas de las cosas que no sabemos ha-

rer en Europa son un juego para los magos de Oriente, y no afirmaría que ésta no fuese de ese género. En fin, Gertrudis ha visto á ese negro volverse blanco.

—Y yo también, dijo Fatima, que servía á su ama en la mesa.

—¡De modo que tenemos dos testigos, exclamó el doctor. Si ese desgraciado quisiera renovar ese acto delante de mí, me lo explicaría tal vez; pero seguramente no me dará ese gusto, aunque ve le cuido como á las niñas de mis ojos.

—¡Podéis alabaros, doctor, de haber salvado la vida á una linda muestra de hermosura física general! dijo riendo el *baronnet*.

—La hermosura física y moral de mis enfermos me preocupa muy poco, replicó el doctor. Cuando estoy á su lado, procuro curarlos; lo demás no me importa.

La habitación ocupada por el enano tenía su salida al camino de ronda, en el ala derecha de los edificios, y al lado de uno de los almacenes, transformado en cuartel para la guardia negra. Esta circunstancia era muy digna de estimarse, porque permitía ejercer una vigilancia más severa. En cuanto á los comisionados, se les había dejado al pie de la montaña, con la secreta esperanza de que acabarían por evadirse, cosa que deseaba Norberto con toda su alma, y que hubiera sido la solución más sencilla en el actual orden de cosas; pero ellos tenían buen cuidado de no hacerlo así, por miedo á las partidas de árabes que recorrían los alrededores.

Una vez repuesto el enano, se le autorizó para pasearse dos veces al día por el camino de ronda, á la vista siempre del centinela colocado en su puerta, y del cuerpo de guardia, distante unos veinte metros á lo sumo.

Toda comunicación entre los soldados y él estaba terminantemente prohibida; pero aquella prohibición no parecía necesaria. Kaddour no hablaba ni una palabra, ni hacía un gesto; se arrastraba penosamente en su paseo, no enseñando de su diminuta personalidad más que sus anchos pies y su espesa barba; lo demás estaba envuelto en los pliegues de un albornoz blanco, que recogía con arte alrededor de su cintura, dando así cierta dignidad á su grotesca figura.

Las más de las veces pasaba la hora entera que se le concedía para pasear, de pie en un rincón, lejos de los soldados, inmóvil, apoyando la frente en su mano derecha, y como absorto en una profunda meditación.

Otras veces se sentaba en una piedra, quitábase la sandalia izquierda, y teniendo su pie descalzo apretado con ambas manos, lo miraba atentamente, lo mismo que un *fakir;* pero jamás aparentaba, ni aun con una mirada, el menor deseo de cambiar una palabra con sus guardianes. Virgilio, que no le perdía casi nunca de vista durante aquellas salidas, había concluido por tranquilizarse completamente respecto á cualquier intento de soborno, sin que pensara tampoco, por no habérsele ocurrido la idea, y por consiguiente no conocer el peligro que encerraba, que la actitud reservada, silenciosa y meditabunda de Kaddour no produjera cierto efecto en el espíritu de los que eran testigos cotidianos de ella, y empezaban á considerar al enano como un personaje recomendable, á lo menos por la austeridad de sus costumbres.

Después de siete ú ocho días de aquel manejo, Kaddour cortó un día en el borde del camino una ramita de avellano que había crecido allí á la ventura; hizo con ella una varita de unos veinte centímetros de largo y se ocupó en tallarla con un trozo de vidrio que cogió debajo de una ventana. Nada había que decir á esto; en todo tiempo la escultura ha sido uno de los entretenimientos favoritos de los prisioneros.

Un día en que Virgilio, después de ver el orden perfecto que reinaba en el camino de ronda, se fué á vigilar los trabajos, Chaka y algunos de sus soldados estaban sentados al sol delante de la puerta del cuartel y hablaban de su país, que recordaban con gran placer, á pesar de haber salido muy niños de allí; pero en su ingenua imaginación aquellas reminiscencias lejanas revestían á veces formas llenas de fantasía.

—¡Ay! decía uno de ellos. ¿Cuándo volveremos á ver el Bahr-el-Ghazal, en donde los cocodrilos son dulces como palomas y las hierbas altas como árboles?...

—Y en donde el *dhoura* da sus frutos ocho días después de haberse sembrado, añadía otro.

—¡El Soberano Maestro puede hacer brotar y madurar el *dhoura* en menos de una hora! respondió una voz detrás de los soldados.

—¿Quién habla así el idioma de mis padres? dijo Chaka volviéndose sorprendido.

Y vió á Kaddour, de pie é inmóvil á algunos pasos.

—Has dicho una gran palabra, hermano, repuso el joven jefe; pero ¿cuál es el Soberano Maestro tan poderoso?

—¡El que fué, es y será! replicó el enano con solemne tono.

—¿Y le has visto tú hacer lo que dices?

—No sólo se lo he visto hacer, sino que me ha dado los mismos poderes sobrenaturales.

—¿Sabes hacer brotar el *dhoura* en menos de una hora?

—En algunos minutos, si quiero.

Todos los soldados se levantaron con un apresuramiento que atestiguaba su ardiente curiosidad.

—Padre, dijo Chaka; he aquí semillas de *dhoura;* hazlas brotar.

—Es menester, para eso, que me rodeen veinte de aquellos á *quienes se ha hecho mal*...

—¿Y quién son ellos?

—¡Búscalos, hijo mío, búscalos!... ¡No tienen la cara blanca!...

—¡Ah! exclamó Chaka. ¡Negros!... ¡Llamad á nuestros hermanos! añadió señalando hacia el cuartel.

En algunos minutos el número de espectadores reclamado por Kaddour se encontraba reunido. El enano anduvo entonces hacia atrás, hasta el medio del camino de ronda, haciendo señas á los jóvenes negros que guardasen silencio; sacó de entre sus vestidos la varita que había tallado con tanta paciencia, y empezó á blandirla por encima de su cabeza, murmurando palabras cabalísticas. Luego trazó en el suelo un gran círculo, en el centro del que se acurrucó y abrió cinco agujeros con la varita. Colocó en éstos las semillas que Chaka le había entregado, cubriéndolas con un polvito de tierra mojado con saliva.

¿Tenía en la boca alguna hierba conocida por él solo, ó alguna composición secreta? Es lo que el doctor Briet no hubiera dejado de indagar si hubiese presenciado la experiencia. Desgraciadamente, no tenía otros testigos que guerreros negros, tan ingenuos y tan crédulos como niños, y que seguían con el interés más apasionado los progresos de la operación.

Kaddour blandió otra vez con su varita por encima de la especie de surco circular formado por el semillero, recitando fórmulas incomprensibles.

Al cabo de algunos instantes, la tierra se levantó ligeramente por encima de los agujeros, empezando á salir puntitas verdes. Esas puntas crecieron insensiblemente, desarrollándose por grados y tomando la aparición del tallo de una caña, se elevaron en menos de diez minutos á una altura de 20 centímetros (1).

En ese momento, los guerreros negros, incapaces de contener más tiempo sus sentimientos, prorrumpieron en gritos de admiración; pero Kaddour les impuso silencio con un gesto, y prosiguió su sortilegio. El *dhoura* crecía siempre; pronto fué más alto que el enano, que se había puesto en pie, y se empezó á ver en cada tallo un botón, que en algunos minutos más se hincharía, abriéndose luego las flores, que se cambiarían á su vez en espigas.

—¡Chaka! dijo de pronto el enano: ¿quieres ver al hombre que más has aborrecido?

—¡Ese ha muerto! replicó el joven jefe con risa de triunfo.

—No lo ignoro. Piensas en el hijo de Zebehr, que los *bachibuzuks* han decapitado hace tres años.

—¡Padre, exclamó Chaka; leos en el pensamiento de los hombres!

—Lo mismo que si llamara á los muertos... Esta misma noche, si quieres, te haré ver á Sulimán, el hijo de Zebehr, el que os hacía azotar por mera diversión. Os dirá lo que sufre en la región de los tormentos eternos, y os pedirá perdón de sus crímenes.

—¡Quiero verle, padre!... ¡Todos queremos!... respondió Chaka, estremeciéndose á la sola idea de encontrarse frente á frente de su perseguidor.

—Pues bien, esta noche, á la hora en que la luna se oculta detrás de las colinas del Darfour, pasad todos por delante de mi ventana... ¡Veréis allí á Sulimán!

Apenas acababa Kaddour de pronunciar aquellas palabras, la puerta de la explanada se abrió, y Virgilio apareció en el umbral.

Los negros fijaron una mirada de inquietud en el recién llegado, y mientras tanto, los tallos del *dhoura*, arrancados, doblados y escamoteados por el enano, desaparecían entre los pliegues de su ancho albornoz, quedándose él inmóvil, mudo, como entregado á una profunda meditación.

Pero la actitud de los negros, formando grupos y con aspecto receloso, las señales de inquietud y de susto pintadas en su fisonomía, daban á conocer sobradamente á Virgilio que acababa de pasar alguna cosa anormal. Tuvo, sin embargo, la prudencia de ocultar sus sospechas, no tardando en retirarse, después de haber visto á Kaddour encerrado de nuevo en su prisión, prometiéndose redoblar su vigilancia.

A la hora acostumbrada en que solía hacer su ronda de noche, le pareció notar que la guardia negra estaba en un estado grande de agitación ó de impaciencia, y como indicando esperar algún acontecimiento; así es que apresurándose á mandar que se recogiesen y apagasen las luces, se retiró; pero volvió casi en seguida por el extremo del camino de ronda, apostándose en un sitio desde donde podía observar sin ser visto.

Fácil le fué asegurarse de que la guardia negra proseguía su velada en la oscuridad, y esto le decidió á permanecer inmóvil para conocer el motivo de aquel hecho insólito.

La luna acababa de desaparecer del horizonte cuando Chaka y sus soldados salieron uno á uno, dirigiéndose á paso de lobo hacia la prisión del enano. Procura-

(1) Se sabe por cartas recientes del naturalista Hackel, por el testimonio del doctor Sierke, de Viena, por el del doctor Preyer y de otros varios viajeros dignos de fe, que éste es uno de los juegos más habituales de los prestidigitadores indios.

han hacer el menor ruido posible; pero sus ahogadas exclamaciones y lo incoherente y cortado de las palabras que cambiaban en voz baja, indicaban bastante la violencia de sus emociones.

Virgilio distinguía apenas lo que ocurría, porque la oscuridad era profunda; pero de repente una viva luz brilló en una de las ventanas de la habitación ocupada por Kaddour, y pudo observar entonces que la guardia negra se había agrupado delante de aquella ventana. Todos aquellos hombres, tan valerosos ante el enemigo, estaban llenos de terror, apretándose unos con otros, sin atreverse ni á avanzar ni á retroceder.

Es que sus ojos acababan de fijarse en una espantosa visión.

En el hueco de la ventana se encajaba una vasta mesa de pino, sin tapete ni adorno de ninguna clase. En aquella mesa estaba colocado un plato de estaño, y en ese plato... una cabeza ensangrentada, la cabeza de un decapitado... que todos los negros conocían ser la de Sulimán, el hijo de Zebehr... ¡de Sulimán, muerto hacía tres años!... Y aquella cabeza se movía en el plato, abría los ojos y miraba como pudiera hacerlo la del hombre más despierto y de más vivos ojos del mundo.

Si Chaka y sus guerreros hubiesen habitado en París hacia el año de 1867, hubieran sabido que lo que les parecía un prodigio inaudito, era el resultado de un artificio de los más sencillos, y que, sin embargo, hacía correr por entonces una ciudad entera á una cueva del boulevard de los Capuchinos. Este prodigio se obtenía por medio de un agujero circular abierto en el centro de una mesa y de un espejo vertical, ocultando el cuerpo del actor encargado de figurar el decapitado hablando; fenómeno de óptica recreativa que, con el nombre de *cabeza parlante*, ha divertido á las gentes sencillas en casi todas las capitales de Europa; pero Chaka y sus guerreros ignoraban el mecanismo y atribuían la ficción á obra sobrenatural; así es que estaban mudos de espanto ante aquella aparición.

De repente los labios del muerto se agitaron. ¿Iba á hablar? Habló, con el mismo acento gutural y lento que era, en efecto, el del hijo de Zebehr.

—Os he hecho sufrir, decía la voz. ¡Ahora sufro yo! ¡He hecho morir á muchos de vuestros hermanos!... ¡y he muerto yo! ¡Jamás os he perdonado, y para que me perdonen es preciso que os hable como padre y como amigo y os diga la palabra de la verdad! Escuchadme, hijos del País de los Lagos, si no queréis sufrir un día los mismos tormentos que yo en la caverna de la muerte... ¡Escuchadme! Es menester que abracéis la causa del Profeta; que obedezcáis las órdenes que os dará de su parte su fiel servidor Kaddour. ¡Es necesario que dejéis el servicio de los *giaours* y os unáis á vuestros hermanos en contra de los europeos! ¡Degollad á todos los blancos, ó los veréis triunfar en el Desierto, cuya arena empapará vuestra propia sangre! Escuchadme, hijos del País de los Lagos, pues acabo de deciros estas palabras para obtener mi perdón.

La cabeza se calló, y como aniquilada por aquel esfuerzo, cerró los ojos; mas al cabo de unos instantes volvió á abrirlos para decir:

—¡Si no me créeis, mañana á la noche el padre de Chaka aparecerá en mi lugar para daros los mismos consejos!

Concluidas estas palabras, la luz se apagó bruscamente, y la visión desapareció; pero un largo suspiro y un desgarrador sollozo, que parecían salir de las entrañas de la tierra, acabó de aterrar á los pobres negros. Después de quedarse mucho tiempo como si estuviesen clavados en aquel sitio y dominados por la sorpresa y el horror, volvieron en silencio á su cuartel.

Virgilio juzgó, con razón, que no había un minuto que perder y que era preciso obrar. Encendió su farol, que había apagado para que no denunciara su presencia, y corrió á la cárcel, cuya llave tenía en su poder, la abrió precipitadamente, y sorprendió á Kaddour despojándose de lo que acababa de servirle para su siniestra supercheria. Yeso que había arañado de la pared, daba á sus facciones una vaga semejanza con las de un muerto; un paño blanco teñido con sangre de una de las venas en que se había pinchado, una mesa de tocador de la habitación de Peter Gryphins, con un agujero en medio para la palangana de estaño que acababa de figurar el plato, un espejo de Ignaz Vogel, todo estaba allí todavía.

Caer sobre el enano, apretarle entre sus brazos, derribarle y atarle de pies y manos después de amordazarle, fué para Virgilio asunto de algunos minutos, y hecho esto, apresuróse á salir, cerrando la puerta con llave, yendo sin pérdida de tiempo á participar lo ocurrido á Norberto.

—El señor obrará según juzgue conveniente, añadió Virgilio al acabar su relato; pero debe creerme; una ejecución es el único medio que pueda impedir en adelante la rebelión de la guardia negra. ¡Si Kaddour no tiene antes de una hora tres balas en la cabeza, todo está perdido!

Por más opuesto que fuese el joven astrónomo á medios de aquel género, no dejaba de comprender que Virgilio tenía razón. El caso era, en verdad, tan apremiante como grave; se trataba de tomar una seria determinación y dar un golpe decisivo. Después de haber consultado, durante algunos instantes, con su conciencia sobre las circunstancias del hecho, Norberto juzgó que era, en efecto, imposible dejar

con vida al enano de Rhadameb, como no hiciera una confesión completa de su engaño delante de Chaka y de sus subordinados.

Por consiguiente, se sentó en su mesa-despacho y redactó una sentencia de muerte, mientras que Virgilio fué á despertar al doctor y al *baronnet*.

—Señores, les dijo Mauny; me veo en la horrible necesidad de decidir, bajo mi propia responsabilidad, la muerte inmediata de un hombre. No necesito deciros hasta qué punto me es penosa semejante resolución, pero no me es dado titubear en tomarla sin exponer á mortales peligros las preciosas vidas que están bajo mi custodia. Mi intención es, cuando abandone este país, hacer que un Tribunal de justicia aprecie mi conducta. Os he hecho llamar para que tengáis la bondad de firmar el acta que hemos de levantar.

El doctor y el *baronnet*, puestos al corriente de todo lo sucedido, aprobaron plenamente la decisión de su amigo y declararon que estaban prontos á firmar con él, no sólo el acta, sino hasta la misma sentencia; ofrecimiento que el astrónomo declinó tan generosamente como se le había hecho.

Dió orden de que la guardia negra saliera sin armas, y se fueron todos, sin más tardar, al camino de ronda.

Los negros se encontraban ya allí, puestos en cuatro filas, con Chaka á su cabeza.

—Amigos míos, les dijo Norberto, habéis sido engañados por un impostor; ha procurado quebrantar vuestros sentimientos de honor y de fidelidad por miserables procedimientos, que son un verdadero ultraje para guerreros valerosos como vosotros. No he dudado ni un instante del desprecio que os inspiran estas juglerías; pero antes de castigarle quiero que conozcáis los medios de que se ha valido para mofarse de vosotros. ¡Chaka, tomad seis hombres y entrad con nosotros en la prisión!

El joven jefe obedeció sin decir una palabra; pero era evidente que ni él ni sus compañeros estaban tranquilos respecto al resultado de aquella visita.

—He aquí la mesa, el espejo, el plato de estaño y el paño ensangrentado de que se ha servido ese miserable, repuso Norberto, explicando á los negros el papel que estos accesorios habían representado en la comedia del decapitado hablando.

—Pero y la cabeza de Sulimán, ¿dónde está? preguntó Chaka, sin parecer haber comprendido.

Casi en el mismo instante vió los tallos de *dhoura* traídos por Kaddour.

—Y ese *dhoura*, ¿cómo lo ha hecho brotar en menos de una hora, preguntó, pues lo hemos visto con nuestros propios ojos?

Norberto, que no sabía nada de esto, no pudo, naturalmente, dar explicación alguna; lo cual, visto por los negros, se miraron sacudiendo la cabeza.

—¡Haced salir al condenado! dijo entonces el joven sabio, volviendo con su séquito al camino de ronda.

Virgilio trajo al enano, cuya fisonomía no denotaba la menor inquietud.

—Colocáos allí, le dijo Norberto, indicándole la pared. Voy á leeros vuestra sentencia.

Y leyó en alta voz, á la luz de una antorcha, la sentencia, que terminaba con estas palabras:

En vista de los crímenes arriba mencionados de rapto, detención arbitraria, tentativa de asesinato y excitación á la rebelión, el enano Kaddour está condenado á la pena de muerte. Será pasado por las armas diez minutos después de la notificación de la presente sentencia.—Firmado: NORBERTO MAUNY.

Mabrouki tradujo entonces esta conclusión á la guardia negra. Un profundo silencio la acogió. Todos los negros, con los ojos muy abiertos, esperaban sin duda algún nuevo prodigio con el que Kaddour manifestara su poder.

Norberto se volvió hacia él.

—¿Habéis oído? le dijo: un medio de salvación os queda aún. Confesad inmediatamente, y explicad á esos bizarros guerreros por qué engaños habéis querido apoderaros de su espíritu. Si vuestras explicaciones son claras y vuestra confesión completa, os perdonaré la vida.

—No pido perdón, respondió Kaddour, con una calma que no carecía de dignidad.

—Tenéis aún siete minutos para decidiros, repuso Norberto consultando su cronómetro. Confesad sencillamente vuestras supercherías, y la pena de muerte que acaba de fallarse contra vos será conmutada...

¡Mabrouki, Virgilio, añadió; preparad las armas!...

—¡No pido perdón! repitió el enano con voz firme; y es tan decidida mi actitud, que ni aun quiero esperar para morir á que pasen los siete minutos que me concedéis... ¡Tengo prisa para ir á gozar de las felicidades eternas, y allí estaré antes de que déis la señal!..

Dijo; y sacando rápidamente de su dedo un anillo cuyo engarce se abría por medio de un resorte, lo llevó á sus labios.

—¡Es el anillo de Eblis, murmuró; del ángel de la muerte que va á llevarme á la mansión de los bienaventurados!...

Y cayó hacia atrás como herido por el rayo.

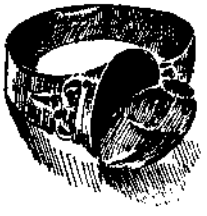
Todos le rodearon; el doctor se inclinó sobre aquel cuerpo inerte; la piel estaba ya fría, el pulso insensible, los ojos vidriosos y el corazón había dejado de latir.

—La muerte ha sido instantánea, dijo, y poco dolorosa, casi sin convulsiones; sólo un veneno instantáneo, como el ácido cianhídrico, ha podido producirla. Pero ¿qué veneno es éste?

Y cogiendo la sortija de las manos del muerto, la examinó, observando que contenía un líquido azulado, en cantidad tan pequeña, que no permitía el análisis.

—El pobre diablo me ahorrado el trabajo de fusilarle; es lo mejor que podía hacer; pero es preciso reconocer que ha muerto con valor, añadió Norberto, dando orden de que se depositara el cuerpo en la prisión, hasta tanto que le enterrasen.

La guardia negra pidió que le confiaran este cuidado, lo que la fué concedido. Al día siguiente, antes de la puesta del sol, acompañaron todos el cadáver de Kaddour hasta su sepultura en el flanco oriental del Tehbali: era ésta el hueco de una roca, que quedó cerrado por una piedra, según la costumbre árabe.



CAPÍTULO XVII

IMPREVISTA DEFECCIÓN DE LA GUARDIA NEGRA

El primer incidente grave que se produjo en los días siguientes fué una tentativa de Aben-Zegrí y de los demás Cherofas para hacer saltar los hornos de vidrio; mas no dió resultado, porque fué enérgicamente reprimida con la ayuda de la guardia negra. Siguiendo la política de moderación que había adoptado, Norberto no quiso castigar á nadie, contentándose con expulsar de sus talleres á los delincuentes, advirtiéndoles que si se les volvía á ver allí, serían sometidos á los rigores de las leyes militares. Aben-Zegrí y sus cómplices, completamente desarmados, fueron llevados hasta el límite de la meseta de Tehbali, en donde les dejaron libres, no sin haberles dado algunos víveres. Ellos se dirigieron hacia el Desierto, y no se les volvió á ver más.

Ocho días pasaron sin accidentes de ningún género; pero las noticias de Berber eran cada vez peores. Se sabía con certeza que Osmán-Digma ocupaba el camino de Souakim, y que otros cuerpos de árabes se habían dejado ver en los alrededores de Dongola, cortando así la vía del Nilo. Las comunicaciones con Khartoum se hallaban interrumpidas; el telégrafo debía haber sido cortado también, pues ni telegramas se recibían; en fin, la invasión madhista se esparcía por todas partes; ocupaba Omdurman, se acercaba á Khartoum é invadiría tal vez á Berber, llegando pronto hasta Tehbali.

Ya no podía pensarse en la retirada hacia Egipto ó al mar Rojo; todas las vías de comunicación estaban cortadas, y sublevadas todas las tribus árabes. El mismo Darfour se unía al irresistible movimiento que levantaba en masa al Africa oriental contra el yugo europeo. La hora tantas veces anunciada había sonado por fin, y el pico de Tehbali se encontraba ahora aislado en medio del Desierto en revolución, en el centro de un círculo de trescientas leguas, en donde todos los fanatismos, todos los odios y todas las pasiones sanguinarias estaban desencadenados.

Gertrudis no quería, sin embargo, renunciar á la esperanza de ver llegar á su padre; Norberto y el doctor habían tenido buen cuidado de ocultarle el ardid de que se había valido el Sr. Kersain para salvar á su hija de los horrores de una ciudad sitiada. El excelente Cónsul no sospechaba que separándose de ella por un esfuerzo de heroísmo paternal, la enviaba á sufrir tal vez peligros aún más graves que los suyos. La joven ignoraba todo esto, y en

su ingenua confianza, subía todos los días á la cúpula del Observatorio, como sor Ana á su torre, para examinar con el anteojo la gran llanura y ser la primera en ver llegar á su padre.

Pero no fué á éste á quien vió una mañana, sino á una numerosa tropa compuesta de árabes con sus albornoces, de negros armados de lanzas, un escuadrón en fin, de caballería irregular, en medio del que brillaba el bronce de dos cañones y el acero de quinientos sables y fusiles.

Inmediatamente buscó á Norberto para darle cuenta de lo que había visto, y éste, apenas hubo echado una ojeada para formar idea exacta, bajó á toda prisa y llamó á Virgilio para poner á Tehbali en estado de defensa.

Los cañones fueron cargados, las ametralladoras puestas en posición y la guardia negra se formó en la explanada, pronta á rechazar el ataque. Virgilio, á la cabeza de un destacamento de doce hombres, bajó al pie de la montaña para apostarse en vanguardia, con orden de replegarse al Observatorio si le acometían.

Norberto observaba con el anteojo todos los movimientos de la tropa. Al cabo de una hora, vió á los enemigos detenerse y destacar un pelotón de caballería que llevaba cubierta una bandera parlamentaria. Este pelotón fué recibido por Virgilio y se dirigió, guiado por él, con rumbo hacia el pico. Bien pronto se pudo distinguir á la simple vista la cara negra de los que llegaban, quienes se lanzaron al camino del Observatorio, que subieron con rapidez sus ligeros caballitos, sacudiendo las crines, casi tan largas como su cola. En el borde de la explanada toda la tropa se detuvo, y el jefe, acompañado solamente de un corneta, fué introducido en el salón, donde se hallaban Norberto, el *baronnet* y el doctor.

Iba ricamente vestido; el sable que pendía de su cinturón estaba muy bien cincelado, y un brillante plumero adornaba su turbante.

Norberto avanzó algunos pasos á su encuentro, y dándole la bienvenida, le invitó á que explicase el objeto de su misión.

—¿Eres el jefe? preguntó el árabe sorprendido de que ninguna insignia le distinguiera de sus compañeros.

—Lo soy, respondió Norberto con dignidad: ¿quién te envía á mí?

—Vengo, dijo el enviado irguiéndose, de parte del Santo Profeta, del muy alto y muy poderoso señor el Madhi.

Y se detuvo para gozar del efecto producido por sus palabras. Esperaba, sin duda, que el nombre sagrado del Santo Profeta hiciera inclinar todas las frentes hasta el suelo; pero en vez del respeto mezclado de espanto que estaba acostumbrado á hallar en semejante caso, vió una burlona sonrisa dibujarse en los labios del doctor, mientras que Norberto, inclinándose apenas, le preguntaba sencillamente:

—¿Y qué quiere de nosotros el Madhi?

—Helo aquí, dijo el árabe cuyos negros ojos lanzaban relámpagos. El Madhi manda á los *giaours* de Tehbali que se rindan á discreción y que vengan á su campo en Omdurmán para abrazar la fe musulmana.

—¡Por supuesto!... dijo el doctor entre dientes.

—¿Y con qué derecho nos manda el Madhi semejante intimación? preguntó Norberto, siempre con la misma calma.

—¡Con el derecho que le da su misión divina! Y para los que rehusaren reconocerla, con el derecho de la fuerza.

—Pues bien, repuso Norberto; id y decid á vuestro amo que no le conocemos ni deseamos conocerle; decidle que el deber de un pastor de hombres no es provocar á los que no son sus enemigos ni han hecho nunca daño á los suyos; y añadid que es una fanfarronería sin precedente el ofrecer á gentes honradas que capitulen antes de batirse.

—¿He oído bien? exclamó el árabe. ¿No te contentas con rehusar el ofrecimiento magnánimo del Madhi, sino que te atreves á provocarle?...

—No provoco ni reto; sólo pido que me dejen en paz cuidar de mis trabajos.

—¡Desgraciados de vosotros! dijo el enviado con tono lúgubre. ¡No acuséis á nadie de vuestra ruina cuando esté consumada!

Y volviéndose, se retiró sin decir una palabra más. Llegado que hubo al sitio en donde le esperaba su escolta, montó otra vez y se alejó, después de dirigir hacia el Observatorio un gesto de burla y de amenaza.

Apenas acababa de desaparecer, cuando un gran tumulto se elevó en la explanada. Se oía la voz de Virgilio, como si estuviera irritado en el más alto grado. Norberto acudió á las voces, notando que su buen servidor se esforzaba, aunque inútilmente, para detener á la guardia negra, que quería seguir al parlamentario.

—¡El Profeta ha hablado, y no queremos quedarnos con los infieles! decía uno de los negros.

—¡Es una indignidad! replicaba Virgilio. ¡Desertar así! ¡Levanto la tapa de los sesos al primero que intente pasar!

—¡Virgilio! dijo Norberto. ¡Nada de violencia! Llama á Chaka y encierra á dos ó tres de esos hombres.

Pero el negro soltó una carcajada irónica.

—Eso es, dijo; llama á Chaka, y ¡ojalá todos aquellos á quienes pidas ayuda te contesten como él!

Y antes de que Virgilio pudiese impe-

dirlo, dió un salto de pantera por encima de la cabeza de éste, y bajó corriendo por el camino de la montaña.

—¿Qué significa esto? preguntó Norberto.

—¡Me temo mucho que no sea nada bueno! respondió Virgilio.

En aquel instante, Chaka salió del cuartel con los hombres que allí se habian quedado, y destacándose del grupo, avanzó hacia Norberto.

—Señor de Tehbali, dijo en alta voz, te había jurado fidelidad. Habías tú escupido en mi mano, y Chaka respeta sus juramentos; pero tú has roto mi compromiso; entre nosotros está la muerte de Kaddour. Eres poderoso, pero nada vales comparado con aquel que hizo brotar el *dhoura* delante de mi vista. Todo ha concluido entre tú y yo; no procures detenernos. ¡Adiós! ¡El Profeta nos llama, y acudimos á su voz!

De una sola ojeada, Norberto comprendió que era inútil luchar con semejante decisión. Si aquéllos hubieran venido á atacarle, hubiera podido responderles; pero ¿qué decir á mercenarios que rehusan todos juntos el servicio y rompen el contrato? Se inclinó y volvió al salón, mientras que la guardia negra desfilaba delante de Chaka, abandonando á Tehbali.

Este acto modificaba en sentido grave la situación, pues contando con aquella tropa, Norberto podía hacer frente al Madhi; pero reducido á sus propias fuerzas y con la sola ayuda del *baronnet*, del doctor, de Virgilio y de Tyrrel, su nulidad era completa. Veíase, pues, perdido, si otros medios no se presentaban. Pero ¿dónde hallarlos? La diplomacia tiene sus ventajas, se dijo; apelemos á la diplomacia. Y tomó de repente la resolución de mandar á Mabrouki al campamento del Madhi para decirle que estaba pronto á tratar con él y á pagarle, si era preciso, un tributo doble que el que daba al *mogaddem*, con tal de que no viniese á interrumpir sus trabajos. Sabía por experiencia que el oro europeo representaba un gran papel en el Desierto, y esperaba que su oferta diese los resultados apetecidos.

Con plenos poderes para tratar con el Madhi, Mabrouki-Speke partió con orden de llegar á Omdurmán antes que el parlamentario, si era posible.

Mientras tanto, la guarnición del Observatorio se hallaba reducida á cinco combatientes, teniendo que atender á la guardia de los tres prisioneros encerrados en uno de los edificios de los hornos, al pie de la montaña.

Pero la marcha de la guardia negra no debía ser el único desastre ocasionado por la visita del enviado madhista, pues la mayor parte de los trabajadores abandonaron sus talleres, sin que se los pudiera detener

¿Iban á reunirse al ejército del Madhi, ó temían exponerse á su resentimiento? Nadie podía decirlo. Lo cierto es que la población obrera bajó considerablemente, y que de ciento veinte hornos que funcionaban para fundir el vidrio, cuarenta apenas pudieron ser mantenidos en actividad.

Era una amarga decepción en un momento en que la capa de vidrio filtrada debajo del Tehbali, desbordaba ya sobre 310 grados de su circunferencia, y no tenía que cubrir ya más que diez ó doce metros, á lo sumo, para aislarle completamente.

A pesar de todo su valor, Norberto no podía menos de sentir aquel cruel desengaño. ¡Tocar ya casi á la tan deseada meta; pensar que una semana más de trabajo bastaba para acabar, y de repente verse abandonado casi por todos sus operarios! ¡Era desconsolador!

Noche y día meditaba, volviendo y revolviendo el problema bajo todas sus fases, preguntándose cómo podría suplir con su voluntad los brazos que le faltaban, y no encontraba solución. Adelgazaba, perdía el color, no dormía ya. Y no sólo sentía por sí mismo el pesar que le devoraba, sino también por la ciencia, por la honra de su patria, que aquella gran experiencia había de realzar, y también por los pobres accionistas, que tan liberalmente le habían confiado su dinero. ¡Tantos estudios, tantos trabajos y tantos millones gastados en balde!

El pobre joven no podía acostumbrarse á aquella idea.

Sir Bucephalus, por la especialidad de su carácter, tomaba las cosas con más filosofía.

— Decididamente, voy á ganar mi apuesta, decía alegremente á Norberto.

Apenas había concluido de hablar, Virgilio entró apresuradamente en el salón de *las Manettes*.

—¡Gran noticia, señor! dijo á su amo. ¡La capa de vidrio desborda al Oeste!

Era el sitio que faltaba llenar para el completo aislamiento de la montaña.

El hecho era de gran importancia. Norberto quiso verlo por sí mismo, y corrió al lugar indicado por Virgilio. Este no se había equivocado. La capa de vidrio, subiendo de las profundidades centrales de la base pirítica, salía de debajo de la masa de roca, y formaba en su alrededor una especie de pantano pegajoso, que se solidificaría muy pronto enfriándose. Era cosa concluida, y no había que dudar ya; el pico de Tehbali, la enorme roca de sulfuro de hierro, estaba aislada por una capa de vidrio, de la arena que le servía de base, libre de todo contacto magnético con el globo terrestre.

El colosal imán soñado por Norberto Mauny existía como potencia, y para dotarle de una acción magnética irresistible, no quedaba ya más que llenarle de elec-

tricidad. Esto podía hacerse instantáneamente; todo estaba pronto; una orden de Norberto bastaba para que todos los insoladores colocados en el camino de ronda pusieran en movimiento los dinamos, y con un sencillo movimiento impreso á la manilla A, el contacto se establecía. ¡El imán de Tehbali era una realidad; más aún, un agente nuevo entre las enormes fuerzas que rigen el sistema planetario!

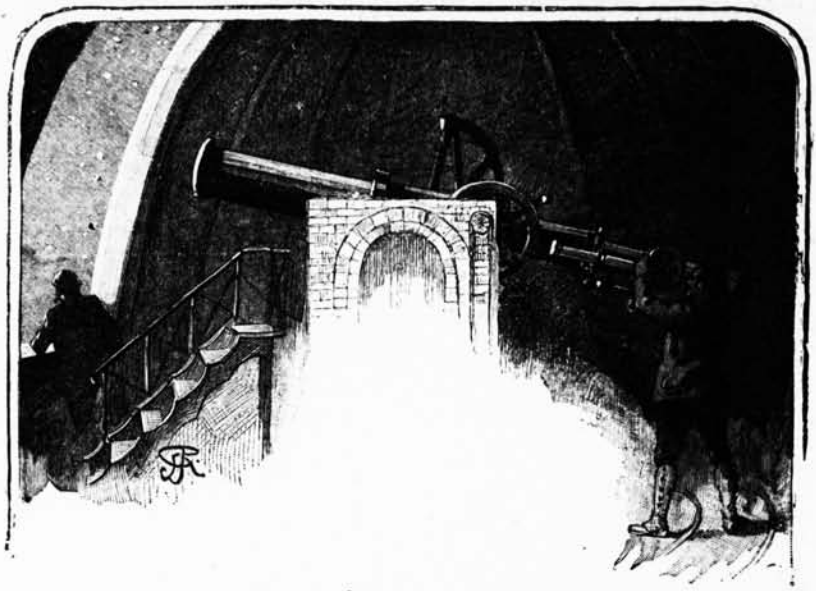
El resultado, aunque previsto, era demasiado bello. Norberto necesitó hacer un esfuerzo para reprimir un movimiento de orgullo y satisfacción. La distancia que tuvo que recorrer para llegar al Observatorio, le devolvió toda su sangre fría. Sin perder momento, ordenó á Virgilio que todos los insoladores, inútiles ya en la llanura, fuesen transportados á la cima del pico. Y como hallara en el salón de *las Manettes* al *baronnet*, que permanecía aún leyendo el último poema de Browning:

—Sir Bucephalus, le dijo al entrar, me decíais hace poco: «¡Voy á ganar mi apuesta!» Pues bien; si tenéis un medio cualquiera de anularla, os aconsejo caritativamente que recurráis á él, pues, ó mucho me engaño, ó la vais á perder.

—¡Anular mi apuesta! exclamó el *baronnet*. ¡Ojalá pudiera doblarla! La cosa vale la pena, y el Madhi se pone de mi parte.

—¿Qué queréis decir?

—Que acabo de subir con el objeto de ver lo que os detenía abajo, y he observado otras muchas cosas. ¡Armas relumbrando del Sur al Este, banderas desplegadas al viento, jinetes cabriolando en sus caballos, tribus enteras desarrollándose como serpientes sobre la arena del Desierto, el ruido de un ejército, el aparato de una invasión!... Antes de dos días estaremos bloqueados, y, ó mucho me equivoco, antes de tres habremos muerto, á no ser que capitulemos y nos hagamos musulmanes, cosa que, por mi parte, hallaría del peor gusto.



CAPÍTULO XVIII

TYRREL HACE DE LAS SUYAS

El *baronnet* había dicho la verdad. La invasión madhista era un hecho, y si no tan pronto quizás como temían, porque los hombres del Desierto son muy metódicos y proceden con mucha cautela, era innegable que el círculo se reducía lenta y gradualmente alrededor de la meseta de Tehbali. En tres días habían bloqueado todas las avenidas y levantado campamentos de trecho en trecho en las alturas que formaban los límites.

En el Pico, los preparativos para la experiencia estaban concluídos ya. Todos los insoladores se hallaban en el camino de ronda; las correas de transmisión de las máquinas electro-dinámicas estaban prontas para poder ser arrolladas en los maderos que habían de ser puestos en movimiento por los pitones de los cilindros ajustados al foco de cada espejo cónico. No faltaba otra cosa que dar la orden de ceñir las correas, y en menos de diez minutos la gran experiencia podía empezar.

En el momento de dar aquella orden, Norberto titubeaba. ¿Y por qué? ¿Por qué retrasaba ahora esa grandiosa prueba que tanto anhelaba, después de haberle consagrado tantas meditaciones y tantos trabajos?

Porque en el momento de intentarla, se decía:

—¡Quién sabe!... Todo lo he calculado, todo lo he previsto; pero ¡y si me hubiese equivocado! ¡Si algún elemento olvidado destruyera mi teoría!... ¡Si el hecho, si ese *quid* desconocido é inopinado opusiese un *no* á mis afirmaciones!... Si el éxito no respondiera á mis esfuerzos... ¡qué humillación y qué vergüenza!... ¡Y eso delante de Gertrudis, que me hace el honor de creer en mí, y delante del *baronnet*, que no cree! ¡Delante del Madhi amenazador y de la Europa que se burla!...

Cuando estos pensamientos acudían á su mente, Norberto no se atrevía ya á tener fe en sí mismo. En vano se decía que era tal vez el único medio bueno para salvar la vida de Gertrudis, del Sr. Kersain y de cuantos se hallaban encerrados en Khartoum. El prodigio de la Luna acercándose á la tierra, debía, según todas las probabilidades, asustar al ejército del Madhi hasta el punto de que se dispersara. Norberto se decía todo esto, y otras muchas cosas aún; pero prefería abstenerse hasta tanto que algún motivo le forzara á obrar.

Ganoso de darse á sí mismo un pretexto plausible para demorar la prueba, había concluído por encontrar un excelente argumento; la Luna no estaría en su perigeo, es decir, más cerca de la Tierra, hasta

dentro de sesenta y siete días; la experiencia tenía entonces más probabilidad de salir bien, y la más elemental prudencia aconsejaba esperar. Norberto resolvió, pues, aguardar esa fecha antes de intentar nada, como no fuese en caso de absoluta necesidad.

Este caso no tardó en presentarse.

El sexto día después de la llegada á los muros de Tehbali del ala izquierda del ejército mahdista, que había abandonado el sitio de Khartoum para venir á bloquear la montaña, se observó de un modo indudable que preparaban un asalto.

Jinetes iban y venían de un campamento á otro; algunas tribus se formaban en columnas; los *tam-tams* sonaban y las armas relucían al sol. De pronto una de las columnas se puso en marcha, dirigiéndose al pueblo de Tehbali, completamente desierto desde la aproximación de los sitiadores, y al mismo tiempo las demás columnas se movían también en dirección al Este y al Norte en las cercanías de la montaña.

No había que perder un instante para detener aquel movimiento. La puntería de uno de los cañones colocados en la explanada, detrás de un parapeto preparado al efecto, fué dirigida sobre el pueblo, y Virgilio estaba esperando.

—¡Fuego! mandó Norberto.

La detonación estalló; el obús hendió el aire, y describiendo su parábola, fué á caer á quince ó veinte metros detrás de la columna de ataque, en donde reventó.

No estaba muy mal para un ensayo. Ninguno de los sitiadores fué alcanzado, al parecer, por el proyectil; pero la detonación bastó para sembrar el pánico entre sus filas, huyendo en desorden, al mismo tiempo que las otras columnas detenían su movimiento.

Era precisamente lo que Norberto esperaba. Los sitiadores no creían que allí había cañones, porque hasta entonces habían estado encerrados en los almacenes, ú ocultos á toda mirada inconveniente.

Ahora bien; ¿bastaría este simple aviso para detener el ardor de los bárbaros sitiadores?

En efecto, durante dos ó tres días no realizaron ningún acto de hostilidad; mas se les veía trabajar con actividad, instalando baterías en las alturas próximas á Tehbali, y al septimo día después de la tentativa de asalto, una de éstas abrió el fuego.

Ni un solo obús vino siquiera á rozar el Observatorio, edificado á mayor altura que ninguna de las baterías enemigas; pero varios proyectiles cayeron sobre los hornos y otras construcciones establecidas en la base del pico, y cuando el tiro fué regulado, se hizo evidente que los sitiadores ponían todo su esmero en destruir aquellos trabajos.

Amenazarle con deteriorar su meseta aisladora era más que suficiente para enardecer á Norberto; así es que al segundo día de ataque no pudo resistir al deseo de ir á ver por sí mismo el estado en que se hallaba, y aprovechando el momento de la siesta, en que con seguridad todos los enemigos dormían, se armó y bajó el camino de la montaña.

Los desperfectos no eran graves aún; pero vió lo bastante para tener alguna inquietud, tomando de repente la resolución de recurrir á los grandes medios.

—Virgilio, dijo al entrar á su fiel servidor; engancha las correas de transmisión á los árboles de los insoladores. Quiero ver lo que los señores árabes harán viendo el fenómeno celeste que va á producirse en sus cabezas.

Eran en aquel momento las dos y cuarenta y cinco minutos: un sol canicular caía verticalmente sobre el desierto de Bayonda, y sitiadores y sitiados se entregaban en su mayor parte á las dulzuras de la indispensable siesta. Virgilio pudo, por consiguiente, proceder á su trabajo con perfecta tranquilidad, y al cabo de media hora fué á la galería de los telescopios, en donde estaba Norberto ocupado en examinar el cielo, para decirle que todos los insoladores funcionaban ya.

Según los cálculos del joven sabio, se necesitaban cinco minutos para que el efecto de las máquinas llegase á su máximum, y un cuarto de hora para cargar los acumuladores eléctricos, que permitían obtener después una acción continua, lo mismo de noche que de día. Esperó veinte minutos con su cronómetro en la mano, y se fué después al salón de *las Manettes*.

Sir Bucephalus estaba allí leyendo el último número del *Times*, que había llegado antes del bloqueo.

—Habéis olvidado una cosa muy importante, mi querido Mauny, le dijo; y es haber instalado aquí unas palomas mensajeras para que nos trajeran noticias. Sin esta privación, el estado de sitio que sufrimos no sería nada penoso, á fe mía.

—¡Pronto lo levantarán! replicó Norberto sonriendo. ¡Me he decidido á obrar, aunque no sea más que para asustar á esos incrédulos!

Sir Bucephalus, en el colmo de la sorpresa y de la curiosidad, le miraba sin decir una palabra: el joven astrónomo se dirigió á la pared de la derecha, tomó el manubrio de marfil designado con la letra *A*, y lo bajó lentamente. En seguida se oyó una campanillita eléctrica.

—El contacto está establecido y la experiencia empieza, dijo Norberto más conmovido de lo que quería aparentar. Son las tres y treinta y ocho minutos con catorce segundos, añadió apuntándolo en su cartera.

El *baronnet* esperó algún tiempo sin

hablar; mas notando que la campanilla no tocaba ya y que nada nuevo ocurría, pareció entregarse á un principio de hilaridad; pero demasiado cortés para demostrarlo, se volvió de espaldas y se acercó á la ventana.

Precisamente la Luna, en su primer cuarto, subía por el horizonte en pleno día, recortada con una elegancia vaporosa y vaga, y perfectamente perceptible.

—¡Me parece que el astro de la noche se hace de rogar y no se ocupa de nosotros!... dijo por fin volviéndose hacia Norberto.

—¡Cómo! exclamó Mauny. ¿Pensáis, por ventura, que yo esperaba que la Luna obedecería á mi llamada como pudiera hacerlo vuestro ayuda de cámara, y llegar aquí en tres segundos?

—¿Por qué no?...

—Es un ligero error, repuso Norberto, y las cosas no pueden suceder tan de prisa. ¿Olvidáis la distancia que nos separa de ese pobre planeta? Si mis cálculos son exactos, necesitará para venir á buscarnos seis días, ocho horas, veintiún minutos y cuarenta y seis segundos. Ya veis que tenemos tiempo para prepararnos á recibirla...

El *baronnet* quedó silencioso; pero parecía muy lejos de estar convencido, y Norberto no insistió.

—Dispensadme, dijo un instante después; voy á tomar una medida con el telescopio.

Y pasando á la galería en donde se encontraban éstos, se sentó en su puesto de observación para anotar la medida micrométrica de la apariencia que presentaba en aquel momento el disco lunar.

Ninguna otra alusión se hizo en aquel día á la experiencia que se ejecutaba en aquellos momentos.

Llegó la noche. Los insoladores, naturalmente, se habían parado en el momento en que el sol había dejado de alimentarlos de calórico; pero los acumuladores eléctricos, puestos en acción por la abertura de una simple canilla, habían sustituído automáticamente el trabajo directo de las máquinas, y el imán de Tehbali quedaba siempre en el mismo grado indicado por el magnetómetro. A las doce todos se acostaron, según costumbre, menos el doctor, á quien tocaba la guardia aquella noche para vigilar los movimientos del enemigo, y Norberto, que quiso acompañarle.

La Luna se debía ocultar á las dos y diecinueve minutos de la madrugada. En el momento en que llegaba al límite occidental del horizonte, Norberto dejó al doctor para ir al Observatorio á tomar nueva medida del disco. Miró, é inmediamente notó *un aumento de diámetro de un trigésimo de grado.*

Se hubiera sorprendido seguramente de no hallar ese aumento... y, sin embargo, hasta aquel instante había conservado alguna duda. ¡Esa duda no existía ya! En menos de once horas, la Luna se había acercado á la Tierra de un modo apreciable, si no á la simple vista, con ayuda del telescopio.

El problema estaba resuelto, pues, y la partida ganada. El imán de Tehbali producía el efecto esperado y superponía su atracción á la del globo terrestre.

Por preparado que se hallase Norberto, quedó al pronto como atontado; mas después, cuando estuvo algo repuesto de la especie de estupor que causan las grandes alegrías, se produjo una reacción. Se paseaba agitadamente por la galería de los anteojos y hablaba solo en alta voz. Decía que lo que acababa de ver en la soledad de aquella noche estrellada, era el acontecimiento más grande de la historia; que el mundo planetario sería en adelante para la actividad humana un campo sin límites; que lo que había hecho con la Luna, se haría también con los demás globos cercanos á la tierra, y tal vez con los más lejanos.

Sin duda que Norberto, abandonándose á aquellos pensamientos, fué presa de un verdadero vértigo, pues al llegar el día se despertó, encontrándose en un sofá, con la cabeza pesada, los miembros magullados y sin recordar siquiera cuándo se había dormido.

Corrió al magnetómetro. La tensión era siempre *máxima.*

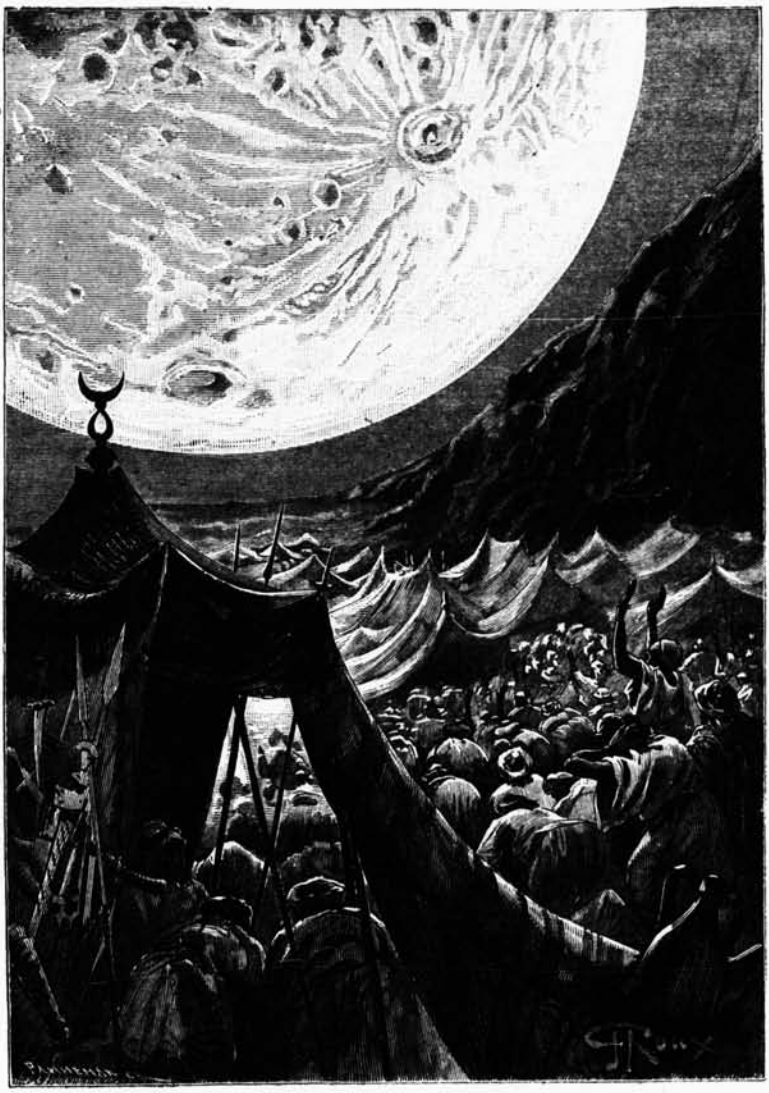
El sol subía en el horizonte, y pondría de nuevo en movimiento los espejos parabólicos. Ningún motivo había para que la experiencia no marchase bien hasta el fin. Y sin embargo, ¡con cuánta impaciencia el joven astrónomo esperaba la salida de la Luna! Sabía perfectamente que no aparecería hasta las cuatro y treinta y seis minutos de la tarde, y esto no obstante, mucho tiempo antes estaba mirando por el telescopio, ansioso de medirla otra vez.

Apenas rebasó la línea del horizonte, Norberto conoció la inutilidad de una medida micrométrica. Su diámetro era *doble* que la víspera. Tenía ahora un arco de un grado, seis minutos y veintiocho segundos. Este aumento era tan notable, que llamó la atención de todo el mundo. Los árabes también se formaban en la llanura para contemplarla con extrañeza.

Vieron sin duda en aquel fenómeno un presagio favorable, porque no parecían asustados, sino interesados por él.

A las tres de la mañana, un poco antes de la puesta de la luna, Norberto notó que su diámetro había crecido más, y que medía cerca de dos grados.

Esta vez, tan seguro estaba ya de su victoria, que fué á acostarse en seguida de tomar sus notas. En cuanto á sir Bucephalus, nada había dicho aquella noche,



Se veía en la llanura á los árabes prosternarse en tierra.

y parecía muy indeciso sobre el modo de apreciar un fenómeno tan singular.

El tercer día eran las cinco y cuarenta y dos minutos cuando la Luna se alzó por el horizonte. Desde el primer momento se notó un prodigioso cambio. No era ya el astro que se vió la víspera; era un disco enorme, pálido aún, puesto que el sol brillaba en el Occidente, pero inmenso, y presentaba un arco de nueve grados; es decir, que cuarenta plenilunios de esta dimensión, tocándose unos á otros, hubieran bastado para llenar la circunferencia entera del horizonte.

Pero cuando el sol hubo desaparecido un poco antes de las siete, no quedó en el cielo más que aquel disco mostruoso, aunque incompleto, un sentimiento de espanto se apoderó de todos los que le miraban.

Desde lo alto de la azotea, á la claridad de aquella Luna tan enorme, claridad casi tan viva como la del día, pero con algo de fantástico y sepulcral, se veía en la llanura á los árabes prosternarse con la cara en el polvo y los brazos extendidos; se oía el sonido del *tam-tam* que tocaba á oración y la voz de los *santones* y *derviches* elevarse clara y grave para implorar la misericordia divina. Toda la noche continuaron las súplicas á Allah y las ceremonias religiosas, hasta que por fin, á las tres y treinta y siete minutos de la madrugada, la Luna, habiendo desaparecido según el orden natural por que se rige, los madhistas creyeron que el Todopoderoso había escuchado sus oraciones.

Las esperanzas de Norberto estaban á punto de trocarse en decepción; los árabes aparecían asustados, sí, pero no lo bastante aún para abandonar el sitio. Sin duda se decían, y con razón, que esa espantosa Luna los seguiría por todas partes, ó tal vez sus jefes habíanles presentado aquel fenómeno como un presagio feliz y una señal de la protección que el cielo concedía á su nuevo Profeta.

Fuera de ello lo que fuere, al día siguiente, á las seis y cuarenta y cinco de la tarde, cuando la Luna se dejó ver ocupando veintiún grados en el horizonte, es decir, cerca de la cuarta parte de medio círculo, los árabes empezaron de nuevo sus actos religiosos, sus zalemas y sus oraciones, mas no demostraron de ningún modo el deseo de levantar el bloqueo de Tehbali.

El espectáculo que contemplaban era, en verdad, más grandioso que terrorífico. La Luna, llenando, si se puede decir así, todo un lado del cielo, salvo un intervalo azul que separaba su borde del horizonte, presentaba ahora la apariencia de un disco casi completo de un blanco de leche, en el que los relieves se dibujaban con una limpieza singular. Se distinguía perfectamente á la simple vista, cadenas de montañas, llanuras llenas de picos y cráteres, grandes espacios azulados que eran océanos ó desiertos, costas rodeadas de acantilados, rocas enormes y abismos sombríos. Con el telescopio, los menores detalles del paisaje aparecían con tal distinción, cual se pudiera ver una ciudad desde la barquilla de un globo á dos ó tres mil metros del suelo. La carencia de océanos, mares y hasta de lagos y ríos, era lo que más llamaba la atención en aquel paisaje. Una inmensa extensión de superficie lunar parecía cubierta por vegetales de un rojo oscuro, semejante al de nuestros bosques en el otoño; pero no se veían ni ciudades, ni casas, ni monumentos de ninguna clase. Verdad es que eso no demostraba que no los hubiera, porque la distancia era todavía demasiado considerable para que un edificio, aun tan alto como la gran pirámide de Egipto, pudiera distinguirse.

Si Gertrudis hubiera tenido alguna duda sobre la exactitud de las fotografías lunares que adornaban las paredes del Observatorio, ciertamente se hubieran disipado notando que los rasgos más notables consignados en ellas se mostraban del mismo modo en el mapa selénico, tan cercano ya, que se desarrollaba en los cielos y se podía observar que eran los más visibles, los más determinados y los más importantes en el relieve lunar.

Toda la primera noche se pasó en admirar aquellas maravillas, hasta que por fin, un poco antes de las doce, el borde del disco, llegando al horizonte occidental, empezó á hundirse lentamente, operación que duró cuatro horas, ó sean veinte minutos más de los que tardó en su salida.

Se llegaba ya al quinto día de la experiencia, y hasta entonces nadie parecía asustarse demasiado. Los árabes se habían acostumbrado de tal modo á aquel espectáculo, que si se entregaban á las ceremonias de la primera noche, lo hacían sin ese temor divino que antes les impulsara.

En cuanto á los sitiadores, puede decirse que esperaban con una verdadera impaciencia la salida de la Luna, porque su vista rayaría ya en lo imponente.

Y, en efecto, cuando el astro de la noche empezó á dejarse ver á las siete y cuarenta y cuatro de la tarde, pareció á todos de un tamaño formidable. Ocupaba más de la mitad del círculo, y para hablar con más exactitud, diremos que su diámetro presentaba un arco de ciento ochenta y dos grados, quince minutos y veintidós segundos. Lo que más asustó á las gentes fué que el borde de su disco tenía como una faja de luz plateada, mientras que todo lo demás se presentaba como una masa colosal, pero oscura, *cuya convexidad era perfectamente perceptible*. La impresión producida en todos los ánimos era intensísima y por primera vez observada:

un globo monstruoso avanzaba al encuentro de la Tierra.

Y, sin embargo, como lo explicó Norberto á sus amigos, para que tal impresión se produjera, era menester que dicho globo estuviera aún á una gran distancia; pero ellos, lo mismo que los árabes, se sintieron hallarse, hasta la desaparición de la Luna, en un estado de opresión muy particular. Cuando á las cuatro y treinta y tres de la madrugada no se vió en el cielo más que las estrellas, cada cual respiró con más libertad, como si se les hubiera quitado un peso de encima del pecho.

Por fin llegó el sexto día. Era el último, puesto que la bajada del globo lunar debía durar, según los cálculos de Norberto, seis días, ocho horas, veintiún minutos y cuarenta y seis segundos. El hecho es, que cuando aquella mole colosal invadió lentamente el cielo, llenándolo por entero, presentaba un aspecto terrorífico.

Era una noche perfectamente oscura, y sólo una faja estrecha bordeaba el horizonte por la parte de Oriente, cual si fuera una cinta plateada, engarzando, si así puede decirse, una enorme masa que parecía caer sobre el mundo terrestre.

Un espanto indecible se había apoderado de los campamentos árabes, pues estaban sumidos en profundo silencio. Cada cual, por lo visto, habíase encerrado en su tienda, y con la frente en tierra esperaba allí la muerte; no se oían ni las llamadas de costumbre, ni los avisos característicos de los voceadores.

Hasta los perros estaban mudos.

Era una noche imponente, que debía aterrorizar á los madhistas más que á nadie. Para ellos, con seguridad, la Luna había desaparecido del universo, y sin embargo no huían; quedáronse inmóviles y resignados en el lugar en que vino á sorprenderlos ese prodigio inaudito.

En el pico de Tehbali, el susto no era en el fondo menos general. Solamente Norberto conservaba toda su sangre fría. Sir Bucephalus tenía demasiado amor propio para manifestar la creciente inquietud que le invadía poco á poco; pero esa inquietud, á pesar suyo, se traslucía por idas y venidas y por sus continuas preguntas. El *baronnet* era tan valiente como cualquiera, mas la vida le parecía muy hermosa; le gustaba mucho, sobre todo, su círculo de Londres, y pensaba, suspirando, en lo feliz que sería si se encontrara allí. El se había decidido á hacer aquella expedición para tener aventuras que contar; é indudablemente la primera condición requerida para cautivar con su relato á sus colegas, era sobrevivir á ellas. El doctor tomaba las cosas con bastante alegría, según su costumbre; pero no podía menos de preguntarse, *in petto*, cómo concluiría todo aquello. Virgilio no pensaba en discutir, ni siquiera con el pensamiento, los hechos y gestos de su jefe; pero hallaba el cielo muy amenazador y muy oscuro. Tyrrel expresaba su alta desaprobación tanto como se lo permitía su respeto á la etiqueta, absteniéndose con cuidado de salir. La pobre Fatima lloraba á lágrima viva, y la señorita Kersain, poco tranquila por su parte, no podía consolarla.

Las cosas siguieron lo mismo hasta cerca de las doce. Tyrrel sirvió el té en el salón de *las Manettes*, y todos estaban allí reunidos cuando Norberto volvió, después de haber ido á echar una ojeada desde la explanada. Se aproximó á la lámpara eléctrica que alumbraba la habitación, sacó su cronómetro, y dijo:

—Son las doce y dos minutos. O he cometido un error de cálculo, lo que no creo, pues todas mis rectificaciones concuerdan perfectamente, ó en un minuto y veinticinco segundos el contacto será un hecho.

—¿Qué contacto? preguntó el *baronnet*.

—El del globo lunar con la Tierra.

—¡Cómo!... ¿Contáis esperar á que ese contacto se haya efectuado?

—Sin duda. ¿Para qué he intentado la experiencia? He transformado en imán el pico de Tehbali, á propósito para obligar la Luna á venir á buscarnos; ¿y queréis que renuncie ahora al placer de conocerla, enviándola antes de tiempo otra vez al espacio?

—¿Y lo podríais hacer?

—Con mucha facilidad, y por la sola acción de esa manecilla de marfil que ahí véis, marcada con la letra *B*.

—¡Cómo!... ¿Bastaría tocar la manilla *B* para suspender inmediatamente la acción de vuestro imán? preguntó el *baronnet* con viveza.

—Precisamente tocarla, no; pero sí bajarla, levantando la que lleva la letra *A*.

—En ese caso, querido amigo, mi parecer es que haríais bien en aprovechar vuestro poder y detener, sin más tardar, esta siniestra experiencia.

—Tengo excelentes motivos para no seguir vuestro consejo, mi querido Coghill.

—¿Entonces váis á dejar que la Luna *caiga* sobre la Tierra?

—Vos lo decís.

—¡Será un choque espantoso!

—Para los que se encuentran entre la bigornia y el martillo, es evidente... Pero todo me hace creer que no seremos de ese número. Es la sierra de los Apeninos lunares la que va á tocar al suelo terrestre á más de cien leguas de nosotros, en una línea que cruzará el Sahara de Noroeste á Sudoeste. Supongo que sufriremos una fuerte sacudida, pero nada más; pero ya véis que he tenido buen cuidado de edificar el Observatorio con un solo piso para que se resienta menos.

—¿Y si os equivocáis?... Si el choque se verificara aquí...

—En ese caso, seríamos aplastados; no hay que dudarlo. Pero, tranquilizáos, que no me he equivocado... Y, sobre todo, ¿sería eso peor que el ser degollados por el Madhi? Ya sabremos pronto á qué atenernos, añadió Norberto, mirando de nuevo su cronómetro. Dentro de veintidós segundos y medio...

—Persisto en creer que sería más cuerdo detener la experiencia, repitió el *baronnet*.

Apenas concluyó de pronunciar aquellas palabras, cuando Tyrrel, considerándolas como emanadas de un oráculo, se precipitó hacia la tablita de ébano, y antes de que nadie sospechara siquiera su proyecto, había cogido la manija *A* con la mano derecha y la *B* con la izquierda, levantando la primera y bajando la segunda.

Norberto no tuvo más que el tiempo de correr hacia él, lanzando una imprecación de cólera y de dolor. Era ya demasiado tarde.

Una espantosa explosión, un estruendo de ruidos y mugidos parecidos á los de millares de volcanes estallando á un tiempo; el disparar simultáneo de mil cañones; una sacudida horrorosa de todas las cosas; el susto de súbitas tinieblas, y para todos los actores de este drama la sensación que se experimenta hundiéndose de repente en el desvanecimiento ó en la muerte: hé aquí lo que ocurrió.

Norberto, sin embargo, tuvo aún fuerzas para gritar:

—¡Gertrudis!...

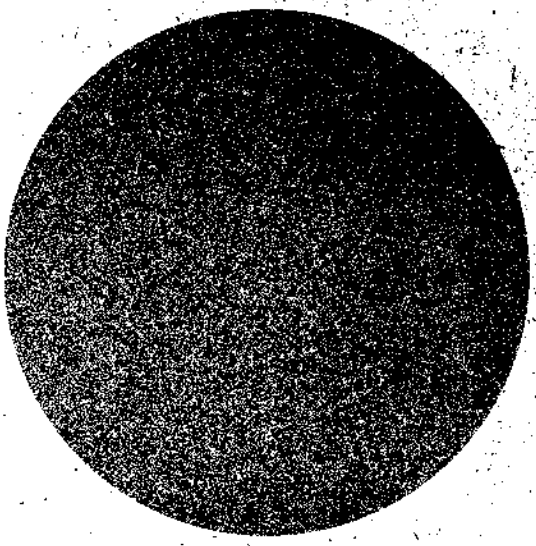
Pero su voz se extinguió en el momento del cataclismo (1).

Ya el sabio no tenía conciencia del común desastre.

(1) *El Anuario de la oficina de las longitudes* ha señalado la turbación que sobrevino en las mareas terrestres ocasionadas por aquel cataclismo; pero la amplitud de los movimientos del Océano, por un motivo que quedó sin explicar, no parece haber guardado relación con la energía de su causa determinante.

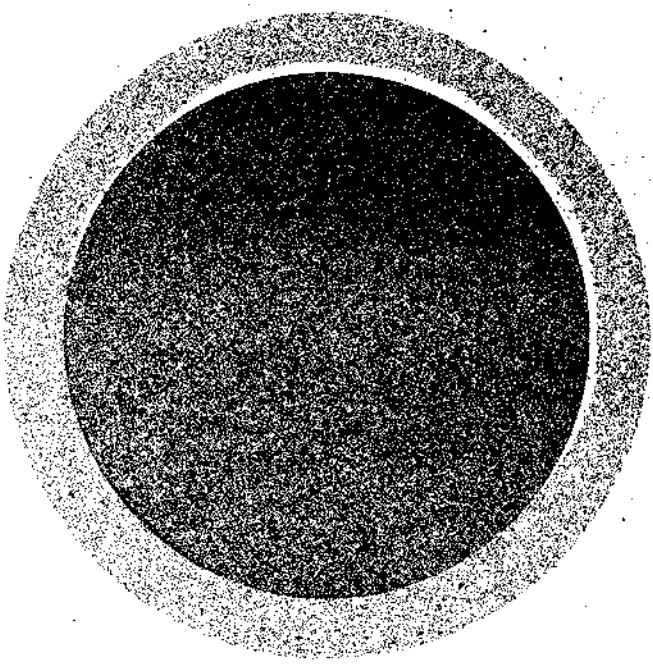
Parece también que una cortina de espesas nubes, formada probablemente por la atracción lunar, habíase, desde el principio de la experiencia, interpuesto entre el cielo y los principales Observatorios terrestres. El Sudán quedó sin nubes, gracias á la sequedad de su atmósfera, y por eso fué el único sitio en que se pudo hacer constar y seguir el fenómeno. Los físicos y los marinos de ambos mundos notaron, sin embargo, el alocamiento de sus brújulas en ese período de seis días, mas sin poder explicar satisfactoriamente el caso.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



ÍNDICE DEL SEGUNDO CUADERNO

	Páginas.
X.—Visita sobre visita.	5
XI.—La guardia negra.....	13
XII. - En Khartoum.....	21
XIII.—El mágico Kaddour, príncipe de las tinieblas.....	27
XIV.—Magia blanca y magia negra.....	33
XV.—Los hijos del País de los Lagos.....	38
XVI.—Fin de Kaddour.....	42
XVII.—Imprevista defección de la guardia negra.....	48
XVIII.—Tyrrel hace de las suyas.....	52



COCINA MODERNA

TRATADO COMPLETÍSIMO

DE

Cocina, Pastelería y Repostería

Y BOTILLERIA

CONTIENE GRAN NÚMERO DE RECETAS
DE EJECUCIÓN FÁCIL Y SEGURA, SEGÚN LA PRÁCTICA DE LOS MÁS AFAMADOS COCINEROS
ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

COMPRENDIENDO TODOS LOS ÚTILES DE COCINA

EL SERVICIO COMPLETO DE LA MESA
Y ARTE DE TRINCHAR, EL MÉTODO MEJOR PARA ELABORAR EXCELENTES PASTELES,
HELADOS, LICORES,
Y TODO CUANTO SE REFIERE Á LA PEQUEÑA Y Á LA GRANDE

COCINA ESPAÑOLA, EXTRANJERA Y AMERICANA

Ilustrado con más de 100 grabados intercalados en el texto.

10.ª EDICIÓN

Forma un tomo en 4.º de 500 páginas, y se vende en Madrid en todas las librerías á **3 pesetas.**

Los señores libreros obtendrán rebajas de consideración en esta importantísima obra dirigiéndose á su editor, D. AGUSTÍN JUBERA, CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 10, EN MADRID.

OBRAS COMPLETAS DE JULIO VERNE

ILUSTRADAS CON GRABADOS

VAN PUBLICADAS

	Ptas.	Cts.
Los Ingleses en el Polo Norte	„	75
El Desierto de Hielo	1	„
Cinco Semanas en Globo. (1.ª parte.)	1	„
Cinco Semanas en Globo. (2.ª parte.)	1	„
Viaje al Centro de la Tierra	1	„
Los Hijos del Capitán Grant en la América del Sur	„	75
Los Hijos del Capitán Grant en la Australia	1	„
Los Hijos del Capitán Grant en el Océano Pacífico	1	„
De la Tierra á la Luna	„	75
Alrededor de la Luna. (2.ª parte De la Tierra á la Luna)	1	25
Un Descubrimiento Prodigioso	„	50
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (1.ª parte: Del Atlántico al Pacífico.)	1	„
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (2.ª parte: Del Pacífico al Atlántico.)	1	25
Una Ciudad Flotante	„	75
De Glasgow á Charleston	„	50
Aventuras de tres Rusos y de tres Ingleses en el Africa Austral	1	„
Un capricho del Doctor Ox	„	75
La Vuelta al Mundo en Ochenta dias. (1.ª parte.)	1	„
La Vuelta al Mundo en Ochenta dias. (2.ª parte.)	1	„
Una Invernada entre los Hielos. (El Capitán Cornbutte.)	„	50
Macao Zacarías.—Un Drama en los Aires.—Estas dos novelitas encuadernadas bajo una cubierta	„	50
La Isla Misteriosa. (1.ª parte: Los Náufragos del Aire.)	1	25
La Isla Misteriosa. (2.ª parte: El Abandonado)	1	25
La Isla Misteriosa. (3.ª parte: El Secreto de la Isla.)	1	25
El Chancellor	1	„
Martín Paz	„	50
El País de las Pieles. (1.ª parte.)	1	25
El País de las Pieles. (2.ª parte.)	1	25
Los Grandes Viajes y los Grandes Viajeros	1	„
Miguel Strogoff. (1.ª parte.)	1	25
Miguel Strogoff. (2.ª parte.)	1	25
Las Indias Negras	1	25
Héctor Servadac. (1.ª parte.)	1	25
Héctor Servadac. (2.ª parte.)	1	25
Un Capitán de Quince Años. (1.ª parte.)	1	25
Un Capitán de Quince Años. (2.ª parte.)	1	25
Los Descubrimientos del Globo. (1.ª parte.)	1	25
Los Descubrimientos del Globo. (2.ª parte.)	1	25
Los Descubrimientos del Globo. (3.ª parte.)	1	25
Los Descubrimientos del Globo. (4.ª parte.)	1	25
Los Quinientos Millones de la Princesa	1	25
Los Amotinados de la Bounty.—Un Drama en Méjico.—Estas dos novelitas, encuadernadas bajo cubierta	„	50
Las Tribulaciones de un chino en China	1	25
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (1.ª parte.)	1	25
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (2.ª parte.)	1	25
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (3.ª parte.)	1	25
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (4.ª parte.)	1	25
La Casa de Vapor. (1.ª parte.)	1	„
La Casa de Vapor. (2.ª parte.)	1	„
La Casa de Vapor. (3.ª parte.)	1	„
La Casa de Vapor. (4.ª parte.)	1	„
Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (1.ª parte.)	1	„
Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (2.ª parte.)	1	„
Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (3.ª parte.)	1	„
Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (4.ª parte.)	1	„
La Jangada (1.ª parte.)	1	„
La Jangada. (2.ª parte.)	1	„
La Jangada. (3.ª parte.)	1	„
La Jangada. (4.ª parte.)	„	75
Diez Horas de Caza	„	75
El Rayo Verde. (1.ª parte.)	1	„
El Rayo Verde. (2.ª parte.)	1	„
Escuela de los Robinsones. (1.ª parte.)	1	„
Escuela de los Robinsones. (2.ª parte.)	1	„
Kerabán el Testatudo (1.ª parte.)	1	„
Kerabán el Testarudo. (2.ª parte.)	1	„
Kerabán el Testarudo. (3.ª parte.)	1	„
Kerabán el Testarudo. (4.ª parte)	1	„
El Archipiélago de Fuego. (1.ª parte.)	1	„
El Archipiélago de Fuego. (2.ª parte.)	1	„
La Estrella del Sur. (1.ª parte.)	1	„
La Estrella del Sur. (2.ª parte.)	1	„
Matías Sandorf. 1.ª parte)	1	„
Matías Sandorf (2.ª parte.)	1	„
Matías Sandorf (3.ª parte.)	1	„
Matías Sandorf. (4.ª parte.)	1	„
Matías Sandorf. (5.ª parte.)	1	„
Robur el Conquistador. (1.ª parte.)	1	„
Robur el Conquistador (2.ª parte.)	1	„
Un Billete de Lotería. (1.ª parte.)	1	„
Un Billete de Lotería. (2.ª parte.)	1	„
Norte contra Sur (cuaderno 1.º)	1	„
Norte contra Sur (cuaderno 2.º)	1	„
Norte contra Sur (cuaderno 3.º)	1	„
Norte contra Sur (cuaderno 4.º)	1	„
El Náufrago del Cynthia (cuaderno 1.º)	1	„
El Náufrago del Cynthia (cuaderno (2.º)	1	„
El camino de Francia (cuaderno 1.º)	1	„
El camino de Francia (cuaderno 2.º)	1	„
Dos años de vacaciones (cuaderno 1.º)	1	„
Dos años de vacaciones (cuaderno 2.º)	1	„
Dos años de vacaciones (cuaderno 3.º)	1	„
Dos años de vacaciones (cuaderno 4.º)	1	„

El Editor ha adquirido el derecho exclusivo de dar á luz en idioma español todas las nuevas producciones de Julio Verne.—Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Madrid, Provincias, Ultramar y Extranjero.

OBRAS DE ESPRONCEDA

Ilustradas con grabados.

50 CÉNTIMOS CADA CUADERNO

El Diablo Mundo.—Un cuaderno.
El Estudiante de Salamanca.—Un cuaderno.
Poesías varias.—Un cuaderno.

LOS DESTERRADOS DE LA TIERRA

ANDRÉS LAURIE

LOS DESTERRADOS DE LA TIERRA

VERSIÓN ESPAÑOLA

LOS NÁUFRAGOS DEL ESPACIO

CUADERNO TERCERO

MADRID
AGUSTIN JUBERA, EDITOR
ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
1889

Es propiedad del Editor.

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS, PLAZA DE LA PAJA, 7 BIS. MADRID

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

DESPUÉS DEL CATACLISMO

Estaba muy entrada la mañana, y una tranquilidad perfecta reinaba en el Observatorio de Tehbali cuando Norberto despertó de su letargo. El silencio era verdaderamente aterrador, pareciéndose, como vulgarmente se dice, al silencio de la muerte. El día era magnífico, si bien se dejaba sentir un calor sofocante.

Gran trabajo costó al astrónomo darse cuenta de lo que había sucedido.

Al volver en sí, se halló en la sala de *las Manettes*, echado sobre un diván árabe, colocado, por efecto del sacudimiento, casi debajo de una de las mesas de ébano destinadas al servicio eléctrico. En derredor suyo todo estaba en desorden; los muebles derribados, la lámpara eléctrica torcida, el magnetómetro caído al suelo y roto, así como las porcelanas. La señorita Kersain, Fatima, el doctor, el *baronnet* y Tyrrel yacían, unos sobre algún mueble, y otros en el suelo, según el sitio en que les sorprendió el terremoto.

Así como el último pensamiento de Norberto al verificarse la sacudida fué para Gertrudis, su primer cuidado fué también el de acudir á su socorro. La joven se encontraba presa de un profundo desvanecimiento, mas sin herida alguna al parecer; su pulso latía débilmente, y de sus labios entreabiertos se escapaba un aliento tan tenue como el de un niño.

Apenas observó estos detalles Norberto, se apresuró á buscar al doctor, á quien halló adormecido al pie del sillón en donde le sobrecogiera, tomando una taza de té, la violenta conmoción de la precedente noche. Del aturdimiento debió pasar sin transición al sueño, pues bastó que el joven le tocase con suavidad en el hombro, para que abriera los

ojos. El Sr. Briet empezó por restregárselos con fuerza, después miró en torno suyo visiblemente admirado, y por último se levantó, quedándose un instante como estupefacto.

—¿Qué demonio nos ha sucedido?

—No puedo decíroslo, replicó el astrónomo; pero lo importante ahora es que os pongáis de pie para que corráis á cuidar á la señorita Kersain, que está allí sin conocimiento.

El doctor se dejó llevar hasta el sofá, tomó maquinalmente el pulso de su sobrina, y se quedó silencioso, inmóvil é incapaz de formular una opinión.

—Vamos, decid, ¿hay latidos? preguntó con cierta impaciencia Norberto Mauny, que tenía entre las suyas la otra mano de Gertrudis. ¿Qué debemos, pues, hacer?

—¡Caja de medicamentos!

El joven astrónomo comprendió al punto y corrió á la habitación inmediata, que servía de almacén; apenas si se cuidó de Virgilio, que se hallaba tendido en el suelo, pues saltando por encima del cuerpo de su fiel servidor, se apoderó de la caja y volvió en seguida al lado de Gertrudis.

—¿Qué medicamento necesitáis? ¿Qué frasco es el que tengo que sacar? dijo Norberto apretando el resorte que cerraba la caja.

—Eter sulfúrico, respondió automáticamente el doctor.

Norberto sacó el tarro que llevaba aquella etiqueta, y juzgando inútil preguntar más, lo aplicó á la nariz de la joven, humedeciéndole al mismo tiempo las sienes y la frente con el éter, cuya evaporación rápida produjo en la enferma una viva impresión de frescura. Este sencillo tratamiento bastó; la señorita Kersain volvió en sí, abrió los ojos, se incorporó y derramó por la habitación una mirada llena de extrañeza.

—Fatima, dijo con voz débil, viendo á su doncella insensible todavía.

—Está aún sin conocimiento, como lo estábamos todos apenas hace cinco minutos, respondió Norberto acercándose á la muchacha para hacerla aspirar el éter y rociarla algunas gotas por la cara. Pero no tengáis cuidado, que pronto volverá en sí. Mirad, ya va despertándose.

—¡Fatima! repitió la señorita Kersain.

—¡Amita! exclamó la niña haciendo un esfuerzo para acercarse á ella.

—¿Has tenido mucho miedo, querida Fatima?

—¡Oh, sí! ¡Mucho, mucho! Pero por fortuna se acabó. Ved, amita; ya puedo andar.

Y, en efecto, dió dos ó tres pasos, y se abrazó al cuello de la señorita Kersain, que la apretó contra su pecho.

Norberto, mientras tanto, prodigaba sus cuidados al *baronnet*.

—Tampoco éste tiene otra cosa que un soberbio aturdimiento, dijo después de examinarle; pero me parece, doctor, que no estáis aún completamente repuesto, y que una aspersión de éter no os sentaría mal, añadió uniendo la acción á la palabra.

Y, en efecto, el Sr. Briet recuperó por completo el uso de sus facultades con aquella especie de ducha.

—Es verdad, dijo sacudiéndose. No comprendo lo que me ha pasado. Gracias por vuestra oportuna ocurrencia, mi querido Mauny. Y ahora, veamos lo que sucede á ese *nobleman*, añadió, apoderándose de la mano de sir Bucephalus Coghill. ¡Hum! El pulso está débil, casi filiforme. Sin embargo, espero que esto no ofrezca gravedad. Voy á darle una buena fricción de alcohol en la nuca, y mientras tanto, ocupáos del otro.

—¿Del otro?... ¡Ah! Del imbécil que ha tenido la culpa de esta batahola, replicó Norberto fijándose apenas en Tyrrel. Me ocuparé primero de Virgilio.

Y diciendo esto, echó á correr hacia la otra habitación, en donde el buen muchacho se hallaba; le incorporó, le dió friegas y le sacudió hasta que consiguió verle volver en sí.

—¡Toma! ¡Pues si es de día! ¡Y aún estamos vivos! exclamó Virgilio, teniendo ya conciencia de cuanto le rodeaba. No esperaba esto, mi teniente, cuando sentí el terremoto.

El doctor Briet hizo recuperar el conocimiento, no sólo al *baronnet*, sino también á su deplorable ayuda de cámara modelo, que tenía en la frente un enorme chichón. Sentado sobre una estera, Tyrrel dirigia á todas partes sus azulados ojos sin dar la más pequeña

muestra de que su servil apresuramiento para ejecutar hasta los menores deseos de su amo, había sido causa de la catástrofe.

Apenas recuperó el uso de la palabra, pidió con voz doliente un vaso de vino de Oporto.

—La botella está en la alacena, á la izquierda, dijo con una seguridad tal, que hizo conocer á todos el buen estado de sus facultades intelectuales.

—Dadle lo que os pide, Virgilio, y no está demás que lo tomemos también nosotros, repuso el doctor, no pudiendo menos de reirse por esa vuelta á la vida, eminentemente británica.

Virgilio fué por la botella, y sirvió á todo el mundo.

—¡Ea, bebamos á nuestra propia salud! exclamó el Sr. Briet, que bien podemos hacerlo, después del terrible acontecimiento que nos ha sorprendido.

Y ofreció también aquel vino generoso á Gertrudis y á Fatima para que bebieran, en la confianza de que había de sentarles perfectamente.

Ya todos repuestos, pudieron hablar de sus impresiones.

—No sé por qué hemos de tener las ventanas cerradas, dijo Norberto dirigiéndose á una de ellas. Hace aquí un calor sofocante; mas apenas dió la vuelta á la falleba y la abrió, una violenta corriente de aire la volvió á cerrar. Esta circunstancia no podía menos de llamar la atención, puesto que estando cerrado todo, era indudable que *aquella corriente iba de dentro á fuera.*

Norberto se había vuelto para buscar la causa de ese fenómeno, cuando la señorita Kersain, que acababa de acercarse á la otra ventana, exclamó á dos pasos de él:

—¡Es singular! ¡Qué extraño paisaje! ¡Jamás he visto nada igual! Es preciso que ese temblor de tierra haya trastornado el terreno en estos alrededores.

Todos acudieron apresuradamente al lado de la joven para mirar los cambios que se habian operado, y que en verdad eran muy extraordinarios.

En vez de la llanura que tenían por costumbre ver al pie del Tehbali, amarillenta, arenosa y apenas cortada por algunas ondulaciones, distinguían ahora una especie de caos en el que dominaban montañas del aspecto más salvaje y accidentado que imaginarse puede.

No parecia sino que por todos lados el suelo, reventando á impulsos de prodigiosas fuerzas subterráneas y conmoviéndose cual sucede en inmenso cataclismo, ofrecía en la superficie estratificaciones bajo las más imprevistas formas y los más raros aspectos. Los colores rojo vivo, morado, amarillo de ocre y azul claro dominaban en las tintas de aquellas rocas, y aun cuando se encontraban en algunos sitios todos los matices del arco iris, era una mezcolanza tal, que de todo tenía menos de armonioso. En los intersticios que en dichas rocas había, observábase la presencia de una lava de varios colores, parecida á la que existe en las cimas del Vesubio y del Etna; y fijándose con atención, no podia negarse la existencia allí de verdaderos cráteres apagados y silenciosos. Los había de todas formas y dimensiones, colocados, al parecer, unos al lado de otros, y separados muchos por diez, veinte, cien ó más metros, ofreciéndose todos á la vista en una extensión que parecía bastante dilatada.

¿Cuál era, aproximadamente, aquella distancia? Esto parecia imposible conocer, á causa de un espejismo de los más notables, pues las rocas más lejanas se divisaban en sus menores detalles tan bien como las más próximas. En vez de perderse gradualmente allá en las últimas líneas del horizonte sensible, presentaban con distinción á la mirada sus aristas y sus colores, cual si estuviesen al alcance de la mano.

Otra circunstancia no menos notable era que aquellas rocas inundadas de una luz vivísima proyectaban sombras, en las que se dibujaban admirablemente los perfiles, negros como manchas de tinta, sin graduación ni penumbra.

Este paisaje, tal cual aparecía de repente, era de lo más repulsivo, de lo más triste y de lo más terrorífico que se pueda imaginar. Ningún hálito de vida parecía animarle. No se veía ni un pájaro, ni un árbol, ni un arroyuelo, y ni siquiera la más pequeña hierba rompía la monotonía de aquel lúgubre y silen-

cioso panorama, que no ofrecia á la vista sino una impresión desconsoladora de soledad, de ruina y de muerte. Tétrico aspecto era éste que se presentaba á la vista de los habitantes de Tehbali; pero más tétrico todavía si se consideraba que, aun cuando el sol desde el Meridiano lanzaba sus rayos de luz y de fuego sobre aquel caos árido y desolado, innumerables constelaciones perfectamente visibles esmaltaban la oscura bóveda del cielo.

El efecto que esto producía era desconsolador, pues se asemejaba á la luz que lanzan, en medio del dia, blandones encendidos en torno de un ataúd.

En cuanto á los mahdistas y á los árabes que, como sabemos, sitiaban á Tehbali, no quedaba ni rastro de ellos siquiera. Tiendas de campaña, obras, terraplenes, baterías, hombres y animales, todo se había hundido, al parecer, por efecto del cataclismo.

Pero lo más inexplicable de todo era la altura á que aparecían los alrededores. El suelo indudablemente hubo de bajar al tiempo de trastornar el pie de la montaña, á juzgar por la idéntica impresión que todos sufrían, pues acostumbrados á mirar la llanura á una distancia vertical de mil quinientos ó mil seiscientos metros, no podían equivocarse, y ahora la veían á tres ó cuatro kilómetros por lo menos.

Estas observaciones, aun cuando incompletas para los unos y no obstante ser hechas con rapidez por los otros, llenaban de profunda admiración á todos.

De repente, Norberto, como herido por una idea súbita, se precipitó hacia la puerta, corrió á la explanada y dió en ella algunos pasos; mas apenas se halló fuera, se sintió molestado por una opresión insostenible. El aire faltaba á sus pulmones, y la sangre afluía á su cerebro. Tuvo un desvanecimiento, se tambaleó, y comprendiendo que iba á asfixiarse, volvióse con rápido movimiento, teniendo apenas el tiempo preciso para volver al Observatorio.

No bien entró en el salón, Norberto experimentó un bienestar indecible. Sus pulmones se dilataron y respiró con delicia. Entonces, sus amigos le vieron con sorpresa volverse hacia la puerta y cerrarla vivamente, pues se había quedado entreabierta, y luego pedir trapos, algodón en rama y ponerse á cerrar todas las rendijas con el mismo cuidado de un escrupuloso calafate.

—Pero ¿qué es lo que hacéis? le preguntó el *baronnet*. ¿Teméis los vientos colados?

—Procuro conservar el poco aire respirable que poseemos, le respondió sencillamente Norberto. Cuando se agote el que llena el Observatorio, ya no tendremos ninguno.

Todos se miraron con dolorosa sorpresa. ¿Había producido la catástrofe en el cerebro, tan bien equilibrado antes del Sr. Mauny, un efecto desastroso? ¿Estaría demente, ó entregado por lo menos á una pasajera alucinación? El joven leyó este pensamiento en la mirada del doctor, y no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Oh, tranquilizáos! dijo. ¡No estoy loco! Pero tengo que participaros una noticia que juzgaréis tal vez más grave, y que no sospecháis siquiera, según creo. Señorita, repuso volviéndose hacia Gertrudis: ¿os sentís en estado de sufrir una viva sorpresa, una contrariedad bastante penosa para vos?

Aunque la joven se puso de pronto muy pálida, su clara mirada denotaba serenidad.

—Hablad, caballero, respondió con la encantadora gravedad que la caracterizaba. Os prometo tener valor, cualquiera que sea la cosa que tengáis que anunciarme.

—Hela aquí, pues, prosiguió Norberto. Notando hace poco los cambios extraordinarios que se han operado en nuestro alrededor, habéis creido seguramente, y creéis aún, que son simples modificaciones resultantes del cataclismo que por poco nos cuesta la vida. Pues bien, nada hay de eso. Las cosas no han cambiado en torno nuestro. *Somos nosotros los que hemos mudado de sitio.* Ya no somos sitiados, somos náufragos. No estamos en el Sudán, ni en Africa, ni siquiera en el globo terrestre. Nos hallamos transportados á la Luna.

—¡A la Luna! exclamó sir Bucephalus. ¿Queréis decir que esas rocas, esos

cráteres y todo este singular terreno que nos rodea es un paisaje perteneciente á la Luna?

—Precisamente, replicó Norberto Mauny. No he estudiado aún el fenómeno para explicarme cómo ha podido producirse, esto es, cómo, al sobrecogernos el cataclismo en una meseta terrestre, en la de Tehbali, nos hallamos, con todo cuanto nos pertenece, en una meseta de la Luna. Sin duda que la repentina parada y el movimiento de retroceso impreso al satélite en el momento en que iba á tocar la Tierra, han provocado la explosión de fuerzas volcánicas latentes, una verdadera marea subterránea que nos ha disparado por los aires y nos ha hecho entrar en la esfera de atracción de la Luna. Pero esta explicación no pasa hasta ahora de una simple hipótesis.

De todos modos, el hecho cierto é incontestable es que estamos actualmente en un nuevo mundo, separado del nuestro por una distancia enorme, y este mundo, según todo lo demuestra, es la Luna.

Ved, si no, el panorama que se extiende ante vos, señorita, y podréis juzgar, por vuestra propia mirada, las diferencias que le distinguen del que nos ofrecía el mundo terrenal.

En cuanto á mí, acabo de salir y he podido asegurarme de que la atmósfera exterior, si es que existe, no es en manera alguna respirable.

—En una palabra, dijo con dulzura la joven: ¿estáis convencido y no dudáis de que nos hallamos en la Luna?

—Dudo tan poco de ello, que he empezado ya á tomar medidas para hacer frente á lo más urgente, cerrando herméticamente puertas y ventanas.

—Pues bien; puesto que el objeto de vuestros trabajos era precisamente el de venir á la Luna, no veo lo que pueda tener de alarmante la noticia que acabáis de darnos, repuso la señorita Kersain para tranquilizar á Fatima, que estaba muy asustada.

—¡Alarmante... alarmante! exclamó el *baronnet*. Nada tiene de muy alegre, en verdad, si es segura, cosa de que quiero dudar todavía... Puede pasar que nos encontremos en la Luna... ¡Pero sin aire! ¡Ese es peor negocio! ¡Y cuando pienso, añadió volviéndose hacia Tyrrel y lanzándole furibundas miradas, cuando pienso que nos hallamos en esta situación por culpa de este imbécil!...

El desgraciado ayuda de cámara estaba bastante consternado, sabiendo que era realmente habitante de la Luna; pero al fijarse en que le hacían responsable de aquel acontecimiento, y viéndose expuesto al descontento demasiado legítimo y natural de su amo, no tuvo la suficiente fuerza para resistir tantos golpes; sus rodillas se doblaron, y cayó tembloroso al suelo, en donde quedóse inmóvil y como atontado, repitiendo entre dientes:

—¡Imbécil!... ¡Imbécil!...

CAPÍTULO II

UN SINGULAR PAÍS

Pasado el primer momento de estupor, y habiéndose tranquilizado algo Tyrrel, preguntaron á Norberto cuáles eran las disposiciones más importantes que era preciso tomar.

—Si os he comprendido bien, dijo el doctor, ¿admitís que estamos respirando la provisión de aire terrestre que se hallaba encerrada en el Observatorio, y que ha llegado aquí con nosotros?

—Estáis en lo cierto.

—¿Y que cuando ese aire se acabe no tendremos más?

—Eso es.

—Pero entonces, repuso el doctor visiblemente inquieto, ¿cómo podremos respirar?

—¿Qué hemos de hacer para respirar cuando ya no tengamos aire? replicó el astrónomo riendo. Pues es muy sencillo: lo fabricaremos... ¿No tenemos acaso aquí los productos químicos, los aparatos Carré y los enseres necesarios para ello?... Y ahora que hablamos de eso, es preciso que vaya á ver en qué estado se halla el material; tengo cuiriosidad por saber cómo están los almacenes.

El joven, seguido por el doctor y por Gertrudis, que expresaron deseos de ir con él, atravesó la galería de los telescopios, que no parecía haber padecido mucho por el traslado, y llegó á los depósitos, que recorrió en toda su extensión. Un atento examen le demostró que, si bien algunos cacharros se habían roto, las averías eran pocas, á pesar del choque sufrido. Las máquinas, en particular, la mayor parte de ellas fijadas en el suelo, estaban completamente intactas, y los aparatos especiales, embalados aún, parecían salir de casa del fabricante. Era llegado el caso de buscar las cajas Carré, ó res-

piradores de oxigeno, de los que tenia dos ó tres docenas amontonados en los almacenes. Norberto llamó en seguida á Virgilio, mandándole que desembalara varias de aquellas cajas y las transportara al laboratorio, para ponerlas en seguida en estado de servir. Esto fué negocio de diez minutos, pues la fabricación del oxigeno es una de las operaciones más elementales y rápidas de la química.

Cuando aquellas cajas estuvieron llenas de gas, Norberto ató una de ellas á su espalda, con unos tirantes dispuestos al efecto, que daban á aquel aparato la apariencia de un cuévano de hoja de lata, cubierto con un saco de cuero. Ese saco tenía un apéndice colocado debajo del brazo izquierdo, y que bastaba apretar con el codo para facilitar el paso de cierta cantidad de oxigeno por un tubo de goma, que se adaptaba á la boca y á las narices del que llevaba aquel aparato, cerrado herméticamente por medio de una media careta de cobre, guarnecida de almohadillas de gamuza.

—¿A quién vais á combatir, querido amigo? exclamó el *baronnet*, que sentía ya la necesidad de librarse de la tristeza que se habia apoderado de él.

—Voy simplemente á explorar los alrededores, respondió el joven astrónomo. Hay cierta cosa que me tiene fijo el pensamiento y que necesito dilucidar, pues no me explico de qué manera nos hallamos á un tiempo en la Luna y en el Observatorio. Es preciso que el Tehbali haya sido arrancado por entero... y confío en que antes de media hora sabré á qué atenerme sobre este punto.

—¿No hay medio alguno para que fuera yo también? preguntó sir Bucephalus. Tendria mucho gusto en acompañaros, querido amigo.

—Nada más fácil; basta para ello que os proveáis, como yo, de un «respirador.» Ahora mismo acabo de llenar de oxigeno cinco ó seis cajas. Virgilio, trae una...

—Y nosotros, ¿no podemos también formar parte de la expedición? exclamaron casi á un tiempo el doctor y su sobrina.

—No me parece prudente, respondió Norberto. En primer lugar, es preciso que economicemos nuestros recursos y que no hagamos nada que no sea útil. Dejadnos á sir Bucephalus y á mi que verifiquemos una primera exploración; y luego, si no hay peligro ó inconveniente, iréis también á hacer vuestra correspondiente salida.

Así convenidos, el *baronnet* se equipó y declaró que estaba pronto á partir.

—Tengo tanta curiosidad como vos, dijo, de saber cómo se encuentra el Observatorio en la Luna... si es verdad que estamos en dicho satélite, añadió en seguida.

—¡Cómo!... ¿Dudáis todavía? exclamó Norberto. No dudaréis mucho tiempo, querido amigo. Vamos, en marcha. Parecemos dos vendedores de coco de los bulevares exteriores; pero creo que no encontraremos á nadie que se burle de nosotros.

En este momento Tyrrel echó á correr hacia su amo.

—¡Sir Bucephalus sale sin almorzar! dijo con humildad; dignáos, por lo menos, tomar este chocolate y estos bizcochos.

—¡No hay medio de guardar rencor á este animal! exclamó el *baronnet*, pues está verdaderamente adornado de las mejores intenciones.

Y diciendo estas palabras, abrieron la puerta, y ambos jóvenes salieron, cerrando inmediatamente para no perder el aire atmosférico de las habitaciones.

La explanada no ofrecia ningún cambio apreciable; así es que la atravesaron rápidamente para seguir el camino que bajaba al pie de la montaña, y que, á pesar de lo que creia Norberto, no habia variado tampoco en lo más mínimo; sólo que al llegar á la capa de vidrio que aislaba el monte de su capa arenosa, en vez de acabar en una llanura de bastante extensión, el extremo de aquel camino parecia estar á una distancia grande del llano inferior; y por otra parte también, su dirección no era la misma, pues en lugar de estar á Levante, se hallaba al Norte, según indicaban la posición del Sol y la brújula que Norberto acababa de consultar. En suma; era evidente que, no sólo

el pico Tehbali, sino la montaña entera, había sido transportada por una fuerza irresistible, de un globo á otro.

El calor era insufrible bajo los rayos de un sol vertical, cuyo aspecto y dimensiones eran iguales, en apariencia, á los observados desde la Tierra, pero en el que Norberto notaba ya, con una alegría propia de un astrónomo, protuberancias mucho más visibles á la simple vista de lo que son, aun observadas con los telescopios de los Observatorios sublunares. Esta circunstancia, así como la presencia en medio del día de las constelaciones que pueblan la bóveda celeste, se explica por lo tenue de la atmósfera, pues la de la Tierra se interpone, á modo de un velo de gasa, entre nuestros anteojos y los astros, y la de la Luna deja pasar con entera libertad todos los rayos luminosos ó caloríficos, sin afectar ese tinte azulado que ofrece á la vista la atmósfera terrestre, sino que es de aspecto oscuro, casi negro.

Al mismo tiempo que nuestros exploradores notaban un calor que parecía salir de un horno, observaron también que sus cuerpos habían adquirido una ligereza extraordinaria, pues no tocaban casi al suelo con los pies, y les sucedía á cada instante, sin notarlo siquiera, que al saltar para no tropezar con alguna piedra, daban un salto *de cuatro ó cinco metros*. Esta gimnasia era de tal modo involuntaria, que cada cual la veía exclusivamente en su compañero. Norberto se admiraba viendo al *baronnet* ejecutar saltos inesperados con la ligereza de un gamo, botar como una pelota de goma y proseguir después su camino como si tal cosa.

—¡Esto es prodigioso! se decía... Debe tener todo el cuerpo dolorido... Ese desgraciado va á romperse el espinazo si continúa bajando de un modo tan extravagante.

Y en aquel instante, para evitar una hendidura que había en el suelo, él mismo hizo un ligero movimiento de retroceso y se sintió levantado lo menos á seis metros, cayendo suavemente, sin dar golpe ni percibir molestia alguna.

El *baronnet*, á su vez, miraba casi asombrado á su amigo.

—¡Ya comprendo!... pensó Norberto de repente. Es el peso quien tiene la culpa de esto, pues aquí es seis veces menor que en la Tierra, y de ello resulta que nuestra fuerza muscular se *sextuplica* y nos transforma en acróbatas.

No pudo resistir al placer de comunicar esta reflexión al *baronnet*, y abriendo en seguida la media careta que cerraba su boca:

—Y bien, querido amigo: ¿dudaréis ahora que estamos en la Luna?

Pero, con gran sorpresa suya, el joven astrónomo no obtuvo la menor respuesta; y como en aquel instante el *baronnet*, sin ocuparse de su compañero, diese un tremendo salto para pasar una zanja muy pequeña, trazada por las lluvias á través del camino, el joven sabio fijó en el inglés su vista, y creyó comprender, por la expresión indiferente de la fisonomía de sir Bucephalus, que éste quería manifestar mal humor por alguna ofensa. Mas ¿cuál era la causa de ello? No podía decirlo.

—¡Singular idea! pensó Norberto. ¡Vaya, que está bien escogido el momento para demostrar susceptibilidad!... ¿Qué mosca le habrá picado? ¿Se habrá enfadado porque me he reído de los saltos que da?... ¡Pues, á fe mía, si es así, que se fastidie!...

Pero en medio de estas reflexiones, se interrumpió para soltar una carcajada... Acababa de notar que sólo había *articulado* las palabras, mas sin que pudieran percibirse. La voz no se oía, ó, más bien, si hemos de hablar con exactitud, no existía en la Luna ni voz ni sonido de ninguna especie, porque la atmósfera, demasiado tenue, no vibraba sensiblemente, no se producía la onda sonora.

—¡Pobre Bucephalus!... ¡Yo que le acusaba de enfadarse tan sin razón como los chiquillos! se dijo Norberto. Y de todos modos, no parece estar muy contento... ¡Dos ó tres veces se ha quitado la careta!... ¿Habrá sido por molestia, ó tal vez para hablarme?... ¡Puede ser que me haya dirigido alguna pregunta, y, como yo, se haya extrañado de no obtener respuesta! Quizá sea debido á esto su disgusto... ¿Cómo

podría explicarle?... En fin, paciencia; á la vuelta se lo diré.

Y Norberto continuó observando en silencio el aspecto geológico de aquel suelo, prestando á dicho examen la más prolija atención.

Habían llegado ya á mil doscientos metros más abajo que el Observatorio, y, sin embargo, les quedaba aún por recorrer más de la mitad de la distancia que los separaba del llano. El camino que seguían en forma de zizzás, y cuyo término se dejaba ver, concluía allí en donde se les presentó una pendiente bastante suave, que conducía hasta la llanura, y que no parecía difícil de bajar, por más que no hubiera ningún sendero trazado.

Nada más extraño que el contraste que ofrecía la roca del Tehbali con las que componían aquella pendiente. Color, aspecto general, todo era diferente. Mientras que el suelo de la montaña era de un tinte rojo oscuro, matizado de hierbas amarillentas y de arbustos muy variados, el de la pendiente inferior era de un verde claro, con vetas color de malva y grises, y reflejo cambiante como el del ágata, pero sin indicio alguno de vegetación. Eran, en fin, dos zonas perfectamente distintas, la superior, perteneciente al Tehbali, la inferior, formada por una montaña lunar; y más abajo se desarrollaba una llanura sembrada de cráteres, abriendo hacia el cielo sus mudas bocas.

En vez de bajar la pendiente que hallaron al fin del camino, Norberto prefirió seguirlo dando la vuelta á la base del pico, en una extensión de tres ó cuatro kilómetros, resultando del examen que hizo el averiguar, de un modo seguro, lo que él había sospechado.

—Ya no hay duda, pensó. Está claro que la montaña *entera* del Tehbali ha sido levantada del suelo terrestre y echada en el lunar, en donde ha caído sobre su misma base... A primera vista esto parece increíble, y, sin embargo, si se supone una explosión de fuerzas subterráneas, determinadas por el repentino retroceso de la Luna, es muy natural que el pico de Tehbali se haya descarnado, como un diente de su alveolo, del suelo arenoso en que descansaba. Hecha la separación y lanzada la montaña al espacio, la homogeneidad misma de su roca la obligó á ser un todo indivisible; y como su fuerza de proyección era suficiente para hacerla entrar en la esfera de atracción del globo lunar, cosa que se explica fácilmente, puesto que éste se hallaba á punto de tocar á la Tierra, la forma cónica de la montaña hacía inevitable que presentara su base en la caída.

—¡Sí, inevitable!

Esto, no sólo es posible, sino que tiene que suceder así á la *fuerza*, pues las leyes de gravedad no admiten excepción de ninguna especie, bien sea que se trate de una montaña magnética pesando varios millones de kilogramos, ó de un dado preparado para que caiga siempre del mismo punto; la regla es constantemente igual. Pues bien: el Tehbali es una masa en gravitación, es precisamente lo mismo que el dado; una vez lanzada al espacio, ha tenido forzosamente que caer sobre su lado más pesado, es decir, sobre su base. ¿Y cómo ha podido esta caída ser amortiguada hasta el punto que lo ha sido?... Por dos causas: la primera, por la débil acción que ejerce el peso en la superficie de la Luna, lo que ha permitido á nuestra roca posarse con tanta suavidad como un pájaro en una rama, ó como lo hago yo mismo cuando salto en vez de andar; la segunda, consiste en esta montaña lunar, que se ha encontrado á su paso para adherirsele.

Así raciocinaba Norberto en silencio, no quedándole ya más que dilucidar si aquella montaña era ó no un cráter. Todas las probabilidades estaban á favor de esto último: ya porque en aquella región no había más que volcanes apagados, ya también porque se explicaba más fácilmente que el Tehbali descansara en uno de estos cráteres, que sobre un pico.

Dando siempre vuelta á la base de la montaña, los exploradores llegaron á una planicie ó plataforma, desde donde la vista se extendía á una distancia mucho más considerable que la que ofrecía el otro lado, y notaron entonces que los pequeños y medianos cráteres

iban en pendiente al Oeste y al Sur, hasta una región arenosa y hundida, mientras que al Norte y al Este se elevaban en anfiteatros, hasta una alta sierra que corría en la misma dirección. Esta circunstancia, unida al aspecto característico de dicha sierra, fué un rayo de luz para el joven astrónomo.

Se volvió maquinalmente para comunicar á sir Bucephalus el resultado de sus observaciones; pero recordando en aquel momento que le era imposible hacerse oir, sacó su cartera, dibujó rápidamente un croquis de aquella región y se lo entregó al *baronnet* con esta nota explicativa:

«Creo que hemos venido á caer en el cráter de *Rheticus*, y que esa cadena de montañas es la de los *Apeninos lunares*. Aquellas llanuras arenosas deben ser el *Mar de los Vapores*, el *Mar de la Tranquilidad* y el de la *Serenidad*.»

Después de leer esa nota, sir Bucephalus devolvió la cartera á Norberto, hablándole; éste, que observó el movimiento de los labios del *baronnet*, escribió:

—No puedo hacerme comprender sino por medio del lápiz. No existe sonido en la Luna.

—¡Ya comprendo!... escribió rápidamente el inglés. Os he hablado varias veces sin que me hayáis contestado una sola palabra.

—Efecto de la Luna, siguió escribiendo Norberto; y mirad otro: ¿Veis ese trozo de roca de dos metros cúbicos, por lo menos, ahí al lado de vuestra pierna derecha? Procurad levantarle y veréis.

Sir Bucephalus, con la incertidumbre marcada en la vista, consideró el enorme pedazo de piedra de que se trataba, y que apenas dos caballos hubieran podido mover en la Tierra; se bajó, sin embargo, para complacer á su compañero, y se quedó en extremo sorprendido viendo que levantó aquella roca sin esfuerzo alguno, y que rodó bajo la ligera presión de su mano.

En el mismo instante, Norberto, haciendo un pequeño esfuerzo, saltó á ocho ó diez metros por encima de la cabeza del inglés, y cayó otra vez con la ligereza de un pájaro.

—¡Efecto de Luna! parecía repetir su sonrisa.

Pero, aunque el *baronnet* no le oyó, quiso á su vez demostrar su agilidad. Hizo un esfuerzo, y se levantó á una altura tan inverosímil, que Norberto, excitado por el ejemplo, quiso también renovar su hazaña, de modo que este ejercicio se transformó en verdadera sesión acrobática, y duró algunos minutos.

Por fin, ambos jóvenes concluyeron por sentarse uno al lado del otro, mirándose fijamente; el *baronnet* devorado por su curiosidad, y Norberto visiblemente divertido.

—Voy á explicaros estos fenómenos, empezó el joven sabio, olvidando otra vez que no podía exhalar ningún sonido.

Sir Bucephalus, viendo que su compañero movía los labios, aguzaba el oído, esforzándose para oir; mas todo era inútil.

—Renuncio á que me oigáis... dijo por señas Norberto alzando los hombros, así como tampoco escribir, porque sería demasiado largo.

Y con algunos gestos, procuró hacer comprender á su amigo cuál era su situación. Este, cada vez más admirado, veía á Norberto franquear de un solo salto obstáculos enormes, levantar pesos colosales al parecer, y luego volver hacia él y cogerle entre sus manos como hubiera podido hacerlo con una muñeca, mecerle, tirarle á lo alto y volverle á coger como si hubiera sido una pelota.

Estas libertades parecieron excesivas á sir Bucephalus; así es que, apenas le soltó Norberto, le cogió á su vez, haciendo lo mismo con una seriedad de hombre ofendido, mientras que el joven sabio se reía hasta más no poder.

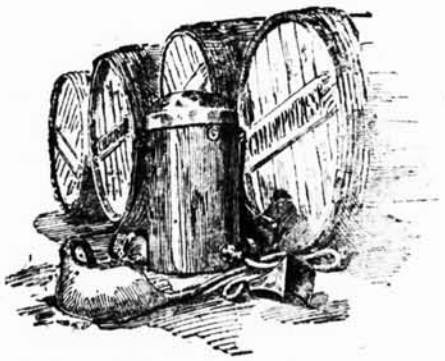
—¡Ya veo el motivo de que en Inglaterra á los locos los llamen *lunáticos*! pensaba el *baronnet*. ¿Es posible que una estancia de sólo algunas horas haya bastado para trastornar tan hermosa inteligencia?... Porque está loco, no me queda duda alguna; y tiene tanta fuerza como un buey. Pero me pasa á mí lo mis-

mo; jamás me he visto tan fuerte como ahora. Es efecto de la educación que dan en Eton con los ejercicios físicos. Siempre queda algo que se puede demostrar en ocasiones. ¡Con tal que no pierda yo también la cabeza como ese pobre muchacho!...

En esto estaba de sus reflexiones, cuando Norberto, cogiéndole por la cintura, se lo cargó al hombro como si fuera un saco lleno de plumas y echó á correr, llevándoselo hasta el extremo de la plataforma que había en el borde del cráter. El *baronnet*, tan inquieto como agraviado por la conducta de su amigo, se agitaba con la energía de la desesperación, procurando desasirse; pero Norberto no cejó en su propósito de llegar con él al sitio indicado, en donde le soltó.

—Me extraña mucho, caballero... dijo el *baronnet* rojo de cólera.

Pero acordándose de que no podía oirle, se calló de repente, pues conociendo entonces la singularidad de la situación, se tranquilizó por eso y por la afectuosa sonrisa de Norberto, hasta el punto de echarse á reir también, con una risa muda y nerviosa que le sacudía el cuerpo, pero sin producir sonido alguno.



CAPÍTULO III

EL CRÁTER DE RHETICUS

—Por ahora, se decía Norberto sentado junto al *baronnet* en el borde de la explanada, se trata de saber cómo se ha portado la base aisladora de nuestro gran imán. ¡Si tuviéramos la dicha de que se hallase intacta, podríamos pensar, sin locura, en volver á la Tierra!... En fin, veremos...

Se levantó, é imitándole sir Bucephalus, volvieron á emprender la exploración del cráter, siguiendo siempre el círculo de la cima sobre que se había posado el pico de Tehbali.

Después de quince ó veinte minutos de marcha, llegaron á un punto opuesto á aquel por donde habían salido del Observatorio, pero mucho menos elevado, y de pronto vieron en el flanco de la montaña una gran abertura que les llamó poderosamente la atención.

Estudiándola más de cerca, Norberto conoció en seguida que lo que constituía aquella abertura era una brecha antigua, una rotura del cráter sobre el cual se había posado el Tehbali, sirviéndole de techo. Era, pues, la solución de continuidad que buscaba el joven sabio para disipar sus dudas.

Penetró inmediatamente en aquella gran cueva, cuya hendidura, en forma de *V*, servía de entrada, y el *baronnet* le siguió sin vacilar.

Al principio, la oscuridad relativa en que se encontraban les impidió distinguir nada; pero bien pronto sus ojos se acostumbraron á aquella media luz y notaron entonces que se hallaban, como lo había pensado Norberto, en una inmensa caverna, consistente en la concavidad misma del cráter de Rheticus, ahuecada á sus pies en forma de copa y cubierta, á dos ó tres metros de altura sobre sus cabezas, por una bóveda continua.

Para ver mejor, el astrónomo sacó maquinalmente de su bolsillo una caja de cerillas, y encendió dos ó tres, que levantó cuanto pudo. La luz se reflejó en la pared superior, dejando ver que aquella especie de tapadera era ni más ni menos que la capa de vidrio que él había colado debajo del Tehbali. La duda no era posible respecto á este punto; y tan era así, que llamó la atención del mismo *baronnet*.

—¡A fe mía, exclamó, la montaña está intacta y colocada como un pilón de azúcar sobre el cráter!...

¡Oh sorpresa! Norberto oyó perfectamente esta exclamación, á pesar de la careta de cobre, detrás de la que había sido emitida. Semejante fenómeno no tenía más que una explicación, que no se hizo esperar.

—Cerrad la llave de vuestro respirador, dijo el joven sabio dando el ejemplo; tenemos aquí aire á discreción.

—¡Hurra!... exclamó sir Bucephalus, sin pesar renuncio al biberón... Pero ¿cómo explicáis que no se pueda respirar ó hablar más que por intervalos en este absurdo país?...

—Del modo más fácil del mundo, respondió Norberto riendo. ¿No comprendéis que nos hallamos en una mina de aire?... Esta concavidad tiene un diámetro de unos mil á mil doscientos metros, por una profundidad poco más ó menos igual, continuó haciendo mentalmente un rápido cálculo; esto nos da una provisión de varios millones de metros cúbicos de aire.

—¡Es verdad! Este sí que es un hallazgo más precioso en nuestra situación que una mina de diamantes. Me alegro poder respirar, por fin, con entera libertad.

—Sí, dijo Norberto; pero se trata, sin embargo, de economizar esta riqueza, que desgraciadamente no es inagotable.

—Pero, decidme: ¿por qué goza este cráter el privilegio extraordinario de poseer atmósfera respirable?

—Por la misma razón que nos ha traído aquí, replicó el astrónomo, y esta circunstancia viene á corroborar la teoría de nuestra aventura. El aire que nos rodea no es propio de la Luna; lo ha tomado de la Tierra dando vueltas en aquella atmósfera, á la manera que una bolita de pasta blanda toma harina si la hacemos revolver en ella. Este cráter acababa de llenarse de aire, cuando se encontró cubierto, cual si fuera una tapadera, por la roca de Tehbali, y hé ahí la atmósfera, que así conservada, respiramos ahora.

—En ese caso, dijo el *baronnet* pensativo, es preciso, en efecto, economizar este inesperado tesoro.

—No sólo eso, sino también impedir que se vaya por la abertura que nos ha permitido entrar aquí. Es menester, por lo tanto, volver cuanto antes al Observatorio á buscar las herramientas necesarias para proceder sin tardanza á cerrar la salida, so pena de que nuestra provisión se pierda poco á poco.

Como este parecer era demasiado cuerdo para no ser admitido en seguida, ambos exploradores volvieron á colocarse las caretas, y se disponían á regresar al orificio del cráter, cuando Norberto modificó y completó su proposición.

—No hay un instante que perder, dijo, pues cada minuto que pasa nos cuesta centenares de litros de aire. ¿Por qué ir allá los dos? Basta que uno de nosotros vaya á buscar lo que hace falta, mientras que el otro puede quedarse aquí trabajando desde luego.

—Tenéis razón, respondió sir Bucephalus. Partid, querido amigo, puesto que sabéis lo que es necesario. Pero ¿qué puedo yo hacer en vuestra ausencia?

—Reunir materiales, piedras gordas y medianas que nos servirán para edificar una pared, á fin de cerrar herméticamente esta brecha.

—Muy bien; las piedras no faltan aquí. Ya veréis el montón que voy á preparar.

Norberto se dirigió á paso ligero hacia el Observatorio, adonde llegó en algunos minutos, y, apenas dió noticias de lo que ocurría, todos quisieron formar parte de la expedición. El doctor, Virgilio, Tyrrel, Fatima y hasta la señorita Kersain, se ofrecieron como peones.

—Estoy cansada de no servir aquí para nada, y pido que me den que hacer como á los demás, dijo Gertrudis.

Como un espléndido *lunch* preparado por Tyrrel esperara la vuelta de los ex-

ploradores, se convino en que aquella comida se retrasara por una hora, pues Norberto pensaba que era tiempo suficiente para cerrar la abertura del cráter.

Virgilio, según las instrucciones de su amo, fué á buscar inmediatamente una pala, una llana, un costal de yeso y un barril de agua. Durante este tiempo, cada cual se preparaba para la expedición, proveyéndose de una caja de oxígeno, mientras que Norberto les advertía los singulares fenómenos que les esperaban fuera del Observatorio. El doctor Biet se entristeció mucho al saber que iba á verse condenado al más absoluto mutismo.

La señorita Kersain, se allanaba á todo con sin igual valor.

—¿Cuál es ese astro majestuoso que veo allí desde que os marchasteis? preguntó á Norberto acercándose á una ventana para designar en el cielo un creciente blanco, igual al que presenta la Luna nueva á los habitantes de la Tierra, pero de un diámetro cuatro veces más ancho.

—¡Es nuestra patria, la Tierra! respondió el joven astrónomo. Tendremos aquí á lo menos el placer de verla constantemente. Es el gran reloj del mundo lunar, siempre presente en su cielo y visible para el hemisferio en que nos hallamos, no sólo de noche, sino también de día.

—¡La Tierra! suspiró Gertrudis. ¡Cuando pienso que mi pobre padre se encuntra allí tan lejos de nosotros, en medio de los horrores de una ciudad sitiada y sin sospechar siquiera que su hija querida está desterrada aquí!

—Iremos á reunirnos con él, no lo dudéis, dijo Norberto profundamente conmovido por aquel dolor filial.

—¡De veras! ¿Lo creéis posible? exclamó la joven con una ansiedad que no tenía nada de egoísmo.

—Lo espero firmemente, respondió él.

Gertrudis tenía tanta costumbre de ver realizarse las afirmaciones de Norberto, que se sintió más animada con esta sencilla palabra.

—¡A trabajar, pues! dijo. No perdamos un minuto y no descuidemos nada para aumentar las probabilidades de nuestra salvación.

Salieron en seguida á la explanada, y á pesar de la advertencia que hizo Norberto de las nuevas condiciones en las que iban á encontrarse, se produjo un momento de confusión. Los dos criados no habían comprendido sin duda las explicaciones del astrónomo, pues se mostraban admirados y completamente desequilibrados. Su repentina ligereza les estorbaba mucho; parecían atacados de una violenta enfermedad nerviosa.

Desde los primeros pasos, Virgilio, habiendo querido acercarse al borde de la explanada, fué llevado por su propio impulso y precipitado de una altura de unos cuarenta metros por lo menos.

—¡Estoy muerto! pensó hendiendo el espacio, ¡ó á lo menos muy estropeado! añadió levantándose con mil precauciones, después de tocar el suelo.

Nada de eso; con gran sorpresa suya, no sufrió ni una torcedura.

Y como se volvía estupefacto para medir con la mirada el prodigioso salto que acababa de ejecutar, vió una masa bastante pesada seguir el mismo camino que él había tomado. Era Tyrrel, que, probablemente arrastrado por el ejemplo, caía á su vez desde la explanada y que, según la línea vertical, iba á caer sobre Virgilio.

—¡Animal! pensó éste; ¡va á aplastarme del golpe!

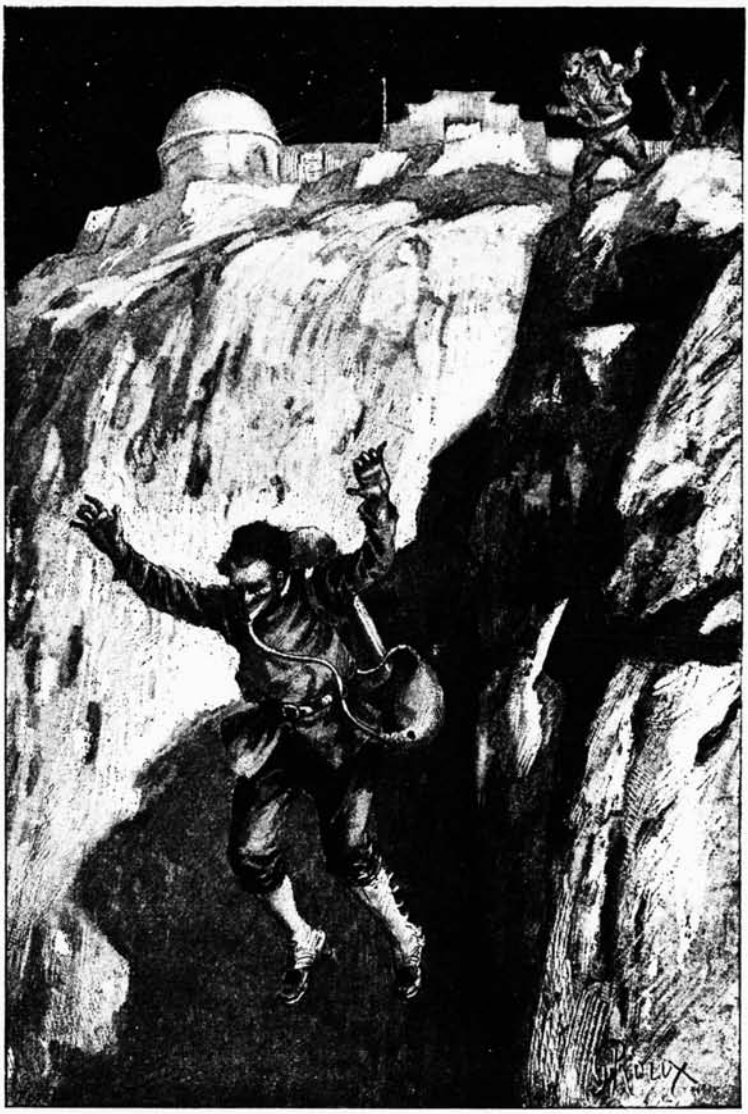
Pero Tyrrel era tan ligero como una pluma, y el choque de su respetable persona no produjo ningún desastre.

Esta experiencia bastó para que ambos moderasen sus movimientos y proporcionasen el respectivo esfuerzo; y ya así aleccionados, se apresuraron á reunirse á los demás, quienes llegaron pronto á la entrada del cráter.

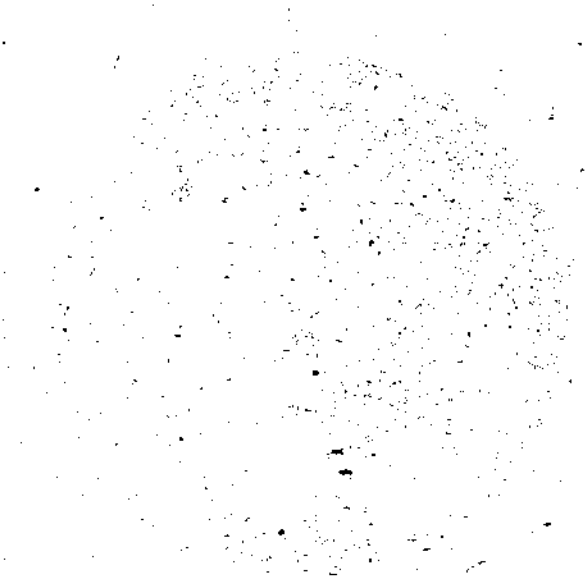
Una penosa sorpresa les esperaba. El *baronnet* no estaba allí, aun cuando un montón bastante grande de piedras atestiguaba el ardor con que había empezado á trabajar. Norberto pensó que había ido tal vez á respirar algo de aire fresco en el cráter y se apresuró á penetrar en él para llamarle diferentes veces.

El eco sólo respondió desde las profundidades del abismo.

Bastante inquieto, encendió sucesivamente varias cerillas para explorar los contornos del orificio; pero no bien an-



—¡Estoy muerto! pensó Virgilio hendiendo el espacio.



duvo veinte pasos, cuando comprendió lo inútil de sus indagaciones, pues el hueco formado por la pared interior del cráter se redondeaba en suave pendiente, que alejaba toda sospecha de una caída peligrosa, y sobre todo en la Luna, en la que se podía caer impunemente de una altura de cuarenta metros; y por otra parte, el *baronnet* no había podido intentar sin luz un reconocimiento.

Lo cierto era que no se hallaba allí, y parecía más probable que había cedido quizás á la fantasía de visitar uno de los próximos valles.

—¡Sir Bucephalus no está aquí! dijo Norberto viendo á Tyrrel bastante inquieto en el borde de la brecha. Podéis ir á ver si le encontráis por los alrededores. Mientras tanto pondremos manos á la obra, pues no tenemos un instante que perder; cada segundo de retraso nos cuesta preciosas cantidades de aire.

Tyrrel se fué á la descubierta, mientras que los demás se ponían á trabajar con gran actividad.

Virgilio había vaciado ya el barril de agua y el costal de yeso en un hoyo que hizo con la pala, sirviéndose de aquella mezcla para cubrir con la llana la pared elevada por Norberto. El doctor presentaba al astrónomo las piedras que le alcanzaban Gertrudis y Fatima con la mayor facilidad, riéndose de aquella fuerza repentina que jamás habían sospechado poseer.

—Mirad, decía Gertrudis levantando con una sola mano un formidable pedazo de roca que pesaría con seguridad cien kilogramos en la superficie de la Tierra. Esta piedrecita, ¿os sirve?

Amontonaban los pedazos de roca como si fueran titanes y no simples mortales los que edificaban aquella pared.

En algunos minutos el muro llegó hasta el borde del Tehbali, y como el yeso se solidificaba á medida que lo ponía Virgilio, por efecto de la sequedad, la obra se encontró acabada.

Tyrrel volvió en aquel instante expresando por una desconsolada pantomima que no había encontrado á su amo.

Norberto, después de un instante de reflexión, resolvió dar la señal de regresar al Observatorio, pues era fácil que sir Bucephalus hubiese vuelto allí por otro camino. En todo caso, para buscarle era preciso desde luego renovar las provisiones de oxígeno y no podían hablar de ello más que en el Observatorio.

Se apresuraron, pues, á volver.

Al entrar en la sala no vieron al *baronnet*, como esperaban; pero en cambio hallaron huellas de su paso... y de su apetito. El *lunch* preparado estaba casi consumido. Carnes fiambres, jamón, vinos, bizcochos y postres, todo había desaparecido en su mayor parte; y si bien la brecha era demasiado grande para creer que sir Bucephalus había deglutido cuanto faltaba, supusieron que se lo había llevado.

—Es indudable que habrá encontrado alguna cosa interesante al pie de la montaña y ha querido marchar en seguida para explorarla, dijo el doctor.

La explicación parecía bastante natural y fué aceptada por todos; y sin más tardar se sentaron á la mesa.

—Ya tenemos una buena provisión de aire en reserva, dijo el Sr. Briet, cuando su apetito estuvo satisfecho. Pero, ¿cómo contáis utilizarle, mi querido Mauny, ahora que le habéis encerrado en una cueva, imitando en esto al viejo Eolo? ¿Pensáis hacernos ir de vez en cuando allí, como mandaba yo á mis enfermos á Monte-Carlo, en el tiempo feliz en que no ejercía mi profesión en la Luna? ¿O es que tenéis la idea de encerrarlo en barricas para transportarlo aquí?

—Mi proyecto es mucho más sencillo, respondió Norberto. Ya sabéis que uno de mis trabajos en la montaña fué abrir en su eje un pozo que llega hasta su base. Pues bien; bastará poner el fondo de ese pozo en comunicación directa con ese depósito atmosférico, para que se establezca un ventilador que llene al Observatorio por entero de aire respirable.

—El pensamiento es bueno. Mas ¿no teméis que se haga un gasto excesivo de ese aire tan precioso para nosotros? ¿No sería más prudente arreglarlo de modo que no se agotara sino lo estrictamente necesario, estableciendo la comunicación por medio de un tubo de goma ó de plomo, provisto de su llave? Pero es preciso que ese tubo sea muy largo, y tal vez no lo tengáis en el almacén.

—Tenemos todo cuanto nos hace falta, replicó Norberto.

—Ni siquiera hemos dejado nuestra atmósfera detrás de nosotros, dijo Gertrudis riendo. Si fuéramos un ejército en retirada, ya mereceríamos un puesto de honor en la historia.

—Hasta ahora no tenemos mucho de qué quejarnos, prosiguió el doctor; pero lo que es muy penoso, y hasta cierto punto peligroso, es el no poder comunicarnos nuestros pensamientos en cuanto salimos de aquí. ¿Sabéis la idea que he tenido hace poco, durante aquel lúgubre silencio á que estábamos condenados? Pues la de que haríamos muy bien en aprender el lenguaje de los sordo-mudos.

—¿Y en dónde encontraremos el alfabeto? dijo Norberto. Confieso que no he pensado en proveerme de ellos; es una falta que no titubeo en reconocer.

—Tal vez podamos suplirla, repuso el doctor. En otros tiempos he hablado bastante bien este lenguaje, mucho más fácil de lo que generalmente se cree. Sólo se trata de que entren bien en la memoria los signos convencionales que figuran con los dedos cada una de las letras que componen el abecedario, cosa mucho más fácil para nosotros que para unos pobres niños privados del oído y de la palabra. Luego adoptaremos otros signos abreviados para los objetos usuales. Apuesto que en tres días llegaremos á entendernos perfectamente. Mirad, hé aquí la figura que representa la A.

Y el doctor puso los dedos tal y como los ponen los mudos para figurar dicha letra.

—Esta es la B, la C, prosiguió.

Y todos procuraron reproducir aquellos signos.

—A fe mía, creo que lo recuerdo bastante para constituirme en profesor, dijo el Sr. Briet sacando su cartera y escribiendo rápidamente algunas notas con lápiz. Es raro que una cosa así pueda quedarse en un rinconcito de la memoria como un paquete de cartas olvidadas en un cajón, y que vuelva á aparecer el mejor día completa y sin merma alguna. Y poniéndonos en lo peor, si nos faltan algunos signos, los crearemos nuevos, añadió. ¿Quién puede impedírnoslo? No hay aquí Academia que nos imponga leyes.

Los discípulos, ávidos de poderse comunicar sus impresiones fuera del Observatorio, aprovecharon lo dicho por el maestro, y gesticulaban á porfía. El astrónomo, mirando á Virgilio, que estaba desde hacía un momento en el umbral de la habitación inmediata maniobrando también, creyó que aquel muchacho tenía prisa para aprender; pero fijándose más, comprendió que las señas de Virgilio no eran figuras del abecedario, sino que le llamaba por detrás de la señorita Kersain, indicándole con aquella mímica que tenía algo que comunicarle á él *solo*.

Norberto le dió á conocer con una mirada que le había entendido, y dejando la mesa al cabo de uno ó dos minutos, con el pretexto de mirar un reloj marino, pasó á la galería de los anteojos, adonde Virgilio le siguió en seguida.

—Señor, dijo inclinándose hacia el oído de su amo: ¡aquí hay ladrones!...

—¡Ladrones!... ¿Qué quieres decir?

—Acabo de encontrar la despensa completamente saqueada. Cajas de conservas, bizcochos, azúcar, café, han desaparecido por centenares de kilogramos. Todo está en desorden; los cajones abiertos, las cajas vaciadas y los géneros esparcidos por el suelo; se diría que una cuadrilla de árabes ha pasado por aquí. Y esto se ha hecho en el poco tiempo que hemos estado fuera, puesto que no hacía mucho que había yo salido de la despensa con el barril de agua, y lo dejé todo muy ordenado.

—¡Es posible que sir Bucephalus!...

—¿Sir Bucephalus llevarse todo cuanto falta? ¡Quiá, no, señor! Han debido ser ocho ó diez por lo menos. Y además, apostaría cualquier cosa á que el *baronnet* no ha entrado aquí siquiera, y que no es él quien ha tocado al *lunch*.

—¿Qué te hace suponer tal cosa?

—Todo. El modo de empezar el jamón y de cortar las carnes. Nadie es más cuidadoso de eso que el señor inglés. Nosotros, sirviendo á la mesa, nos fijamos en todas estas cosas, y luego... es verdad que tiene muy buen apetito; mas no lo bastante para comerse tan grandes tajadas. Sin contar con que

su servilleta ni siquiera ha sido desplegada; ni siquiera tocado su plato. No es nada de eso. Creedlo, señor; sir Bucephalus no ha vuelto, y me sorprendería mucho que volviera.

—Pero en fin, ¿qué quieres decir?

—No lo sé. Lo que afirmo, y de lo que estoy cierto, es que aquí han venido ladrones no hace aún una hora, ni tal vez media; y que han cogido, no sólo una enorme cantidad de víveres, sino también...

—¿Qué?

—¡Armas y municiones! Mi carabina, que estaba detrás de la puerta de la despensa, y la del doctor, que se hallaba colgada en el salón; no ha notado este señor la falta, pero yo sí.

—Tienes razón, dijo Noberto convencido; mas no digas ni una sola palabra de esto delante de la señorita Kersain. Es preciso que no sospeche siquiera...

—Bien habéis visto, señor, que nada dije en su presencia, replicó Virgilio.

—Es verdad, y no sé por qué te recomiendo la prudencia. Eres, con seguridad, el más previsor y el más listo de todos nosotros. Gracias, mi buen Virgilio.

CAPÍTULO IV

SIMPLE CATALEPSIA

Después de examinar la despensa y asegurarse de que Virgilio no había exagerado en nada, Norberto mandó llamar al doctor Briet á la galería de los anteojos para celebrar consejo con él y con su fiel servidor. ¿Quienes podían ser aquellos singulares ladrones que se apoderaban de los víveres y dejaban la espléndida vajilla de plata del *baronnet*? Esta circunstancia parecía denunciar más bien la existencia de animales desconocidos que la presencia de seres racionales; pero, por otro lado, el robo de las armas no acusaba á ningún animal, y sí á individuos dotados de inteligencia... Importaba, pues, saber lo más pronto posible á qué atenerse, y, por lo tanto, urgía organizar una batida metódica que diera por resultado resolver esta duda y saber qué había sido del pobre *baronnet*.

Como la expedición pudiera ser peligrosa, se convino que dejarían á la señorita Kersain y á Fatima bajo la custodia de Tyrrel, y que el doctor y Virgilio, armados hasta los dientes, acompañarían á Norberto en el reconocimiento que se hacía necesario practicar. Acordado así, llamaron al criado modelo para comunicarle esta decisión, recomendándole con gran encarecimiento que no incomodara para nada á las jóvenes, que no les dijera el objeto de aquella salida, que cerrase la puerta con llave, que tuviera armas preparadas al alcance de su mano y que no permitiese á nadie la entrada, como no fuera á ellos ó el *baronnet*.

Tomadas estas disposiciones, los tres se equiparon lo mejor que pudieron, cargaron con cuidado sus fusiles de repetición con balas explosibles que habían ido á escoger al arsenal, y luego, despidiéndose de Gertrudis, le dijeron que

iban á dar un paseo en busca del inglés.

—¿Por dónde empezaremos? preguntó el doctor en el momento de salir.

—Mi parecer es que vayamos hacia el *Mar de la Serenidad*, respondió Norberto.

—¡El mar! exclamó Fatima dando palmadas. ¡Oh ¡Cuánto me gustaría verle, y sobre todo, bañarme con mi amita como en Souakim!...

—No te alegres tan pronto, Fatima, dijo Norberto, pues en el mar de que hablo no hay agua.

—¿Un mar sin agua?

—Hija mía, no hay ni una sola gota en toda la superficie de la Luna ni en su atmósfera; y ya hubiéramos sufrido los terribles tormentos de la sed si no tuviésemos felizmente las cisternas bien provistas de ese líquido tan necesario para la vida. En cuanto al mar de que hablo, es como todos los de aquí; una sencilla llanura de arena.

—¿Entonces por qué los llaman mares? preguntó Gertrudis.

—Porque los primeros astrónomos que los distinguieron hace ciento cincuenta ó doscientos años, tomaron por tales esas vastas hondonadas, cuya forma y aspecto representan, poco más ó menos, lo que serían nuestros Océanos terrestres si desapareciera el agua que contienen. A nuestra vuelta os daremos detalles completos, pues voy á estudiar esta cuestión como no se ha estudiado nunca.

—Pues bien, en ese caso, marcháos pronto, dijo Gertrudis, porque si no la noche os sorprenderá, toda vez que deben de ser ya, por lo menos, las dos ó las tres de la tarde... Aunque no estoy cierta de lo que digo, porque están parados todos los relojes.

—No hay motivos para temer que la noche nos sorprenda, replicó Norberto riendo. Si mis cálculos no me engañan, tenemos aún delante de nosotros algo así como doscientas sesenta y cuatro horas de día.

—¡Es posible! ¿Tan largos son los días lunares?

—Duran, por término medio, catorce veces veinticuatro horas. El año lunar no tiene más que doce días.

—¿Y no dormiremos mientras sea de día? preguntó asustada Fatima.

—Nadie nos lo impedirá; antes por el contrario, será preciso, dadas nuestras costumbres terrestres, que establezcamos períodos para el descanso. Sólo que dormiremos de día.

—¿Y cuando venga la noche, ¿será también muy larga, Sr. Mauny?

—Exactamente igual. Durante catorce veces veinticuatro horas no tendremos más luz que la de las estrellas y la de la Tierra.

—¡Qué raro será eso! exclamó Fatima.

—Una cosa parecida á lo que ocurre en las regiones antárticas del globo terrestre; pero... procedamos á nuestra exploración. Vamos, doctor, en marcha. Virgilio, ¿has cogido los mapas, el compás, el barómetro y todo cuanto hace falta?

—Sí, señor.

—Pues bien, adelante. Ya nos quedamos mudos hasta la vuelta.

—Una palabra aún, imploró el doctor. ¿Cómo se portará aquí el barómetro?

—Lo mismo que en la Tierra, con muy poca diferencia, y esta es una circunstancia que nos favorece mucho. Ved; tenemos aquí una altura mercurial de 772 milímetros, y fuera encontraremos poco más ó menos lo mismo. Esto nos permite conservar nuestra provisión de aire con una facilidad relativa, y agitarnos impunemente en esta atmósfera tan tenue de la Luna.

—Si es tan tenue, ¿de dónde proviene entonces que la presión barométrica sea igual á la que acostumbramos tener?

—No hay otra explicación posible que una, y es: que la atmósfera lunar es mucho más alta que la de la Tierra; y notad que esto concuerda precisamente con la intensidad menor del peso en la superficie de este mundo, y explica además muy bien, que esta atmósfera sea invisible en la Tierra. Todos los hechos se encadenan. Pero ya hemos charlado bastante, doctor. Vámonos sin más tardar.

Y los tres exploradores bajaron rápidamente el camino del pico y luego la

pendiente del gran cráter que le servía de pedestal, encontrándose pronto en la llanura de que hemos hablado, llena de volcanes secundarios. La recorrieron sin detenerse, y dirigiéndose al Sudoeste, no tardaron en llegar á una inmensa hondonada arenosa que se extendía fuera del alcance de la vista, ó sea del horizonte sensible, y que, como lo había previsto el jóven astrónomo, se parecía en todo al Sahara, con la diferencia de que en esa inmensidad no existía ni un oasis, y que la luz solar era aún más intensa que en el desierto africano.

Si hubiera habido allí un ser viviente, y aun se puede decir muerto, se le hubiera visto á diez leguas de distancia; pero no existía el menor vestigio de ningún ser, y, por consiguiente, el *baronnet* no se hallaba por aquellos sitios.

—¡Vamos á registrar por los Apeninos! escribió Norberto en su cartera, que presentó á sus compañeros.

La gran cadena de montañas, de la que ciertos picos, medidos con cuidado por los astrónomos terrestres, no se elevan á menos de tres mil metros sobre *el mar de la Serenidad*, confina con éste al Noroeste, corriéndose desde allí hacia Levante. En menos de una hora de marcha los viajeros habían escalado los primeros contrafuertes, y vieron que aquella sierra, como era de esperar y como se ha supuesto en la Tierra, estaba formada, ó, mejor dicho, era un amontonamiento prodigioso de rocas plutónicas, elevándose por gradación encima de unas verdaderas filas de cráteres apagados.

A pesar de la débil intensidad del peso en la superficie del suelo lunar, la marcha no fué fácil por entre aquellos restos colosales de antiguos cataclismos. No obstante, los tres franceses exploraron minuciosamente la región de la sierra en que se hallaban, escalaron sucesivamente todas las mesetas y concluyeron por encontrarse en una cima desde la que se dominaban las dos vertientes hasta una distancia de unas sesenta leguas.

El barómetro señalaba una altura de 3.253 metros.

En vano buscaron con los anteojos en todas las direcciones de ese inmenso círculo; la soledad era allí tan completa como en el fondo desecado del océano lunar.

Norberto acababa de bajar su anteojo y se disponía á dar la señal de la vuelta al Observatorio, cuando llamó su atención una roca en forma de pirámide que dominaba la cima en que se había detenido. Se acercó, y vió que indudablemente había sido colocada allí por una mano humana; estaba en bruto, calzada con cuidado en su base por guijarros que la impedían caerse. Y para que no existiera duda alguna acerca de su origen, se leía en uno de sus frentes la siguiente inscripción latina:

SIR BUCEPHALUS COGHILL, *baronnet*
Primus inter mortales
Lunæ montes Apenninos adiit
MDCCCLXXXIV

Lo que significa: «El *baronnet* sir Bucephalus Coghill es el primero entre los mortales que ha subido á los montes Apeninos de la Luna.»

—Vamos, se dijo Norberto riendo y mostrando la inscripción al Sr. Briet; es sencillamente para esto para lo que el *baronnet* se ha escapado. A la vuelta le encontraremos en el redil... ¿Quién hubiera creído capaz de tal vanidad al Sr. Coghill?

Muy satisfechos del resultado de sus indagaciones respecto al inglés, los tres exploradores volvieron á emprender la marcha hacia el Observatorio. Desde la altura en que se hallaban, vieron un camino que les pareció más directo, y se apresuraron á seguirle. Era una especie de desfiladero profundamente encajonado, que iba en línea recta hacia el cráter de Rheticus, y que debía haber sido formado por la fuerza de las aguas de algún torrente. Había en este camino sombra, frescura y otra cosa mejor aún, y es, que los viajeros notaron de repente que el eco repetía el ruido de sus pasos. Se hallaban, pues, rodeados de una atmósfera menos tenue que la normal.

Norberto quiso asegurarse de ello y se quitó el respirador; mas tuvo que volvérselo á poner en seguida, porque observó que aquel ambiente no era bas-

rante denso aún para la vida animal, notando á la vez que no había indicio alguno de vegetación.

Aquella capa de aire era probablemente un resto de atmósfera terrenal detenido en aquellas profundidades.

Tal fué, á lo menos, lo que pensó el joven sabio.

El antiguo torrente daba la vuelta al Rheticus, y por consiguiente, también al Tehbali; de modo que llevaba á los viajeros al Observatorio por la vertiente opuesta á aquella por donde habían bajado. Como es de suponer, aprovecharon esta circunstancia para inspeccionar aquel lado del pico, y esa inspección los condujo al sendero que pasaba por delante de la sepultura del enano de Radameh, y los puso de repente en presencia de un espectáculo inesperado.

La piedra que cubría la tumba se había caído por efecto del movimiento que hiciera el Tehbali en su cambio de posición, y el cadáver aparecía descubierto en el hueco de la roca, en la misma posición en que lo depositara la guardia negra.

Norberto y Virgilio, sintiendo repugnancia, apartaban la vista, y se preparaban á poner otra vez la piedra que cerraba la abertura, cuando el doctor, que se había acercado á aquel cuerpo y le miraba con una curiosidad propiamente científica, se bajó de repente, y cogiendo la mano del muerto, examinó con atención una mancha encarnada que había en ella, bastante notable, y que parecía debida á la acción solar.

El Sr. Briet se había vuelto hacia sus compañeros, y notando su aire sorprendido, escribió en una hoja de su cartera:

—Jamás se ha visto una insolación en un cadáver. ¡Es inverosímil, aun en la Luna!

Norberto leyó con interés esta protesta de un médico, bien seguro de que en el número de las señales de muerte más incontestables, se cuenta la imposibilidad de hacer levantar la epidermis bajo la influencia de una quemadura. Vió entonces al doctor, que quería sin duda tener la explicación de esa paradoja fisiológica, sacar de su bolsillo un estetóscopo, aplicarle al pecho del enano, y escuchar con atención. Pero ¡ay! no había sonido en el satélite de la Tierra; el Sr. Briet lo recordó en seguida, y por consiguiente, como la ausencia de todo *ruido* del corazón no era de ningún modo concluyente, se apresuró á descubrir aquel miserable cuerpo y á aplicar con fuerza la palma de la mano en la región cardiaca.

No se equivocaba, no. Una pulsación débil, casi imperceptible, se dejó sentir, y antes de que Norberto y Virgilio, estupefactos, comprendieran lo que quería hacer el doctor, éste se levantó, cogió en sus brazos al enano, como hubiera podido tomar á un niño de seis meses, y se lo llevó corriendo hacia el Observatorio.

Sus compañeros le siguieron, corriendo también.

El Sr. Briet llegó con su ligera carga, atravesó la sala de *las Manettes* en presencia de Tyrrel, completamente pasmado, y de la señorita Kersain y Fatima, mudas de horror. Entró escapado en su habitación, dejó al enano en su propia cama y se puso á darle con un cepillo fricciones desde la cabeza á los pies; y al mismo tiempo, por medio de un tubo de plata que había sacado de su bolsa de instrumentos, soplaba en la boca del supuesto muerto, pero no sin haber estirado antes con unas pinzas la lengua, excesivamente encogida.

Y gracias á esos medios heroicos, Norberto vió revivir al enano de Rhadameh entre las manos del doctor. Le miraba respirar cada vez con más facilidad, contraerse y retorcerse debajo del cepillo, encarnado como una langosta acabada de cocer, y luego toser, estornudar, abrir, por fin, los ojos y murmurar en francés:

—¡Tengo sed!

—¡Tiene sed! ¡El bribón pide que le den de beber! exclamó el doctor casi tan encarnado como su improvisado cliente. Virgilio, ya podéis darnos á ambos un vaso de vino añejo. ¡Bien lo merecemos!...

Norberto se preguntaba si no estaba soñando; y, sin embargo, la duda no era posible. ¡El enano, el mismísimo enano, considerado como muerto hacía por lo menos quince días, y enterrado

con acompañamiento de toda la guardia negra, lo tenía allí, ante su vista, perfectamente vivo, respirando y hablando! ¡Esto, aun en la Luna, excedía la medida de las excentricidades permitidas! ¿Tendría acaso este satélite la propiedad de comunicar una nueva vida á los organismos terrestres? En verdad que el joven astrónomo no sabía qué pensar acerca de ello.

El doctor estaba demasiado ocupado para que se le pudiese hablar. Después de nuevas fricciones hizo aspirar á su enfermo oxígeno puro y le vertió en la faringe medio vaso de vino generoso, y bebiéndose él uno entero, se limpió con aire satisfecho el sudor que inundaba su frente.

—¡Por fin! exclamó Norberto en el colmo de su impaciencia. ¿Podéis darme la clave de este enigma?

—¿La clave de este enigma? Pues es cosa bien sencilla, respondió riendo el Sr. Briet. Estamos en presencia de un caso de catalepsia, y, lo que es más, de *catalepsia voluntaria*. Ya sabía yo, desde larga fecha, que ciertos juglares y *fakires* indios obtienen este resultado, pero jamás había tenido ocasión propicia para observarlo yo mismo; así es que tenía mucha curiosidad de verlo. Ya he tenido ese gusto, pues sois testigo de que el mozo presentaba todas las apariencias de la muerte y que ha estado sepultado. ¿Cuánto tiempo? Lo menos dos semanas, ¿no es verdad?

—Trece días, si no me equivoco.

—Menos que el *fakir* de Ceilán observado por el doctor Sierk, que estuvo enterrado *seis meses*, según leí en los periódicos. Pero es preciso ser justo: hemos incomodado á este señor despertándole de su tranquilo sueño, en el que tal vez podía estar *seis años*.

—Que sean seis meses ó seis días, el caso es el mismo, y el prodigio no es menos extraordinario. ¿Cómo lo explicáis?

—Por procedimientos los más elementales. Los *fakires* y juglares indios empiezan por acostumbrarse á reducir al mínimum su gasto vital, mediante largas sesiones de inmovilidad. Se ejercitan en detener la respiración y en vivir en cajas más ó menos herméticamente cerradas, primero algunas horas después durante días enteros, y, por fin, semanas y meses. Tienen aún otro medio mejor; aprenden á *llenar* su estómago como si fuera un depósito de aire atmosférico, que saben hacer pasar á sus pulmones en muy pequeñas dosis. Para facilitar esto se cortan el frenillo de la lengua, operación que les permite echarla hacia atrás á fin de obstruir la glotis manejando á su placer la epiglotis, y abrir ó cerrar á su antojo el conducto aéreo. En fin, saben hipnotizarse ellos mismos mirando fijamente la punta de su nariz, y llegan á hacer casi insensible, por una contracción de los músculos torácicos, el movimiento de su corazón. Poseen también venenos desconocidos de la química europea, y que por cierto producen un efecto instantáneo.

Ya podéis comprender cómo, combinando todos estos medios, consiguen esos juglares, que son artistas en su género, aparecer como difuntos, permitir hacerse enterrar y permanecer sepultados durante una temporada más ó menos larga. Viven entonces, ó más bien vegetan, en la tumba, hasta el día en que sus amigos les sacan de allí para exhibirlos. En el caso observado por el doctor Sierk, el supuesto muerto había sido enterrado á un metro de profundidad, y sobre su sepultura se sembró maíz, que creció, fructificó, y después de recogida la semilla... ¡desenterraron aquel cuerpo y le hicieron volver á la vida!...

Norberto escuchaba aquellas explicaciones con el más vivo interés; pero éste no era nada comparado con el que dejaba adivinar Kaddour, que, vuelto completamente en sí, con los ojos muy abiertos y el oído atento, no perdía ni una sola palabra de cuanto decía el doctor, quien, observándolo, creyó oportuno suspender su conferencia, aunque sin renunciar por eso á proseguirla más tarde.

—Vamos á ver, muchacho, repuso dirigiéndose al enano y poniéndole afectuosamente la mano en la cabeza con una franqueza profesional: ¿decididamente estamos mejor? Es necesario que no vuelvas á empezar la burla, porque con

sotros no produciría efecto. ¿No es rdad? Virgilio te dará dentro de poco na taza de caldo, un bizcocho de Reims y medio vaso de vino de Burdeos... spués echarás un buen sueño, y cuan- despiertes te encontrarás como si da cosa hubiese sucedido.

Al oir hablar al señor Briet de este odo á aquel ser deforme y malévolo ue tan cerca había estado de sufrir un uplicio bien merecido, del que no es- apó sino simulando la muerte por el eneno, hubiera podido creer, cualquiera ue no supiese quién era el enano, que e dirigía al más virtuoso, al más in- ofensivo ó al más interesante de los seres.

Tal es la fuerza del sentimiento cien- ífico, especialmente en los médicos, ue hace á éstos olvidarse de todo en un caso dado, y no les permite esta- blecer distinción alguna entre los en- fermos. No existen ya para él ni chico ni grande, ni pobre ni rico, ni crimi- nal ni hombre honrado; sólo ve al pa- ciente objeto de sus inteligentes cui- dados.

Y por lo que respecta á nuestro buen Esculapio, fué tal la fuerza del ejemplo, que todos los habitantes del Observato- rio hicieron lo mismo; olvidaron los crímenes de Kaddour para no ver en él más que un fenómeno curioso en primer lugar, y después á un hermano desgraciado, á un compañero de infor- tunio y á un desterrado de la Tierra, cual lo eran ellos.

Cuando pudo levantarse y venir á la galería de los anteojos, prepararon para él una cama volante, y cada cual se apresuró á demostrarle el interés que les inspiraba.

Norberto le dió ropa suya; Gertrudis le trajo un *consommé* que acababa de preparar ella misma; Fatima le presentó un juego de ajedrez, ofreciéndose á ser su adversario si quería entretenerse; y en cuanto á Virgilio, hacía seis horas que le prodigaba los más atentos cui- dados.

Sólo Tyrrel Smith se hacía el reservado, y hasta parecía pensar que todas aque- llas atenciones eran indebidas; pero en el fondo, lo que le faltaba para deci- dirse á tomar un partido era la pre- sencia de sir Bucephalus. Si hubiera visto á su amo mostrarse benévolo con Kaddour, se hubiera creído obligado á imitarle; pero, en ausencia del *baronnet*, se abstenía.

El resucitado guardaba un obstinado silencio y no respondía á tan señala- das muestras de bondad. Sólo parecía alegrarse cuando veía al doctor y éste le dirigía la palabra.

Pero, sin embargo, cuando comprendió que aquella general simpatía era real y no afectada; cuando entendió que le per- donaban sus crímenes y que le trata- ban sinceramente como amigo; cuando notó que se olvidaban del pasado hasta el punto de ofrecerle á cada comida un sitio en la mesa, tanta generosidad acabó por vencerle, y prorrumpió en so- llozos.

Esta crisis fué la señal de un cam- bio radical en su actitud y en su modo de ser.

No habló más; pero una expresión de tristeza y casi de dulzura reemplazó en su fisonomía el aire de sombría recon- centración que se veía en ella. Era evi- dente que una inusitada fiebre vibraba en aquel ulcerado corazón.

Por primera vez en su vida el odio se le hacía molesto, y se podía leer á veces en su mirada cierta especie de dolorosa admiración.

—¡Cómo! decía aquella mirada: ¿hay gentes buenas y honradas fuera de las ficciones y de los cuentos de los poe- tas? El mundo, ¿no se compone sólo de verdugos y de víctimas, de conquista- dores y de vencidos? ¡Existen seres que viven sin ira, hacen el bien por el único placer de hacerlo, desdeñan la venganza y están alejados, tanto de la cobar- día del esclavo como del furor del dés- pota!...

Y recordando entonces lo horrible de las culpas que manchaban su concien- cia, y comparando la conducta de sus bienhechores con la que él hubiera se- guido en igualdad de circunstancias, se llenaba de remordimientos y de confu- sión.

Por una simpática intuición, Norberto y Gertrudis adivinaban que bajo los tu- multuosos sentimientos que se dibuja- ban en aquella faz de condenado, exis-

tía una historia llena de dolores y de penas; y como ambos jóvenes tenían un gran corazón, veían en esto un motivo más para aumentar sus atenciones respecto á aquel infortunado, y llevaban su delicadeza hasta el punto de no hacer nunca ninguna alusión al pasado.

Y, sin embargo, tenían gran curiosidad por conocer á fondo aquella personalidad enigmática, aquellas pasiones gigantes en tan menguado cuerpo; tanta misteriosa ciencia unida á tanta barbarie; la aparente abyección de su papel cerca del *mogaddem* de Radameh y el formidable poder de que le habían visto disponer.

Pero Kaddour quería guardar el secreto de su vida, y bastaba eso para que no le preguntasen nada.

CAPÍTULO V

HISTORIA DE KADDOUR

Poco á poco el enano de Rhadameh iba modificando su carácter bajo la acción de aquella atmósfera de benevolencia; pero sólo el Sr. Briet tenía el talento de sacarle algunas palabras, burlándose alegremente de sus juegos mágicos.

Cuando el doctor hablaba, se veía á Kaddour iluminar su rostro con una sonrisa y alegrarse después hasta el punto de responder en el mismo tono jovial ó serio que usara el médico, y sostenerse con él como un augur contestando á otro augur. Y en verdad que en ciertas ocasiones revelaba conocimientos tales y conversaba de tal modo que era imposible no llamase la atención.

—¡Este mozo es un pozo de ciencia, una verdadera enciclopedia! decía el doctor Briet. Física y química; fisiología y matemáticas; Historia natural y medicina; lenguas vivas y arte militar; nada le es extraño, y hasta parece que todo esto lo conoce á fondo... Muchas veces me devano los sesos queriendo adivinar en dónde y cómo ha aprendido tanto como sabe, y la curiosidad me aguijonea para preguntárselo; pero no sé qué escrúpulo me detiene en seguida.

—Un reparo muy natural, respondió Gertrudis. Habéis salvado la vida á ese desgraciado, y pensáis que pedirle cuenta de ella y sus antecedentes, es en algún modo exigir el pago del favor que le habéis hecho.

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡Creo, á fe mía, que tienes razón! exclamó el Sr. Briet. Pero hay también otro motivo, añadió sonriéndose; y es el vago sentimiento de que Kaddour me contaría, si le interrogara, historias inverosímiles.

Y tal vez el doctor tuviera razón, pues lo cierto es que, á pesar del cambio operado en el enano, no existía aún esa armonía, esa cordial correspondencia que

las circunstancias reclamaban entre él y sus favorecedores. Parecía así como si estuviera contristado su espíritu, ó agobiado por un peso que le impedía abandonarse á la corriente de simpatía que le arrastraba.

Indudablemente sostenía gran lucha en su alma, y una circunstancia fortuita acabó por dar la clave de aquella lucha. Hablando un día Norberto en la mesa delante de Kaddour, hubo de recordar una de las fechorías cometidas por Coserus Wagner, Peter Gryphins y Vogel, y añadió con espontaneidad y franqueza:

—¡Suerte, y no pequeña es, en medio de nuestra aventura, que *esos canallas* no estén con nosotros!...

No bien fueron pronunciadas estas palabras, los ojos de Kaddour se iluminaron hasta el punto de parecer que lanzaban llamas; titubeó un instante, y luego, armándose de valor, dijo, dirigiéndose á Norberto en tono modesto y cortés:

—Caballero, ¿me permitís haceros una pregunta?

Era la primera vez que hablaba de ese modo, y al oirle todos levantaron la cabeza.

—Con mucho gusto, replicó el astrónomo; estoy á vuestra disposición para responderos.

—¿Sería indiscreto preguntaros, prosiguió Kaddour, si las personas que acabáis de nombrar se cuentan en el número de vuestros amigos?

—¿Quién... Wagner, Gryphins y Vogel?...

—Especialmente los dos últimos.

—Seguramente que no; ni son, ni han sido, ni serán nunca amigos míos.

—Pero yo creía, balbuceó el enano en tono turbado, que eran socios vuestros.

—Socios si se quiere, lo han sido; pero también enemigos míos, y muy encarnizados, pues no han retrocedido ante ninguna infamia para echar á perder mi empresa.

—¡Es posible! exclamó Kaddour levantándose. ¡Ah! ¡Todo lo comprendo ahora!... Ellos son los que mandaron el aviso al *mogaddem* por medio de un árabe para denunciar vuestro proyecto. ¡Cuánta ha sido mi ceguedad y mi locura! Pero esos hombres, repuso el enano fijando en Norberto sus ojos, que despedían llamas; esos hombres que habíais admitido para seguiros al Sudán, ¿eran desconocidos para vos é ignorabais lo que son y lo que han sido?

—Lo ignoraba en absoluto. Eran colaboradores de casualidad, impuestos por las circunstancias, ó, por mejor decir, eran simples interventores financieros, completamente extraños para mí. ¡No sé quiénes son, ni de dónde vienen, y... bien mirado, ¿qué me importaba á mí eso?

—¡Pero sí á mí, que lo sé, y voy á decíroslo! exclamó Kaddour, dominado por la más viva emoción. Me importa, pues es mi única disculpa por el mal que os he hecho y por el que he querido haceros. Me importa, porque acabáis de echar por tierra la única barrera que existiera entre vos y mi agradecimiento. Pero... ¿cómo podía yo saber?... ¡Os confundía á todos en el odio que les tengo! ¡Ah, Sr. Mauny, qué feliz soy al saber que no tenéis por amigos á esos hombres! ¿Es verdad que no me engañáis? Porque si así no fuera, á pesar de todas vuestras bondades, yo no podría serlo vuestro.

Y el pobre enano lloraba como un niño, apretando la mano leal que le tendía Norberto.

—¿Conocéis, pues, á Gryphins y á Vogel? preguntó el doctor.

—¡Si los conozco!... exclamó Kaddour con acento terrible. ¿Si conozco, decís, á los dos malvados que me han robado mi parte de felicidad en la tierra y hasta la apariencia de un ser humano? ¿Si conozco á los verdugos que durante quince años me han sometido á la más espantosa tortura, para hacer de mí la irrisión del universo? ¡Si! los conozco... y los odio hasta tal punto, que por tenerlos un minuto entre mis manos, por hacerlos expiar la milésima parte de mis dolores, daría y haría todo cuanto se pueda dar y hacer en el mundo...

Había en estas palabras tal sentimiento de ira y de rabia endemoniada, al par que de justicia, que era imposible oirlas sin estremecerse; y ninguno de los oyentes pensó en vituperar al enano por su violencia. A pesar de su exterior grotesco, Kaddour les inspiraba aún más respeto que piedad; y sin sospecharlo siquiera, cedían, respecto á este punto,

á la impresión que el enano producía en cualquier parte que se presentase.

Los ignorantes, deslumbrados por sus prestigios, veían en él un ser sobrenatural; y las personas más ilustradas le reconocían una inteligencia superior, aun cuando condenaran sus procedimientos de embaucador y charlatán; mas ahora, que acababa de descorrer el velo que ocultaba su existencia y de dejar entrever las amarguras sufridas, la majestad de la desgracia se unía, para llamar la atención, al poder de su genio y á la singularidad de su figura, y todos guardaban silencio, esperando con vivo interés que les diera explicaciones más completas.

Kaddour quedó un instante como absorto en sus dolorosos recuerdos, y luego, levantando la cabeza:

—Poco os importa, supongo, dijo con voz sombría, oir el relato de mi vida. Las torturas que he sufrido no os causarían sino lástima, y es un sentimiento que aborrezco tanto como la ironía.

Todos le aseguraron á una que la viva simpatía que les inspiraban sus infortunios no era una mera compasión, y el doctor, hablando de su *curiosidad científica*, consiguió decidir al enano á empezar el relato de su vida.

—Os sorprenderéis tal vez, dijo, al saber que somos compatriotas. Creo que soy francés, aun cuando no poseo pruebas ciertas de ello, porque lo mismo carezco de estado civil que de forma humana. Me llaman Kaddour, pero tengo así como un vago recuerdo de que cuando era pequeñito llevaba el nombre de Carlos, si bien el apellido nunca lo supe ni lo sabré. Mis padres, mi patria, mi sitio en el hogar de la familia... todo me ha sido robado en la alborada de mi vida. Ciertos hechos sueltos y palabras sorprendidas por mí, largamente meditadas, y hasta el conocimiento del idioma francés, que siempre he hablado sin aprenderlo, me han convencido de que he nacido en Francia. Y os confieso que me he aferrado siempre con afán á esta idea, pues me hubiera sido odioso tener la misma nacionalidad que cualquiera de mis verdugos.

Tendría yo dos ó tres años cuando me robaron.

Mis padres, según lo poco que recuerdo, debían habitar en un pueblecito muy alegre, y ser agricultores; pues cuantas veces en mi vida he visto viñas, he experimentado esa sensación que sólo se experimenta al hallarse uno en su círculo natal. Mi familia debe de ser borgoñona, bordelesa ó del Languedoc; mas sea esto lo que fuere, empezaremos por fijarnos en el comienzo de mis desgracias. Un día unos titiriteros que llegaron á mi pueblo plantaron su tienda cerca de mi casa, y, como es natural, me llevaron á ver la función. Desde entonces no soñaba yo más que con caballos, clowns y perros sabios. Una tarde, empujado por la curiosidad, me deslicé, arrastrándome por el suelo, debajo de la tienda de campaña, que á mí me parecía ser aquello el recinto del paraíso.

Estaba allí hacía algunos instantes, mirando con gran atención á los saltimbanquis embalar todos sus accesorios para marcharse, cuando una gruesa mano me asió por la cabeza, y cerrándome la boca, me llevó y me tiró en un rincón muy oscuro, en donde después de mucho llorar, me dormí. Cuando me desperté, me encontré en uno de esos enormes carros que parecen casas ambulantes, que tanto me habían maravillado, y que he conocido demasiado bien después, por mi desgracia. Mi suerte estaba echada; en adelante formaría parte de una tropa nómada, y durante quince años había de ser cosa suya.

Encontraréis tal vez sorprendente que haya conservado recuerdos tan fijos de ciertas cosas, y tan vagos de otras. Ese es un fenómeno psicológico del que yo no puedo darme cuenta; pero lo cierto es que si no tengo seguridad alguna respecto á la edad que podría tener, siempre he conservado en mi imaginación un jardinito lleno de sol, los besos de mi madre y la alegre y dulce sonrisa de mi padre; esas son cosas que ni el tiempo, ni la distancia, ni los salvajes tratamientos que he sufrido, han podido borrar jamás.

El enano se detuvo un instante como si se recreara contemplando esas tan suaves como lejanas imágenes, mien-

tras que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Peter Gryphins é Ignaz Vogel, prosiguió, eran los propietarios y directores de aquel circo ambulante. Esos miserables tenían consigo un enano que era por entonces el principal atractivo de la Compañía; pero ese enano acababa de caer enfermo, y temiendo verle morir pronto y encontrarse privados de tal recurso, tuvieron la diabólica idea de fabricar uno artificial, condenándome á no crecer nunca. Para conseguirlo, me encerraron en un molde de hierro, en el que el desarrollo de mi cuerpo, apretado por vendas de lienzo, fué detenido, como se hace en China con los pies de las mujeres. El invento salió perfectamente como véis, pero no fué sin un gasto prodigioso de tiempo, de brutalidades y de lágrimas. ¿Qué les importaba á esos tigres de faz humana? Al cabo de algunos años el *general Midgy, ex comandante en jefe de los Mirmidones del sultán de Batavia*, fué exhibido en público.

Paso por alto las humillaciones, los insultos y los sufrimientos de todas clases, que eran mi pan de cada día; pero no los olvido, pues están impresos en mi memoria cual si estuvieran en un libro. Recorrimos muchos países, y en todas partes producía mi vista estúpida alegría en los curiosos; yo aprendí muchos idiomas, y en mi alma adquiría gran desarrollo el más feroz odio á todos los hombres.

Las ganancias fueron buenas durante mucho tiempo, no para mí, que no veía nunca un céntimo, pues me tenían siempre en el más estrecho cautiverio, sino para los dos malvados que me habían transformado en un monstruo. Más tarde, saciada ya la curiosidad, las entradas bajaron, y supe un día que me habían vendido al virrey de Egipto, que me regaló á sus hijos, como hubiera podido hacerlo con un caballito ú otro juguete cualquiera.

Desde aquella época no había vuelto á ver á los miserables autores de mi desgracia hasta el día en que me hallé cara á cara con ellos en el pico de Tehbali y en esta misma sala. Largos años habían pasado desde entonces; pero, sin embargo, no necesito deciros que mi odio y mi sed de venganza aumentaron cada vez más.

Viviendo en palacio con los hijos del Khedive, como un animal raro, fuí el mártir de aquellos niños mal educados. Y digo mártir, porque renovaron respecto á mí una antigua y odiosa costumbre de las casas reales, puesto que cuando aquellos salvajes niños merecían castigo, era yo el que lo recibía. Pero ¡qué me importaba! Estaba acostumbrado á los golpes y todo lo sufría con paciencia, principalmente allí, en donde tenía á lo menos un consuelo: la ciencia, que me abría sus brazos.

El Khedive, hombre bastante inteligente en su género, no descuidaba nada para la educación de sus hijos, y les daba, pagándoles á muy alto precio, los mejores maestros de Europa. Asistía yo á las lecciones de los príncipes, y mientras ellos bostezaban, aprendía historia, ciencias físicas y naturales, matemáticas y filosofía de los idiomas. Tenía yo mucho cuidado de que no observasen que atesoraba todas aquellas riquezas, porque de seguro me hubieran prohibido la entrada en la sala de estudio, y me alegraba mucho el pensar que el mismo Khedive me proporcionaba las armas con las que me vengaría alguna vez de la humillante esclavitud á que me veía reducido.

Con los conocimientos adquiridos, mi odio se había ensanchado, y no sólo quería castigar á los autores directos de mi miseria, sino á todos los que se habían hecho sus cómplices. Tenía horror á la humanidad entera, y soñaba con esclavizarla, para reirme de ella algún día; quería ser tan grande por la ciencia, por la fuerza y por el poder, que no se viera ya mi deformidad.

Y aprendí cuanto pudieron enseñarme los maestros de los príncipes.

Ya regularmente instruído, aproveché el momento en que Arabi-Bey preparaba su rebelión en la sombra, y fuí uno de los primeros en adivinarla y en servirla, ó, por mejor decir, él no fué más que un polichinela movido por los hilos que yo tenía en mis manos; pero dejándose corromper por el oro de los ingleses, fuimos por la traición sorprendidos,

más bien que vencidos por la fuerza, y me desterraron, juntamente con Arabi, á la isla de Ceilán.

Aquel destierro me fué provechoso para ensanchar mis medios de acción. La rebelión me había enseñado el arte militar, y en los alrededores de Punta de Gales entré en relación con unos *fakires* que me enseñaron secretos para influir sobre las imaginaciones orientales y enseñorearme de ellas, formando el proyecto de tomar como palanca política é instrumento de mi futuro poder el fanatismo musulmán, que se desencadenaba ya en el Alto Nilo, y me evadí de Ceilán para venir cerca de Souakim á inaugurar mi nueva carrera, dando al *mogaddem* de Rhadameh, en cuya compañía me conocísteis, una influencia que redundaba en provecho mío exclusivamente.

Salido á escena poco después el Mahdi y creciendo en importancia cada día más, volví hacia él mis miradas, seguro de deslumbrarle con mi ciencia y con mi magia, y de transformarle en instrumento de mis aspiraciones. Entonces fué cuando tuve ocasión de ir á Tehbali, en donde el encuentro fortuito de Peter Gryphins y de Vogel cambió por completo mis planes.

Quería muy de veras conquistar el Sudán, el Egipto y á todos los musulmanes, para lanzarlos después sobre Europa; pero, en primer lugar, deseaba vengarme de mis torturadores, hiriéndoles á la vez en su persona y en la obra que yo creía suya. Por este motivo es por lo que seguí todos vuestros pasos y os hice vigilar para aprovechar el primer momento favorable.

Cómo se han vuelto las cosas en contra mía; cómo, siendo vuestro prisionero, he tenido que recurrir á una muerte fingida para escapar del último suplicio, lo sabéis de más... Y ahora os aseguro que no siento ni mi derrota ni la ruina de mis ambiciones, pues me enseñan lo que ignoraba, y es que existen en el mundo personas honradas, capaces de pagar con beneficios las peores injurias. Tampoco siento encontrarme náufrago en la Luna, puesto que estoy con vosotros; pero sí que los verdaderos autores de mi miserable vida y de mis crímenes no estén aquí también para arreglar mi cuenta con ellos.

—¡Puede ser que algún día los halléis en la Tierra! exclamó Norberto riendo para disipar la tristeza que el lamentable relato que acababa de hacer el enano había producido en el auditorio; porque nada nos dice que el cataclismo haya sido fatal para los señores comisionados-interventores! ¡Y ya podéis suponer que no queremos quedarnos aquí hasta la consumación de los siglos!

—Sí; hablemos un poco de nuestra partida, dijo el doctor, que cogió al vuelo la intención de Norberto. ¿Pensáis que será posible?

—No he dudado de ello ni un solo instante, replicó el joven astrónomo, puesto que la buena suerte ha querido que llevemos con nosotros todo lo necesario. Se trata únicamente de poner los insoladores en estado de funcionar, pues algunos han sufrido desperfectos por causa del choque, y de componer con cuidado algunos órganos esenciales del mecanismo eléctrico.

—Entonces, ¿por qué no hacerlo en seguida? dijo Gertrudis con cierta viveza.

—¡Cómo, señorita! ¿Tanto os aburrís en la Luna? le preguntó Norberto.

—No, en verdad; no me aburre, y no daría mi sitio por nada de este mundo, quiero decir, de nuestro mundo, del mundo terrestre. Sin embargo, si tuviera ante mí la perspectiva de concluir aquí mi vida, de no volver á ver á mi padre, ó de tener que esperar demasiado tiempo la hora de verle, me parece que tendría algún derecho para quejarme de mi suerte.

—En cuanto á mí, repuso Norberto, confieso que me conformaría con mucho gusto en pasar aquí un año ó dos, aunque no fuera más que para enriquecer la ciencia con nociones importantes; pero tranquilizáos, señorita... es imposible; no tenemos bastante aire para eso; mas creo que consentiréis en pasar aún aquí la noche lunar, cuando ésta reemplace al día.

—¡Una noche de catorce veces veinticuatro horas será muy lúgubre! En fin, no hay más remedio que obedeceros, señor astrónomo, puesto que nues-

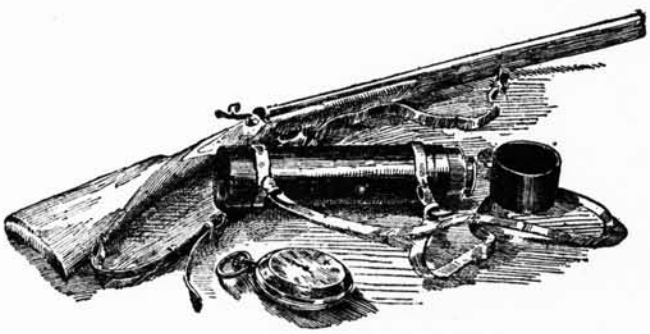
tra vuelta á la Tierra depende de vos.

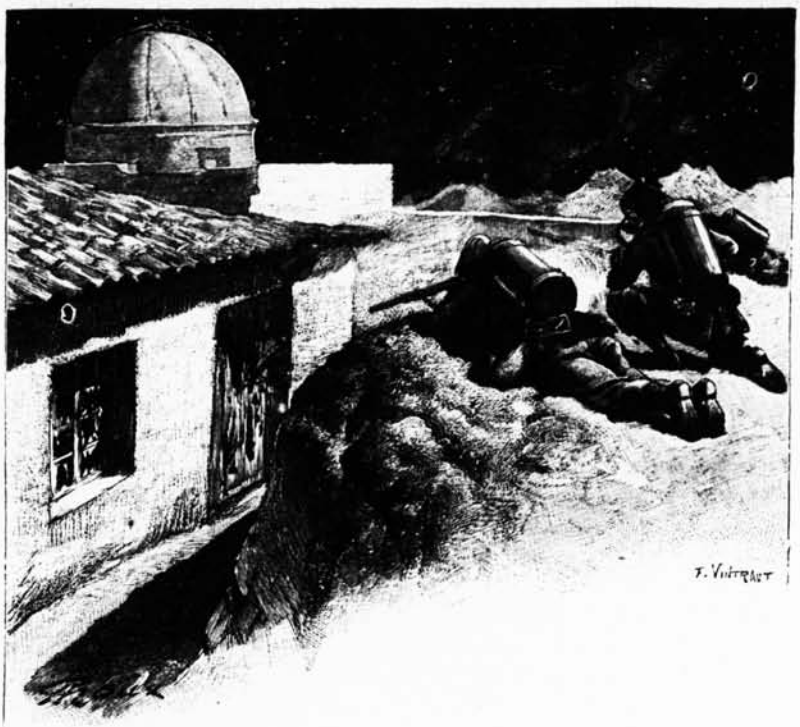
—Sea enhorabuena. ¡Pero no vayáis á creer que prolongo voluntariamente nuestra estancia en este inhospitalario suelo! Necesitamos más de veinte días para volver á poner en orden todas las máquinas, y mientras tanto llegará la noche, y los insoladores no podrán entrar en acción combinada antes de la vuelta del Sol. Esto nos obliga á quedarnos por lo menos hasta entonces. He hecho ya cálculos muy seguros; tenemos aire suficiente para pasar ese tiempo, con una condición, sin embargo, y es la de que no lo desperdiciemos, y, sobre todo, que no encendamos fuego de *ninguna clase*. Esto lo digo por ciertos fumadores, que queman por lo menos veinte metros cúbicos de aire, por el único placer de lanzar un poco de humo por la nariz, añadió Norberto mirando á Virgilio y á Tyrrel.

Los dos culpables bajaron la cabeza, y prometieron enmendarse, pues no podían suponer que el fumar una pipa pudiera costar tan caro.

Tyrrel, para ocultar su confusión, se apresuró á quitar la mesa y á salirse de la habitación con el pretexto de guardar los platos; pero en seguida se oyó un ruido estrepitoso, parecido al que produce una vajilla al romperse, y el desgraciado ayuda de cámara volvió á aparecer pálido, tembloroso y á punto de desmayarse.

—¡Un ladrón!... balbuceó. ¡Un ladrón, que al verme ha huido por la ventana!





CAPÍTULO VI

COMPAÑEROS DE INFORTUNIO

Norberto, Virgilio, el doctor y Kaddour se precipitaron hacia la despensa.

No había nadie, y la ventana estaba cerrada; mas esto podía ser efecto de la corriente de aire de *dentro afuera* que se establecía cuando se abría.

—¿Y qué trazas tenía ese ladrón? preguntó el doctor con ironía y aire de incredulidad.

—No le he visto más que de espaldas, y parecía llevar una especie de respirador; pero tenía el aspecto de un hombre regular.

—¡Es extraordinariamente verosímil, en efecto! murmuró el doctor. Un hombre regular en la Luna. ¡Estáis soñando, Tyrrel! ¿Habéis, por casualidad, hablado mucho tiempo con una botella de Oporto?

—¡Oh, señor!... protestó el criado modelo. Ni una sola gota he bebido esta mañana; quiero decir, desde que me he levantado, porque no se sabe siquiera en este triste país si estamos en la mañana ó en la tarde.

—En fin; ¿estáis cierto de haber visto á alguien huir por la ventana? preguntó Norberto.

—Y tanto, que estoy pronto á firmar un *affidavit* ante un *solicitor*, declaró Tyrrel majestuosamente.

—Os ahorraremos este trabajo, por-

que me parece que los *solicitors* no abundan aquí, dijo Norberto; pero es menester aclarar esto. Señores, vamos á tomar nuestras cajas de oxígeno y nuestros fusiles, y á hacer inmediatamente un reconocimiento lo más escrupulosamente que nos sea posible. Dos de vosotros me acompañarán y los demás custodiarán el Observatorio.

Como Virgilio y Kaddour solicitaron con avidez la honra de seguirle, Norberto accedió á sus deseos y dejó al doctor y á Tyrrel de centinelas en la sala de *las Manettes*, mientras que ellos, armados de fusiles y preparados con sus respiradores, convinieron en tomar el mismo camino que el ladrón, y salieron por la ventana de la despensa, que daba, como hemos dicho ya, á la derecha del camino de ronda, es decir, al lado de los edificios que habían servido primero de habitaciones á los comisionados y de prisión á Kaddour después.

—He aquí un sitio que por no tener comunicación directa con el interior del Observatorio, hemos dejado de examinar, pensó Norberto; y ocurriéndosele que en él podría haber algo de aire respirable, cosa que no era de desperdiciar, se dirigió sin vacilación alguna hacia allí; mas apenas puso la mano en el picaporte de la puerta de entrada, un tiro salió en seguida por una abertura y la bala, rozando los cabellos de Norberto sin herirle, penetró en el muro de recinto, haciendo en él bastante destrozo.

—¡El enemigo está ahí! se dijo Norberto, arrimándose vivamente á la pared y haciéndoles señas á sus compañeros para que cuanto antes hicieran lo mismo.

La precaución no era inútil, pues con un intervalo de algunos segundos, dos nuevos tiros salieron por la especie de tronera abierta en la puerta, sobre la que Virgilio, no queriendo perder más tiempo, se abalanzó, procurando echarla abajo; pero estaba cerrada con llave, y tal vez fuertemente atrancada por dentro, pues fué imposible derribarla.

—Lo que debemos hacer, dijo en seguida en voz baja el ex tirador argelino, es pasar por detrás del muro del recinto, subirnos á él y tirar sobre las ventanas.

El parecer era demasiado bueno para que no se ejecutara inmediatamente, y en menos de cinco minutos los tres sitiadores escalaron el muro exterior, y colocándose boca abajo, hicieron un nutrido fuego á la habitación que ocupaban los enemigos.

Cristales y maderas saltaron pronto hechos pedazos; mas nadie contestaba ya á los tiros.

—Acechan el momento en que nos descubramos para atacarnos, dijo Virgilio, acostumbrado como estaba á los combates; pero hace demasiado tiempo que hemos abandonado los andadores para dejarnos coger de ese modo. ¡Imbéciles!... ¡Vosotros seréis los primeros en descubriros!

Y sus balas, dirigidas con una sin igual puntería, entraban en todos sentidos en el interior de la habitación sitiada.

Viendo que aquel tiroteo no producía ningún efecto, Norberto mandó que se tirara sobre la puerta.

A la tercera bala explosible, saltó en pedazos.

—¡Al asalto!... exclamó en seguida el astrónomo, dejándose caer al camino de ronda y precipitándose hacia la puerta, en donde Virgilio y Kaddour, no menos ligeros, llegaron al mismo tiempo que él.

¡No había nadie! Los sitiados se habían desvanecido.

—¿Se habrán refugiado en la pieza interior? dijo el enano. Y el fuego empezó de nuevo sobre aquella segunda puerta.

—Si son hombres como nosotros, no podrán menos de capitular, pues el aire debe faltarles, pensaba el joven astrónomo.

Un pañuelo blanco que asomó en aquel momento en la punta de un palo por la brecha hecha en la segunda puerta, pareció justificar esta opinión. En todos los países del mundo, hasta en la Luna, por lo que se ve, una bandera blanca indica el deseo de parlamentar.

—Deja de hacer fuego y saca tu pañuelo, dijo Norberto á Virgilio, que se apresuró á cumplir aquella orden.

La puerta se abrió entonces, y apareció en el umbral la persona que menos esperaban; sir Bucephalus Coghill, que, pálido, delgado y en extremo débil, no era más que la sombra de sí mismo. Sin embargo, no se podía dudar de que fuera él.

—¡Cómo! ¿Sois vos el que nos recibe á tiros? preguntó Norberto en extremo sorprendido.

El *baronnet* sacudió melancólicamente la cabeza sin decir una palabra; pero otra voz respondió por él, y ésta se parecía mucho á la de Costerus Wagner.

—Pedimos parlamento, decía sin que se viera á la persona que hablaba, y que, á no dudarlo, se ocultaba detrás del *baronnet*.

—¿Quién sois? repuso Norberto, que dudaba aún del testimonio de su oído, pues no esperaba de ningún modo encontrar á Costerus ni á sus otros amigos en la Luna.

—¿Quiénes somos? Bien nos conocéis... Costerus Wagner, Peter Gryphins é Ignaz Vogel, los comisionados, respondió la voz.

El enano de Rhadameh arrojó un grito de alegría que parecía un rugido. Sus ojos brillaban como ascuas.

—¿Cómo os halláis aquí y por qué tiráis sobre nosotros? preguntó el astrónomo, que no podía disimular su sorpresa.

—¡Poco os importa! repuso la voz. Todo se explicará. Pero el tiempo apremia, pues el aire respirable nos va á faltar y...

—¡En ese caso, rendíos!

—Con condiciones.

—¿Qué pedís?

—La vida salva, el aire y la ración necesaria para subsistir.

—Pase por la vida, replicó el astrónomo; pero el aire y la ración no es tan fácil concederlo. Son cosas demasiado raras aquí, y ya comprenderéis que no podemos desperdiciarlas con bribones de vuestra especie.

—¡Entonces vuestro prisionero pagará vuestra negativa! repuso la voz con tono feroz.

—¿Qué prisionero?

—Sir Bucephalus Coghill.

—¿Es cierto? preguntó Norberto al *baronnet*.

Este desgraciado hizo con la cabeza una señal afirmativa. No se necesitó más para decidir al joven sabio.

—Escuchad, dijo; he aquí lo que os concedo: tendréis salva la vida, os daré aire y ración, pero quedaréis detenidos en el sitio que se os designe y trabajaréis en pro de la salvación común, según las instrucciones que yo os daré, por conducto de Virgilio.

—¡Aceptado!... dijeron apresuradamente tres voces, que eran las de Costerus, Gryphins y Vogel.

—Pues bien; tirad vuestras armas delante de nosotros y salid... ¡No abriguéis ningún temor! ¡Tenéis empeñada mi palabra! exclamó Norberto.

En este momento sintió una cosa fría que se apoyaba en su mano, y volviéndose vió á Kaddour que, arrodillado, se la besaba.

—¡Oh, Sr. Mauny, entregádmelos!... decía con voz suplicante.

—¿Qué queréis que os entregue? preguntó el joven astrónomo.

—¡A esos bandidos, á esos infames, para que me vengue por fin, tratándolos según merecen!...

—A fe mía que lo haría con mucho gusto, respondió Norberto riendo; pero les he dado mi palabra de que no se les quitará la vida, y no puedo recogerla... Así es que debo pediros formalmente que la respetéis, añadió con mucha seriedad, notando con pesar la feroz mirada que despedían los ojos del enano.

La vista de aquellos tres miserables era, en verdad, muy á propósito para ponerle fuera de sí. Salieron por fin, apareciendo demacrados, destrozados y sucios, cual es de suponer se encuentren personas privadas de agua durante varios días y encerrados en un sitio en el que el aire es cada vez menos respirable.

Su actitud era tan abyecta, como arrogante había sido en otras ocasiones. En cuanto á las armas, que dejaron en el suelo, eran las que habían desaparecido del Observatorio durante la primera salida de los náufragos.

Norberto ni siquiera quiso dirigir la

palabra á los tres prisioneros; así es que, encargando á Virgilio que les diera lo necesario y entregando las armas á Kaddour, se apresuró á llevar á sir Bucephalus Coghill á la sala de *las Manettes*.

Algunas aspiraciones de oxígeno puro, un baño preparado por Tyrrel y un vaso de vino de España, le pusieron pronto en estado de contar sus aventuras y de explicar al mismo tiempo cómo aquellos tres bribones se hallaban también en la Luna.

—Cuando me dejasteis en la concavidad del cráter, dijo sir Bucephalus dirigiéndose á Norberto, no tardé en cansarme de recoger piedras, y calculando que al llegar los compañeros se podría hacer el trabajo en cinco minutos, no pudo resistir á la tentación que se apoderó de mí de subir á los Apeninos, aquella montaña que me designasteis á nuestra derecha.

Pensaba que sería una gloria para mí subir allí el primero y dar cuenta de ello después al *Traveller's Club* de Londres, si me fuese dado ¡ay! volver allí algún día. En menos de una hora escalé la cima más próxima, levanté un pequeño obelisco conmemorativo y bajé por el lecho desecado de un torrente que se dirige hacia el llano. Volvía tranquilamente al Tehbali, cuando de repente, al dar la vuelta á una enorme roca, tres sombras saltaron sobre mí, me derribaron y se apoderaron de mi caja de oxígeno. ¡Eran los célebres comisionados!

Felizmente, había en aquella especie de desfiladero algo de aire que no sé, en verdad, de dónde provenía; lo que sí sé es que, gracias á él, no morí allí, como no habían muerto tampoco aquellos bribones mientras estuvieron acechándome.

Parece que el horno de fabricar vidrio, que les servía de cárcel en la base del pico, ha sido también transportado aquí, rompiéndose en aquel sendero, en donde he visto, en efecto, sus restos.

—Los hemos visto también yendo á buscaros, interrumpió Norberto.

—¡Ah! ¿También los habéis visto? Pues bien; Costerus Wagner, que es menos tonto que malvado, comprendió en seguida en dónde se encontraba, tanto más, cuanto que apenas salió del valle, encontró la atmósfera irrespirable. Esos bribones no tenían víveres, veían desde lejos el Observatorio, sabían que estábamos aquí y no podían venir por falta de oxígeno para andar el camino que los separaba de nosotros. Me divisaron cuando escalé la montaña y concibieron sin duda el pensamiento de esperarme á la vuelta para apoderarse de mí y de la provisión de oxígeno que llevaba conmigo.

Provisto de mi respirador, Wagner partió en seguida para reconocer el Observatorio; le halló desierto y se puso inmediatamente á sacar de la despensa cuantos víveres y armas encontró al alcance de su mano, sin hablar de tres cajas de oxígeno que tal vez no habéis echado de menos.

—Noté perfectamente que faltaban, replicó Norberto; pero creía que os las habíais llevado vos para prolongar vuestra escapatoria.

—¡He aquí cómo nadie está libre de ser blanco de la calumnia! En fin, Costerus volvió, y haciéndonos dar la vuelta al Tehbali, nos llevó al antiguo departamento que ocupó con sus compañeros.

Durante esta marcha iba yo atado por el brazo al cañón de mi fusil, que Costerus sostenía por la culata, con el dedo puesto en el gatillo; y como me era imposible llamaros puesto que no hay sonido en este condenado país... Llegamos en esta forma al sitio en que acabáis de descubrirnos, y allí hemos estado desde entonces; yo, atado de pies y manos, y amenazado de muerte al menor ruido que hiciera, y ellos conspirando sin cesar y elaborando nuevos proyectos, que abandonaban sucesivamente, so pretexto de perfeccionarlos. Su objeto era, á mi parecer, atacaros durante vuestro descanso y apoderarse del Observatorio; pero como no se encontraban suficientemente armados, Costerus intentó hacer, durante vuestro almuerzo, la visita que le ha servido para ser descubierto.

Y en verdad que ha sido cosa oportunísima para mí...

Al concluir su relato, la voz del *baron-*

net se apagó de repente, y su mirada fija expresó la más completa estupefacción.

Acababa de distinguir á Kaddour, cuya presencia no había notado, entregado á las diversas emociones que acababa de experimentar. Su sorpresa viendo vivo al que había visto morir, aumentaba en alto grado, por encontrarle en intimidad con aquellos á quienes tanto daño había hecho.

Le explicaron tal cual habían ocurrido las cosas, y concluyó, naturalmente, por creer en la resurrección de Kaddour, fiándose en el testimonio de sus sentidos.

Virgilio procedió con actividad á la instalación definitiva de los prisioneros. Compuso con mucha destreza las ventanas de su antigua vivienda, reparó la brecha de la puerta exterior, que fué condenada, y abrió, por medio de un agujero hecho en el tabique, una comunicación con la galería circular del Observatorio, en donde desembocaba el pozo de aireación.

Ya provisto este departamento de atmósfera respirable, y convertido en abrigada vivienda, se les asignó á los tres comisionados para su servicio de agua una cisterna, y se acordó darles abundantes raciones cotidianas.

En fin, Norberto les dictó por escrito instrucciones respecto al trabajo material que esperaba de ellos, y que consistía en enderezar, reparar ó pulir cierto número de espejos cónicos, que habían sufrido averías y se hallaban, por lo tanto, fuera de servicio.

El sabio estaba muy preocupado por este aumento de personal, que traía un cambio notable en los términos del problema que tenía que resolver lo antes posible.

—Contaba, dijo suspirando, con una provisión de aire suficiente para *ocho* personas durante *veintidós* días, y ya hay que reducir la cuenta á *dieciséis*, puesto que tenemos funcionando *once* pares de pulmones; así es que en los últimos días de nuestra estancia aquí nos veremos obligados á fabricar oxígeno en grandes cantidades.

—¡Razón de más para desbacernos de esos bribones! exclamó Kaddour, que se agitaba como un tigre en su jaula, desde que sabía que sus verdugos se hallaban tan cerca de él. ¡Entregádmelos, Sr. Mauny, y me encargo de suprimirlos con todas las reglas del arte! Será un gran beneficio y un acto de justicia, pues guardaréis el aire para las personas que tienen derecho á él.

Pero Norberto, que no quería, respecto á esto, complacer al enano, procuró hacerle comprender cuán crueles é irritantes eran tales sentimientos, y cuán poco en armonía con la bondad que debía tener.

—¡Irritantes! exclamó Kaddour revolviéndose en su silla como si se le hubiera aplicado un hierro candente. ¡Quisiera yo saber lo que haríais vos si os hubieran tenido durante quince años encerrado en un molde metálico para transformaros en monstruo! De seguro, caballero Mauny, que no encontraríais un suplicio bastante duro para los autores de semejante infamia.

—Tenéis razón, replicó el joven astrónomo para apaciguar á aquel hombrecillo; pero recordad, Kaddour, que vuestros rencores no son nuestros, y que, por consiguiente, no podemos sentir lo mismo que vos respecto á esos miserables.

Aquel infortunado convino en ello y prometió no mostrarse tan exigente en lo sucesivo; mas fué únicamente para mudar de táctica y pedir que le dieran siquiera el encargo de vigilar á los prisioneros.

—No los conocéis aún bastante, decía. Os jugarán todavía alguna mala pasada; son unos malvados de la peor especie, y es menester no perderlos de vista ni un solo momento. Os lo repito: son seres envilecidos y sin entrañas. Dejadmelos á mí. ¡Oh!... Yo los vigilaré bien, bien.

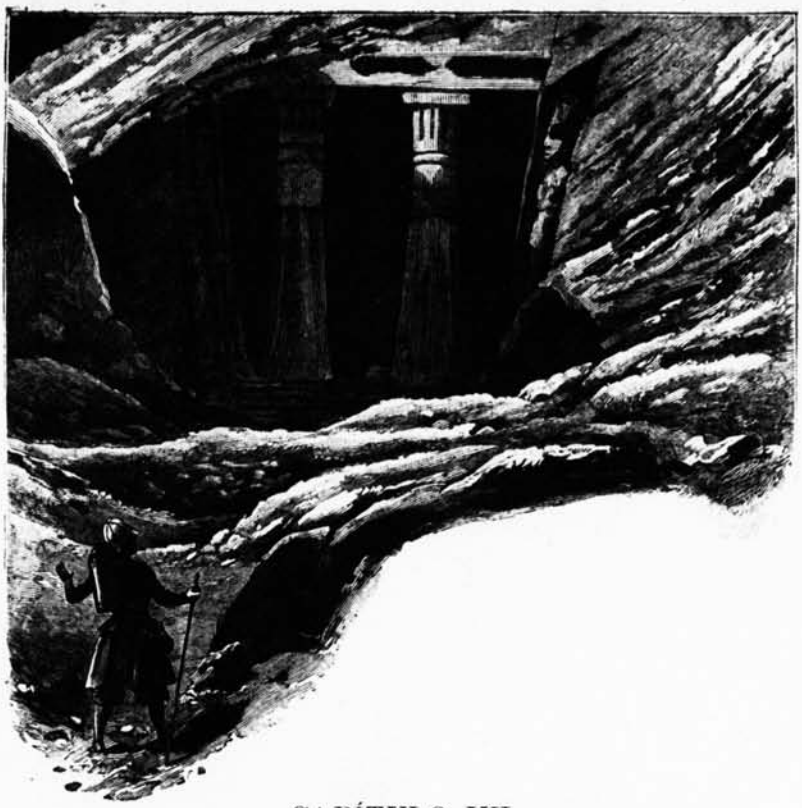
Y el enano, al decir estas últimas palabras, llenas de amarga ironía, expresaba en sus contraídas facciones el odio y la sed de venganza que le animaban.

—Virgilio se encargará de ello, respondió Norberto, sin acceder á esta nueva petición. Seríais muy mal carcelero, Kaddour, exasperado como lo estáis en contra de esos desgraciados. La

humanidad me prohibe investiros de esas funciones, y si queréis darme una prueba de la amistad que decís profesarme, no me habléis jamás de tales hombres; debéis olvidar que se hallan aquí, ó por lo menos conduciros como si lo hubierais olvidado.

Kaddour bajó los ojos, en los que brillaba siempre un fuego aterrador, dejando comprender que ninguna reflexión era suficiente para apaciguar su odio; que ningún consejo aceptaría en este asunto.

Era tal su animadversión hacia los comisarios interventores, y especialmente hacia Peter Gryphins y Vogel, que no podía oir con calma ni aun hablar de ellos, y no acertaba á comprender cómo el astrónomo y sus amigos tenían para con ellos tantas consideraciones, ni por qué eran objeto, para él merecido, de sus cuidados.



CAPÍTULO VII

FRAGMENTO DEL DIARIO DE GERTRUDIS

«Hace hoy seis veces veinticuatro horas que estamos en la Luna, y lo mismo creería que hace seis meses, si el Sr. Mauny me lo afirmara seriamente. ¡No se sabe á qué atenerse en este mundo singular! ¡Es menester sufrir un día de ciento cuarenta y cuatro horas y que promete durar aún otro tanto, para darse una idea de lo que merece el nombre de *interminable!* ¡Oh noche! ¡Qué no daríamos por verte llegar todas las tardes, como lo teníamos por costumbre! ¡Y esas siestas á las que nos condenamos se parecen muy poco al sueño regular de que disfrutábamos en el Tehbali; pero, en fin, es preciso pagar con algunas contrariedades la gloria de una expedición como la nuestra!

»Continúo este diario, escrito para mi padre querido, único medio que me queda de hablar con él á través del espacio. ¡Pobre padre! ¿Qué hará en este momento? ¿Por qué no está con nosotros, en vez de encontrarse sitiado en Khartoum? Debe hacer allí casi tanto calor como aquí, y puede ser que esté aún peor que nosotros. ¡Desgraciado padre mío! ¡Cuándo nos veremos reunidos! Quisiera, y ¡ojalá me estuviese reservada esa felicidad! poder describiros día por día nuestra existencia *selénica.* Es mi tío el que la llama así. Parece que esta palabra quiere decir *lunar;* pero en griego es mucho más agradable. De todos modos, esta existencia es á la vez monótona y fantástica; me sucede muy á menudo morderme la punta de un dedo para asegurarme de que no sueño y de que todo esto no es una ilusión. Cada vez que me despierto, después de algunas horas de sueño en la noche artificial de mi habitación, necesito por lo menos cinco minutos, además del testimonio formal de Fatima,

para convencerme de que realmente me encuentro en la Luna. Pero ¡ay! me veo obligada á rendirme ante la evidencia, y entonces ya no sé si reir ó llorar.

»Estamos aquí como á bordo de un gran navío, mas sin gozar de la facultad de ir á tomar el aire encima del puente, pues no puedo contar como tal el derecho que tenemos de dar algunos paseos en la explanada, gracias á unas molestas cajas, á manera de mochilas, que llevamos llenas de oxígeno. La primera vez que salí me pareció bastante divertido eso de respirar cual si bebiera en esa especie de embudo, y de andar á saltitos como las cigarras; pero después se hace muy cansado. La más tenue brisa, paseando por la orilla del mar, del brazo de mi querido papá, me gustaría muchísimo más. El Sr. Mauny es el único que no se cansa de estar siempre fuera; se marchó esta mañana, quiero decir, después de almorzar, para una nueva expedición; ha ido á visitar el otro hemisferio de la Luna, el que la Tierra no ha visto ni verá jamás. ¿No es cosa rara que la Luna vuelva hacia nosotros siempre el mismo lado y nunca el otro? La primera vez que se oye esto, parece un absurdo; y sin embargo, es muy natural, puesto que hace juntamente con nosotros el viaje anual alrededor del Sol. Es lo mismo que si un individuo diera á pie la vuelta á un *Tío Vivo*, ó sea á esos caballitos y coches giratorios que sirven para divertir á los niños, y la diera mirando siempre hacia el hombre que, colocado en el centro, da al manubrio: los que van montados en los cochecillos ó en los caballos de madera, perderían de vez en cuando de vista á la persona que da vueltas á pie; pero cuando se vieran, se encontrarían siempre de frente. Esto me lo ha explicado el Sr. Mauny, y me alegro mucho de saberlo.

»Mas volvamos á lo que decía antes; Norberto ha ido á visitar aquella otra faz de la Luna que ningún hombre ha visto aún, ni siquiera con los telescopios. Bien hubiéramos querido formar parte de esa expedición; pero no ha querido consentirlo, ya por ser demasiado lejos (á trescientas leguas de aquí) y necesitar por lo menos cuarenta y ocho horas para ir y venir, ya también porque nos encontraríamos allí con la noche lunar, es decir, con un frío horroroso, sin contar con la necesidad que ha tenido de llevar los ingredientes necesarios para renovar su provisión de oxígeno, lo que complicaría singularmente la expedición si nos hubiera llevado á todos en su compañía. Ha partido solo con Kaddour y un gran surtido de anteojos, retortas y diversos aparatos. En cuanto á víveres, sólo lleva algunos bizcochos, dos ó tres cajas de conservas y una botella de agua. Pero diréis seguramente, querido papá, que le será imposible verificar semejante viaje en cuarenta y ocho horas, en un país tan desprovisto de ferrocarriles y hasta de carreteras... Pues el Sr. Mauny asegura lo contrario; dice que ha calculado perfectamente el tiempo; dieciocho horas para ir, á razón de ochenta kilómetros por hora; dieciocho para volver; doce para descansar, hacer observaciones y tomar notas. Ya véis que un viaje en la Luna se hace á pie con más rapidez que en la Tierra por ferrocarril.

Sin embargo, tengo muchas ganas de que vuelva. ¿Qué sería de nosotros si le sucediera alguna desgracia? Os aseguro, padre mío, que este pensamiento no tiene nada de egoísta, y ya sabéis en quién pienso cuando digo: ¿qué sería de nosotros?... Seguramente no habría de ser el *baronnet* quien nos sacara de este atolladero. ¡Pobre sir Bucephalus! Empieza á reponerse algo de su cautiverio; pero había salido de él en un triste estado. Así decía su fiel Tyrrel, alzando la vista al cielo: «¡He aquí lo que se atreven á hacer con un *nobleman*, teniéndole dos días sin *tub*!» El hecho es que daba lástima verle, y que un *nobleman* privado de los servicios de tocador, no es cosa bonita. ¡Si le hubiérais visto, querido papá, con su barba descuidada, con los puños de la camisa tan sucios como arrugados y con sus cabellos rubios caídos hasta la nariz!... De seguro que le dáis en seguida cincuenta céntimos, recomendándole que buscara trabajo y no se fuera con ellos á beber. ¡Pobre muchacho! No debería yo burlarme de él, pues me da excelentes lecciones de pronunciación inglesa, y

si nos quedamos aquí tres semanas aún, el idioma de Shakespeare no tendrá secretos para mí. ¿Os acordáis cuánto nos reímos en Londres un día en que ni vos ni yo conseguimos hacernos entender por un cochero cerca de Hyde-Park? Esas alegrías no las tendremos de hoy en adelante, pues Tyrrel mismo me comprende ya cuando le hablo en inglés.

»Os decía antes que parece que nos hallamos á bordo de un gran buque; nuestra vida está arreglada, en efecto, como si nos encontrásemos en él. De doce en doce horas dormimos, y cuando despertamos, que decimos la mañana, mi tío procede á su examen higiénico y médico; se asegura de si la aireación es buena y de si los ventiladores funcionan regularmente. Se llega á la cárcel para cuidar y dar consejo á aquellos tres malvados encerrados allí, pues ya sabéis que para él, como buen discípulo de Hipócrates, todos los seres humanos son iguales. Cuando concluye su visita almorzamos, y después estudio el inglés ó doy su lección á Fatima. ¡Qué feliz me encuentro teniendo á mi lado á esta niña, que cada día se hace querer más! ¡Veréis cómo la discípula honra á la maestra! Es muy inteligente, y todo lo comprende bien.

»Nadie aprende mejor que ella el lenguaje de los sordomudos, que mi tío persiste en enseñarnos; y después del Sr. Mauny, es la mejor alumna de la clase. Ella y Kaddour hablan ya muy bien por señas; pero éste puede sin duda enseñarnos á todos. ¡Figuráos que ayer nos dió una conferencia sobre lo que llama *Gramática general de gestos!* Este enano se burla de nosotros con seguridad, aun cuando sea él lo más ridículo que haya en la Luna. Tiene la opinión de que es un error muy grande enseñar á los sordomudos á que expresen sus ideas valiéndose de un vocabulario convencional, pues dice que existe un idioma universal de gestos, que es el mismo en todos los pueblos, y que ha debido ser el lenguaje primtivo de la humanidad; ese lenguaje es el que debiera enseñarse, no sólo á los mudos, sino á los niños de todos los países, y así poseerían entonces un idioma común.

»He aquí lo que nos ha dicho el señor Kaddour; y como de nada duda, nos ha asegurado con mucha gravedad que ese lenguaje universal lo sabe él, y que está cierto de que lo comprenderían en todas partes *sin necesidad de ninguna palabra articulada.* Esta idea nos ha parecido tan preciosa, que nos hemos echado á reir; y creyendo sin duda que sospechábamos no se había despojado por completo de su charlatanismo, y es verdad, no ha vuelto á hablar una sola palabra, lo que nos ha causado algún pesar, porque nuestro deber es no dar pena á un pobre y desgraciado como él.

»Creo que el Sr. Mauny lo ha llevado consigo, tanto para poder conversar con él, puesto que se entienden por señas, y también para no dejarle durante su ausencia bajo el mismo techo que los prisioneros. No podéis tener una idea, querido papá, del odio que ese desdichado siente contra ellos; ya conocéis el motivo que le asiste: basta ver la expresión de su fisonomía cuando se nombra á Gryphins, á Vogel, y aun á Costerus, para calcular hasta qué punto llega su malquerencia.

»La elección que el Sr. Mauny ha hecho de Kaddour para acompañarle, ha producido en Virgilio una profunda melancolía, pues el excelente muchacho ha creído ver en ello un desvío de su amo. Hemos procurado hacerle comprender que, dejándole aquí, el Sr. Mauny le daba, por el contrario, una gran prueba de confianza; pero, á pesar de esto, ha sido menester nada menos que Fatima le dijera formalmente que era muy poco galante, para que el buen muchacho se sonriera. ¿Veis, querido papá, cómo os cuento todos los acontecimientos pequeños y grandes de nuestra vida aquí?

»Virgilio continúa siendo siempre un colaborador inapreciable. Es por ahora jefe de taller y dirige la reparación de los insoladores, que los prisioneros ejecutan bajo su dirección. Mi tío y el Sr. Mauny se han reservado el arreglo de los aparatos eléctricos, y hasta me parece que el astrónomo conservará solo el secreto de los órganos centrales, para que no vuelva á suceder ningún percance del género de aquel que produjo la tontería de Tyrrel. Fatima y yo trabajamos tres horas diarias en juntar

tiras de tela, que deben, según parece, representar su papel en nuestro viaje de vuelta á la Tierra. El *baronnet* y su criado modelo son los únicos que persisten en no hacer nada, probablemente para no perder la costumbre. Sin embargo, es preciso hacerle justicia; Tyrrel nos guisa una excelente sopa de tortuga en conserva; pero en cuanto á sir Bucephalus, pretende que, como está aquí contra su voluntad, sin haber hecho nada para venir, ni haber creído que vendría nunca, está obligado Mauny á volverle á la Tierra.

—»¿Y si os dejara aquí? le dijo ayer riendo éste último. ¡Nada me obliga, después de todo, á llevaros conmigo, y bien podría despedirme á la inglesa, como decimos en París, ó á la francesa, como decís en Londres...!

»La cara del *baronnet* se contrajo al oir estas palabras, pues una sola cosa puede consolarle de haber hecho este viaje, y es la perspectiva de poderlo contar un día. ¡Qué sería de él sin esa noble ambición que sostiene su valor!

En el fondo, nadie está verdaderamente satisfecho de su suerte más que el Sr. Mauny, que dice que la Luna es el paraíso de los astrónomos y el mejor punto de observación que existe en el espacio; que se quedaría dos ó tres años aquí con sumo gusto, y que nada siente tanto como nuestra próxima marcha, á la que nos obliga la falta de aire respirable. No podéis imaginaros, querido papá, con cuánto pesar se aparta, aun siendo como es de día, de su telescopio. ¿Qué sucederá cuando llegue la noche? ¡Qué magníficas Memorias debe preparar!...

»*Cuatro horas más tarde.* He interrumpido mi conversación cotidiana con vos, querido papá, por causa de mi tío, que ha venido á buscarme con sir Bucephalus para invitarme á salir con ellos á dar un paseo. Ya sabéis que desde su llegada aquí mi tío tiene la idea fija de descubrir un vegetal cualquiera, aunque no sea más que un musgo ó la menor brizna de hierba. Dice que sería un tesoro para su herbario, y que no se necesitaría más para que él adquiriera fama. El nombre de ese bienaventurado vegetal está ya encontrado; se llamará, según sus dimensiones, *Brieta máxima* ó *párvula*, como no sea simplemente *Brieta selenensis*. Por desgracia, nada ha descubierto hasta ahora; pero no se desanima.

»Asegura, además, que el aire libre de la Luna (lo escribo así para que me entendáis, ya que no tengo otra expresión más á propósito) me hace mucho bien, y que todos los días debo hacer ejercicio, aun en este mismo suelo en que tan poco me fatigo.

»Salimos, pues, tan ligeros como pájaros, y del mejor humor que se pueda tener, para dirigirnos hacia el lecho del torrente de que os he hablado ya, y que tan fatal fué á sir Bucephalus. Nos ha mostrado el sitio en que los tres conspiradores le esperaban para despojarle de su caja de oxígeno, y sus gestos eran tan expresivos describiéndonos ese trágico acontecimiento, que suplían elocuentemente á la palabra; pues debo advertiros que ya no hemos encontrado aire alguno en el lecho de aquel torrente, y eso justifica la teoría del Sr. Mauny, de que el aire que se hallaba en aquel sitio había venido con nosotros de la Tierra.

»Dejando á nuestra derecha la cima de los *Apeninos*, explorada ya por el *baronnet* y el astrónomo, nos dirigimos, siguiendo siempre ese largo valle, hacia otro desfiladero más hondo todavía, que divisamos al Sur. Allí hallamos, en primer lugar, una cuenca carbonífera, ó sea de hulla, á flor de tierra, es decir, de luna, ante la que el *baronnet* se quedó en contemplación, calculando sin duda mentalmente lo que ese tesoro valdría si se encontrase en el condado de Middlesex, ó siquiera en el Lancashire; pero no teniendo ningún interés para mi tío ni para mí esa evaluación, proseguimos nuestro camino por saltos de ocho ó diez metros, como siempre, y á razón de quince ó veinte leguas por horas.

De repente veo que mi tío se detiene, se inclina hacia el suelo, luego se arrodilla, y sacando un microscopio de su bolsillo, examina con mucha atención una mancha amarillenta, una costra cual si fuera algo enmohecido, apenas visible, en la superficie de un

grueso guijarro azulado... y levantándose por fin, presa de la más nerviosa emoción, me hace señas para que contemple á mi vez aquella maravilla... Pues bien, mi querido papá; he aquí cómo se hacen los descubrimientos... ¡La *Brieta párvula* estaba allí, delante de nuestra vista!... ¡Oh! Muy *párvula*, todo lo más *párvula* posible! Un pobre musgo, tan miserable, tan humilde y tan imperceptible, que cualquiera que no fuera mi tío hubiera pasado cien veces á su lado sin verlo.

»El doctor estaba encantado, y yo muy contenta por su alegría; nos apretábamos las manos y nos regocijábamos recíprocamente por gestos.

»Al cabo de un cuarto de hora de mutuos parabienes, pensé que habíamos prestado bastante atención á la *Brieta*; y como mi tío no estaba dispuesto á partir, y parecía, por el contrario, clavado delante de aquella piedra, le hice señas de que iba á llegarme hasta el pie del monte, y que volvería á buscarle.

»¿Era un instinto secreto el que me llamaba, ó es que estaba yo predestinada á tener tambien mi descubrimiento? Lo cierto es que, apenas llegué al pie de un estribo de los *Apeninos*, que ocultaba un sombrío valle, me hallé en presencia de una inmensa excavación hecha en la roca por arte de un ser racional.

»¡No había que dudar más! Lo que veía delante de mí no era un juego de la naturaleza, y si la obra de criaturas tan laboriosas como inteligentes... Se veía, en primer lugar, una gigantesca escalera de admirables proporciones, que daba acceso, por anchos escalones de suave pendiente, á un peristilo con pilares ciclópeos, pilares cuatro ó cinco veces más altos y más anchos que los de la columnata de San Pedro en Roma, esculpidos en un solo trozo de malaquita y sosteniendo como frontis la misma cima de la montaña.

»Este peristilo se abría en un recinto que me ha parecido siete ú ocho veces más vasto que el Coliseo romano, cubierto de una prodigiosa bóveda alumbrada de trecho en trecho por claraboyas. Todo esto presentaba tal grandeza, tal majestuosidad, al par que elegancia, que es imposible podéroslo pintar. Nada hemos visto, mi querido papá, que iguale á aquella maravilla, ni en Egipto, ni el Alto Nilo, ni siquiera en Nínive. Monstruos colosales, tallados en la misma roca, guardan la entrada de la nave; los muros desaparecen bajo una maravillosa decoración de figuras en hueco y de bajo-relieves pintados de vivos colores.

»El conjunto era tan deslumbrador y de tan colosales proporciones, que quedé extasiada.

»¡Qué poderosas han debido ser las manos que han levantado este edificio, á cuyo lado los monumentos de los Faraones son obras de pigmeos! me decía yo, deslumbrada, maravillada y casi asustada.

»Pero como era preciso notificar sin más tardanza mi hallazgo á mi tío y á sir Bucephalus, cesé de contemplar aquella obra gigantesca y corrí sin parar hasta la roca de la *Brieta párvula*, en donde encontré al doctor, siempre absorto en su examen, y al *baronnet*, que acababa de reunírsele. Me costó mucho trabajo decidirlos á que me siguieran; pero después, ¡qué admiración y qué alegría experimentaron!... Mi tío estaba como loco de sorpresa; levantaba los brazos al cielo, me abrazaba, procuraba hacerme comprender por gestos la importancia de mi descubrimiento, y no llegando á hacerlo, concluyó por arrancar una hoja de su cartera y me lá dió, después de haber escrito en ella lo siguiente:

«Mi querida Gertrudis: has sido la »primera en hallar un *monumento se-*»*lenita*, y, por consiguiente, en probar »que la Luna ha estado habitada... *Es* »*un descubrimiento más importante que* »*los de cualquier arqueólogo contempo-*»*ráneo.*»

»Por de pronto, no comprendí muy bien la importancia de ese descubrimiento; pero luego, reflexionándolo bien, mientras que mi tío y sir Bucephalus examinaban las decoraciones murales del edificio, concluí por darme cuenta de que, en efecto, semejante monumento supone, no sólo la existencia de una raza de seres inteligentes, sino

también que aquella raza había alcanzado supremo grado de civilización.

»¿Os acordáis, querido papá, de lo que me decíais mirando las Pirámides? Y teníais muchísima razón. Nada más que para tallar y levantar semejantes piedras se necesita conocer á fondo las matemáticas, la mecánica y las ciencias accesorias. He aquí, pues, un punto, hasta ahora dudoso, definitivamente aclarado. Este mundo, muerto hoy día, que se llama Luna, ha tenido sus habitantes, que han sido arquitectos, ingenieros, artistas incomparables. ¡Qué contenta estoy, querido papá, de haber contribuído yo, tan ignorante y tan débil, á ese portentoso descubrimiento!...

»A la vuelta al Observatorio, la alegría de mi tío ha desaparecido por completo: ¿sabéis por qué? Porque ha notado en un largo examen microscópico, que la *Brieta párvula* es enteramente igual á una especie de musgo terrestre, cuyo nombre no recuerdo, muy conocida en las regiones polares; sólo que éste es más desmirriado y como degenerado. Esto ha sido muy doloroso para mi tío, y la *Brieta* ha perdido todo valor á sus ojos.

»En vano he procurado consolarle, diciéndole que esa hierba tiene siempre el mérito de ser el único vegetal que ha sobrevivido en la Luna, á lo que me contestó que sólo una nueva especie hubiera podido ser una *prueba* para los botánicos terrestres, quienes de seguro le negarían el origen á la *Brieta*, diciendo que la habíamos llevado con nosotros al verificarse el traslado del Tehbali aquí... ¡Eso sería tener una insigne mala fe!... Pero mi tío cree que sus colegas son capaces de eso, y de mucho más, cuando se trata de echar por tierra un trabajo original.

»¡Cuán raras son todas estas cosas, queridísimo papá, y cuánto daría por que estuvieseis con nosotros, para que vierais también todas estas maravillas!...»

CAPITULO VIII

CONTEMPLANDO EL HEMISFERIO INVISIBLE DE LA LUNA

Norberto no se contentó con llevar para su expedición al hemisferio invisible suficiente provisión de clorato de potasa con que poder renovar el oxígeno de los respiradores, sino que fabricó, para resguardarse de los ardores del sol, un sombrero con un apéndice por atrás, que servía de cubrenuca, y otro por delante, que consistía en una capucha de lienzo que le tapaba el rostro, y á la altura de los ojos tenía dos cristales azules que los preservaba de las oftalmías. Merced á esta ingeniosa idea, Kaddour y él, pertrechados con varios instrumentos, armas y provisiones de boca para dos días, pudieron efectuar en dieciocho horas, y sin percance alguno, el viaje de trescientas leguas que era necesario recorrer para ir desde el cráter de Rheticus al otro hemisferio de la Luna.

Si el astrónomo no hubiese tomado semejantes precauciones, no hay duda de que, por efecto de una insolación, hubieran sucumbido después de algunas horas de camino; pues el calor, ya muy difícil de sufrir durante un simple paseo, se hacía intolerable en una marcha prolongada; pero Norberto, y especialmente su compañero, sabían andar por el desierto, y conocían muy bien el momento preciso en que debían descansar, comer y renovar el gas de los aparatos, cosa que hacían por medio de una lámpara de alcohol, alimentada por un resto de oxígeno, y de un globo de cristal lleno de clorato de potasa. Así es que llegaron

sin demasiada fatiga al término de su formidable etapa.

La única privación que hubieran sentido era no poder conversar durante tantas horas; pero Norberto y Kaddour se hallaban ya en estado de entenderse por señas, y á medida que avanzaban, el joven astrónomo se perfeccionaba en ese arte, de suyo sencillísimo; así es que después de algún tiempo de marcha, podia expresar sus pensamientos y comprender todos los que le comunicaba el enano.

Cuanto más se acercaban á esa faz de la Luna, eternamente invisible para los habitantes de la Tierra, tanto más se manifestaba la ansiedad científica de Norberto.

—La sola idea de lo que vamos á ver, decía por señas, hace que mi cuerpo se estremezca de impaciencia... ¿Comprendéis, Kaddour, qué fortuna tan singular es para un astrónomo el poder contemplar lo que nadie ha visto jamás?... ¡Ver desplegarse para nosotros solos el cuadro sublime de la noche lunar, y desde este puesto, único en el espacio y para siempre prohibido á los telescopios terrestres, pasar revista á todas las constelaciones del mundo solar!...

—¿Pero no os parece probable que el hemisferio invisible sea en un todo igual á éste? preguntaba Kaddour, también por señas, tanto para informarse como para ahorrar una decepción al que cada dia apreciaba más, pues no participaba de los entusiasmos del astrónomo.

—Esa igualdad es, en efecto, probable, respondía Norberto, mas no cierta; y luego, no es el sol lunar lo que vamos á buscar, sino el espectáculo que ofrece el cielo desde ese Observatorio incomparable. ¡Ya veréis, Kaddour, cuán hermoso es! La Osa Mayor, Casiope, la Lira, la Vía Láctea y todos los detalles tan familiares de nuestro cielo, se nos van á presentar cual si los contempláramos por vez primera, pues resaltarán mucho más á causa de lo negro de esta noche perfecta. No lo dudéis: será un espectáculo incomparable.

Y así diciendo (por señas, como sabemos ya), Norberto, empujado por su propio entusiasmo, alargaba el paso, es decir, que salvaba de una vez cuarenta ó cincuenta metros, lo cual al pobre enano daba mucho que hacer para seguirle. Felizmente, el vigor de sus músculos suplia á la largura de sus piernas, haciendo él por la fuerza lo que Norberto por la agilidad.

Llegaron por fin á una montaña que veian hacia largo tiempo levantarse delante de ellos al Oeste, y que Norberto suponia, con razón, comprendida en la «línea paraláctica,» que, como es sabido, forma la región intermediaria que la libración de la Luna hace tan pronto visible y tan pronto invisible para la Tierra.

No se equivocaba; porque apenas hubieron pasado de aquella cima, cuando el Sol no se veia más que parcialmente, pues quedaba á espaldas de ellos, como cortado por aquella faja, y á medida que avanzaban parecia desaparecer; y de pronto, sin transición alguna, ambos viajeros se encontraron en plena noche, notando al mismo tiempo un cambio de temperatura tan repentino y tan fuerte, que al pronto no lo pudieron soportar, teniendo que retroceder apresuradamente á la parte alumbrada por el Sol, para volver después muy lentamente, y por prudentes graduaciones, á la región envuelta en tinieblas. Entonces fué cuando Norberto pudo contemplar á su sabor lo que tanto deseaba ver.

Un cielo completamente negro, sin Tierra ni Sol, tachonado, cual si fuera polvo de diamante, de innumerables estrellas, cuyo movimiento es tan imperceptible como el de la estrella polar vista desde el Observatorio de París. De trescientas cincuenta horas consecutivas podría disponerse para las más minuciosas observaciones, sin que ninguna nube, ningún vapor ni ninguna agitación atmosférica, viniera á debilitar el brillo de los astros ó á ocultar sus formas y caracteres.

Este espectáculo era el que Norberto esperaba, y en verdad que tenía tanto atractivo para los ojos de un astrónomo, que nuestro joven se quedó al pronto como extático.

Cuando salió de su inmovilidad para arreglar el pie del telescopio, observó que el frio le habia sobrecogido hasta tal punto, que estaba como paralítico. Sus mandíbulas se contraían, un entumecimiento general se apoderaba de todo su cuerpo, y apenas tenia fuerzas para aspirar el oxígeno que le suministraba su respirador. Sentía sus sienes apretadas como por un tornillo, y estaba tan aterido, sentía un frio tan penetrante, que á poco más caería completamente helado...

A impulsos de la necesidad, volvióse hacia Kadour, y con un gesto de impaciencia quiso decirle que era preciso regresar, sin más tardanza, á la zona alumbrada por el sol, cuando divisó á lo lejos, en el suelo mismo de la Luna, una claridad rojiza que llamó su atención. Se parecía, por sus intermitencias, á una de esas luces giratorias que indican en las costas marítimas de Europa la línea náutica que debe seguirse para evitar peligros y naufragios.

—¡Si no es un faro, es un volcán! pensó Norberto.

Y cogiendo á Kaddour por la mano, cual hubiera podido coger á un niño de cuatro años, se puso á correr cuanto pudo en dirección á aquel punto luminoso.

Tan violenta fué la carrera, que no tardaron en entrar en reacción, pues en un momento salvaron las tres ó cuatro leguas que les separaban de aquella luz.

Era, en efecto, un volcán, pero un volcán en miniatura, pues su orificio no tenía ni diez metros de ancho, y parecia pronto á expirar, en medio de un sin número de cráteres apagados. Era como la última chispa de un incendio colosal, que habia devastado aquella llanura y exhalaba ya su último suspiro.

Pero, por modesto que fuera ese volcán minúsculo, no dejaba de poder servir de hogar bastante intenso y verdaderamente inapreciable en las circunstancias en que se hallaba Norberto; así es que Kaddour y él se instalaron con delicia en la vertiente Norte del pequeño cráter, como en una estufa rusa, y procedieron á instalar allí su campamento.

Con aquel calor suave é igual, sus miembros parecían revivir (si tal puede decirse); sus pulmones se dilataban, la circulación de la sangre se hizo normal, y sentían expedita la facultad de moverse y de obrar.

En cuanto al volcán, sin sospechar siquiera que se hallaba reducido al papel de calentador, continuaba lanzando de minuto en minuto sus eruptos de ceniza, de fuego y de humo, oyéndose al mismo tiempo un fragor subterráneo; luego el silencio se restablecía por un instante, y durante ese intervalo de reposo, el astrónomo pudo oir claramente un rumor continuo, parecido al que produce una caída de agua.

Ganoso de averiguar la causa que producía aquel ruido, tan pronto como se hubo calentado, fué á reconocer el terreno, y no tardó en encontrar, al pie mismo del cráter, pero en la opuesta vertiente del volcán, una laguna, pequeña como el volcán que la alimentaba, de cuyo centro se elevaba, á un metro apenas, una columna de agua hirviendo, que aumentaba su altura ocho metros en el instante de la explosión.

Aquella agua no era potable, porque se hallaba mezclada con cenizas sulfurosas, que la hacían nauseabunda; pero era agua, y agua caliente, tesoro de gran valor en aquel sitio. Convinieron, por lo tanto, en quedarse allí, y después de tomar una sustanciosa comida de galleta, carne fría, té con ron, y de renovar, al calor del agua hirviendo, la provisión de oxígeno de sus depósitos, se envolvieron cada cual en una manta de lana, y no tardaron en quedarse dormidos.

Cuando se despertó, Norberto armó su telescopio para estudiar sin tardanza el cielo. Las observaciones que podía hacer en el tiempo tan corto de que podía disponer, no serían seguramente de gran importancia; mas eran suficientes para demostrarle las inapreciables ventajas que le hubiera ofrecido prolongarlas desde tan magnífico Observatorio.

Se decía, por ejemplo, que si en aquel momento hubiera un cometa en el cielo, le sería fácil seguir sus movimientos durante ciertos intervalos, escogidos según su deseo, y obtener una serie de posiciones bastante exactas para determinar su órbita y calcular sus accidentes; y esas observaciones podrían proseguirse, repetirse y comprobarse por otras nuevas, toda vez que había un espacio de tiempo equivalente á catorce veces veinticuatro horas. ¡Qué sueño tan hermoso para un astrónomo! Pero era imposible pensar en realizarlo: sin embargo, Norberto quiso, por lo menos, darse la satisfacción de examinar uno á uno, y sin velo alguno, aquellos planetas hermanos de la Tierra, que tantas veces había estudiado en el Observatorio de París, á través de la transparente gasa atmosférica de nuestro globo terráqueo.

Fijó en primer lugar su anteojo en Marte, viendo distintamente sus mares y sus continentes, los hielos polares y las dos Lunas; luego en Venus, resplandeciente de luz y tan deslumbrador, que alumbraba el cielo en su alrededor trazando sombras perfectamente dibujadas sobre el suelo de la Luna. Después, sin buscar á Mercurio, que sabía no podía encontrar sino á hora fija antes de la salida ó de la puesta del Sol, Norberto se volvió hacia el mundo gigante llamado Júpiter.

¡No es posible expresar la emoción que sintió viendo á aquel planeta imponente y radiante, cortado por sus cuatro fajas ecuatoriales y acompañado de su comitiva de cuatro lunas! Jamás ese globo colosal, mil doscientas treinta y cuatro veces mayor que la Tierra le había parecido tan brillante y majestuoso.

Urano y Neptuno no eran visibles en aquel momento. Con el corazón suavemente conmovido por cuanto veía el joven astrónomo dirigió su visual hacia Saturno. Nunca había olvidado la impresión que aquel admirable planeta le produjo la primera vez que lo vió por medio de un telescopio instalado en un jardín público.

Pero esa impresión inolvidable de su adolescencia, y que había decidido su vocación y su carrera, no era nada al lado de la que experimentó en aquel momento. Jamás el anillo misterioso que á dicha estrella rodea le apareció tan luminoso y tan claro. Lo veía muy abierto, dividido en tres segmentos y formado por varios círculos concéntricos. La sombra del anillo proyectada en el planeta, la sombra del globo en el mismo anillo y las fajas que cortan ese globo, todo se destacaba como un dibujo de fuego sobre el fondo negro del cielo. Parecía que distaba sólo algunos metros, y que era suficiente alargar el brazo para alcanzar aquel mundo de Saturno, apenas columbrado por los más poderosos telescopios.

¡Cuántos inapreciables descubrimientos hubieran podido hacerse con observaciones prolongadas, estudios de detalles, análisis espectrales tomados desde aquel sitio, y, sobre todo, con un cerebro como el de Norberto Mauny, que se hallaba en posesión de toda su energía, y lleno de fervor científico!

Perdido en su contemplación, olvidaba el jóven astrónomo todo lo demás, no acordándose siquiera de que estaba en la Luna; antes bien, le parecía que se hallaba transportado al espacio, libre de toda traba de condiciones y lugares.

De repente sintió que le tiraban de una manga, y bajando la vista al suelo, cayendo, puede decirse, del empíreo, vió al enano, que fijaba en él una mirada suplicante.

—¡Ah! respondió por señas á esa muda pregunta. ¿Sois vos, Kaddour?... ¿Quisierais también mirar todas estas maravillas? Un minuto más, y os complaceré.

—¿Sabéis cuánto tiempo hace que estáis con la vista fija en vuestro objetivo? preguntó el enano con una expresiva mímica.

—Pues no sé; treinta minutos, tal vez, ó quizás algo más.

—¡Hace cuatro horas! respondió Kaddour: y no os hubiera incomodado si no pasáramos ya del límite fijado para esta expedición en vuestro programa. ¡Los habitantes del Tehbali estarán llenos de inquietud!

—Tenéis razón, y os doy las gracias por vuestro aviso, Kaddour. Es preciso no causarles inútiles pesares. Mirad, á vuestra vez, los anillos de Saturno, y todo cuanto os plazca, y después recogeremos nuestro bagaje y volveremos á emprender el camino con la mayor premura.

El astrónomo no abandonaba sin pena aquel sitio, donde podía dedicarse con afán y atención á su estudio predilecto; y no era sólo personal satisfacción lo que en ello sentía, sino que le alentaba el noble, el ardiente deseo de ser útil á la ciencia y la humanidad.

Veinte horas más tarde, los dos viajeros, sumamente cansados, alentaban en el Observatorio, en donde encontraron á las personas y á las cosas en el mismo estado en que las habían dejado.

CAPÍTULO IX

HALLAZGO DE UN PAPIRO SELENITA

Después de dejar á Norberto el tiempo suficiente para descansar, escucharon con interés el relato de su exploración al hemisferio invisible, y luego le contaron detalladamente el descubrimiento hecho por la señorita Kersain, de un monumento arquitectónico. El joven astrónomo quiso verificar un reconocimiento más completo de dicho monumento, y disponiéndose á marchar en seguida, rogó á Gertrudis, al doctor y á Fatima que le acompañasen.

Desde el instante mismo en que Norberto entró en la nave del edificio, se admiró de ver en todas las junturas que cubrían las paredes y en los altos relieves, un detalle que tenía forzosamente que llamar la atención de un astrónomo, y, por tanto, la suya: eran dos *soles* pintados en el cielo de la Luna, uno grande, y otro más pequeño.

Completamente familiarizado ya con el lenguaje mímico, recurrió á tal procedimiento para dar á los que le acompañaban, y sobre todo á Gertrudis, la explicación de aquel fenómeno.

—No puede dudarse, dijo, de que en esas imágenes, el gran Sol sea la Tierra, aún en estado incandescente, y esta misma circunstancia da á conocer que este monumento lunar es de una antigüedad remotísima. Su conservación se debe, de seguro, al hecho de no existir aquí ni lluvias, ni vientos, ni tempestades atmosféricas de ninguna clase; y aun cuando se dan variaciones de temperatura, estos materiales son poco sensibles á semejantes accidentes.

Mirando en su contorno todo el edificio, Norberto notó al momento su forma piramidal.

—Está claro, repuso en seguida, que los selenitas conocian las leyes de la mecánica mucho antes de que la Tierra se enfriara lo suficiente para ser posible la vida humana. Siendo aquí la fuerza de gravedad seis veces menos potente que en nuestro planeta, y estando la solidez de los edificios en razón directa de esta fuerza, se veian precisados á edificarlos sobre bases más anchas y con cimientos más sólidos. La forma del hormiguero, que resiste al viento á pesar de la ligereza de su construcción; la de la montaña, que sobrevive á todas las convulsiones geológicas; la del cono, en fin, es la única que podia adoptarse en la Luna, y ya veis cómo los selenitas lo han comprendido. Todo esto explica perfectamente por qué este monumento esté aún en pie, después de millares de siglos de existencia.

—¿Qué es esto? dijo á su vez Gertrudis, deteniéndose delante de una especie de marco triangular que no habia visto en su primera visita al monumento.

Examinado con mucha atención, resultó ser una puerta, inmensa como todo lo demás y cerrada por una serie de láminas metálicas en forma de abanico, que se replegaron fácilmente sobre sí mismas, dejando ver una abertura que daba entrada á una segunda pieza.

Esta no estaba vacia como la primera, pues contenía gran número de muebles que tenían todos forma cónica, por su base ancha y sólida y su remate más ó menos puntiagudo.

Los asientos eran de dimensiones colosales, y parecian destinados á sostener, más bien que hombres, estatuas tan gigantescas como los Buddhas en los templos indios. La hipótesis pareció confirmarse cuando notaron que los asientos eran todos de oro fino, empañado por el tiempo. Habia allí empleada una suma enorme, calculando con arreglo al precio que este metal tiene en la Tierra.

—¡Es increíble! decía el doctor Briet, siempre por señas. Para prodigar así el oro, es indudable que los selenitas han conocido el medio de producirlo, y sin duda han poseido lo que los alquimistas de otros tiempos llamaban la *piedra filosofal*.

—¡Cómo, tio! replicó entonces la señorita Kersain. ¿Es posible que con vuestros conocimientos científicos creáis en las cábalas de los alquimistas?

—No creo que hayan encontrado jamás el medio de hacer oro; pero, en verdad, no sé por qué no se ha encontrado, puesto que la química moderna reduce cada vez más el número de los cuerpos simples elementales. ¿Quién nos dice que el día menos pensado no descubra que el oro es sencillamente ni más ni menos que el estado sólido de un gas tan común como el ázoe? ¡Muchas sorpresas nos ha dado ya, y nada me sorprenderia!

Llegaron delante de otra puerta igual á la primera, que se abrió del mismo modo que la anterior, y dió acceso á una sala que les ofreció un espectáculo imponente.

En medio de aquella pieza, y encima de un pavimento que parecía formado con piedras preciosas talladas en aristas agudas, se elevaba una especie de catafalco inmenso, si es que se puede llamar así á ocho ó diez gradas monumentales que le constituían. En la más alta descansaba, en la actitud del sueño, iluminada con luz zenital que penetraba á través de los cristales de las ventanas abiertas en las bóvedas, una maravillosa estatua de colosales proporciones.

Parecia un Hércules dormido; pero un Hércules como no lo ha producido jamás la estatuaria terrestre; un Hércules de oro macizo y más hermoso aún por la nobleza de sus proporciones, por el vigor del modelado y por el poder y la verdad de la musculatura, que por el metal precioso de que estaba hecho.

—Es menester que yo la mida, se dijo á sí mismo el doctor Briet subiendo, no sin trabajo, las enormes gradas del catafalco.

Llegado á la última, sacó un metro de su bolsillo, y no bien acababa de

medir un largo total de nueve metros ochenta centímetros desde la cabeza á los pies de la estatua, cuando, con profunda admiración, la vió desmoronarse debajo de su mano, que apenas la había rozado.

La estatua estaba literalmente hecha polvo.

Las facciones habían desaparecido, ligeramente dispersadas, cual polvo, las partículas que las componían y en el sitio de aquellas facciones, que hubieran podido creerse esculpidas por el buril de un Praxíteles, el doctor no veía ya ¡oh sorpresa inesperada! sino un cráneo colosal, petrificado, pero que se conocía perfectamente.

—¡Un esqueleto! exclamó sin darse cuenta de que hablaba. Es el esqueleto de un titán!

Y su voz, repetida por cuatro ó cinco ecos, sonó en aquella inmensa sala como si fuera en la nave de una catedral.

Allí, pues, había también aire, y aire respirable.

Pero los visitantes apenas se fijaron en ello; tan extáticos les tenía el hallazgo del doctor.

Era, en verdad, un esqueleto humano, un esqueleto de nueve metros ochenta centímetros, que estaba allí, yacente, delante de ellos y medio cubierto todavía de su capa de oro.

—¡Es tan largo como la ballena del Jardín de Plantas! proseguía el doctor, siempre inclinado ante aquellos restos mortales. Así, pues, es cosa fuera de toda duda; no sólo ha sido habitada la Luna, sino que los selenitas eran gigantes.

—¡Por lo menos éste! dijo riendo el joven astrónomo, satisfecho, sobre todo, por poder salir de su mutismo forzado é incómodo.

—¡Este y todos! replicó el doctor desde lo alto de su pedestal. La estatura gigantesca es, no sólo posible, sino forzosa en la Luna, cuando tenía habitantes, porque siendo la intensidad de la gravitación seis veces menor que en nuestro globo, los árboles, las plantas, los animales y los hombres lunares han debido *necesariamente* desarrollarse en altura y en fuerza muscular, en razón á esa débil intensidad. ¿No lo creéis lógico, Sr. Manny?

—Pero ¿cómo explicáis, querido tío, esa repentina transformación de una admirable estatua de oro en un horroroso esqueleto? preguntó á su vez Gertrudis.

—Porque no era tal estatua. Es muy evidente que los selenitas tenían por costumbre envolver sus muertos con una delgada capa metálica, como han hecho otras veces los egipcios; y dada la perfección del modelado, no me extrañaría que hubiesen empleado para ello la galvanoplastia. Esto explicaría el carácter de vida que representaba esta estatua, al par que su gran estilo. El tiempo también ha llenado su cometido, no dejando más que la osamenta, conservando, sin embargo, en la costra metálica la forma que había moldeado. Mi indiscreción es la que ha destruído lo que habían respetado siglos enteros.

El doctor se disponía ya á descender, cuando notó que en la mano derecha tenía el esqueleto un rollo, del que el tío de Gertrudis se apoderó sin ninguna ceremonia. Era una especie de papel que parecía hecho de amianto y que se hallaba escrito en caracteres desconocidos.

—¡He aquí, tal vez, lo más interesante de todo! dijo saltando al suelo con su legajo.

Y tenía tan gran prisa por examinarlo, que pidió que volviesen en seguida al Observatorio, y por complacerle se pusieron todos en marcha, hablando, mientras tuvieron aire, de cuanto habían visto.

—Este aire, contenido en una cripta perfectamente cerrada, parece indicar que, en la época en que se edificó, la atmósfera de la Luna era análoga á la nuestra, dijo Norberto. Puede ser que no se haya despojado más que del oxígeno, y por esta razón sea ahora impropia para la vida, por contener, como creo, ázoe puro; es menester asegurarnos de ello, pues esto ha de ser, no sólo interesante, sino inmediatamente útil, para nosotros ahora, y más tarde para la ciencia.

Tan luego como entró en el Obser-

vatorio, el doctor se puso al punto á estudiar su papiro; pero después de muchas horas gastadas en vanos esfuerzos para descifrarlo, tuvo que confesar que le faltaba la clave: estaba tan adelantado como los egiptólogos antes del descubrimiento de la famosa piedra de Rosette, que, como es sabido, tiene una inscripción en tres columnas en griego, en copto y en jeroglífico, y que sirve de base para todos los trabajos modernos en esta clase de investigaciones paleográficas.

Viendo que no daba pie con bola, como se dice vulgarmente, Kaddour le pidió permiso para estudiar á su vez aquel documento selenita, y al cabo de un cuarto de hora declaró que aquella inscripción significaba, á su parecer, lo siguiente:

Sol, hijo del astro del Norte, se ha dormido en el último sueño el cuarto día del noveno año del trigésimo segundo ciclo.

Esta traducción, preciso es decirlo, tropezó de pronto con cierta incredulidad; pero Kaddour insistió de tal modo en su opinión y demostró con tanta elocuencia que los caracteres del papiro, interpretados en el sentido de ser un jeroglífico *ideológico*, podían por lo menos tener este significado, que el doctor acabó por declararse convencido, admirando mucho la sagacidad y los extensos conocimientos que poseía el pequeño Kaddour.

Además, éste hizo observar, con razón, que había allí una buena muestra de escritura referente á ideas, y no á palabras, independiente de todo idioma y de naturaleza tal, que pudiese ser entendida por todos los hombres, y esto era verosímil.

En aquel instante salía Norberto del laboratorio químico, en donde se había encerrado para practicar sus experimentos acerca de los componentes de la atmósfera lunar, y le pusieron al corriente de la cuestión que se discutía.

—Por mi parte, estoy perfectamente dispuesto, dijo en seguida, á admitir la interpretación de Kaddour, pues tiende á demostrar que los selenitas usaban nombres de estrellas, y *así debía de ser*, tratándose de una raza tan bien colocada para hacer rápidos progresos en la ciencia del cielo. El ciclo de que se habla en ese papiro, es probablemente un gran ciclo astronómico, lo que confirma nuestra primera impresión respecto á la remota antigüedad del documento que poséis, Sr. Briet.

Además, continuó Norberto, me consta una cosa muy importante, y es que, en efecto, la atmósfera lunar se compone de ázoe con un resto de oxígeno. La densidad de este ázoe es solo de 0,16200, es decir, igual á la sexta parte de la densidad de este mismo gas en la atmósfera terrestre.

Este hecho, amigos míos, es otra prueba lógica de la débil intensidad de la gravitación en el globo en que nos hallamos; nos explica también la sequedad absoluta de la atmósfera lunar, y da la razón de por qué ésta sea de una transparencia tan perfecta: también me da la clave de un fenómeno cuya explicación buscaba hace tiempo, y es por qué la provisión de oxígeno de nuestros depósitos nos permite respirar tres ó cuatro horas, y más aún; es que, en efecto, basta que una proporción de 20 á 23 por 100 de este oxígeno se mezcle á un 76 por 100 de ázoe lunar, para darnos un aire tan respirable como el de la Tierra. Esta mezcla se efectúa sola, por la razón de que nuestras caretas respiratorias no están herméticamente pegadas á nuestras caras, y he aquí por qué no sufrimos molestia alguna al alentar. Ya veis que no me he descuidado en averiguarlo.

—¡Es una razón de gran importancia para nosotros! exclamó con evidente gozo el doctor.

—En efecto, lo es, pues así estamos seguros de que en adelante el aire no nos ha de faltar, porque, en vez de consumir, en los últimos días de nuestra estancia aquí, oxígeno puro, como yo antes creía, bastará que fabriquemos para el uso interior del Observatorio una mezcla de oxígeno y de ázoe, resultándonos artificialmente cuanto aire necesitemos.

—¿De modo que creéis firmemente que la atmósfera de la Luna ha sido anti-

guamente igual á la nuestra, con poca diferencia acerca de su densidad, y que ha gastado gradualmente su oxígeno? preguntó el doctor.

—Eso es, precisamente, replicó Norberto. Tenemos la prueba de ello en aquel aire encerrado tanto tiempo en la cripta del monumento descubierto por Gertrudis, y en el hecho de que la humanidad ha existido en la Luna y ha desaparecido después. Notaréis además el predominio del hierro en todas las rocas que nos rodean, y habréis advertido que todas ellas están en gran manera oxidadas á fuerza de consumir oxígeno; la vida animal y la vegetal aquí ha terminado por no encontrar bastante oxigenada la atmósfera; y, por tanto, se ha apagado.

La explicación dada por Norberto puso á todos de muy buen humor; así es que cada cual quiso, después de comer, ayudarle en la obra de tomar una precaución indispensable, almacenando calor para la larga noche lunar, ya muy próxima; lo cual trataron de conseguir poniendo en actividad una serie de insoladores para calentar, hasta enrojecerlas, enormes piedras, que fueron después cuidadosamente enterradas en el subsuelo del almacén, de modo que conservasen una gran cantidad de calórico utilizable.

Al mismo tiempo se inauguraba la fabricación en grande de oxígeno para renovar la riqueza de aire del cráter, que empezaba á enrarecerse sensiblemente, poniendo en cuidado al celoso é inteligente Norberto.

Con este motivo examinaron la cantidad de clorato de potasa que había en el almacén y encontraron que existían allí 120.000 kilogramos, ó sean 30 toneladas. Excusado es decir que estos 120.000 kilos no pesaban en la Luna más que 18.680, poco más ó menos, y que era una provisión suficiente á recargar de oxígeno el aire necesario para el consumo de once personas durante dieciocho ó veinte días. El aparato adoptado para producir aire respirable era de los más sencillos, pues consistía en una gran caja de oxidación, por donde pasaba, antes de llegar á los sitios habitados del Observatorio, todo el aire traído del depósito subterráneo por medio de una bomba automóvil.

Estos cuidados y aquellos trabajos necesitaron setenta y dos horas de incesante actividad, durante las cuales no se pudieron dar fuera sino rápidos paseos; pero poco les importaba ya, puesto que conocían ahora en sus líneas esenciales la fisonomía de ambos hemisferios de la Luna; el doctor había formado una colección de rocas variadas, y era poseedor de un manuscrito selenita, y Gertrudis había tomado croquis de cuanto había visto de más interesante. Ya no quedaba otra cosa que arrostrar la monotonía de la larga noche lunar, y luego, cuando volviera el Sol, como los trabajos estarían terminados y los espejos cónicos podrían entrar en actividad, se intentaría la vuelta al país natal. ¡Pero cuántas sorpresas reservaba aún tal vez á los náufragos aquel esfuerzo supremo! ¡Cuánta previsión y cuántos cuidados!

Norberto, que en su calidad de jefe era el responsable de todo, no quería esta vez dejar nada ni á la casualidad ni al peligro de la imprudencia de cualquiera de sus compañeros, combinó un nuevo mecanismo para poner en juego su aparato central, y ocultó á todos el resorte. Era como una cerradura de una caja de caudales, cuyo secreto ó palabra es preciso conocer para moverla; sólo él en adelante podía establecer el contacto y transformar en imán la roca de Tehbali. ¡Esta vez ni el oficioso criado del *baronnet*, ni nadie, podría desconcertar sus planes! Habían corrido grandes peligros para exponerse á otros mayores, que acaso fueran irremediables.

Las últimas horas del día fueron consagradas á establecer en la explanada un elevado andamio de hierro, el cual sostenía un eje horizontal de acero pulido. A este eje se suspendería, en un momento dado, un ancho paracaídas, mantenido abierto por una armazón que podría desarmarse en caso de necesidad, y en cuya barquilla hallarían sitio los once viajeros en el preciso instante en que estuviesen bastante cerca de la Tierra para acabar la bajada. Su mismo peso serviría de lastre, y para orientar-

les en el sentido de la mayor fuerza de atracción.

El eje horizontal, dando vueltas en los montantes del andamio, permitiría que la inversión se hiciera gradualmente y de un modo insensible, dando de esta manera al paracaídas la movilidad de un péndulo que girase alrededor de su eje.

Y, en fin, el sistema de suspensión, puesto en directa comunicación con el órgano eléctrico central, debía hacer posible una separación instantánea del paracaídas y del andamio, coincidiendo con la súbita parada de la acción magnética.

Los elementos de este sistema, largamente madurados por Norberto, estaban ya fijados en su espíritu, no quedando más que ponerlos en ejecución; y eso era cosa fácil contando con los elementos de que disponía.

ÍNDICE DEL CUADERNO TERCERO

	Páginas.
I.—Después del cataclismo	5
II.—Un singular país	10
III.—El cráter de Rheticus	16
IV.—Simple catalepsia	24
V.—Historia de Kaddour	31
VI.—Compañeros de infortunio	37
VII.—Fragmento del diario de Gertrudis	43
VIII.—Contemplando el hemisferio invisible de la Luna	49
IX.—Hallazgo de un «papiro selenita»	54

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA

Tiempo hacia que se venia careciendo de una edición de esta obra inmortal, que á la belleza de su impresión, ilustración y baratura, reuniese las *notas históricas*, *críticas* y *gramaticales* de la Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencin, Hartzenbusch, Cuesta, Janer, etc.; y esta que ofrecemos al público, no solamente las tiene, sino que tambien lleva la VIDA DE CERVÁNTES, y el BUSCAPIÉ, anotado por el distinguido literato D. Adolfo de Castro.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA es el libro más popular en España, y puede afirmarse que su fama no es menor en el extranjero, donde se halla traducido á todos los idiomas. El QUIJOTE es una obra que todo el mundo debe tener en su biblioteca y que hay que aprender casi de memoria.

En suma: es la edición más completa que ha salido, reuniendo á esto la baratura; pues, formando **un tomo en 4.° mayor de 542 páginas con 300 grabados** intercalados en el texto y *láminas sueltas*, impreso en buen papel y con el retrato de Cervantes en acero, sólo cuesta en Madrid, encuadernado en rústica, con una bonita cubierta, **seis pesetas**, y en tela con una bonita plancha, **7,50**.

Dirigir los pedidos á *D Agustin Jubera*, calle de Campomanes, núm. 10, almacén de libros.

COCINA MODERNA

TRATADO COMPLETÍSIMO

DE

Cocina, Pastelería, Repostería

Y BOTILLERIA

CONTIENE GRAN NÚMERO DE RECETAS

DE EJECUCIÓN FÁCIL Y SEGURA, SEGÚN LA PRÁCTICA DE LOS MÁS AFAMADOS COCINEROS ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

COMPRENDIENDO TODOS LOS ÚTILES DE COCINA

EL SERVICIO COMPLETO DE LA MESA

Y ARTE DE TRINCHAR, EL MÉTODO MEJOR PARA ELABORAR EXCELENTES PASTELES, HELADOS, LICORES,

Y TODO CUANTO SE REFIERE Á LA PEQUEÑA Y Á LA GRANDE

COCINA ESPAÑOLA, EXTRANJERA Y AMERICANA

Ilustrado con más de 100 grabados intercalados en el texto.

10.ª EDICIÓN

Forma un tomo en 4.º de 500 páginas, y se vende en Madrid en todas las librerías **á 3 pesetas.**

Los señores libreros obtendrán rebajas de consideración en esta importantísima obra dirigiéndose á su editor, D. AGUSTÍN JUBERA, CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 10, EN MADRID.

LOS DESTERRADOS DE LA TIERRA

ANDRÉS LAURIE

LOS DESTERRADOS DE LA TIERRA

VERSIÓN ESPAÑOLA

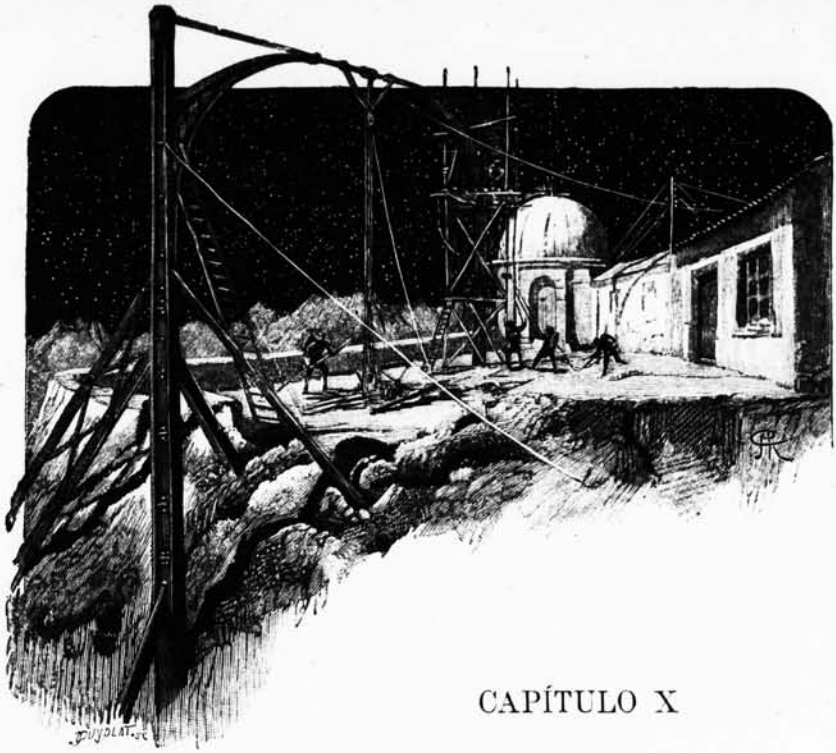
LOS NÁUFRAGOS DEL ESPACIO

CUADERNO CUARTO

MADRID
AGUSTIN JUBERA, EDITOR
ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
1889

Es propiedad del Editor

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS, PLAZA DE LA PAJA, 7 BIS. MADRID



CAPÍTULO X

ECLIPSE DE SOL PRODUCIDO POR LA INTERPOSICIÓN DE LA TIERRA

Mientras se entregaban á aquellos trabajos, Norberto, que no perdía una sola ocasión de estudiar el cielo y, sobre todo, las *protuberancias* del Sol, notó que un eclipse total de este astro, producido *por la Tierra,* iba á verificarse, y avisó en seguida á sus compañeros para que gozasen de aquel espectáculo, que suponía muy curioso, en razón á las enormes dimensiones de la Tierra en el cielo lunar; pero estaba muy lejos, sin embargo, de pensar él mismo en los maravillosos efectos de óptica á que iba á dar ocasión ese eclipse.

Apenas estuvieron los observadores provistos de sus correspondientes cristales ahumados para proteger la vista, y de los indispensables depósitos de oxígeno, tomaron posición en la explanada, y en seguida comenzó el fenómeno.

En primer lugar, la Tierra se rodeó de una faja de oro que brillaba alrededor de su negro disco, cual si fuera una radiante aureola. Poco á poco, y á medida que el Sol, como obligado por aquel disco, desaparecía detrás de él, la aureola se agrandaba, invadiendo en totalidad la circunferencia hasta que acabó por rodear enteramente al mundo terrestre; cuando la ocultación fué completa, se produjo en los espectadores un gesto simultáneo de admiración.

En derredor del inmenso disco, igual en superficie á catorce Lunas vistas desde la Tierra, irradiaba una faja anaranjada con un borde color de escarlata. El paisaje lunar, hundido en la sombra, se envolvía en un matiz amarillento, que hacía resaltar deliciosamente todos sus detalles, revistiendo con este color las cimas y los cráteres y presentando sus pendientes un tinte amoratado.

Era un espectáculo mágico y encantador.

Durante varios minutos, los espectadores quedáronse sumergidos en la deliciosa sensación que les hacía experimentar la vista del panorama lunar así transformado, suavizado y animado por esos juegos de luz; pero como el eclipse debía prolongarse durante algunas horas, se volvieron todos al salón para comunicarse sus impresiones.

La primera idea de Norberto fué la de fotografiar el paisaje bajo este nuevo aspecto, como lo había hecho ya con la luz ordinaria, y obtuvo una prueba muy interesante. En cuanto á la señorita Kersain, podemos decir que estaba llena de bondad y profunda piedad.

—Sr. Mauny, dijo de repente; quisiera pediros un favor.

—¿Necesito acaso deciros que está concedido de antemano?

—Estoy pensando en esos pobres desgraciados que están presos, y les tengo mucha compasión, porque no gozan de este admirable espectáculo. Es ya demasiado duro para ellos hallarse desterrados en la Luna para que los privemos de ver las curiosidades que hay en ella. ¿No podríais dejarles salir para que vean el eclipse?

—Nada más fácil, señorita; y Virgilio, que les hace dar dos veces al día un paseo por el camino de ronda, irá á abrirles la puerta.

—¡Oh, Sr. Mauny! Es preciso que la gracia sea completa, y para eso hay que dejarlos venir á la explanada, pues en el camino de ronda nada verían.

—Hágase como lo pedís. Ya has oído, Virgilio; cumple los deseos de la señorita Kersain.

En aquel momento, fijó Norberto casualmente la vista en la fisonomía de Kaddour, que acababa de ayudarle en sus operaciones fotográficas, y se admiró de la atroz expresión de rabia que vió en ella.

—¿Qué tenéis? le dijo en seguida. ¿Encontráis extraordinario que se demuestre conmiseración hacia personas muy poco recomendables, pero desgraciados al fin, no es verdad?

—¡Desgraciados! ¿Así llamáis á esos malvados? rugió Kaddour, incapaz de contener las pasiones que le agitaban. ¡Desgraciados porque están detenidos en su misma habitación, alimentados como príncipes y ocupados en un trabajo nada penoso!... ¡Y distracciones y espectáculos además!... ¡Ah! ¡Buenos se los daría yo si fuera el amo! ¡Qué habitaciones, qué raciones y qué paseos en el camino de ronda!... ¡A latigazos, sí!... ¡Con un hierro candente abrasarles la lengua, en vez de galletas, sí!... ¡Y con una buena caldera de pez hirviendo, sí, en vez de habitación!...

—¿Cómo podéis, Kaddour, hablar así delante de la señorita Kersain, ó pensar siquiera en semejantes atrocidades? ¿Sois extraño, pues, á todo sentimiento humano? ¿Queréis acaso que creamos que sois un salvaje de la Polinesia y no un francés, como decís?

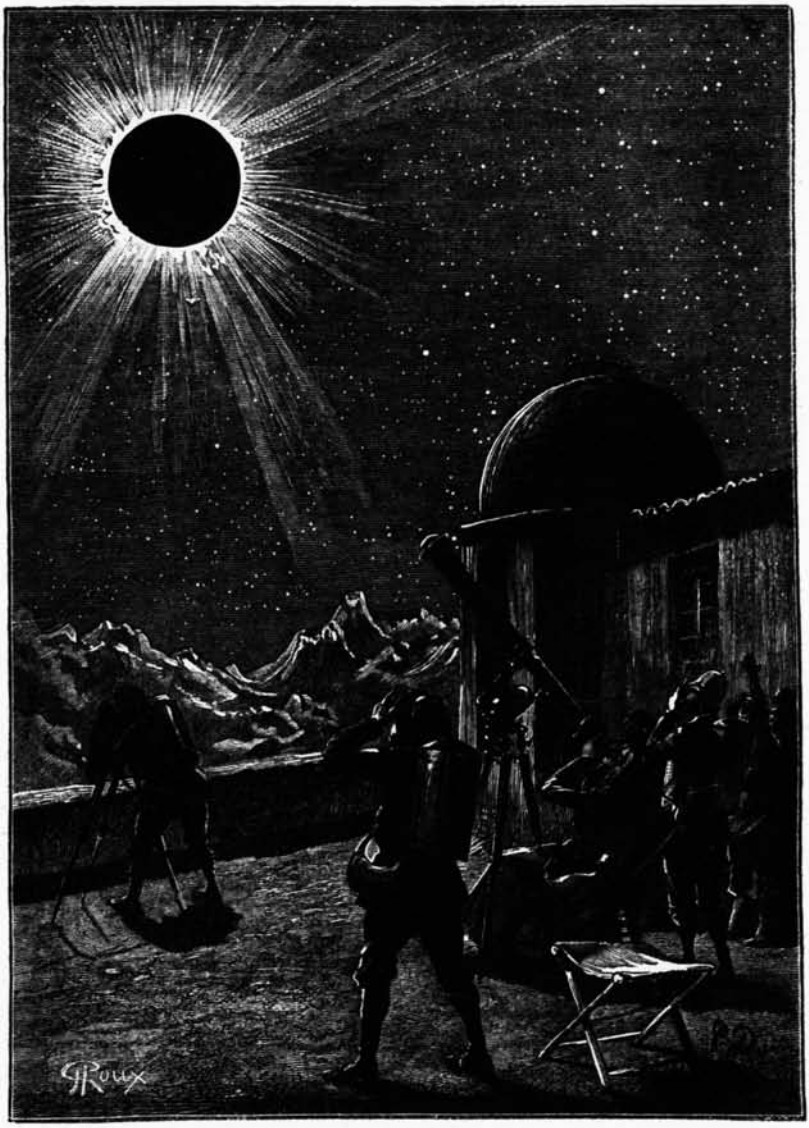
—¡Si aquéllos os hubieran hecho sufrir como á mí, Sr. Mauny, ya veríais cómo no tendríais ánimo para procurarles tantas comodidades!

—Es posible que así sucediera, convengo en ello, pero eso no es una razón para que no admitáis esa generosidad de parte de la señorita Kersain ó de la mía. La justicia no es ni debe ser una venganza, pues su misión consiste en impedir que el malvado pueda dañar; pero no puede abrogarse el derecho de infligirle un sufrimiento inútil. Las horribles represalias de que hablabais hace poco, son buenas para caníbales; un hombre civilizado, instruido como lo sois vos, debe saber reprimir esos feroces instintos y comprender que el primero de sus deberes es no imitar los inicuos procedimientos de los que más daño le han causado.

—Pero, en ese caso, toda la ventaja es para ellos, y el hombre civilizado queda siempre reducido al papel de víctima.

—¿Por qué? ¿Porque unos miserables, impotentes ya para hacer daño, no sufren lo que él ha sufrido? ¿Qué adelantaría con ello? ¿Sus culpas se borrarían por eso? Suponed que nos fuera posible encerrar á Gryphins y á Vogel, durante quince años, en un molde de hierro: ¿dejaríais por eso de haber sufrido ese suplicio?

—No, pero gozaría viéndolos padecer.



Era un espectáculo mágico y encantador el que contemplaban los desterrados.

—Pues bien; esto es lo que yo llamo un sentimiento aún más erróneo que malo. Estaríais, os lo aseguro, mucho más gozoso si pudierais resolveros á perdonarles de buena fe.

—¡Oh! ¡Eso nunca!

—Siento que no sea así; mas por lo que á mí respecta, es mi deber velar para que unos prisioneros confiados en mi palabra no sufran rigores inútiles, y por este motivo os pido encarecidamente que los respetéis mientras estén bajo mi tutela.

En este momento, Virgilio llegaba, con los tres comisionados, á la explanada. Como no existía el temor de que se escaparan, puesto que no era posible respirar sin oxígeno, podian moverse á su placer.

El joven astrónomo, temiendo que la vista de aquellos hombres exasperara aún el resentimiento de Kaddour, le envió al laboratorio químico para cuidar las pruebas fotográficas, y dejó á los prisioneros que contemplasen durante dos horas el curioso espectáculo del eclipse, no dando la orden de volverlos á su habitación hasta el momento en que iba á concluir. Entonces hizo venir á Kaddour para que observara la última fase del fenómeno, que fué de todo punto digna de la primera.

Al entrar en su habitación, Norberto, acordándose del incidente promovido por Kaddour, preguntó á Virgilio cuál era la actitud de los prisioneros, diciéndole éste que se mostraban por lo general muy sumisos y hasta agradecidos por los miramientos que se tenia para con ellos; pero que eran en extremo perezosos y desconfiados.

—No puedo quitarles de la cabeza que vuestra intención es dejarlos aquí cuando partamos, decia el fiel servidor. Por más que procuro por todos los medios posibles convencerlos de vuestra buena fe, y les aseguro que jamás habéis pensado en tal cosa, está claro que conservan, respecto á este punto, una duda, ó más bien una opinión muy arraigada. Os juzgan por lo que ellos son, y encontrarían muy natural que hicierais con ellos lo que no titubearían un instante en hacer con vos.

—Diles, para convencerles, que no tengo intención de evitarles el castigo que han merecido por sus malos hechos, dijo Norberto, pues cuento con presentarlos ante el primer tribunal que encuentre, ó por lo menos ante un jurado de hombres honrados, para tomarlos por árbitros entre ellos y yo. Nada perderán con esperar; yo se lo aseguro. Pero en cuanto á dejarlos aquí, repíteles bajo todas las formas que se te ocurran, que soy incapaz de concebir una idea de ese género, y mucho menos de realizarla. Hasta puedes añadir que les tendré en cuenta su ayuda en la recomposición de nuestras máquinas, y que mi indulgencia será proporcionada al ardor que pongan en el trabajo.

Las horas siguientes fueron activamente empleadas en terminar los últimos preparativos, en previsión de la próxima llegada de la noche.

Habiéndose gastado veintidós toneladas de clorato de potasa en fabricar oxígeno, que un conducto de cuero iba directamente á mezclar al residuo de aire contenido en el cráter, quedaban aún ocho en reserva, y todo permitía esperar que se llegaría, sin entorpecimiento, al momento en que fuera fácil la partida. Los espejos parabólicos estaban todos reparados, no quedando por concluir más que los trabajos de electricidad y de costura, colocar tiras de papel en las rendijas de las puertas y de las ventanas, para combatir, en cuanto fuera posible, el frío exterior, y armarse de paciencia para arrostrar la prodigiosa noche de trescientas cincuenta y cuatro horas que iba á empezar.

El Sol, en efecto, después de haber empleado el mismo tiempo en recorrer, en apariencia, su medio círculo completo en el cielo lunar, se acercaba al horizonte occidental, adonde llegó por fin, siempre con la misma lentitud, y desapareció detrás de las cercanas montañas.

Aquel espectáculo era curioso, por ser nuevo, pero no tenía nada del esplendor que había señalado el eclipse, ni aun de lo que caracteriza una puesta de Sol en la Tierra. La iluminación maravillosa de las alturas atmosféricas, las nubes de púrpura y oro, los abanicos

de rayos luminosos de que se rodea el astro del día en el momento de desaparecer, son desconocidos en la Luna, precisamente porque su atmósfera, perfectamente diáfana, no ha conservado ni nubes ni vapores. El Sol empezó, pues, á bajar simplemente al horizonte, sin despedirse, con sus «fuegos artificiales,» si así puede decirse. Su disco bajó pausadamente durante una hora, y desapareció por fin, no dejando más señales de su presencia que un ligero reflejo dorado en las más altas cimas del paisaje, y entonces, sin transición, sin crepúsculo, la faz visible de la Luna quedó hundida en la sombra, mientras que el otro hemisferio se iluminaba á su vez.

CAPÍTULO XI

Á LA CLARIDAD DE LA TIERRA

La noche, en la faz visible de la Luna, está muy lejos de ser tan perfecta como en el hemisferio opuesto. Es más bien una media tinta, en que todos los objetos revisten un matiz muy suave y muy claro.

La señorita Kersain habíase acercado á una de las ventanas de la sala y contemplaba con vivo interés el nuevo aspecto del paisaje lunar, más fantástico ahora que visto cuando está bajo la acción de los rayos del Sol. Al pie del Tehbali se veía siempre un sin número de cráteres, bañados de un lado por una blanca claridad, mientras que el otro quedaba sumido en las tinieblas. La inmovilidad de los objetos resaltaba más aún debajo de aquella claridad glacial.

Tenía algo de tan extraño é imprevisto, que Gertrudis buscó maquinalmente la causa de ello, é inclinándose del lado derecho de la ventana, divisó entonces en el cielo, hacia Occidente, un astro monstruoso, que le era desconocido.

Era un disco inmenso, de dos ó tres metros de diámetro, en apariencia, que inundaba el cielo de una luz pálida, igual á la que la Luna nos envía aquí abajo, pero quince veces más fuerte. En el primer momento de sorpresa, la señorita Kersain no pudo detener un grito de admiración, casi de espanto, que atrajo á Norberto á su lado.

—¡Mirad! le dijo ella, mostrándole el astro maravilloso. ¿Qué es esto?

—¡Cómo, señorita! ¿No reconocéis vuestro país natal? dijo Norberto riendo. Es la Tierra, nuestra vieja Tierra, que quiere dulcificar los rigores de la noche lunar por una *claridad de Tierra* admirable y que tendremos hasta el fin.

—¡Qué cosa más extraña, y, sin em-

bargo, natural! Hubiera debido sospecharlo. Pero en el primer momento me sobrecogí y hasta creo que tuve miedo. ¡Ese disco es tan majestuoso y tan grande!... Me ha recordado la Luna en el tercer día de la operación que nos ha enviado aquí, y he creído que los cataclismos iban á empezar de nuevo, sin decir «¡allá voy!» Pero mirad, señor Mauny, aquellas manchas claras en medio de un fondo más oscuro; hay una que tiene *algo* de la forma del Africa; allí, á la izquierda.

—¡Es la misma forma... pues aquella mancha es precisamente Africa! Si queréis venir á la galería de los anteojos; os la mostraré con el telescopio y no os quedará duda alguna.

—¡Será posible!... Vamos sin tardar. ¡Fatima! ¡Tío! Venid á ver la maravilla. Venid á ver lo que nadie ha visto aún. ¡El Africa entera al alcance de nuestra vista!

—Y además con la mitad del Asia y de Europa, dijo Norberto dirigiéndose hacia la cúpula del Observatorio, en donde cada cual se apresuró á seguirle.

Bien pronto la señorita Kersain, instalada cómodamente en un sillón, delante del ocular del telescopio, tuvo la indescriptible alegría de ver, no sólo todo el Africa, sino hasta la región limitada por el Mar Rojo, y, por consiguiente, el Sudán. Parecía un mapa dibujado en claro en un fondo de nubes negras. Esas nubes eran el Océano.

—¡Es admirable, maravilloso! decía encantada. ¡Qué detalles, qué claridad! ¡Qué modelado tan perfecto! ¡Y decir que mi padre está allí, desconsolado por no tener á su hija consigo!... Me parece que estoy cerca de él, y, sin embargo, jamás estuve tan lejos. ¡Pobre querido padre! ¡Yo á lo menos sé en dónde está; pero él!... ¿Qué pensará, y cuál no será su inquietud? ¡Ah, Norberto! Vos que poseéis tanta sabiduría, ¿no podríais encontrar el medio de mandarle un mensaje?

—¡Ay, señorita! puede ser que sea factible, pero se necesitarían de todos modos preparativos muy largos y sin grandes probabilidades de ser vistos ó comprendidos, respondió entristecido el joven, viendo asomar las lágrimas á los ojos de la joven. Pero, os lo ruego, no os desconsoléis de este modo; os aseguro que pronto volveréis á ver á vuestro querido padre. No quedaréis aquí sino el tiempo absolutamente necesario. En cuanto concluya esta larga noche, ya veréis... ¡Vamos, señorita Gertrudis; vos, tan valerosa hasta aquí!...

—Trataré de serlo, dijo procurando sonreir, mas no podéis figuraros la emoción que experimento viendo así en el cielo el mundo en que se halla mi padre. Me hace el efecto de que he muerto y que le miro desde allá arriba. ¡Jamás he sentido tan vivamente la espantosa distancia que nos separa!

—¡Qué importa la distancia, puesto que se puede salvar!... Lo hemos hecho ya, y lo volveremos á hacer en un vehículo que no se retrasa por el camino y que va dos veces más de prisa que una bala de cañón.

Pero Gertrudis no llegaba á dominar su pena; sollozaba silenciosamente encima del hombro de Fatima, que mezclaba sus lágrimas con las de su ama.

—¡Vamos, vamos! dijo bruscamente el doctor; esto no es razonable: ¡qué demonio, querida niña! Kersain no está más lejos que antes porque veamos una claridad de Luna ó de Tierra... También nos verá él (hablo de mi cuñado), cuando esté el tiempo despejado en Khartoum.

—¿Creéis que nos ve *ahora*? preguntó Gertrudis con viveza.

—Muy bien puede ser, respondió el doctor, haciendo señas á Norberto, que iba á confesar, con la franqueza de un sabio, que era á lo menos poco probable.

Aquella idea distrajo á la joven y la consoló algún tanto.

—Si mi pobre padre supiera al menos que estoy aquí, murmuró, me parecería que estábamos en comunicación á través del espacio, y que mi pensamiento iría al encuentro del suyo... Y, sin embargo, más vale que lo ignore, añadió con melancolía.

—Es preciso no guardar todas las miradas para el Sudán, exclamó el doctor para distraerla, pues veo allá, en lo alto, un rinconcito que me parece ser Francia. ¡No hace mal efec-

to, con su forma regordeta, bien sentada en los Alpes y los Pirineos, y sus dos brazos tendidos hacia el Atlántico!...

La señorita Kersain echó una ojeada á su patria y la reconoció con vivo placer entre la línea clara dibujada por Italia y las dos manchas blancas que formaban las Islas Británicas. Pero sus miradas se volvían siempre involuntariamente hacia el Africa, y fué necesario procurar una nueva distracción. Felizmente Norberto la tenía preparada.

—Ahora que me acuerdo, dijo de repente, tengo yo también que enseñaros algo. Pero es en otra región del cielo.

Y haciendo girar el telescopio sobre su eje, dirigió la visual hacia la constelación del Cisne, tan brillante como si hubiese sido formada por gruesos diamantes; y después de buscar dos ó tres minutos, se volvió.

—Mirad, dijo á la señorita Kersain, cediéndole el sitio.

—Veo una bolita de color encarnado, ó más bien amarillo subido... del tamaño de una naranja pequeña.

—Eso mismo. ¿Y sabéis lo que es esa bolita que véis? Pues es vuestra ahijada.

—¡Mi estrella!... exclamó la joven con viveza.

—La misma; el planeta *Gertrudia*, que sabiendo que estábamos aquí, ha querido hacernos una visita de buena amistad y saludarnos á su manera, apareciendo en el cielo.

—¡Es muy amable, y tengo mucho placer en conocerla! ¡No está aún muy grande la pobrecita; pero creo que está buena!

—¡Oh! goza, os lo aseguro, de perfecta salud. Y si bien es verdad que sus dimensiones no son considerables, porque su superficie no mide más que la milésima tricentésima parte de la del globo, en cambio está muy bien colocada entre Marte y Júpiter, y gira con sus hermanos, los demás planetas telescópicos, en una región muy interesante del mundo solar. Así es que si su viaje alrededor del Sol es algo largo, debe de ser, por lo menos, divertido.

—¿Creéis que esté habitada?

—Lo ignoro en absoluto, si bien no hay ningún motivo para que no lo esté, pues de seguro posee una atmósfera y una constitución análogas á la de la Tierra y á la de Marte. Lo que sí puedo afirmar es que sus habitantes, si existen, son de una ligereza extraordinaria, y que pueden dar saltos verdaderamente prodigiosos, sin molestia alguna. La masa de *Gertrudia* es tan débil, que la gravedad no tiene casi ninguna energía en su superficie. Los objetos pesan allí poco más que nada, y si hay volcanes, las piedras que lancen deben probablemente caer en otros mundos. Los niños que existan en vuestra estrella pueden tirar cantos que se pierdan en el espacio y no vuelvan á parecer.

Es además muy fácil imaginarse que los habitantes de ese planeta deben de ser aún más altos que los selenitas, puesto que la estatura está en razón inversa de la fuerza de gravitación.

—Entonces, ¿cuanto más pequeño sea un mundo tanto más altos tienen que ser sus habitantes, si existen?

—Es evidente.

—Pues bien; no me gusta la idea de que mi estrella esté llena de gentes más altas aún que los antiguos selenitas. ¿Cuántas veces más altos?

—Puede ser que sesenta.

—¿Sesenta veces nueve metros?... ¡Horror! Serán, pues, gigantes de 540 metros de altura...

—Poco más ó menos diez veces más que las torres de Nuestra Señora de París. ¡Vaya unos mozos! ¡De seguro que no los rechazaría, por faltos de talla, ningún Consejo de revisión militar! exclamó el doctor.

—Más me agradaría que fuesen pequeñitos y proporcionados á su mundo, prosiguió Gertrudis.

—¡Qué vamos á hacerle! Es preciso tomarlos tal cual son, ó, si no, dirigiros, si queréis miniaturas humanas, al mayor de todos los globos que giran con nosotros alrededor del Sol, á Júpiter!...

—¡Debe de ser una sociedad de verdaderas hormigas! exclamó la señorita Kersain.

—¡Y hasta puede ser que microscópicos! replicó Norberto riendo.

—¡Oh! sin duda ninguna; su vista será proporcionada á su estatura; pero convenid conmigo en que estas comparaciones son útiles para rebajar en algo la vanidad humana, y, sobre todo, la que consiste en tener algunos centímetros más de estatura.

Esto fué dicho, sin duda, para consolar á Kaddour, quien por lo menos lo entendió así, porque se inclinó en señal de agradecimiento.

Habían vuelto ya al salón para sentarse á la mesa, pues era la hora reglamentaria para almorzar.

—¡Parece que hace frío! dijo de repente la señorita Kersain, que sintió un calofrío correr por su cuerpo; impresión de la que había perdido hacía mucho tiempo la memoria.

—¡Bien puedes decirlo sin equivocarte! respondió el doctor. Apuesto á que estamos ya á dos ó tres grados bajo cero, y he aquí á sir Bucephalus que da diente con diente.

—¡Yo! ¡Habráse visto! protestó el *baronnet*. Sabed, mi querido doctor, que he sufrido fríos más rigurosos que éste, pues he subido al Mont-Blanc con una sencilla americana de lanilla.

Una de las pretensiones del *baronnet*, harto común además en Inglaterra, era la de sufrir varonilmente el frío y no usar jamás gabán de abrigo, ni aun en lo más crudo del invierno; aunque es verdad que, para hacer alarde de esa resistencia á la intemperie, estaba vestido interiormente de franela desde la cabeza á los pies.

—Os doy la enhorabuena, amigo mío, por vuestra insensibilidad en cuanto al frío, respondió irónicamente el doctor, que aún tenía alguna duda. Por lo que á mí respecta, no me alabo de tal fortaleza, y confieso humildemente que empiezo á sentirme helado, y que una hermosa lumbre me daría muchísimo gusto.

Como para acentuar estas palabras, una violenta detonación se dejó oir en la parte exterior del Observatorio.

—¿Qué es eso? exclamó la señorita Kersain.

—Sencillamente una piedra que ha estallado, respondió Norberto sin conmoverse. Hiela, según se dice comúnmente, hasta hendir las piedras; y algunas de las que forman el muro de recinto habrá conservado un resto de humedad, á pesar del Sol lunar, y ha reventado como un obús ó una castaña. Felizmente hay muy pocas en las paredes del Observatorio, si no, tendríamos un concierto de detonaciones. Pero las piritas que han entrado en la edificación no estallarán, de seguro, porque están perfectamente secas y casi tan dúctiles como el metal.

—Pues ya podemos prepararnos para sufrir este gran frío, dijo el doctor. Si apenas una hora después de la puesta del Sol es ya tan fuerte, ¡qué será cuando pasen veinte ó treinta horas! Y hasta me pregunto si podremos resistirlo.

—Poniéndonos en lo peor, emigraremos al otro hemisferio para ir en busca del Sol, replicó Norberto; mas espero que no nos veremos obligados á recurrir á ese medio. Si juzgo de este frío por el que Kaddour y yo sentimos en nuestra exploración, aunque sea fortísimo, de 30 á 35 grados bajo cero, podremos aún soportarle.

—¡Soportar, decís, un frío de 30 á 35 grados bajo cero! ¿Pero pertenecéis entonces á la escuela de sir Bucephalus? exclamó el doctor. Confieso que prefiero los países cálidos.

—Y yo lo mismo; y cuando digo soportable, entiendo compatible con la vida, y, sobre todo, con las costumbres terrestres. Además, ya sabéis que hemos tomado ciertas precauciones... Virgilio, saca dos ó tres piedras para que entremos algo en calor... Y vos, señorita Gertrudis, registrad vuestras maletas y sacad los chales y los abrigos que haya en ellas.

—Estoy completamente desprovista de tales cosas, pues eran inútiles en Souakim y en Karthoum.

—No importa; miraremos en el guardarropa de sir Bucephalus y en el mío, y ya encontraremos algún gabán para vos y para Fatima... ¿No? ¿No tenéis ninguno?... prosiguió Norberto viendo una señal negativa del *baronnet*. Pues en ese caso una manta de lana ó un *ulter*...; porque he notado, querido ami-

go, que si vos y vuestros compatriotas protestáis contra los gabanes de abrigo regulares, por el contrario, nadie os iguala en proveerse, para viajar, de mantas magníficamente tupidas y de *ulters* de mucho abrigo.

Todos, incluso el *baronnet*, se echaron á reir.

Virgilio entró en aquel momento con un brasero de cobre que contenía tres grandes piedras, de las que fueron calentadas hasta el rojo por los insoladores, y que conservaron debajo de tierra todo el calórico. Apenas se colocó aquel brasero en el salón, notóse un suave y agradable calor.

—¡He aquí una excelente idea! dijo el doctor; y es tan extraño como sensible que no se haya adoptado por las poblaciones terrestres. ¡Cuando se piensa en tanta pobre gente que sufre del frío en el invierno y que no tendría, para evitarse este sufrimiento, más que utilizar de este modo el calor solar! ¡En verdad la humanidad terrestre, que de tan civilizada se precia, está aún en la infancia!... ¡Saber que el cierzo llegará, tarde ó temprano, y no aprovechar aquel benéfico calor que cae á raudales sobre la Tierra!...

—Se sirve de ello bajo la forma de hulla, de leña y, en general, de combustible, dijo Norberto, pues la leña y el carbon, en sus diversas formas, no son otra cosa más que el calor solar guardado en la cueva.

—Tenéis razón; pero convenid en que se le podría recoger más directamente.

—Aquí tenéis la prueba de que he sido uno de los primeros en reconocerlo así, puesto que por mi causa el calor solar es el que nos ha traído á este mundo.

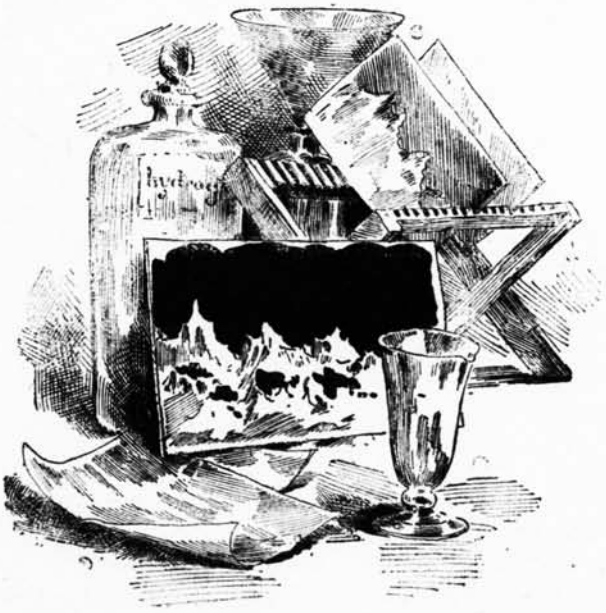
—¡Es lo peor que podía hacer!

—Pero también nos volverá á nuestra patria, doctor.

—Cuando estemos allí, me felicitaré de ello.

—A propósito del carbón, dijo el *baronnet*. ¿Sabéis que hay un magnífico depósito en el lecho del torrente... del torrente desecado?

—¿De aquel en que pasasteis tan mal cuarto de hora? concluyó Norberto. En efecto, es hulla magnífica y que daría un hermoso fuego. No digo para vos, querido amigo, que desdeñáis estas frivolidades; pero sí para nosotros, débiles franceses. Desgraciadamente, el fuego consume mucho oxígeno y no podemos dárselo; nos será necesario, pues, hacer lo que vos; es decir, ser insensibles al frío.



CAPÍTULO XII

LA NOCHE LUNAR

La noche lunar introdujo nuevas costumbres en la vida de los habitantes del Observatorio; permanecían más veces juntos; conversaban; organizaban partidas de juegos con el fin de moverse y agitarse, ó se iban á hacer una excursión de diez minutos, corriendo por el camino; pero á pesar de todas las precauciones que tomaban, sufrían mucho con el frío.

En vano fué que pusieran á contribución los vestidos de toda clase, las mantas y cuanta ropa tenían; en vano arreglóse cada cual un atavío raro, hecho con todos los elementos aisladores del calórico que encontraron á mano; el doctor en particular, sabiendo que el papel es mal conductor del calor, forró su gabán con una colección completa de periódicos; pero nada servía, y el frío aumentaba por momentos. El mismo *baronnet* se vió en la necesidad de confesar que estaba tiritando, á pesar de que, como buen inglés, cifrara su orgullo en mofarse de las bajas temperaturas.

Lo que más singular parecía en aquel frío atroz, era encontrarle independiente de todo accidente atmosférico: aun cuando no existía nieve, ni escarcha, ni hielo, ni aire de ninguna clase, el termómetro bajaba de hora en hora, llegando á 20, 25, 30, 35 y á 40 grados bajo cero, y el paisaje presentaba siempre, bajo la inmutable claridad de la Tierra, el mismo aspecto triste y silencioso.

La explicación de este hecho era, sin embargo, muy natural.

Como la atmósfera de la Luna (decía Norberto, y tenía razón), no posee ni humedad ni vapores de ninguna clase, no puede presentar esos fenómenos meteorológicos que nacen de una re-

partición varia de dichos elementos en las diversas regiones de la atmósfera terrestre.

Los únicos meteoros que venían de vez en cuando á variar la monotonía de aquella larga noche, eran auroras boreales, espléndidas, que aparecían súbitamente en el horizonte como una maravillosa cortina de luz azulada ó color de malva, y se apagaban de repente lo mismo que habían venido.

Al principio de tan rigurosos fríos, el doctor Briet, sin decírselo á nadie, experimentó vivísima inquietud. ¿Cómo sufriría su sobrina aquella temperatura? Estaba en realidad pesaroso, pues no pudiendo creer que la resistiera, ese pensamiento le mortificaba cruelmente; así es que no hacía más que inventar algo para darla calor, fortificarla é impedir que sintiera los efectos de aquel terrible frío.

Pero con expansiva é inexplicable alegría observó, después de algunos días, que Gertrudis, lejos de sufrir por tan baja temperatura, la resistía con más vigor que ninguno. Sus fuerzas, en vez de disminuir, parecían, por el contrario, renacer; ya no tosía ni tenía en las mejillas aquellas alarmantes rosetas que tantos insomnios habían ocasionado á su padre. En vez de debilitarse y de adelgazar, se fortalecía y aparecía en toda la gracia y el vigor de sus veinte años. Jamás el buen doctor la había visto con tanta salud ni tan libre de la fatalidad hereditaria que hasta entonces parecía pesar sobre ella.

—Es preciso que este clima tan seco de la Luna sea positivamente el mejor para los tísicos, se decía. ¡Nunca ví curación más repentina! porque no solamente no presenta ya ningún síntoma inquietante respecto á los pulmones, sino que su salud en general está completamente reconstituída. ¡Sobrelleva sin duda este frío, ante el cual los rigores de Siberia son una primavera, mejor que ninguno de nosotros...; es, más que una cura, una verdadera transformación!... ¡Si algún día volvemos á ver á su padre, y si nos riñe á propósito de las aventuras en las que sin querer hemos arrastrado á su hija, los hermosos colores de ésta serán nuestra disculpa!

Gertrudis aprovechaba su nuevo vigor para activar los quehaceres de costura, de que se encargó con Fatima. Se había impuesto la tarea de juntar, mediante una costura hecha con cordoncillo, los paños de seda destinados á la construcción de un enorme paracaídas. Habíanse proyectado varios, pero no satisfacían á Norberto, que lo quería de dimensiones suficientes para sostener á toda la colonia; era preciso, pues, cortar y reunir los elementos para formar uno semiesférico, de treinta metros de diámetro; pero por más que la señorita Kersain y Fatima trabajasen con mucho ardor, no llegarían á concluir aquella tarea en el tiempo limitado de que disponían, si no ofreciera su ayuda generosa Virgilio, quien (dicho sea en honor suyo) cosía tan divinamente como pudiera hacerlo el mejor maestro velero de una flota.

Norberto, ayudado por el doctor y por Kaddour, se entretenía ante todo en poner en orden las máquinas eléctricas, para preparar de nuevo su gran imán artificial; máquinas que tenían mucho que componer, pues el violento sacudimiento estropeó, por desgracia, las partes más delicadas de los aparatos; así es que, como invertía mucho tiempo en estos preparativos, distraía de su sueño algunas horas para hacer sus estudios astronómicos, pasando en el telescopio casi todo el tiempo que necesitaba para dormir, como hacían los demás.

Sólo cuando permanecía ante su anteojo se creía completamente feliz, y hubiera querido que aquella noche, ya tan larga, durase indefinidamente.

—Jamás, decía, me ha sido dado recoger datos tan precisos, tan exactos y tan nuevos, con tan pequeña molestia ni con tanta facilidad para cotejar á mi placer las observaciones. Un año de estancia más aquí haría progresar la ciencia astronómica más que con cien años de estudios en la atmósfera terrestre. ¡Y qué sucedería si dispusiese de telescopios tan potentes como los de los grandes Observatorios!... Pero es preciso contentarse con lo que se tiene... Me daría por muy satisfecho si pudiera utilizarlos durante cinco ó seis noches lunares; no haría falta más para

competir con los más afamados astrónomos.

—¡En ese caso, quedémonos! exclamó Gertrudis. Haremos con gusto este sacrificio, aunque sea, en verdad, poco grato.

—La intención es encantadora, y os la agradezco mucho; pero ya comprenderéis que es imposible de realizar, pues el tiempo que tenemos que pasar aquí está limitado por nuestra provisión de aire respirable.

—¿Partiremos en cuanto amanezca?

—Al amanecer precisamente, no; pero, poco más ó menos, cuarenta y ocho horas después de la salida del Sol. Es el *minimum* de tiempo suficiente para los preparativos, que no pueden hacerse en las primeras veinticuatro horas.

En medio de todos estos trabajos Norberto no olvidaba á sus prisioneros, pues se creía en el caso de demostrarles tanto más su generosidad, cuanto más penosa era su situación, á causa del riguroso frío que tenían que sufrir, y por eso dió á Virgilio las órdenes convenientes para que aquellos desgraciados participaran del calor que ofrecían las piedras enrojecidas al sol, dándoseles de paso trajes supletorios para que se abrigasen, recibiendo dos veces al día, además de su ración de víveres y vino, té, ron y cerveza.

Cada vez que se discutía algo en favor de los presos, se producía en Kaddour una explosión de ira que, no obstante disimularla por miramiento á Norberto, siempre se traslucía algo. El odio le retozaba por todo su cuerpo y le arrancaba gritos feroces; sus facciones se alteraban convulsivamente; echaba espuma por la boca y se ponía, en fin, fuera de sí. Entonces el joven astrónomo pretendía hacerle entrar en razón, demostrándole, al paso, cuán pueril era aquel rencor.

—Ya os he dicho que jamás conseguiréis de mí que me convierta en instrumento de vuestro odio. ¿Para qué hablar siempre de este doloroso asunto? ¡Mostráos ya digno de vuestra educación! ¡Desechad esas repugnantes violencias, y olvidad, amigo Kaddour, olvidad; os lo pido por nosotros y hasta por vos!...

—¡Olvidar!... respondía el enano con inexpresable amargura. Que aquel que no haya conocido mis sufrimientos, olvide. En cuanto á mí, pobre ser burlado y despreciado; yo, el enano grotesco y monstruoso que ve estremecerse á su paso los niños y las mujeres... ¿puedo acaso olvidar?... Comprended á qué infierno me han condenado esos hombres... ¡Ah, Sr. Maunyl me habéis revelado un sentimiento que no conocía; el agradecimiento y el afecto... Pues bien, era preciso que hubierais experimentado tan sólo un día lo que yo experimento hace treinta años, para que conocierais el odio que me inspiran esos miserables.

—Kaddour, jamás convendré en que tengáis razón para entregaros así á esos furores, le dijo Norberto acercándose á él y poniéndole afectuosamente la mano encima del hombro. Esas gentes os han tratado con mucha crueldad; lo sé. Mostráos superior á ellos; mostrad la generosidad de vuestro corazón haciéndoles ver que no han podido envilecerlo. ¡Perdonadlos, Kaddour! ¡Colocáos por encima de vuestra mala fortuna! La prueba es ruda, sin duda; pero dadme la alegría de veros salir de ella victorioso.

El enano le miraba con los ojos extraviados.

—¡Me pedís demasiado! gritaba con voz ronca; comprendo que tenéis razón; pero no puedo... no puedo... Soy un ser maldito y dañino, cuyo sitio no está entre las gentes honradas. Dejadme obrar según el carácter que me han creado.

Y hablando así, el infeliz enano vertía un raudal de lágrimas, y con un gesto feroz ocultó su rostro entre las manos.

Norberto comprendió que al fin había llegado á conmoverle, y quiso concluir aquella cura moral.

—Escuchadme, repuso; quiero intentar una experiencia y procurar que reconozcáis vuestro error acostumbrándoos á ver á vuestros enemigos, pues vuestro odio se alimenta ante todo de recuerdos. Puede ser que esté mejor inspirado acercándoos á ellos; en adelante acompañaréis á Virgilio á la pri-

sión; tengo completa confianza en vos para estar seguro de que no haréis ni diréis nada en contra de hombres sin defensa.

Y, en efecto, desde entonces el enano se mostró más calmado. Dos veces al día iba á la prisión acompañando á Virgilio, y la vista de sus verdugos, encorvados en su forzado trabajo, parecía satisfacer lo suficiente su odio, pues no se le oyó proferir ninguna amenaza.

Así se pasaba aquella interminable noche; pero á medida que avanzaba hacia su fin, el frío era cada vez más intenso, y las piedras almacenadas en el subsuelo perdían mucho calor, no suavizando ya la temperatura. Llegó un momento en que el frío fué tan cruel, que sir Bucephalus exclamó, levantándose de la mesa:

—¡Daría un ojo por un buen fuego de hulla!

Y esas frases respondían tan bien al pensamiento de todos los demás, que Norberto no pudo resistir á complacerlos.

—¡A fe mía, tanto peor! exclamó: sé que es una locura. Pero quiero contentaros siquiera hoy. Encendamos una hermosa lumbre. Hay hulla en el valle: vamos por ella.

Equiparse, tomar unos sacos, ir á llenarlos de antracita en el lecho del torrente desecado, fué asunto de diez minutos, y de quinientos ó seiscientos pasos para Virgilio y Tyrrel.

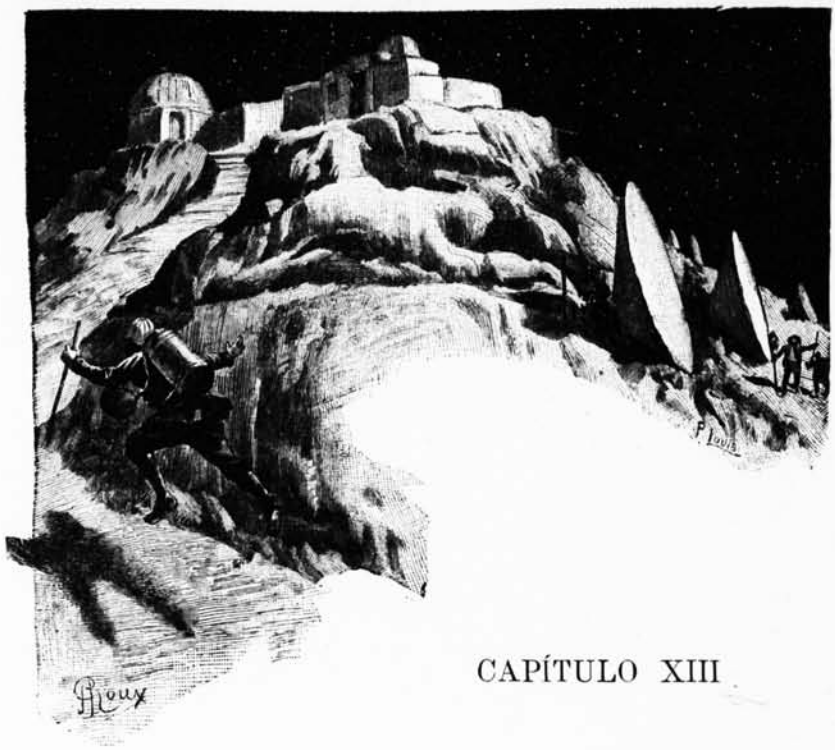
Se hizo un gran montón en la galería circular, debajo de un agujero hecho en la pared para servir de chimenea, y después de encenderlo, gozaron durante dos horas del placer de asarse tan pronto de frente como de lado y de espalda. Hicieron té, bailaron, nada, en fin, faltó en aquella fiesta.

—¡Somos muy pródigos! decía, sin embargo, Norberto sacudiendo la cabeza. ¡Decir que hemos consumido, nada más que por el gusto de calentarnos, una cantidad de aire que nos serviría para respirar por lo menos veinte horas!...

Felizmente la noche tocaba á su fin; un poco más de sufrimiento; dos ó tres grados menos en el termómetro, y algunas horas después, en el momento de levantarse de la mesa, el Sol anunció su llegada por Oriente.

Se vió en primer lugar, sin crepúsculo, una franja luminosa rebasando la línea del horizonte, luego un pequeño segmento del disco, que se parecía á un curioso asomando un ojo por encima de una pared. Después aquel disco se agrandó, mostrándose, al fin, por entero, y sus flechas de oro cubrieron de nuevo los cráteres y estepas.

El día volvía á aparecer después de trescientas cincuenta y cuatro horas de ausencia.



CAPÍTULO XIII

OTRA VEZ LOS FUNESTOS COMISIONADOS—INTERVENTORES

—¡Vamos! exclamó Norberto; no perdamos tiempo, y dejemos cuanto antes éste infierno! Voy inmediatamente á inspeccionar los insoladores y las máquinas; Virgilio y Kaddour los pondrán en movimiento, y dentro de cuarenta y ocho horas, á más tardar, empezaremos nuestra bajada. ¡Seis días, once horas y ocho minutos más, y llegaremos á la Tierra!

—¡Cómo! dijo la señorita Kersain. ¿Necesitaremos ahora tres horas más para efectuar nuestro viaje que necesitó la Luna para realizar su primer descenso?

—Sí, porque en este momento está más lejos de la Tierra. Pero ante todo, es preciso que renovemos nuestra provisión de oxígeno para esta última semana. Virgilio, ve á ocuparte de ello, y llena las redomas mientras reviso los aparatos. ¿Venís, doctor?

No solamente el doctor, sino Gertrudis y sir Bucephalus, se fueron con el astrónomo. ¡Era cosa tan agradable, después de aquella larga noche, volver á ver el Sol y hasta tostarse un rato ante la acción de sus esplendorosos rayos!...

Pero no habían pasado veinte minutos, cuando Virgilio, visiblemente emocionado, se presentó en una de las puertas laterales del Observatorio haciendo señas para apresurar la vuelta de su amo. Todos acudieron en seguida.

—¡Señor!... ¡Ocurre una gran desgracia! dijo con alterada voz, tan pronto como Norberto hubo entrado en la atmósfera del edificio y estuvo, por consiguiente, en estado de oirle.

—¿Qué desgracia es esa?

—El clorato de potasa...

—Pero bien, ¿qué?...

—¿Os acordaréis de que cuando llegó la noche quedaron *ocho* toneladas en el almacén? Pues bien: ¡no encuentro más que *una*!...

—¿Cómo una?

—¡Tan estupefacto me he quedado al notarlo, como vos os quedáis al oirlo! ¡Mas, por desgracia, es demasiado cierto; todas las barricas están vacías, menos una!

Norberto, que no daba crédito á lo que oía, por parecerle de todo punto inverosímil, echó á correr al almacén en que se hallaban depositadas. Allí se veían alineadas, con el mismo orden con que las viera catorce días antes; Virgilio decía verdad. ¡Al moverlas, todas sonaban á hueco; todas estaban desocupadas, menos una!...

No podía darse otra explicación admisible sino que las siete toneladas de clorato habían sido sustraídas, y, por consiguiente, no se podía sentar más hipótesis que ésta: los autores de la sustracción son los tres prisioneros.

Pero de todos modos, la situación se hacía horrible, pues una sola barrica de clorato de potasa no podía dar la cantidad de oxígeno indispensable para el consumo de ocho días.

Norberto sintió una angustia mortal. ¿Estaría condenado, después de tan heroicos esfuerzos, á ver á Gertrudis allí, en aquel mundo nefasto, en el que se hallaba por culpa de él, perecer asfixiada como un pobrecillo pájaro debajo de la campana de una máquina pneumática? ¡No!... ¡No!... Todo antes que esa horrible perspectiva... El suplicio de los culpables, privándoles del aire, primero que consentir faltase oxígeno á la señorita Kersain.

Mas hacíase preciso dilucidar aquel misterio.

Seguido de Kaddour y de Virgilio, fué el astrónomo á la prisión, en donde los tres comisionados le vieron entrar sin pronunciar una palabra; y una vez en ella, procedió á un minucioso registro de todas sus dependencias. Siete toneladas de clorato de potasa abultan algo más que un alfiler, se decía, y no es muy fácil poder ocultarlas.

Las paredes fueron sondeadas y las piedras del suelo levantadas por varios sitios, sin dar ningún resultado.

Se entregó después á una minuciosa exploración de los alrededores, del camino de ronda, de los almacenes, del Observatorio y sus dependencias; mas aquel ingrediente no parecía por ningún lado.

Era imposible, por otra parte, que le hubieran utilizado ó volatilizado, puesto que sin calor no se hace eso, y á los presos les faltaba en la cantidad necesaria para ello durante toda la noche lunar, sin contar con que, estando tan vigilados, no les era dable, sin ser vistos, proceder á semejante operación.

Norberto y el doctor empezaron á concebir otra sospecha. ¿Sería fácil que Kaddour?... Pero no: tal suposición era por demás odiosa. Hubiera sido menester que el enano fuera un monstruo de hipocresía, pues su conducta, desde que tenía intimidad con los náufragos, protestaba en contra de semejante acusación, y Norberto la rechazaba como injusta y ofensiva.

Y sin embargo...

Como si por instinto hubiera adivinado la sospecha de que era objeto, Kaddour se manifestó más afectado que nadie por la desaparición del clorato. No se daba punto de reposo y corría á diestro y siniestro, indagando siempre con mirada feroz.

Este mismo apresuramiento le denunciaba, en apariencia, creyéndosele como afectación, y el desgraciado, comprendiéndolo así, se plantó delante de Norberto, y le dijo:

—El ladrón es Costerus Wagner, el jefe de esos malvados, ó yo. Si no pruebo que es él, me salto la tapa de los sesos...

—¿Por qué tomáis las cosas con tal viveza, mi querido Kaddour? le respondió bondadosamente el joven astrónomo. Me alegraré mucho de que me presentéis esa prueba.

—Entonces, dejadme que le interrogue delante de vos.

—Consiento en ello. Volvamos á la prisión.

Por el camino Kaddour quería hacer comprender al astrónomo que los excomisionados podían haberse introduci-

do en los almacenes durante la noche por el agujero que servía para el consumo de aire. Ellos solos eran, según él, los causantes del robo, pues ningún otro era capaz de ejecutarlo.

—Pero ¿con qué objeto? preguntó Norberto.

—Pronto lo sabremos.

Sobre este punto, por lo menos, Kaddour no mentía, pues Costerus Wagner, interrogado por él acerca de la desaparición del clorato de potasa, no tuvo ninguna dificultad para confesar que él era el autor de aquella fechoría, y hasta se alabó de ella.

—No os lo he dicho antes porque no me lo preguntasteis, añadió con tono burlón. En vez de sondear las paredes y de registrar en el piso, si os hubieseis dignado dirigirme la palabra, os lo hubiera dicho en seguida.

Tanta impudencia pasaba ya los límites permitidos.

—¿Y cómo y con qué fin habéis cometido ese robo? exclamó sorprendido Norberto.

—¿Cómo? Es nuestro secreto. ¿Con qué fin? Os lo voy á decir. Estando hartos de sentirnos enjaulados y de trabajar como negros para un resultado muy problemático, he procurado encontrar un medio de obligaros á darnos la libertad, y lo he encontrado. O nos admitís sin dilación alguna á participar de la vida en común, ó pasaréis sin clorato.

—Basta, interrumpió Norberto. Venid, Kaddour. Ya veré la resolución que me conviene tomar.

Y salió algo más tranquilo, pues comprendiendo que el clorato de potasa no estaba perdido, caso de no hallarlo se aceptarían las condiciones de aquellos malvados: he aquí todo. Seguramente que si se hubiera tratado exclusivamente de él sólo, les demostraría que no hacía caso de ellos y de sus amenazas; pero ¿y Gertrudis?

—¿Qué haríais en mi lugar, Kaddour? dijo, entrando en el salón, en donde los esperaban el doctor, sir Bucephalus y Virgilio.

—Aceptaría la proposición de esos tunantes, y después que devolvieran lo que han robado, les alojaría dos ó tres balas en la cabeza... respondió sin vacilar el enano.

—Esto se hace tal vez en el Sudán, pero no en mi casa, replicó Norberto. Mi pobre Kaddour, el odio os ciega hasta el punto de borrar en vos el más elemental sentimiento, y os hace faltar al deber que impone una promesa hecha con entera libertad.

El enano bajó la cabeza, agobiado por aquel justo reproche; pero la levantó en seguida diciendo:

—En ese caso, se trata de hallar el clorato sin que esos infames digan en dónde lo han ocultado. ¿Queréis dejarme un azadón y una lámpara eléctrica?

—Con sumo gusto. Tomad todo cuanto necesitéis y me alegraré mucho salgáis bien de vuestro empeño.

Kaddour se equipó, tomó una caja de oxígeno, y salió.

—¿Adónde irá? se preguntaban. ¿Supone acaso que los prisioneros hayan podido ir á enterrar al campo las siete toneladas en cuestión?

Semejante idea parecía, por lo menos, ridícula.

Al cabo de una hora el enano estaba de vuelta.

—El clorato de potasa está en el fondo del cráter de Rheticus, dijo. Esos miserables lo han transportado en sacos hasta el orificio del pozo de aireación y los han vaciado allí... Acabo de encontrarlo en un montón debajo de la boca del pozo, á unos tres mil metros de profundidad en el cráter que he abierto, explorado y vuelto á cerrar.

—¿Es eso posible, Kaddour, y no os habréis equivocado? preguntó Norberto sumamente alegre por aquella noticia, de suyo muy grata.

—Hélo aquí probado, prosiguió el enano sacando de su bolsillo un puñado de clorato de potasa, que puso sobre la mesa.

La prueba era, en efecto, irrefutable. Le felicitaron calurosamente por su descubrimiento, y luego se constituyeron en tribunal para juzgar á los malvados autores de aquel crimen.

—Doctor, ¿cuál es vuestro parecer? preguntó Norberto. ¿Qué determinación debemos tomar respecto á esos miserables, en las circunstancias actuales?

—Su delito es positivamente atroz, dijo el doctor; y si es cierto que á bordo de un navío un atentado de este género sería castigado con la pena de muerte, ¿qué hemos de pensar de éste, sin duda más inaudito y menos disculpable todavía, en atención á nuestra posición excepcional? No soy hombre de pasiones violentas, y me es muy doloroso tener que dar un veredicto como éste; pero por mi alma, y según el dictado de mi conciencia, esos repugnantes seres merecen el último suplicio.

—¿Y vos, sir Bucephalus? dijo Norberto.

—No puede haber diversidad de opiniones sobre lo que pensemos hacer, manifestó de un modo terminante el *baronnet*. Estos miserables constituyen para nosotros un peligro permanente; el fraude, el perjurio y la traición son sus armas preferidas, y, por consiguiente, no tenemos que esperar de ellos ni bien obrar, ni arrepentimiento. Voto por la muerte.

—¿Y vos, Kaddour?

—Todo cuanto puedo decir es que la pena capital es demasiado dulce para ellos.

—¿Y tú, Virgilio?

—A fe mía, mi querido amo, respondió el bravo argelino rascándose una oreja, que he visto fusilar más de un infeliz soldado sin hacer la cuarta parte de lo que han hecho esos malvados. Y aun en tiempo de paz, la disciplina es la disciplina.

—Pero, en fin, ¿cuál es tu parecer?

—La muerte.

Norberto quedó pensativo, y casi se inclinaba á identificar su opinión con la de sus compañeros respecto á la necesidad de recurrir al más terrible de los castigos, cuando Gertrudis entró.

Iba á buscar la labor que dejara olvidada sobre la mesa.

—¡Ah, Dios mío! dijo al entrar. Me parece que os incomodo, señores. Tenéis aire de conspiradores, según lo serios que os veo, sentados en derredor de esa mesa.

Le habían cuidadosamente ocultado la crisis que había atravesado la pequeña colonia, y ella, Fatima y Tyrrel estaban á cien leguas de sospecharlo siquiera. Su confianza y su gracia produjeron en los cinco jueces el efecto de una brisa perfumada; pero ninguno de ellos se sintió con fuerzas suficientes para romper el silencio. La joven no se ofendió por eso. ¿Cómo podía ofenderse?

—Decididamente me parece que estoy aquí de más, dijo; y salió corriendo hacia su cuarto.

Desapareció; pero su paso bastó para dejar en el salón cierto aroma de mansedumbre y de clemencia.

—¡Una triple ejecución á dos pasos de tal ángel! pensó Norberto Mauny... Esta sola idea me causa horror. Señores, prosiguió en alta voz: una dificultad me detiene, y ciertamente detendrá á vosotros tanto como á mí. De seguro que no se ha presentado á vuestra imaginación la idea de que en esta causa somos á la vez *jueces* y *partes*. Por de pronto, no puedo menos de advertir que en realidad tenemos personalmente interés en la muerte de esos criminales, porque desapareciendo ellos se reduciría el número de consumidores de oxígeno, y, por consiguiente, aumentaría nuestra porción de fluido respirable. Este motivo me parece por demás atendible para anular nuestra sentencia. Esos hombres, esos criminales han merecido la muerte. Pero nosotros no tenemos derecho á imponerles semejante pena. Propongo, pues, concederles un aplazamiento hasta llevarlos, llegando á la Tierra, ante jueces imparciales.

El doctor, el *baronnet* y Virgilio se conformaron en seguida con esta solución; pero Kaddour no pudo reprimir un grito de ira.

—Comprendo vuestros sentimientos, y en parte participo de ellos, le dijo Norberto, mas ya está dicho; los prisioneros gozarán por lo menos de la ventaja del aplazamiento. Todo lo que puedo concederos, mi querido Kaddour, es que os encarguéis en adelante de custodiarlos en compañía de Virgilio, si bien prohibiéndoos al mismo tiempo toda vejación y malos tratamientos, y que ni siquiera les dirijáis la palabra. Os debéis limitar á impedirles que salgan para nada de su prisión.

—¡Oh! En cuanto á eso, me encargo de ello, exclamó el enano con mirada chispeante; y para empezar, voy á emparedarlos, no dejándoles más que las aberturas necesarias para el paso del aire.

—Eso es precisamente, en las actuales circunstancias, un rigor excesivo, aunque justo, replicó Norberto. Emparedadlos, según decís; pero sólo en la parte necesaria.

Virgilio y Kaddour reunieron bien pronto los suficientes materiales y se pusieron, sin perder momento, á reducir á las proporciones de un estrecho tragaluz el agujero ventilador que se abría en la galería circular. Por su parte, los prisioneros veían con una inquietud, cada vez más creciente, aquellas obras de albañilería. Suponían que se les quería enterrar en vida, y esa perspectiva les atribulaba en alto grado.

—Amigos míos, mis buenos amigos, dijo de repente Costerus Wagner con voz melosa: ¿es posible que queráis emparedarnos aquí?

—¡Toma! replicó Virgilio. Puesto que no tenemos ya más que una barrica de clorato de potasa, debemos, por lo menos, guardarla para nosotros.

Costerus y sus cómplices se miraron asustados, y habláronse en voz baja.

—No hemos destruído las demás toneladas de aquella droga, repuso Costerus, y estamos prontos á indicar en dónde se hallan, si quieren usar de benevolencia para con nosotros.

—En verdad (replicó Virgilio continuando su faena de amasar el yeso), me alegro de lo que decís; pero no necesitamos para nada vuestro clorato.

—¡Ah... cuánto me satisface oíros! dijo Costerus, cuya fisonomía no expresaba en realidad gran alegría, pues en ese caso, no querréis castigar con un suplicio tan terrible una falta leve.

—Todo depende de la intención, y no creo que la vuestra fuera muy benévola para con nosotros, replicó Virgilio con indiferencia, colocando su primera piedra.

—¡Pero, en fin, supongo que no pensáis seriamente en hacernos morir por asfixia! exclamó Vogel, cada vez más asustado.

—¿Y en qué pensabais vosotros al robarnos nuestro aire? replicó el tirador argelino.

Los tres miserables, medio locos, tuvieron la desgraciada idea de dirigirse á Kaddour.

—Señor, le dijo Peter Gryphins: ¿no intercederéis en favor nuestro? No tenemos el honor de conoceros, mas no podemos creer que en vuestra presencia se cometa contra nosotros un crimen tan odioso.

—¿No?... gritó con voz estridente el enano, que hasta este instante había tenido la suficiente fuerza de voluntad para sujetarse á las instrucciones de Norberto y guardar silencio. ¿No?... ¿No creéis que pueda cometerse un crimen tan odioso?... ¡Y, sin embargo, se comete!... ¿No habéis oído hablar nunca de cierto niño robado á su familia por dos socios directores de un circo ambulante, y *emparedado* después durante quince años en un molde de hierro, para impedir que creciera?... Me han referido esta historia, y me permito creer que hay pocas tan atroces... ¿Queréis que os la cuente, Peter Gryphins ó Ignaz Vogel?...

Ambos miserables estaban ya muy pálidos; pero á medida que el enano hablaba, su palidez se volvía más lívida aún, y sus ojos se dilataban hasta el punto de parecer salirse de sus órbitas.

—¿Queréis que os diga cómo más tarde ese niño fué vendido al virrey de Egipto, y cómo vivió doce años en el Cairo, reducido al estado de animal curioso y doméstico; cómo huyó al Desierto, desencadenó la rebelión y sublevó las naciones, y cómo, por fin, se halla aquí, en la Luna, y siempre conservando una idea fija y guardando en su corazón un solo deseo, el de vengarse un día de sus torturadores?... Pero no, es inútil; bien lo veo; me reconocéis por fin, y sabéis ya lo que os espera... Sí, Peter Gryphins; sí, Vogel; soy yo, el mismo que exhibíais con el nombre de *Midgy, ex General en jefe de los Mirmidones del sultán de Batavia*... Yo, á quien habéis amasado y atrofiado las carnes, para venderme al público primero, y al virrey

de Egipto después... He crecido algo, es verdad, ocho centímetros por lo menos, desde que me perdísteis de vista y mi barba se ha poblado; pero no lo dudéis, miserables; soy vuestra víctima, y ahora que os tengo en mi poder, estad ciertos de que no os dejaré escapar.

Kaddour hubiera podido hablar mucho más tiempo sin que aquellos desgraciados le contestasen, pues ni siquiera le oían. Mudos de sorpresa y de terror, habían caído de rodillas y tendían hacia el enano sus manos suplicantes; mas éste ni siquiera los miraba, porque, loco de coraje, rechinaba los dientes y amontonaba una sobre otra las piedras que Virgilio ponía en orden y afirmaba.

Pocos minutos después no quedaba más que una abertura de algunos centímetros en cuadro. Era lo estrictamente capaz para poner el tubo de plomo que debía conducir el aire necesario para los allí encerrados.

CAPITULO XIV

EL PARACAÍDAS

Algunos minutos después de la terrible escena en que Kaddour había sembrado el espanto en el alma de sus antiguos verdugos, Virgilio entró á tranquilizarles llevándoles víveres y anunciándoles que estaban condenados, como único castigo, á ir á buscar en el fondo del cráter de Rheticus el clorato de potasa que habían echado allí.

Los tres miserables se sometieron tan de buen grado y con tanto ardor á aquella necesidad, que en doce horas repararon el daño que habían hecho, á pesar de serles preciso abrir el orificio exterior del cráter, bajar, llenar los sacos y volverlos á subir al Observatorio, verificando para ello veintisiete viajes sucesivos. Cuando concluyeron su tarea, la fabricación de oxígeno empezó con actividad, al mismo tiempo que ponían en movimiento las máquinas para cargar los acumuladores eléctricos. Cuarenta y ocho horas después, es decir, sin el más ligero retraso con respecto á lo ofrecido por Norberto, aquellos preparativos estuvieron terminados.

Anunció esta nueva al levantarse de la mesa y con suma tranquilidad, sin ceremonia alguna y apenas conmovido, estableció la corriente eléctrica.

—Ya estamos en marcha, dijo consultando su cronómetro y apuntando una nota en su cartera. Dentro de ciento cincuenta y cinco horas y ocho minunutos (dejo aparte los segundos) habremos llegado.

—¿A dónde? preguntó Gertrudis.

—Al Sudán; y no está exenta de motivo la actividad vertiginosa que me habéis visto desplegar desde ayer. La Tierra se halla en este momento en tal posición, que al terminar nuestro viaje caeremos, según todas las probabilida-

des, en el desierto de Bayonda... Una hora más de retraso, y nos íbamos á Bengala ó á Cochinchina. ¿Comprendéis ahora por qué importaba apresurarse?

—Si me lo hubierais dicho, os hubiera pedido que bajásemos en Khartoum, exclamó Gertrudis con un gesto de contrariedad.

—Ya lo hubiera yo hecho sin que me lo pidierais, si lo hubiese creído posible; pero había en eso una dificultad grave...

—¿Cuál?

—Teníamos que esperar diecisiete años.

Todos se echaron á reir.

—Sin contar, añadió Norberto, con que si algún percance cualquiera hubiese, en el minuto preciso, impedido nuestra partida, esta larga espera hubiera sido inútil.

Ningún cambio en la vida habitual de los habitantes del Observatorio indicaba aún que descendían hacia la Tierra. Todo hacía creer que no habían mudado de sitio, y era preciso la confianza perfecta que toda la colonia tenía en los cálculos del joven astrónomo, para que llegasen á convencerse de que estaban en marcha.

Verdad es que todos habían creído notar un aumento, sensible á la simple vista, del diámetro aparente de la Tierra, á la sazón en su cuarto menguante, y Norberto lo confirmó, declarando que las medidas micrométricas lo aseguraban respecto á dicho aumento.

Desde entonces, la duda no era posible; eran arrastrados por una fuerza irresistible, y la Luna, por segunda vez, iba al encuentro del globo terrestre...

Virgilio, al llevar la comida á los prisioneros, dejándose llevar de su franqueza ordinaria, les había comunicado la gran noticia; pero pronto comprendió que, en vez de alegrarles, les produjo un efecto completamente opuesto.

—¡Habráse visto cosa igual! murmuraba al salir de la prisión.

—¿Qué sucede... qué os pasa Virgilio? le preguntó la señorita Kersain, que le oyó.

—¡Qué me ha de pasar! contestó éste; que no hay medio de contentar á los prisioneros. Ya sabéis que, por orden del señor, tengo para con ellos un sin número de atenciones, y que de nada se les priva; vino, ratafía, café, galleta y cuanto piden, se les sirve... Pues bien; nunca están contentos...

—Es que probablemente no se les da la única cosa que ellos quisieran... la libertad, dijo riendo Gertrudis.

—Culpa suya es si la han comprometido, conspirando en contra de mi señor, que es mil veces bueno para con ellos. ¿Y sabéis cómo se lo agradecen? Rehusando creer, contra toda evidencia, que quiera llevarlos consigo á la Tierra, y pretenden que en el último momento les abandonará en la Luna...

—¡Qué indignidad!... exclamó Gertrudis. ¡Oh!... ¡Qué hombres tan malos!...

—Os confieso que algunas veces estoy dispuesto á dejárselo creer así, aun cuando no fuera más que para darles algún castigo.

—No hagáis eso, Virgilio; sería una crueldad. Pero es, en verdad, injusto de su parte no creer en la lealtad del Sr. Mauny, que tantas pruebas les ha dado de ella.

—Es que juzgan de los demás por sí mismos; y creedme, señorita, son ciertamente muy malos...

Norberto, informado de lo que sucedía, fué en persona á tranquilizar á los prisioneros.

—Ha llegado á mis oídos, les dijo, que me creéis capaz de abandonaros aquí. Me juzgáis muy mal, y no apreciáis en su valor el sacrificio que hago dándoos aire con qué respirar, en un momento en que el oxígeno me era tan precioso... Comprended, pues, que el pasado os responde del porvenir. No os he dejado vivir aquí, sino para entregaros á los tribunales de justicia tan luego como lleguemos á la Tierra. Tranquilizáos, pues volveréis al Sudán conmigo. No respondo de que gozaréis allí de mucha felicidad, pero sí de que iréis.

Los prisioneros escucharon aquellas palabras sin proferir ninguna, y por algún tiempo parecieron más tranquilos; pero sus inquietudes no tardaron en volver, según dijo Virgilio, y entonces

ya nuestros amigos tomaron el partido de no ocuparse más de tales hombres. Aquellas almas negras juzgaban á todo el mundo por sí mismos. ¿Para qué, pues, tratar de combatir tan repugnante modo de ser?

El descenso se hacía con rápidos progresos. Setenta y dos horas llevaban de marcha nada más, y ya se veía algo mayor el diámetro de la Tierra, que aparecía como una monstruosa bala de cañón, de un color claro, en la que los continentes se veían sobre amarillo y los mares se indicaban por un azul de acero.

Su movimiento de rotación era tan marcado, que se veían las diferentes regiones del globo presentarse en la parte oriental del disco, pasar cual ligeras nubes, y desaparecer por el otro lado.

—Parece una de esas linternas mágicas en las que los personajes que entran por la derecha se van por la izquierda, decía riendo la señorita Kersain.

Eran vistas mágicas y encantadoras.

Con el telescopio, aquellas regiones terrestres presentaban distintamente sus montañas, sus bosques, sus nieves en las alturas y hacia los polos; á veces, una línea serpentina del tamaño de un cabello se dejaba ver, adivinándose el río de las Amazonas ó el Misisipí; otras eran puntos negros, que debían ser grandes ciudades.

Conocieron perfectamente á París, por su posición y por su forma. Era una manchita oscura, del tamaño del ala de un mosquito.

Pero pronto espesas nubes, amontonadas sin duda bajo la influencia de la atracción lunar aumentada, vinieron á ocultar aquellos detalles.

El globo terrestre tenía su aspecto característico; su diámetro crecía, aunque paulatina, progresivamente, si bien aparecía nevado, cual si estuviera envuelto en algodón en rama.

En la centésima vigésima hora de descenso, que correspondía al quinto día, la interposición de la Tierra entre el Sol y la Luna bastó para producir una verdadera noche, que duró siete horas. No se le podía dar el nombre de *eclipse*, pues no era una ocultación parcial ó momentánea del disco solar, sino su desaparición total detrás de una gran pantalla, que ocultaba un lado del horizonte.

Cuando el Sol apareció de nuevo, las nubes que velaban la Tierra se abrieron un instante, y Norberto vió distintamente con el telescopio un mar lleno de buques; era el Mediterráneo.

Las aguas aparecían tan límpidas, que veía perfectamente por debajo de su masa todo el relieve de su fondo entre Sicilia, Cerdeña y Túnez.

Después las nubes volvieron á unirse, y la visión desapareció.

Como ya se acercaban al término de la bajada, era llegado el instante de dar la última mano á los preparativos para pasar del satélite al planeta.

¡Momentos supremos!

Norberto, ayudado por el doctor, por Virgilio y por Kaddour, empezó á disponer el paracaídas. Era éste una gran armazón de hierro, sólidamente preparado hacía ya dieciocho días, en la explanada, y que tenía la forma clásica de un arco de triunfo, que, á modo de frontispicio, tenía un eje de acero, el cual giraba libremente en dos bisagras bien engrasadas. De este eje pendía la cuerda de suspensión del paracaídas, en cuyo derredor serpenteaba un pequeño cable eléctrico, en comunicación con el órgano central de la regulación magnética.

Una cuchilla horizontal, encerrada en su vaina, estaba atada á esta cuerda á la altura del brazo, bastando tocar á un resorte para que aquella cuchilla cortara de repente la cuerda y el cable eléctrico; resultando de eso que al instante el paracaídas se soltaba y cesaba la acción magnética de la roca Tehbali.

Pero como esta vez sólo Norberto estaba enterado de aquel mecanismo, quiso en persona dirigirlo hasta el fin, y no dejar nada á la casualidad.

La cubierta del paracaídas, que estaba formada con los paños de seda unidos en costura por Fatima y Virgilio, bajo la dirección de la señorita Kersaín, tenía treinta metros de superficie convexa, presentando su centro una aber-

tura por donde pasaban las cuerdas de suspensión, y se mantenía abierto por medio de una armadura de acero igual á la de un paraguas. Este armazón estaba dispuesto de modo que se podía fácilmente desarmar para tirarlo, pieza por pieza, tan pronto como el paracaídas se hallase entregado á sí mismo en una atmósfera bastante densa para mantenerlo en tensión. Y, por fin, la barquilla, suspendida por cuerdas de seda en los bordes de la tela, consistía en una ligera plataforma circular de dos metros y medio de diámetro, rodeada por una red, también de seda, y en donde los sitios estaban señalados por once respiradores de oxígeno, que habían de servir de asiento, al par que de depósito de gas respirable. Una cesta de provisiones preparada por Tyrrel, un cajón de trajes, un barómetro aneroide y un termómetro, completaban el mobiliario de la barquilla, por encima de la cual bajaba de modo, según hemos dicho ya, que pudiera cortarse fácilmente el cable de suspensión en doblez y pasando por dos poleas.

El conjunto, á quince centímetros del suelo del pico, formaba un verdadero péndulo, perfectamente móvil alrededor del eje de acero que sostenía la armadura.

Hacía ya dos ó tres horas que el paracaídas se hallaba en estado de funcionar, cuando el Sol desapareció de nuevo detrás de la pantalla terrestre y una noche profunda invadió la parte de la explanada en que se encontraban en aquel momento los viajeros. Aquella oscuridad era completa, *absoluta*, si así puede decirse, pues no solamente no había en el cielo la menor claridad sideral, ni se veía brillar la menor estrella, sino que el cielo ni siquiera *existía ya*; el globo terrestre ocupaba toda su extensión, en cuanto á los habitantes del Tehbali. Nada se veía; nada se oía. Eran las tinieblas y el silencio de la nada.

En el salón del Observatorio, los náufragos, sentados alrededor de la mesa, en la que brillaba una lámpara eléctrica, esperaban sin desplegar los labios la señal de Norberto para embarcarse. Una vivísima emoción se apoderó de todos los corazones á la aproximación de la hora decisiva, y cada cual se recogía en sí mismo, esperando la crísis suprema, de la que saldría la salvación ó tal vez la muerte.

Norberto se levantó, y avanzando hacia Gertrudis:

—Ha llegado el momento, le dijo. Hace ciento cuarenta y cuatro horas y media que estamos en camino, y dentro de treinta y ocho minutos estaremos en la Tierra. Tiempo es ya de que nos coloquemos en la barquilla del paracaídas.

—Estoy pronta, dijo Gertrudis levantándose en seguida. Vamos, Fatima.

Tomaron cada una un respirador, y guiadas por el doctor, provisto también del suyo, salieron á la explanada y se colocaron en la navecilla. Norberto, que los acompañaba, volvió al salón, invitando á sir Bucephalus á que se embarcase sin más tardanza con Tyrrel.

—No hay tiempo que perder, añadió; acabo de notar que el paracaídas se aparta ya bastante de la línea vertical... Dentro de un cuarto de hora es preciso que todo esté terminado... Embarcáos pronto, sir Bucephalus, con Tyrrel; Virgilio, Kaddour y yo vamos á la prisión á buscar á los detenidos.

El *baronnet* y su criado se apresuraron á correr á la explanada, y Norberto se dirigía los almacenes para tomar los respiradores necesarios para los prisioneros.

Con su lámpara eléctrica en la mano acababa de penetrar en la galería circular, cuando recibió en el hombro derecho un golpe que hizo caer al suelo la lámpara, y casi al mismo tiempo se sintió cogido por dos brazos vigorosos.

—Queríais partir sin nosotros... pero no sucederá así, gritó una voz, que conoció ser la de Costerus Wagner.

Y debatiéndose en manos de su agresor, vió dos sombras destacarse en la pared.

—¡A mí!... ¡socorro, Kaddour... Virgilio!... gritó. ¡Los prisioneros se sublevan!...

Felizmente, éstos le seguían de cerca, con una mirada comprendieron lo que sucedía, y cada cual se tiró á uno de aquellos malvados.

Luchando con feroz energía, Norberto pudo desembarazarse de su agresor, á quien á su vez tiró al suelo, cogiéndole con una mano la garganta y apoyándole una rodilla en el pecho. Este era Peter Gryphins.

De un golpe de cabeza dado en medio del pecho, Virgilio echó á rodar á Costerus, mientras que Kaddour cogía á Vogel entre sus musculosas manos y le encorvaba jadeante y sin aliento hacia el suelo.

—¡Aquí están los tres! exclamó Virgilio en tono victorioso. ¡Canallas!... ¡Y es en el momento en que veníamos á buscaros cuando os portáis de ese modo!... ¿Pero cómo han llegado hasta aquí?... repuso levantando la cabeza y mirando en derredor.

La lámpara eléctrica, caída en el suelo, repartía sus luminosos rayos sobre la pared, y Virgilio vió que las piedras fueron trabajadas de modo que, en un momento dado, aquel muro cayese al menor esfuerzo. Por allí era por donde los prisioneros penetraron en la galería circular.

Era preciso, sin embargo, tomar pronto un partido. Si los tres vencedores hubieran tenido armas en la mano, no hay duda de que habrían liquidado la cuenta de aquellos bribones; pero no teniéndolas, no sabían qué hacer.

—Si el señor y Kaddour quieren encargarse de mantener quieto á este granuja, iría yo por cuerdas y pronto los convertiríamos en fardos, dijo Virgilio.

—Tienes razón, respondió Norberto; acércalo aquí y apresúrate.

El buen muchacho obedeció, y cogiendo por el cuello á Costerus, medio ahogado ya, lo trajo al alcance de su amo y del enano, quienes, sin soltar á los demás, se apoderaron de éste.

—¡Llévate la luz... no pierdas un minuto!... gritó Norberto.

Virgilio se fué, y en seguida los vencidos intentaron desprenderse; mas se las tenían con hombres vigorosos, pues sólo Kaddour bastaba para sostener á los tres.

—Otro movimiento como éste y aprieto... dijo con una risa salvaje, cogiendo un cuello con cada una de sus manos.

La demostración era tan elocuente, que aquellos canallas no intentaron moverse.

Virgilio, que volvió pronto con un lío de cuerdas, cortó siete ú ocho pedazos con su navaja, y en pocos minutos los tres prisioneros, atados de pies y manos, y bien agarrotados, fueron colocados contra la pared.

Aniquilados por su derrota, no dejaban oír ni un suspiro ni una queja.

—Vamos... dadme ahora los respiradores, dijo Norberto; se los ataremos encima del pecho, y después cogeremos á estos canallas, así amarrados como están, y los llevaremos al paracaídas.

—¡Cómo!... exclamó Kaddour. ¿Aún queréis llevarlos, después de lo que acaban de intentar?...

—Lo ocurrido no cambia en nada la cuestión, respondió Norberto. Estos hombres deben ser juzgados y castigados por un tribunal competente. Me he prometido que todo el mundo sabrá cuanto han hecho, y quiero cumplir mi promesa... Vamos, Virgilio, trae las cajas y concluyamos.

El ex tirador argelino obedeció militarmente; mas Kaddour no se dió por vencido.

—¡Pero eso no es posible! dijo. ¿Cuando tenéis en la mano un castigo tan legítimo y tan fácil, vais á tomaros el trabajo de llevar á estos miserables ante la justicia humana? Dejadlos aquí... ¿No han perdido ya todo derecho á vuestra indulgencia por esta última y suprema traición?... ¿Creéis, acaso, que ellos os llevarían consigo si fueran los amos?... ¡Y poco ha faltado para que lo fueran!...

—No arreglo mi conducta por la suya, replicó Norberto con frialdad. Ni una palabra más, Kaddour; estos hombres vendrán con nosotros... Son grandes miserables, los más infames canallas que la Tierra haya llevado... Pero no quiero que se diga que por mi voluntad, por la sola decisión de mi conciencia, estarán condenados á un suplicio como lo sería el destierro en la Luna, con la perspectiva de la muerte por asfixia... No; no quiero que se diga esto... Están incapacitados ahora de

hacer daño; dejarlos aquí, sería igualarse con ellos.

Virgilio llegó en aquel momento con las cajas de oxígeno, las ató apresuradamente sobre el pecho de los tres prisioneros, y después les puso las caretas.

—Vamos, primero éste, dijo Norberto designando á Peter Gryphins.

Virgilio le cogió por debajo de los hombros; mas el enano no se movió.

—Puesto que Kaddour no quiere auxiliarnos, yo seré el que te ayude... repuso Norberto, bajándose para coger las piernas del ex comisionado.

Pero el enano dió tres pasos y se colocó delante de la puerta.

—Estos hombres no saldrán de aquí... *Yo no quiero*... dijo con voz ronca.

—Kadour... ¿Perdéis acaso la cabeza?... Soy yo el amo aquí y estos hombres saldrán...

—No, siempre que pueda yo impedirlo... replicó el enano.

—¿Pretendéis emplear la fuerza?

—Si es necesario, sí.

—No esperaba de vos semejante rebelión... ¿Olvidáis lo que somos ambos y la adhesión que me habíais prometido?... Trabajo me cuesta recordaros vuestras protestas... Pero es que, en verdad, faltáis en este momento á todos vuestros deberes.

Estas palabras parecieron herir el corazón del enano, pues sus ojos se anegaron en lágrimas... No se movió, sin embargo, y quedó plantado delante de la puerta.

Creyendo que era por vergüenza, Norberto hizo señas á Virgilio para que agarrara de nuevo á Peter Gryphins por los hombros, mientras él le cogía por los pies; mas Kaddour no cejaba de sus propósitos.

—Siento mucho más de lo que puedo expresar, el aparecer ingrato y desobedeceros, dijo con un sincero pesar; pero he decidido, que, viviendo yo, estos hombres no salgan de aquí... Me pertenecen, y no estoy de humor de cederlos á otro tribunal.

Los viajeros de la explanada, admirados por la tardanza de sus compañeros, empezaban ya á perder la paciencia, y la voz del doctor se dejó oir de repente en la galería de los telescopios.

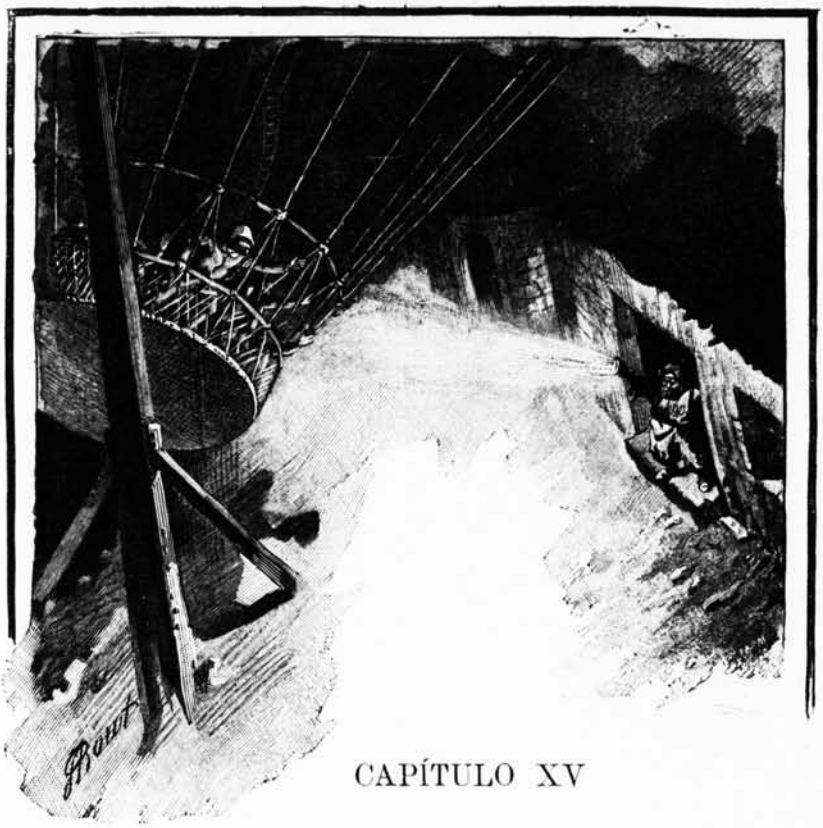
—Pero, ¿qué es lo que os detiene, Mauny? gritaba... No hay tiempo que perder... El paracaídas forma ya con el Sol un ángulo de 25 grados...

Norberto sacó su cronómetro y se sorprendió del tiempo que había pasado.

—Apenas nos quedan siete minutos, dijo. Kaddour, en nombre de todo lo más sagrado, obedecedme; dejadnos el paso libre y no nos obliguéis á usar de la fuerza.. Es preciso que comprendáis que nos hallamos todos en grave peligro... que los segundos son preciosos... que dentro de algunos instantes será demasiado tarde para salvarnos...

El enano se había cruzado de brazos y permanecía inmóvil.

—Partid, dijo. No os lo impido... Pero estos hombres quedarán aquí...



CAPÍTULO XV

DIRIGIÉNDOSE DE NUEVO HACIA LA TIERRA

—¡Será preciso, pues, que os levante la tapa de los sesos, á fin de obligaros á que obedezcáis! exclamó Norberto fuera de sí por la obstinación del enano.

Y echó á correr hacia la puerta para ir en busca de un arma.

En seguida Kaddour se apartó respetuosamente, dejándole el paso.

El astrónomo corrió hasta el salón y no encontró allí, á causa de la oscuridad, el arma que buscaba; pero por la ventana, á la luz de la lámpara eléctrica colocada en el paracaída, pudo de una ojeada darse cuenta del estado de las cosas. El cambio efectuado en el aparato saltaba á la vista.

Presentaba en aquel instante con el sol lunar un ángulo, no de 25 grados como había anunciado el doctor, sino de 35 por lo menos. En relación con la línea vertical, la explanada iba tomando el aspecto de una pendiente casi recta; algunos segundos más, y el ángulo formado con ella por el enorme péndulo, *iba á ser perfectamente recto.*

Este momento era el que Norberto había fijado para cortar la cuerda de suspensión. Existía, pues, no solamente un peligro espantoso, sino una verdadera imposibilidad de retardar el embarque.

—¡Virgilio... doctor!... gritó volviendo hacia la galería circular; no hay un instante que perder... Carguemos cada cual con uno de estos individuos y embarquémonos...

—Estos hombres no pasan por aquí... repitió Kaddour, extendiendo sus largos brazos hacia la puerta.

Virgilio, exasperado ya, se echó sobre el enano para derribarle, pero á pesar de toda su fuerza, le fué imposible no solamente apartarle más, ni siquiera sujetarle, pues Kaddour le cogió por

las muñecas y le sostuvo sin aparente esfuerzo.

Esta lucha no podía prolongarse mucho tiempo; Norberto lo comprendió así. De segundo en segundo, la manilla del cronómetro se acercaba al momento supremo.

—Vamos... dijo. Es preciso ceder... No podemos sacrificar nuestra vida, y sobre todo la de la señorita Kersain, para salvar la de estas gentes... ¡Pronto, á la barquilla!... Lo que hacéis es indigno, Kaddour, y jamás os lo perdonaré.

Seguro ya de que renunciaban á arrebatarle los prisioneros, porque no había tiempo para ello, el enano se apartó, á fin de dejar paso á Virgilio.

—¡Pronto, pronto al paracaídas!... gritó Norberto enseñando el camino; mas al salvar la salida al exterior, notó que Kaddour no le seguía y volvió sobre sus pasos para llamarle, pero la puerta de la galería estaba cerrada con llave.

—¡Kaddour... Kaddour! gritó esforzándose para derribarla. Apresuráos... venid... No hay que perder un segundo.

No obtuvo respuesta, y era imposible esperar ya.

—Kaddour... gritó por última vez Norberto. Venid... Os perdono; pero venid... Partimos al instante...

Tampoco le contestó...

Con la muerte en el alma y la garganta apretada por mortal angustia, el astrónomo se resolvió á volver á la explanada.

Era tiempo.

El paracaídas girando insensiblemente alrededor de su eje de suspensión, hacía con el sol un ángulo tal, que para entrar en la barquilla tuvo Norberto que escalar la armadura de hierro y deslizarse por las cuerdas...

Una vez todavía miró el cronómetro. El momento había llegado... Si los viajeros tardaban aún dos minutos en lanzarse al espacio, separándose de la Luna y devolviéndola su libertad, una colisión espantosa iba á producirse entre los dos mundos, aplastándose necesariamente el paracaídas entre los dos aires de contacto...

Norberto alzó el brazo hacia el resorte de la cuchilla. En aquel instante, Kaddour apareció en el umbral del Observatorio, teniendo en la mano la lámpara eléctrica y elevándola por encima de su cabeza para alumbrar la explanada, miró.

—Venid... venid... le dijeron todos en seguida con un gesto espontáneo.

Pero sacudió tristemente la cabeza, y agitando su pañuelo, pareció decir:

—Adiós.

—¡Vamos! se dijo Norberto. La suerte está echada y no tengo derecho para esperar más tiempo...

Y tocó el resorte.

De un solo golpe, y casi sin sacudida alguna, el paracaídas se soltó y cayó como una fruta en sazón.

De repente, y aun antes de que los viajeros comprendiesen lo que sucedía, el Observatorio, la explanada y el suelo del Tehbali desaparecieron perdidos en la noche. La Luna había vuelto á su curso, por la súbita suspensión de la fuerza que la tenía encadenada. Un ruido sordo, subiendo de las profundidades del espacio, anunciaba que esta separación no se efectuaba sin desgarramiento ni sin cataclismo. Claridades semejantes á los relámpagos brillaban entre las nubes subyacentes.

En cuanto al paracaídas, cediendo á la atracción superior del globo más vasto y más pesado, caía hacia la Tierra con tanta velocidad, que el barómetro aneroide subía dos grados por segundo.

Y sin embargo, la barquilla parecía inmóvil. Ni un soplo, ni un estremecimiento daba á entender que se estaba verificando una caída tan espantosa. Apenas si el suelo circular, calentado por la rapidez del movimiento, lo atestiguaba por una elevación de temperatura muy notable. Norberto no quiso moderar tan pronto aquella velocidad, convencido de que era bueno salir cuanto antes de las regiones superiores de la atmósfera terrestre, pues, según su cálculo, la altura á que se había operado la separación era de 9.000 metros sobre el nivel de los mares, y sólo cuando la aguja barométrica acusó una elevación de 4.500

metros, y pensando con razón que el aire ya era respirable, fué cuando se decidió á poner en juego los resortes de la armadura, para desmembrarla y quitar peso al aparato.

—¡Vamos... Virgilio!... dijo desembarazándose de su respirador, tiremos lastre. Vivo... vivo...

Todos oyeron aquella orden, que Virgilio se apresuró á ejecutar. Separadas una á una las varillas del paracaídas, fueron lanzadas en seguida fuera de la barquilla y desaparecían al instante.

—Algunos minutos más y tomaremos tierra, dijo Norberto terminada la operación. Hubiéramos llegado antes con el peso que hemos quitado, pero lo importante es llegar suavemente.

Viendo los demás que el astrónomo había abandonado ya su caja de oxígeno, cada cual imitó su ejemplo.

Y ¡cosa singular! nadie pensaba en felicitarse por llegar al término tan de veras deseado. Sin duda que la terrible crisis de la partida pesaba aún sobre todos los corazones; pero el siniestro silencio y la noche profunda en que se hundían tenía más parte en la especie de entumecimiento que se había apoderado de todos los viajeros.

Este entumecimiento aumentó bien pronto, á causa de un frío húmedo y penetrante que se dejó sentir, quizás porque acababan de entrar en la región de las nubes.

Una bruma tan espesa se esparcía por todas partes, que á un metro de distancia los viajeros no se veían ya, á pesar de su farol con luz eléctrica, y esa misma luz parecía empañada.

Norberto quiso combatir aquella singular apatía, que juzgaba con razón peligrosa para todos, é hizo un esfuerzo para hablar.

—Dentro de algunos minutos, dijo, tocaremos la tierra, y espero que con una lentitud relativa; mas es posible, sin embargo, que el primer choque sea bastante fuerte. Empezaremos, para amortiguarlo, por echar todo cuanto tenemos aquí de inútil, principiando por los respiradores... Luego, cuando llegue el momento, os avisaré, y será preciso que cada cual se suspenda por las manos al círculo de la barquilla... ¿Os sentís con fuerzas suficientes para ello?... preguntó directamente á Gertrudis, que con la cabeza apoyada en el hombro de su tío y un brazo rodeado al cuello de Fatima, parecía sumamente abatida.

—Espero que sí, respondió; pero no puedo apartar de mi imaginación aquellos pobres hombres, abandonados allá arriba... Su recuerdo me mortifica... ¿Es posible que los hayamos dejado así?... ¿Qué pensarán de nosotros?... ¿Qué será de ellos?... ¡Su suerte es horrorosa!... ¡Se aborrecen tanto!...

—He hecho cuanto he podido para traerlos conmigo, replicó Norberto; pero los esfuerzos de Virgilio y los míos han sido inútiles ante la terquedad de ese desgraciado Kaddour. ¿Podía yo sacrificar la salvación de todos, la vuestra también, señorita, y tal vez la de las regiones terrestres en donde la Luna iba á caer, por la esperanza quimérica de vencer tamaña terquedad?... No lo he juzgado así; he llegado hasta el extremo límite de la paciencia, pues dos segundos de retraso podían haber traído cataclismos irreparables. Ha sido preciso ceder á la necesidad.

—Pero, en fin, ¿qué quería Kaddour?

—Exigía el abandono de sus enemigos en la Luna, y ha llegado hasta oponerse por la fuerza á las tentativas que hemos hecho para apoderarnos de los prisioneros. Naturalmente, rechacé una proposición tan bárbara, y no esperaba ver á ese desgraciado enano desplegar tal tenacidad y sacrificar hasta su vida en pro de su venganza, porque si tal hubiera sabido, hubiera tomado otras medidas. Pero bien sabéis con cuánto arte ha evitado en estos últimos días toda alusión respecto á aquellos malvados, y hasta descuidaba sistemáticamente el vigilarlos, según se lo había yo encargado, por miedo de atraer vuestra atención sobre su odio. De eso ha dimanado en el último momento una tentativa desesperada de aquellos miserables, una lucha cuerpo á cuerpo, en la que Virgilio y yo hemos estado á punto de sucumbir, y que hubiera tenido en este caso, no necesito deciroslo, los resultados más desastrosos, y, por fin, un debate que he

La Luna había vuelto á su curso, por la súbita suspensión de la fuerza que la tenia encadenada.

debido cortar, porque no había que perder ya un segundo...

La cercanía de la Tierra se manifestaba por signos cada vez más sensibles. Un viento bastante fuerte se levantó, imprimiendo al paracaídas sacudimientos muy acentuados y llevándole hacia Oeste. La oscuridad era siempre profunda; pero mirando con atención hacia abajo, Norberto distinguía vagamente las siluetas de árboles y los accidentes del terreno. De repente empezó á caer una lluvia muy fina. Los viajeros no sufrieron grandes molestias por esto, pues estaban resguardados con el paracaídas, y hasta recibían con cierto placer esta impresión completamente sublunar, de la que hacía tiempo no disfrutaban.

Notaron bien pronto que con aquella lluvia el aire se calentaba, según sucede á menudo; pero sin duda tuvo por efecto hacer considerablemente más pesada la tela del aparato, porque Norberto veía que el descenso se aceleraba demasiado.

—¡Atención!... ¡Que cada cual lance su respirador por encima de la barandilla... gritó en seguida.

Esta orden fué ejecutada al punto, y el descenso disminuyó en velocidad.

Casi en seguida sintieron bocanadas de aire abrasador, *cargado de arena*, que secaron en un momento el paracaídas, llevándolo al Este, y de repente la barquilla chocó contra un obstáculo, que salvó lentamente, no sin sufrir un rozamiento.

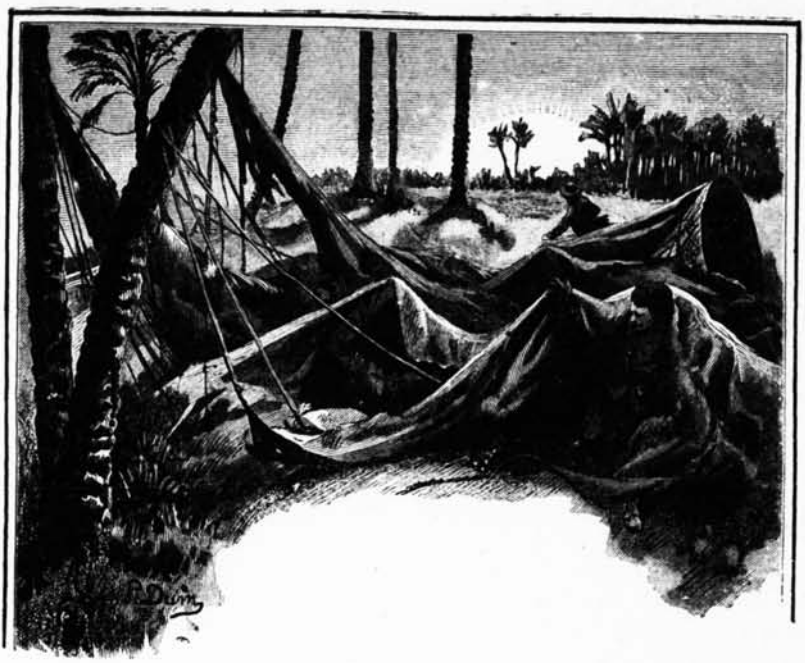
—¡Un árbol!... ¡Ya vamos á tocar al suelo!... gritó Norberto. Agarráos todos al círculo... ¡Colgáos por las manos cuan alto podáis y perded pie!... No hay peligro si nos arreglamos de modo que evitemos el primer choque... ¿Está comprendido?... ¿Necesitáis ayuda, señorita Kersain?... ¿Y vos, doctor?...

Una sacudida bastante fuerte le cortó la palabra. El paracaídas acababa de tocar en el suelo. Todos los viajeros se sostuvieron bien, menos Tyrrel, que cayó en el vacío, mientras que la barquilla saltaba ligeramente.

—¡Atención al segundo choque!... gritó Norberto. Será el penúltimo... ¡Agarráos bien!... Salto con una amarra... pero que nadie se mueva aún.

Dicho y hecho. En el momento en que la máquina saltaba de nuevo y tocaba el suelo por tercera vez, se encontró detenida por el astrónomo, que se dejó caer en el mismo instante. En seguida la tela del paracaídas se aplastó sobre él y le envolvió entre sus pliegues.

—¡Soltáos!... ¡Tomad pie!... gritaba con voz ahogada... ¡Estamos en la Tierra!



CAPITULO XVI

EN EL NILO

Después de algunos instantes de silenciosa lucha con los pliegues del paracaídas en que estaban envueltos, los viajeros fueron saliendo uno á uno, sin notables averías. El uno había sufrido un esguince; el otro una torcedura, la señorita Kersain un arañazo en un brazo, Fatima un chichón en la frente y sir Bucephalus estaba ligeramente aturdido; todos, además, experimentaban una singular impresión de pesadez y de fatiga, así como si estuvieran medio perláticos, ó como si tuviesen pesos de cien kilogramos atados á los pies. Pero, no obstante, se unía á esta penosa impresión una alegría íntima, por hallarse otra vez en el suelo terrestre. Fatima, sobre todo, demostró con ingenuidad este sentimiento filial y respetuoso. Se arrodilló y besó la Tierra, diciendo:

—¡Madre mía!...

La pobrecita niña no había conocido otra.

En cuanto al doctor, estaba, por lo menos, tan aturdido como sir Bucephalus; mas como el instinto profesional no le abandonaba nunca, ni siquiera en sueños, su primer movimiento fué para sacar su estuche, y el segundo para tomar el primer pulso que halló á mano.

—¡Buen pulso! dijo automáticamente, igual y lleno... ochenta pulsaciones... sujetáos á un régimen sencillo y fortificante...

—¡Eh, doctor! exclamó Norberto riendo. Ahora sí que es el caso de decir que bajáis de la Luna...

—¡De la Luna!... A fe mía, creo que, en efecto... ¿Pero en dónde nos hallamos?...

—Os lo diría con sumo gusto, si lo supiera yo mismo. Todo lo que puedo

afirmaros con alguna certidumbre, es que estamos en el Sudán, y probablemente en el desierto de Nubia... El suelo es á todas luces arenoso, y ha amortiguado algo nuestra caída... Fuera de esto, es imposible saber nada, á causa de las profundas tinieblas que nos rodean...

—El hecho es que jamás he visto una noche tan oscura, como no sea hace poco en el espacio... En fin, ya estamos en tierra firme, que es lo esencial... ¿Y cómo estamos por aquí?... ¿Gertrudis?...

—La señorita Kersain dice que se encuentra á las mil maravillas.

—¿Y vos, sir Bucephalus?

—Algo molido y magullado, nada más.

—¿Y Virgilio?

—A vuestras órdenes, caballero, y pronto para empezar otra vez, si fuera necesario.

—¡Enhorabuena! exclamó el doctor. Esto es lo que se llama tener fortaleza. Fatima también está ahí. ¿Y Tyrrel? ¿En dónde está Tyrrel?

—Es verdad. Tyrrel falta. ¿En dónde estará? dijo sir Bucephalus.

Un sordo gemido, que parecía salir de debajo de tierra, respondió á esta llamada. Buscaron á tientas, y Virgilio acabó por tropezar, á ocho ó diez pasos de distancia, con una forma humana, que presentaba al tacto grandes analogías con el criado modelo; pero al pronto no pudo explicarse en qué actitud lo encontraba.

—¡Eh, compañero! ¿Qué hacéis aquí? preguntóle Virgilio viendo que se quedaba inerte y silencioso, con la cabeza baja y el cuerpo formando arco, apoyado en los pies.

—¡No sé en dónde estoy! respondió una voz sepulcral. Tengo tierra en los ojos, en la nariz, en todas partes, y me siento tan pesado, que me parece tener dos ó tres miembros rotos.

—¡Bah! Os habéis simplemente caído de cabeza en la arena y tenéis aún la nariz enterrada en ella, replicó Virgilio que había concluído por darse cuenta de la situación. Habéis tomado el desierto de Nubia por un baño. ¡Vamos, compañero, haced un esfuerzo!

Y uniendo la acción á la palabra, Virgilio acabó por poner á Tyrrel de pie, y sosteniéndolo entonces por un brazo, le llevó hacia el grupo formado por los demás viajeros, que sin ceremonia alguna se sentaron en el suelo.

—Vamos, ya veis cómo no os falta ningún pedazo, decía Virgilio para darle alientos.

—¿Ya estás aquí, Tyrrel? exclamó sir Bucephalus, que acababa súbitamente de recuperar su buen humor. Creí que no querías ya seguir en mi compañía, muchacho. ¿Tienes ganas de volver á la Luna con nosotros?

—¡Volver otra vez á la Luna! exclamó la señorita Kersain asustada. Creo que nadie piense en tal cosa, ni siquiera vos, Sr. Mauny.

—A fe mía que no respondería de ello, replicó el joven astrónomo; hemos dejado detrás de nosotros tantas cosas dignas de estudio, que bastaría seguramente para decidirme á emprender de nuevo ese viaje, la perspectiva de tener los mismos compañeros.

—Lo que decís es muy amable, señor Mauny; pero, en cuanto á mí, si me lo permitís, rehuso.

—¿Y tú, qué respondes, Tyrrel? preguntó el *baronnet*. ¿Me dejarás partir solo?

El pobre ayuda de cámara modelo apenas pudo reprimir un gesto de horror. ¡Volver á la Luna, á la que había jurado una eterna execración! ¡El, que acariciaba ya con delicia la esperanza de volver pronto á *Curzon-street* y de renunciar por fin á aquella existencia de bohemios del espacio, para volver á las elegantes costumbres que convienen al *butler* de un *baronnet!* Era un golpe tan rudo como imprevisto; pero Tyrrel no faltó jamás á sus severos principios.

—Estoy á vuestras órdenes, señor, dijo heroicamente.

Mas su voz ronca indicaba la lucha que existía en su interior.

Fatima, que tenía agarrada á su ama de la mano, escuchaba con terror este diálogo, y el temblor nervioso que invadía todo su cuerpo atestiguaba el espanto que la causaban estos proyectos.

—Vamos, tranquilízate, pequeña, le dijo bondadosamente la señorita Ker-

sain. Nuestro viaje allí no se repetirá. Vuestro amo bromea, Tyrrel.

Fatima dejó escapar un largo suspiro de alivio, y Tyrrel recuperó al instante el timbre normal de su voz para decir al *baronnet*:

—Si el señor se siente con apetito, el cesto de provisiones está allí.

—¡Por cierto que esta es la idea más cuerda que se ha emitido hasta ahora! exclamó el doctor. No podemos celebrar de mejor modo nuestra llegada al *alma parens*, que con una cena improvisada.

Y fueron en busca de las vituallas, que acabaron por descubrir con ayuda de la luz eléctrica, debajo de la tela del paracaidas; y aún no habían pasado cinco minutos cuando todos los viajeros habían tomado nuevas fuerzas, haciendo honor á las provisiones de Tyrrel.

Poco después, la alborada empezó á despuntar en el Oriente, y bien pronto la claridad fué bastante grande para que pudiesen darse cuenta del aspecto general del país. Era una vasta llanura arenosa, sembrada de palmeras y limitada hacia Levante por una línea de árboles cuyo follaje, de un verde oscuro, indicaba una corriente de agua.

—Mucho me sorprendería que no fuera el Nilo, dijo Norberto. Esperemos á que el día esté completamente claro, é iremos á verlo para asegurarnos de ello.

—¿Para qué esperar más? replicó la señorita Kersain. Vamos ahora mismo. Tengo muchas ganas de andar un poco con el aire fresco y sin aquellos horrorosos respiradores.

—Les guardáis, según veo, mucho rencor; y, sin embargo, si no hubiese sido por ellos, ¿estaríamos aquí ahora?

—Pues bien; tachadme de ingrata cuanto queráis; pero os declaro que prefiero, con mucho, el aire terrestre al oxígeno de la Luna.

En el fondo, todos eran del parecer de la señorita Kersain; y sin ocuparse ya para nada del vehículo que les sirviera para atravesar el espacio, se dirigieron hacia la fila de árboles.

Necesitaron más de una hora para llegar allí, pues tanto habían perdido la costumbre de su peso terrestre, que les costó gran trabajo concluir esta caminata de cinco ó seis kilómetros. El Sol acababa de salir por encima del horizonte cuando se dejaron caer, extenuados por la fatiga, en la hierba de la orilla, regada por un río de aguas amarillentas y fangosas.

—No me cabe duda, es el Nilo, declaró Norberto. No hay otro río igual en esta parte del mundo; pero importa saber en qué punto de él nos hallamos, pues tiene quinientas leguas de curso. Es imposible decirlo con certeza; sin embargo, me inclino á creer que nos encontramos más abajo de Dongola.

—Yo también lo creo así, añadió el doctor.

—¿Y qué es lo que os induce á ello? preguntó el joven astrónomo; porque os declaro que la base de mi opinión se funda sobre datos de mi especialidad.

—Lo que llama mi atención sobre todo, es que las aguas no presentan en este sitio la menor huella de *sudd*, nombre que dan más allá de Berber á esas vegetaciones flotantes que forman verdaderas islas, bancos de hierba y de humus. Tales cosas caracterizan perfectamente al Alto Nilo y entorpecen á veces la navegación hasta tal punto, que es indispensable abrirse paso por medio del hacha y de la sierra. Y ya veis que aquí no hay nada de eso. Todo cuanto nos rodea tiende á indicarnos que nos hallamos más abajo de Berber.

—No tardaremos en saberlo con certeza, exclamó de pronto la señorita Kersain, cuyos ojos eran tan buenos como bellos; descubro allá abajo un punto negro que me parece una barca, una *dahabieh*.

Todas las miradas se fijaron hacia el sitio indicado, y cada cual pudo ver algo de diminuto aspecto que se movía sobre las aguas.

—¡Ah! ¡Ojos de veinte años! dijo el doctor suspirando. Por mi parte, no distingo absolutamente nada.

El punto negro crecía de minuto en minuto, y pronto la señorita Kersain anunció formalmente que no solamente era una *dahabieh*, sino que veía también *uniformes encarnados*.

—¡Uniformes encarnados!... ¡Entonces deben ser soldados ingleses! dijo el *baronnet*. ¡Ojalá no os equivoquéis!

—*Hurrad for old England!* exclamó de repente Tyrrel, dominado por un acceso de entusiasmo.

Y después de esta manifestación, tan imprevista por su parte, cayó de nuevo en la impasibilidad, bajo la que ocultaba por lo regular las emociones de su corazón británico.

—Si efectivamente son soldados ingleses, dijo Norberto, debemos estar muy cerca de la frontera de Egipto, y quizás el ejército de socorro esperado por Gordon haya remontado el Nilo. En todo caso, tendremos noticias de Khartoum.

—¿De Khartoum? preguntó Gertrudis no pudiendo detener sus lágrimas. ¡Oh, padre mío! ¡Si yo pudiera tener noticias vuestras!...

La barca se acercaba cada vez más. Era una larga *dahabieh* egipcia, de la misma forma de las que se ven en las pinturas murales del tiempo de los Faraones, y que se han conservado hasta nuestros tiempos. La proa tenía la forma de las góndolas; veinte remeros indígenas la movían, y tenía en la popa un alto camarote, ocupado por un destacamento de soldados ingleses que remontaban probablemente el Nilo para operar un reconocimiento, pues miraban con mucho cuidado ambas orillas.

El oficial que mandaba ese destacamento, notando á su derecha un grupo de gente que le hacia señas, se acercó y tomó la palabra tan luego como comprendió que podian oirle.

—¿Quiénes sois, y qué hacéis ahí? preguntó en inglés con voz breve.

El *baronnet* avanzó hasta el borde del agua para contestar; pero en el momento en que iba á hablar, se le vino á las mientes lo absurdo de la declaración que iba á hacer.

—No puedo, sin embargo, decirles que acabamos de caer de la luna... murmuró volviéndose hacia sus compañeros de viaje.

—Vamos, ¿os decidiréis á contestar? exclamó el oficial con impaciencia.

—Soy sir Bucephalus Coghill, con residencia en *Curzon-street* 29, en Londres, y en Wigmore Castle, en el Devonshire, contestó el *baronnet*. Estas señoras y estos señores son amigos mios. En cuanto á deciros de dónde venimos y lo que aquí hacemos, es otra cosa, y me tomaré la libertad de no contestaros.

—Entonces, ¿qué es lo que queréis de mí? preguntó el oficial visiblemente descontento.

—Sencillamente que tengáis la amabilidad de decirnos en dónde estamos, y, si no halláis dificultad en ello, que nos llevéis á vuestro cuartel general.

—¿En dónde estáis? Cerca de Ouady-Halfa, respondió el oficial con mejores modos al ver la cortesía del *baronnet*, y á pesar de la mala facha que, en su sentir, presentaban tan singulares viajeros. Y en cuanto á llevaros al cuartel general, creo de mi deber hacerlo así, aun cuando no me lo pidierais; por consiguiente, estoy pronto á satisfacer vuestros deseos.

El oficial buscó un sitio en donde pudiera atracar, y habiéndolo encontrado, mandó echar una tabla á modo de puente, y el embarque se efectuó con facilidad.

En seguida los remeros recibieron la orden de virar y de seguir otra vez la corriente del río.

—¿Pertenecéis, sin duda, al ejército de socorro? preguntó sir Bucephalus con tono desenvuelto, tan pronto como empezaron á navegar.

—¿Qué ejército es ése? replicó desdeñosamente el oficial, pues el porte de los viajeros, desde que los veía de más cerca, le parecia cada vez más sospechoso.

—El que el general Gordon esperaba en Khartoum.

—Ignoro si llegará algún día. Aquí no hay más que un destacamento de doscientos hombres venidos del Cairo á Assouan y á Ouady-Halfa.

Pero de repente, y con alguna sospecha:

—¿Por qué me preguntáis esto, y qué interés tenéis en saberlo? repuso mirando con severidad á sir Bucephalus. ¿Sois tal vez algún agente del Madhi? Todos vosotros me producís un efecto muy extraño. ¿De dónde venís? ¿En dónde tenéis vuestros pasaportes?

—¿Mi pasaporte? A fe mía que no le tengo, ni nunca lo he tenido, respondió el *baronnet* registrando sus bol-

sillos; pero tengo tarjetas: aquí tenéis una.

—¡Hum! ¡Una tarjeta no significa gran cosa! En fin, os explicaréis en el cuartel general. Es asunto vuestro, y no mío.

Llegaron felizmente á Ouady-Halfa, pueblo grande, pero miserable, situado á la altura de la segunda catarata. Los ingleses lo estaban fortificando en previsión de la tardía y desastrosa expedición que debía reconcentrarse allí algunos meses después.

Nuestros viajeros, llevados con buena escolta al cuartel general establecido en un antiguo caserón destartalado, fueron encerrados en una sala del piso bajo, en donde tuvieron tiempo suficiente para concertarse, pues los dejaron solos más de dos horas. Cuanto más examinaban las respuestas que podían dar á las preguntas que iban, sin duda alguna, á dirigirles, más comprendían la imposibilidad de decir que llegaban de la Luna, y, por fin, después de una larga deliberación, decidieron que declararían sencillamente haber venido en globo desde el Tehbali, en donde se hallaban sitiados por el ejército madhista, ahorrándose de ese modo las bromas que una respuesta más verdadera habría de provocar.

Eran poco más ó menos las nueve de la mañana cuando las puertas de la sala se abrieron, dando paso á un piquete de soldados que venían á buscar á los *sospechosos*, pues así los calificaba el ayudante Brown en el parte que había entregado á su superior, para llevarlos al piso principal, en presencia del mayor Wharton, comandante del destacamento inglés de Ouady-Halfa.

Este Mayor era un bravo oficial, muy adicto á sus deberes y muy puntual en sus costumbres; mas tenía un gran defecto, tan común, por desgracia, en todos los jefes de avanzadas, y es que veía enemigos y espías por doquier. Además, el ayudante Brown, que fué el que hubo de encontrar á los viajeros, le había presentado esta *captura*, como él la llamaba, bajo unos colores algo vivos, y con el deseo bastante natural, pero seguramente excesivo, de hacerse valer, insistió en su parte acerca de la apariencia *poco respetable* de aquellas gentes, halladas en las orillas del Nilo sin camellos, sin barca, sin escolta de ningún género y con los vestidos llenos de jirones, especialmente el Sr. Mauny y Virgilio, por efecto de la lucha cuerpo á cuerpo que habían sostenido antes de su partida; añadiendo á todo esto las respuestas evasivas de aquél que se titulaba, sin pruebas ni verosimilitud, *baronnet* inglés.

En fin, el Mayor, bastante mal dispuesto de antemano respecto á las personas que iban á comparecer ante él, les recibió con gran dureza. Estaba sentado con un subteniente que hacía las veces de secretario, en un antiguo salón amueblado con una mesita de pino, dos sillas y un banco.

—¿Quiénes sois y de dónde venís? preguntó con sequedad, fijando en el *baronnet*, que avanzaba hacia él para servir de intérprete, sus grandes ojos azules, de amenazadoras miradas.

Sir Bucephalus empezó con una voz, que él creía llena de dignidad, pero que en honor á la verdad era temblona, las explicaciones que habían convenido dar. Sus amigos y él llegaban del pico de Tehbali, en donde habían sido bloqueados por el ejército madhista, saliendo de allí en globo y habiendo caído á cinco ó seis millas del Nilo. Esto dijo; mas el mayor no quiso escuchar hasta el fin aquellos informes algo dudosos.

—¡El pico de Tehbali!... ¿Qué montaña es ésa? Jamás he oído hablar de ella, y no figura tampoco en el mapa del estado mayor, dijo con voz de trueno. ¡Un globo! ¿Dónde está? Enseñadnos vuestro globo. Decís que estabais bloqueados por el ejército madhista. En primer lugar, no existe tal ejército, sino una turba de ladrones que toman aquel nombre, y que ahorcaremos á la primera ocasión. Mal precedente es que los designéis de este modo; esto parece indicar en vosotros sentimientos respetuosos para aquellos forajidos, y no me sorprendería de que, en vez de haber sido bloqueados por ellos, fuerais... yo me entiendo. ¿Tenéis papeles?

—No tengo más que mi tarjeta, murmuró tristemente el *baronnet*.

—¡Vuestra tarjeta! *Fiddlesticks!* ¿Creéis

acaso que me basta para conocer vuestra personalidad este pedazo de cartulina? Y esas gentes que os acompañan, ¿quiénes son? ¿Tampoco tienen documentos?

—Caballero, dijo Norberto impacientado por aquellos modos; no tenemos documentos, porque no hemos podido llevar en la barquilla sino lo estrictamente necesario; pero somos personas honradas, y os advierto de que vuestro Gobierno y vos seréis responsables de toda detención arbitraria llevada á cabo en ciudadanos franceses, y especialmente en la señorita Kersain, aquí presente, hija del Cónsul general de Francia en Khartoum.

—¡Ah! dijo el Mayor, cuya fisonomía presentó de repente un rayo de punzante ironía. ¿La señorita es hija del Sr. Kersain, cónsul general de Francia en Khartoum? Me alegro mucho conocer este detalle.

Y llamando al subteniente que mandaba el piquete, le dió una orden en voz baja. Este salió en seguida, tieso y acompasado como son aún en la actualidad los soldados del ejército inglés.

—Estoy, repito, muy satisfecho de conocer este detalle. Y vos, ¿quién sois ó quién pretendéis ser? repuso mirando á Norberto con aire que quería ser terrible y que no llegaba más que á ser cómico.

—Soy Norberto Mauny, ayudante astrónomo del Observatorio de París, y este señor es el doctor Briet, muy conocido por sus exploraciones en Africa y sus trabajos en botánica. Ese es mi criado, y aquél el ayuda de cámara de sir Bucephalus Coghill, é inglés como su amo, y esta niña está al servicio de la señorita Gertrudis Kersain.

—¿Insistís en que esta señorita es hija del Sr. Kersain, cónsul de Francia en Khartoum?

—Seguramente.

—Pues bien, ¡he aquí quien va á confundiros por vuestra impudente mentira! exclamó el Mayor oyendo pasos en la escalera. El mismo Sr. Kersain se encargará de responderos, pues aquí le tenéis en persona.

Todos se volvieron hacia la puerta.

Era, en efecto, el Cónsul quien entraba en la sala, llamado por el mayor Wharton.

—¡Padre mío!... ¡Padre mío!... exclamó Gertrudis abalanzándose á su cuello.

El Sr. Kersain la recibió en sus brazos, en donde la joven cayó sollozando, á impulsos de su sorpresa y su felicidad.

CAPÍTULO XVII

MUTUAS EXPLICACIONES

El Sr. Kersain no estaba menos conmovido ni menos admirado que su hija.

—¡Gertrudis! ¡Mi hija tan querida!... repetía apretándola contra su corazón y acariciando sus finos cabellos. ¿Tú aquí, querida niña? ¿Cómo es esto? Yo pensaba en ti, como siempre, hija mía; mas ¡cuán lejos estaba de encontrarte esta mañana!...

—Pero vos, mi querido Kersain, ¿por qué feliz casualidad os encontráis en Ouady-Halfa? preguntó el doctor avanzando hacia su cuñado.

—El general Gordon me ha pedido como un favor especial que descendiera por el Nilo en una de las cañoneras de vapor que él enviaba aquí, y que me vaya á Europa para explicar su situación al mundo civilizado. Acepté esa misión, ya porque casi no podía rehusarla, ya también por ver en ella la única manera posible de quitar el bloqueo del Tehbali, en donde sabía que estabais sitiados... ¡Pero cómo expresaros las angustias que he sufrido!

En este momento el mayor Wharton, cuya fisonomía había variado por completo, se acercó para decir con mucha cortesanía:

—Mi querido Sr. Kersain, veo que respondéis de todos estos señores. Les ruego me dispensen la desgraciada equivocación que me los ha hecho tomar por lo que no son. Si quisieran, juntamente con la señorita, hacerme el honor de almorzar con nosotros, tendría en ello sumo placer.

Los prisioneros se inclinaron en señal de aquiescencia; pero como el Mayor necesitaba una víctima expiatoria, pronto la encontró, pues volviéndose hacia el subteniente que le servía de secretario:

—El ayudante Brown, dijo, queda arres-

tado durante quince días por detenciones arbitrarias é informes inexactos.

Gertrudis, colgada del cuello de su padre, era incapaz todavía de responder á sus preguntas, porque en aquel instante se presentaban en tropel á su memoria todas las emociones, todas las tristezas, todos los terrores y todas las angustias de los días terribles que había pasado lejos del autor de sus días; y sintiéndose ahora fuera de todo peligro, se veía desprovista del valor que la había sostenido hasta entonces. Ocultaba su dulce cara en el pecho de su padre como una niña miedosa, y dejaba correr sus lágrimas con entera libertad.

Sin explicarse su emoción de otro modo que juzgando por los peligros que él acababa de arrostrar, el seños Kersain se esforzaba por calmarla.

—Vamos, no llores ya, hija mía, decía. Estamos reunidos, y para siempre.

—¡Oh, sí! No os dejo ya, padre mío muy amado, murmuraba apretándose contra él; jamás, jamás.

—¡No! ¡Jamás! repetía él con infinita ternura. He sufrido demasiado viéndome separado de ti durante tanto tiempo. Pero cuéntame cómo os encontráis aquí tu tío y tú.

—Mejor estaréis en el pequeño salón para hablar, dijo obsequiosamente el Mayor abriendo una puerta é introduciendo al padre y á la hija en la pieza que le servía de gabinete, mientras que los demás viajeros quedaban en la sala. Entregado por completo á la alegría de volver á ver á su hija, el Sr. Kersain no se había enterado siquiera de la presencia de Norberto ni del *baronnet*, que se habían apartado por discreción algunos pasos.

Sola con su padre, Gertrudis acabó por dominar su emoción. Dejó escapar un largo suspiro, y colocando ambas manos en los hombros del Sr. Kersain:

—¡Oh, querido papá! dijo. ¡Si supierais todas las aventuras por las que acabo de pasar!... Os costaría mucho trabajo creerlas, y hasta yo misma hay momentos en que dudo, y me pregunto si es que estoy soñando. Y, sin embargo, es verdad. Mi tío, el Sr. Mauny, sir Bucephalus, Fatima, Virgilio y Tyrrel están allí para dar testimonio de que no soy víctima de una ilusión y de que acabamos de pasar veintinueve días en la Luna.

—¡En la Luna!... repitió el Sr. Kersain asustado, pues su primera idea fué creer que su querida Gertrudis había perdido la razón. ¿Qué me cuentas, querida hijita?

—¡Oh, ya lo creo! Naturalmente os cuesta trabajo admitir que sea verdad, respondió la joven. Y, sin embargo, os juro, amado papá, que no he perdido la cabeza, como parecéis suponerlo. Ya conocíais los proyectos del Sr. Mauny, ¿no es verdad?... Pues bien; esos proyectos se han ejecutado; he aquí todo. Hemos pasado en la Luna casi todo el tiempo de nuestra separación.

—No me cabe duda ya, se dijo con espanto el Sr. Kersain. Las angustias que ha sufrido por mi ausencia, han alterado la razón de mi hija. Es víctima de un delirio que saca su forma especial del medio en que ha vivido desde que se separó de mí.

—Querida niña, murmuró procurando ocultarle las lágrimas que este horroroso descubrimiento hacía asomar á sus ojos. ¿Dices que el Sr. Mauny y sir Bucephalus están ahí con tu tío?

—Sí, padre mío, y no me han dejado un instante. Con ellos es con quien he hecho aquel maravilloso viaje. Hemos descendido esta noche misma.

El Sr. Kersain no pudo sufrir por más tiempo una duda tan terrible. Se precipitó hacia la puerta, y abriéndola de par en par, con la mirada extraviada y la cara cubierta de una palidez mortal:

—Sr. Mauny, gritó con voz ronca. ¿Estáis ahí?

—Sí, señor Cónsul, respondió el joven astrónomo acudiendo apresuradamente.

Estaba el joven muy pálido también, y muy conmovido.

—¿Me perdonaréis alguna vez? dijo, apretando la mano que le tendía el señor Kersain.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que tengo que perdonaros? preguntó el desgraciado padre.

—El haber expuesto á la señorita Gertrudis á todos los peligros de semejan-

te expedición. Pero os dirá que ha sido en contra de mi voluntad. Los acontecimientos tomaron un giro imprevisto. Y si nos hemos hallado en la Luna, ha sido sin voluntad expresa nuestra.

—¡Cómo! exclamó el Cónsul. ¿Vos también? ¡Pero habéis perdido todos la cabeza! ¡Briet, sir Bucephalus!...

El doctor y el *baronnet* acudieron al instante.

—¿Qué espantosa quimera es ésta, y qué significa lo que me están diciendo? les preguntó sin transición el Sr. Kersain después de cerrar la puerta.

—¿De qué quimera hablais y de qué se trata?

—¡Mi hija y el Sr. Mauny pretenden que vos... que todos vosotros... acabáis de llegar de la Luna! articuló el señor Kersain, como si estas palabras no pudieran salir de sus labios.

—Pues bien; es la exacta verdad, respondió sonriendo el doctor.

—Es una triste verdad que me cuesta treinta mil guineas, añadió sir Bucephalus con tono mucho menos alegre.

—¡Cómo! ¿Diréis también, como Gertrudis y el Sr. Mauny, que?...

—Que partimos para la Luna, que hemos pasado allí un mes, y que acabamos de llegar. Sí, queridísimo cuñado, repuso el doctor; y mirad, si dudáis aún, voy á enseñaros una magnífica colección de muestras mineralógicas que traigo de esta excursión, añadió buscando en sus bolsillos. ¡Cáspital exclamó con dolor; las he dejado en la mesa de mi cuarto. ¡Qué cabeza! Soy más aturdido que un estornino. Gracias que llevo siempre conmigo mi *papiro selenita*.

Y una vez sacada la cartera, la agitó triunfalmente por delante de los ojos del Sr. Kersain, que no sabía ya qué pensar de cuatro afirmaciones tan rotundas.

En fin, tantas pruebas le dieron, que concluyó por aceptar como verdadera la realidad del hecho; pero fué después de haber llamado á Virgilio, á Fatima y á Tyrrel para que confirmaran lo que le habían contado.

—¿Queréis permitir que os dé un consejo? dijo cuando por fin estuvo convencido. Guardad el secreto sobre este viaje; no habléis de ello sino después de haber tomado bien vuestras medidas para que seáis creídos, porque si no lo hacéis así, pasaréis por ser unos charlatanes ó unos locos.

—Tanto lo hemos comprendido así esta misma mañana, le respondió el doctor, que nuestras reticencias nos han valido ser detenidos y llevados á presencia del Mayor. Pero, paciencia. Todo se probará.

Se dieron entonces mutuamente todos los informes que reclamaba un encuentro tan singular. Gertrudis contó á grandes rasgos á su padre el maravilloso viaje que acababa de realizar, y el Sr. Kersain también dió algunos detalles acerca de la situación de Gordon en Karthoum.

—Desde el cerco de la ciudad por las bandas madhistas, dijo abreviando, los hilos telegráficos fueron cortados, ó por lo menos interceptados, pues la naturaleza de las comunicaciones que nos llegaban no dejaban ninguna duda sobre su origen. El General mandó levantar unas cincuenta baterías que ponían la plaza á cubierto de cualquier sorpresa, y se ocupaba día y noche en animar á las tropas con continuos ejercicios, obteniendo en algunas semanas resultados admirables; pero todos estos trabajos no podían servir si no eran apoyados por un ejército de socorro, so pena que la rendición de Karthoum se hiciera inevitable; y como el Gobierno inglés no parecía decidirse á enviar al Alto Nilo el cuerpo expedicionario que Gordon reclamaba con tanto empeño, ha decidido hacer una llamada, no solamente á su país, sino también á todos los pueblos civilizados, interesados en que el Sudán no caiga en manos del Mahdi, y he aquí por qué me ha pedido por favor que aceptara esta misión. Yo lo podía hacer sin faltar á mis deberes, pues estando la ciudad completamente sitiada, no había que pensar, por lo menos inmediatamente, en otras cosas, y, además, debía hacerlo, pues el plan del general Gordon es el medio cierto (y desgraciadamente el único practicable) para proteger eficazmente á los mil quinientos ó mil seiscientos europeos que se encuentran en

Khartoum, sin contar las tropas egipcias. He aceptado como una honra la misión que me ha confiado Gordon, y no sin gran peligro he podido cumplirla, llegando hasta aquí, toda vez que nuestra cañonera ha sido atacada diecisiete veces entre el confluente de ambos Nilos y Dongola. Pero, por fin, ya estoy al abrigo de todo peligro, gracias á Dios, y no me queda otra cosa que llegar á París, como se lo he prometido al General, para que la prensa de ambos mundos de conocimiento de su suprema llamada á todos los amigos de la civilización, é intentar reunir medios y auxilios.

—¿Créeis, doctor, añadió el Sr. Kersain después de estas explicaciones, que Gertrudis podrá acompañarme sin inconveniente para su salud? Tened presente que aquí el verano empieza ahora.

—Gertrudis puede ir ya hasta la Laponia, si se le antoja, exclamó el doctor. ¿No habéis notado los hermosos colores que adornan sus mejillas y el cambio tan radical que se ha operado en ella? En mi vida he observado nada tan extraño bajo el punto de vista terapéutico. El clima de la Luna, con su atmósfera tenue, pura y seca, parecía hecha á propósito para ella. Tomó tantas fuerzas desde nuestra llegada al cráter de Rheticus, que ha soportado sin el menor malestar un frío mayor que el de la Siberia, cuando llegó la noche lunar. Mi sobrina puede ir á todas partes sin daros jamás inquietud respecto á su salud, y ya véis, querido cuñado, que no es el resultado menos curioso para mí, y loable para todos, de nuestro singular viaje.

—En efecto, respondió el Sr. Kersain, muy feliz por aquellas noticias; he notado en ella un aire de bienestar y de vigor que ha llamado mi atención. ¿Pero será verdaderamente una cura definitiva, y no habrá peligro en llevarla á un clima frío y húmedo?

—Os repito que la curación es radical, replicó el doctor, y me ha sorprendido de tal modo, que no se necesitaría mucho para que realizara un proyecto que ha pasado por mi imaginación.

—¿Qué proyecto es ése?

—El de ir á establecer en la Luna una casa de salud modelo. Una competencia á las ciudades adonde mandan en invierno á los enfermos del pecho.

—¡Chitón! No hablemos más de la Luna; ya sabéis que es una conversación prohibida por ahora, dijo el señor Kersain oyendo los pasos del mayor Warton, que venía á avisar á sus huéspedes que el almuerzo les estaba esperando.

El bravo oficial quería á toda costa hacerles olvidar la dureza de su acogida, pues se confundía en atenciones, y hasta quiso que un pelotón de soldados fuera á buscar el paracaídas y los equipajes de los viajeros al punto que indicaron; pero cuando llegaron al sitio designado nada encontraron, á pesar de buscar y rebuscar por todas partes. Los árabes, sin duda, habían pasado por allí; lo cierto es que después de muchas horas invertidas en indagaciones, los subordinados del mayor Wharton volvieron con las manos vacías, ocasionando á éste un gran disgusto y á aquéllos algunos días de arresto.

A la puesta del sol el Sr. Kersain quiso, sin más tardar, emprender su viaje al Cairo, y como la cañonera que le había traído tenía orden de volver á Kharthoum, si era posible, alquiló un *noggour*, especie de barca plana, ó batea, como las llaman en las costas españolas, que pueden remolcarse, tan pronto con los remos como por bestias de tiro, desde las orillas, ó sea sirgando, para ir primero á Assouán y desde allí al Delta egipcio. No tenemos para qué decir que Gertrudis y Fatima, el Sr. Mauny y Virgilio, el *baronnet* y Tyrrel con el doctor Briet, se embarcaron juntos. Un viaje en *noggour*, sin ser muy agradable, no es penoso hallándose en amable compañía, y si se han sabido arreglar las cosas á fin de no necesitar ni á los bateleros ni á los *sirgantes* de la ribera. El mayor Warton cuidó de abastecer á los viajeros de cuanto pudieran necesitar, y hasta les dió, para facilitar su navegación, una escolta y salvoconductos de tal naturaleza, que vencieran todas las resistencias.

La bajada del Nilo concluyó con relativa rapidez y con una alegría que so-

lamente comprenderán aquellos que se encuentran fuera de peligro y reunidos á los que aman después de pasar por trágicas pruebas.

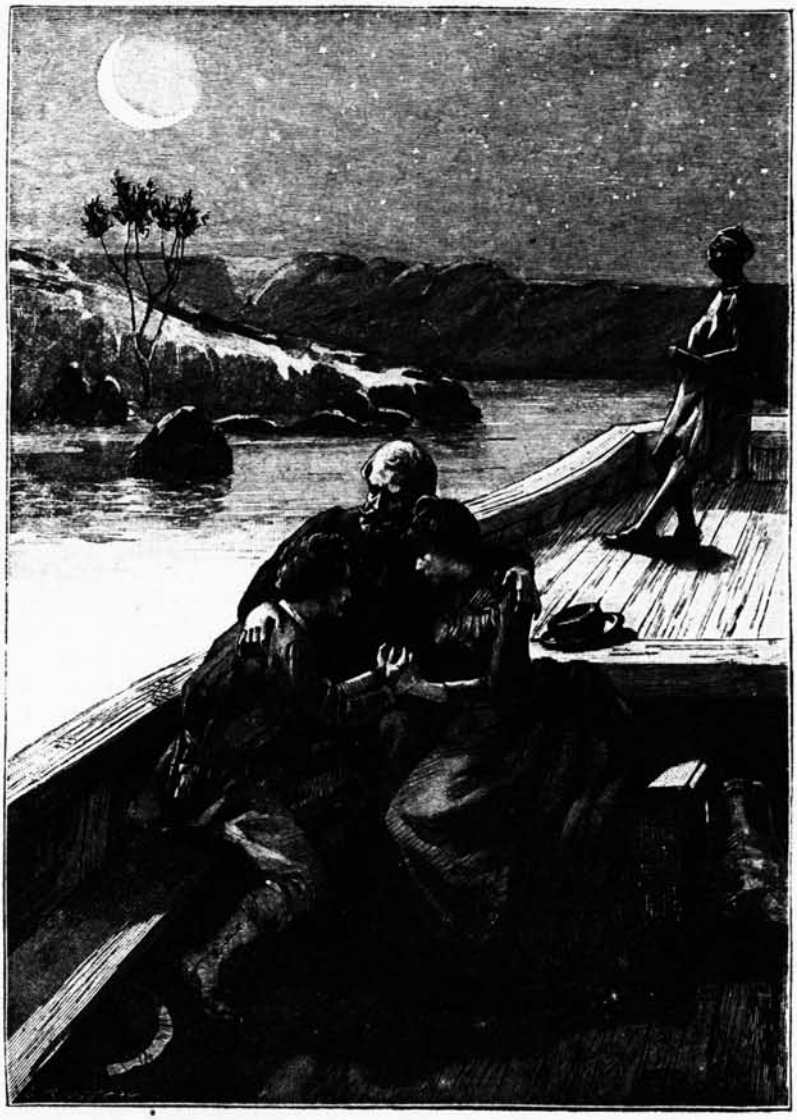
Una tarde, á bordo del *noggour*, poco antes de llegar al Cairo, Norberto, hallándose á proa solo con el Sr. Kersain y con Gertrudis, quiso entablar la conversación que dejó en suspenso á su salida de Khartoum con Gertrudis. La noche era templada y el cielo resplandeciente de estrellas, no oyéndose en la superficie del Nilo más que el ruido acompasado de los remos y la monótona canción de los remeros. En el Oriente la Luna, apenas vuelta á su curso normal, acababa de salir y parecía mirar con ternura (tan dulce y pura era su luz) al audaz campeón de la ciencia que se había atrevido á arrancarla á su somnolencia secular. Pero el astrónomo, tan valiente ante los cataclismos, titubeaba en decir una simple palabra, que el Cónsul esperaba, y Gertrudis también.

Reuniendo todo su valor:

—Señor Cónsul, dijo muy conmovido; tuve la honra, hace dos meses, de pediros la mano de vuestra hija, y tuvísteis á bien decirme que me la concedíais con la condición de que la señorita Gertrudis me aceptara por esposo. Hoy me conoce más que entonces, pues hemos pasado dos meses al lado uno de otro, y en medio de pruebas en las que los caracteres se muestran al descubierto, y por lo tanto pueden juzgarse. Estas pruebas me han dado de ella, de su valor, de su inteligencia, de su corazón, y permitidme añadir que de sus gracias, una idea más alta aún de la que tenía formada. Vengo, pues, á preguntaros á mi vez si su juicio me ha sido favorable, y si puedo esperar que un día se digne ratificar vuestra promesa.

—Si antes me lo hubierais preguntado, querido amigo, respondió afectuosamente el Sr. Kersain, antes hubierais sabido lo que tengo mucho gusto en deciros, y es que Gertrudis os ama tanto como os admira, y piensa, como yo, que seréis el mejor de los maridos, así como sois el más valiente, el más generoso y el más leal de los hombres.

Y cogiendo la mano de su hija, la puso en la de Norberto, estrechando á ambos contra su paternal corazón.



El Cónsul, tomando la mano de su hija, la puso entre las de Norberto, abrazando á ambos.

CAPÍTULO XVIII

EN LA «AVENIDA DEL OBSERVATORIO»

Cerca de un año había pasado ya.

Una tarde del mes de Febrero, y en el momento en que se encendía el gas en París, un coche de alquiler dejó al doctor Briet delante de una casa, de buena apariencia, en la Avenida del Observatorio. El buen doctor subió con mucha agilidad dos pisos, y en la meseta de la escalera, en donde se detuvo, le recibió y saludó con mucho cariño un ayuda de cámara. Este, correcto como es dado serlo á un antiguo tirador argelino, no era otro que Virgilio, un Virgilio completamente nuevo, vestido con levita de paño negro y sin su característico *chechia*, ó sea el gorro argelino.

—Los señores están todos, dijo introduciendo al doctor en un elegante salón, en donde el Sr. Kersain leía un periódico al lado de un magnífico fuego, en compañía de la señora Mauny, que bordaba, y de Norberto, que soñaba.

—¿Sabéis lo que tienen la audacia de pretender? preguntó el doctor entrando como disparado por un obús. Que mi *papiro selenita* es sencillamente de Etiopía.

—¿Quién lo pretende? dijeron á dúo Gertrudis y Norberto.

—La Academia de Inscripciones, ¡pardiez!... Parece que los antiguos reyes de aquel país tenían por costumbre hacer escribir sus decretos en hojas de amianto y ¡cosa curiosa! la de servirse también, para expresar sus pensamientos, de dibujos ideográficos. Todo el mundo ve en eso coincidencias absolutamente concluyentes, y poco falta para que me tachen de impostor cuando digo que he traído este documento de la Luna.

—Pues bien, exclamó Gertrudis: ¿creéis acaso que á nosotros nos tratan mejor?

¿No tienen la audacia de impugnar la Memoria de Norberto, con pretexto de que si la Luna hubiera bajado dos veces, el Observatorio lo hubiera notado, y en los días que esto sucedió está probado que el cielo estaba muy cubierto de espesas nubes, que impedian toda observación? Es además cierto que esas mismas nubes se habían formado ó acumulado por consecuencia de la aproximación de la Luna, y, por fin, es notorio que la serie de días de que hablamos, ha sido señalada en toda la superficie del globo por tempestades excepcionales y mareas formidables, que nadie habia previsto y que nadie tampoco ha podido explicar. Nada de eso importa. No quieren admitir la más natural y la más sencilla de las explicaciones, que es la que damos, y persisten en considerar nuestro viaje cómo puramente imaginario.

El doctor, animado aún por su lucha con los académicos, escuchaba á Gertrudis con gran agitación.

—¡Ay! Demasiado sé que tratan nuestro viaje de imaginario; pero convenid que es una cosa exasperante y capaz de hacer perder la paciencia al hombre más pacífico. No es posible tener idea de semejante mala fe. ¡Sostener que un documento selenita, que he recogido á vuestra vista en la mano de un titán de la Luna, es un papiro egipcio! Tal vez no comprendáis lo que hay en esto de verdaderamente monstruoso. Es aún más fuerte que las negativas de los astrónomos, porque, en fin, la astronomía es una ciencia exacta, y se explica fácilmente que un físico que no haya *visto* por sus propios ojos un fenómeno, titubee en creerlo. Sí, no os riáis; si yo fuera astrónomo, sería muy circunspecto, convengo en ello, y cuando vinieran á decirme: *llegado de la Luna*, á fe mía que me miraría mucho antes de creerlo. Pero no sucede así tratándose de paleografía. ¿Cómo puede confundirse un documento único en su género, como lo es el mío, con una cosa tan vulgar, tan común y tan conocida como un *papiro* de Etiopía?

—¿Qué hemos de hacerle, querido tío? dijo la señora Mauny riendo. Es preciso no admirarse de nada cuando encontramos la incredulidad entre los mismos que debieran ser los primeros en apoyar nuestro testimonio.

—Estoy cierto de que mi hija habla por mí, exclamó el Sr. Kersain, dejando el periódico. Confieso que, pasado el primer momento en que acepté vuestra historia como artículo de fe, me es más fácil admitir, después de serias reflexiones, que habéis sido sencillamente el juguete de una ilusión.

—¡Eso es! dijo el doctor con tono desdeñoso; una ilusión que ha obrado simultáneamente sobre siete ú ocho personas, ó, mejor dicho, sobre once.

—¿Y por qué no?

—Entiendo; vais á hablarnos todavía de la teoría de ese médico alienista, el doctor Marotte, que ve en nosotros las víctimas de una fiebre obsidional. Según él, hubimos de salir de Khartoum en el momento del bloqueo, y caímos en poder del Madhi, quien nos sometió á un riguroso tratamiento, que causó la pérdida de nuestra razón, y una vez fuera de peligro, y por una especie de locura contagiosa, hemos adoptado los siete el mismo sistema, á instigación del Sr. Mauny, atacado hace mucho tiempo de la *manía de las grandezas*. Todo esto es muy bonito; pero debo advertiros que el mismo Marotte tiene, según dicen por ahí, *un martillazo en la cabeza*, y no es la primera vez que explana esa teoría, pues la presentó también después de los acontecimientos de 1870 á 71, y explicaría con mucho gusto toda la historia antigua, moderna y contemporánea por accesos sucesivos de locura obsidional. ¿Queréis que os dé mi opinión sincera? Pues bien; en todo esto es aún Marotte el más loco y el que deben encerrar, en vez de entregarle enfermos para que los cure.

—Podíais haberos ahorrado tantas palabras, mi querido Briet, porque no acepto en nada la teoría de Marotte. Tengo mi opinión, y me contento con ella.

—Veámosla, señor director de negocios consulares.

—Es que estáis todos de buena fe y perfectamente razonables.

—Ya es algo, y os garantizo que las cinco clases del Instituto no dirían lo mismo.

—Sois todos, repito, individuos de buena fe y perfectamente razonables, continuó el Sr. Kersain. Solamente que...

—¡Ah! Veamos...

—Habéis caido en poder de ese maldito enano de Rhadameh, el mayor charlatán y más astuto mágico de la tierra, y ese ente, sabiendo el proyecto que llevó al Sr. Mauny al Sudán y conociendo que todos nos interesábamos en su éxito, se ha divertido, con un objeto que ignoro, en haceros creer que *eso ha sucedido*.

—Pero ¿queréis hacer el favor de decirme de qué medios se ha valido para ello?

—Por algún procedimiento peculiar suyo; hipnotizándoos y sugiriéndoos esas historias, como dicen hoy, ó sencillamente contando aquellos hechos después de hacer que tomarais *haschich* ó alguna otra droga de efectos conocidos por él.

—De modo que, según vuestro parecer, hemos dormido despiertos, como se explica en las *Mil y una noches*.

—Eso es.

—Bueno; ¿y mi documento selénico? exclamó el doctor triunfante. ¿Creéis también que lo haya soñado?

—No; pero puede ser un simple accesorio, utilizado por el enano para que confiaseis en vuestras propias ilusiones. Y fijáos en que la Academia de Inscripciones no está del todo ciega, cuando asigna á ese documento origen etiope.

—¿Habéis acabado? preguntó el señor Briet picado hasta lo vivo por esta última suposición.

—Sí.

—Pues entonces, repuso el doctor levantándose y marchando recto hacia el Sr. Kersain, como si esperara aniquilarle por el argumento que tenía en reserva, haced el favor de explicarme *cómo Virgilio, el baronnet y su criado, que no estaban con nosotros cuando caímos en poder de Kaddour, han sido presa de las mismas ilusiones que nosotros*.

—Es muy sencillo; después de haceros prisioneros, el enano tomó posesión del pico de Tehbali, encontrando allí á Virgilio y al *baronnet* con su fiel Tyrrel, y le ha sido fácil someterlos al mismo tratamiento que á vosotros.

—Pero ¿y nuestro paracaidas?

—No se ha encontrado ni rastro de él.

El doctor dió dos ó tres vueltas por el salón tascando el freno, como vulgarmente se dice, y luego, deteniéndose delante de su cuñado, exclamó:

—No hay medio de discutir con vos. Pero si tuviera aquí mis muestras mineralógicas, dejadas por olvido sobre la mesa de mi habitación lunar, ya veríais...

—Lo mismo sucedería con las muestras que con el *papiro*, dijo Norberto riendo, pues presentaban justamente grandes analogías con las rocas terrestres.

—Está bien. ¡Ya os ponéis de parte de nuestros adversarios! exclamó el doctor. ¡Sólo esto nos faltaba para aplastarnos!

—No es que abandone la buena causa, replicó alegremente Norberto; es que procuro seguir hasta el fin los argumentos de nuestros contrarios para darme cuenta del estado de su espíritu; su oposición me inquieta muy poco, pues pronto los haré callar con mis trabajos deducidos de mis observaciones lunares y que serán *irrefutables*. En cuanto al presente, me contento con la confianza de mis accionistas, que es verdaderamente de agradecer.

—¡Cómo! ¿Creen ellos en nuestro viaje?

—Si no lo creyeran, no serían verdaderos accionistas, respondió Norberto sonriendo; pero habiendo dado su dinero para la experiencia, la aceptan en el conjunto y en los detalles. Hacen más aún; acaban de presentar un voto de felicitaciones solemnes y los medios para volver á constituir el capital social por una emisión de obligaciones que sirva para volver á emprender nuestros trabajos en cuanto sea posible.

—Pues bien; si algún día volvéis á la Luna, pido que me dejéis acompañaros, exclamó el doctor, y entonces será preciso que pruebe...

—¡Ay! replicó el joven astrónomo; temo que la cosa no sea factible, por lo menos en mucho tiempo, ya por no

ser fácil encontrar una montaña de pirita magnética tan favorable á la empresa como el pico de Tehbali, ya también por ser acaso más imposible todavía descubrir un país en el que todas las condiciones generales de éxito estén reunidas como en el Sudán. ¡Y el Sudán no se abrirá tan pronto á los europeos!

—Escuchadme, dijo el Sr. Kersain. ¿Queréis que convengamos en no hablar más de este asunto? Además de que agría nuestro carácter, os aseguro que se concluye por no saber dónde se tiene la cabeza, pues no tenemos otra conversación, y hasta la pequeña Fatima no puede abrir la boca sin decir: *Cuando yo estaba en la Luna...* Si los oyerais á ella y á Virgilio, veríais que es cuento de nunca acabar, con sus reminiscencias selenitas.

—Permitidme una sola palabra, exclamó el doctor. ¿Tenéis noticias de sir Bucephalus?

—Excelentes. Piensa venir muy pronto á pasar quince días en París. ¿Sabéis lo que le ha sucedido con esta famosa historia? Había apostado treinta mil libras esterlinas á que yo no iría á la Luna, y con mucha lealtad, al llegar á Londres, ha enviado aquella cantidad á su adversario, que ha rehusado recibirla, bajo pretexto de que no había ganado la apuesta. El *baronnet* porfiando, y el otro también, han concluído por someterse á árbitros, que han decidido que la suma en litigio sea destinada á la construcción de un hospital. Sir Bucephalus ha pretendido que le llamaran *Hospital de Selénica,* en honor de su viaje; pero este nombre no ha tenido éxito, y el público ha encontrado otro, que es el que ha prosperado: *Hospital de los Lunáticos.*

—¡Ah, Dios mío!... ¡Qué triste noticia!... dijo en este momento el señor Kersain, que había vuelto á la lectura de su periódico, para escapar de la eterna discusión, y que acababa de echar una ojeada sobre las *Ultimas noticias*; Khartoum ha caido... El general Gordon ha perecido en el degüello... El ejército inglés de socorro, mandado por Wolseley, no ha llegado á los muros de Khartoum sino para ver á la ciudad en poder del Mahdi...

—¡Qué terribles acontecimientos!

—¡Era de esperar eso!... repuso melancólicamente el Sr. Kersain. Ya sabéis la indiferencia, la apatía con que en todas partes se escuchó la llamada que por mi conducto hizo Gordon á las naciones civilizadas... El Gobierno inglés, que le había enviado al Sudán, titubeaba entre el sentimiento de su responsabilidad y el deseo de no comprometerse en una empresa casi sin salida. Ha concluído por decidirse á enviar un ejército de socorro, pero de mala gana, y recomendándole que no se apresurase, quizás con la santa intención de que llegara demasiado tarde... Y llegó bien tarde, en efecto... ¡Pobre héroe Gordon!... ¡Noble soldado!... ¡Bien me había dicho que no contaba con el auxilio de los suyos!...

Todos estaban aún entregados á los dolorosos recuerdos que evocaba esta triste noticia, cuando Virgilio abrió la puerta del comedor para anunciar que *la comida estaba dispuesta*, y pronto, con la amigable conversación familiar, la trágica imágen de Gordon se borró. Así va el mundo, y es menester que tal sea; pues la vida sería por demás amarga si el espectro de los que se ha amado ó respetado estuviera siempre presente en la imaginación.

En la misma hora en que aquellas cosas pasaban en París, un grupo alegre de *butlers* y de lacayos se reunía en Londres, en el salón reservado de un *bar* de *Curzon-street.* El héroe de este pequeño club tan singular era Tyrrel Smith, vuelto á sus hogares; Tyrrel Smith, hollando el libre suelo de la vieja Inglaterra, y casi tan célebre en su mundo como Simbad el Marino. Sus amigos no eran, respecto al viaje á la Luna, del mismo parecer que el Sr. Kersain, y no se cansaban de oírselo contar. Era el tema favorito de las bromas del club.

—Vamos, hombre... ¿querrás hacernos creer que ha habido hombres en la Luna?... decían á Tyrrel Smith.

—Palabra de honor que sí. Y muy hermosos. Tan altos casi como la columna de *Trafalgar-square.*

—¡Vaya, vaya!... ¿Quieres burlarte de nosotros?...

—Os aseguro que es verdad.

—Bien; ¿pero te divertiste mucho en la Luna?

—A fe mía que no. Figuráos que ni siquiera se podía fumar una pipa, no; ni siquiera una pipa; podéis creerlo...

No se podía tampoco pasear como lo hacen las personas que se respetan, sino avanzando como los saltamontes, dando brincos de diez ó doce yardas, ó más... Ya podéis comprender la formalidad que esto demuestra en un hombre.

Y luego, que todo iba muy mal.

Era preciso llorar para tener una triste lumbre, á pesar de sentirse el frío más atroz que haya helado jamás á un pobre diablo cosaco.

No se tomaba más que té calentado por el sol, y ya podéis imaginaros el gusto que tendría aquella tisana.

¡Y la noche! ¡Esto sí que no es broma! Las semanas enteras de niebla no son nada, comparadas con aquella noche que duró catorce veces veinticuatro horas, con una especie de gran luna, *la claridad de Tierra*, como decían ellos... ¡Decidme si es posible que la Tierra despida claridad durante la noche!...

Cuando se ha pasado por tales peripecias, amigos míos, afirmo más y más que no hay nada como un buen vaso de *ale* en Londres con los compañeros, y que la Luna entera no vale seguramente un pie cuadrado de terreno en la alegre Inglaterra... *Hurrah*, añadió Tyrrel á impulsos de su entusiasmo: *Hurrah for old England!*...

Su grito no quedó sin eco.

Pero algunos minutos más tarde, cuando Tyrrel se fué, viendo que se acercaba la hora de vestir á su amo, el pequeño club de *Curzon-street* en masa sacudió melancólicamente la cabeza, y pasado un corto intervalo de silencio, un anciano ayuda de cámara se encargó de resumir la opinión general, después de encender su pipa:

—¡El pobre muchacho está!... dijo tocándose la sien derecha con el dedo índice. ¡Pobre Tyrrel!...

FIN

ÍNDICE DEL CUADERNO CUARTO

	Páginas.
X.—Eclipse de Sol producido por la interposición de la Tierra	5
XI.—A la claridad de la Tierra	11
XII.—La noche lunar	16
XIII.—Otra vez los comisionados-interventores	20
XIV.—El paracaídas	26
XV.—Dirigiéndose de nuevo hacia la Tierra	32
XVI.—En el Nilo	38
XVII.—Mutuas explicaciones	44
XVIII.—En la «Avenida del Observatorio»	51

AGUSTÍN JUBERA, EDITOR.—CAMPOMANES, 10, MADRID

Con la presente obra del célebre novelista M. Laurie inauguramos la serie de las que, bajo el título de

Biblioteca Moral, Científica y Literaria,

publicaremos en la misma forma y tamaño que las del célebre novelista *Julio Verne,* que esta misma Casa edita.

El precio de cada cuaderno de 64 páginas, con buen papel, esmerada impresión y magníficas ilustraciones, no excederá de *una peseta.*

Cada obra completa tendrá como máximum cuatro cuadernos, publicándose, á ser posible, dos cuadernos cada mes, teniendo cabida en esta Biblioteca obras originales españolas y extranjeras, bien traducidas, pero siempre morales, y cuya lectura sea agradable y útil á toda clase de personas.

Las condiciones de venta de esta Biblioteca para los señores Corresponsales de esta Casa, son las mismas que tenemos establecidas para las de Julio Verne.

BIBLIOTECA MORAL, CIENTÍFICA Y LITERARIA

OBRAS PUBLICADAS

A. Laurie. Los Desterrados de la Tierra. *Cuaderno* 1.°—**Una peseta.**
» » » *Cuaderno* 2.°—**Una peseta.**
» » » *Cuaderno* 3.°—**Una peseta.**
» » » *Cuaderno* 4.°—**Una peseta.**

PRÓXIMA Á PUBLICARSE

Daudet. Cuentos escogidos para la juventud

Teniendo en preparación otras obras de tan notables autores como A. Daudet, Stevenson, Benedict, Malot, etc., etc.